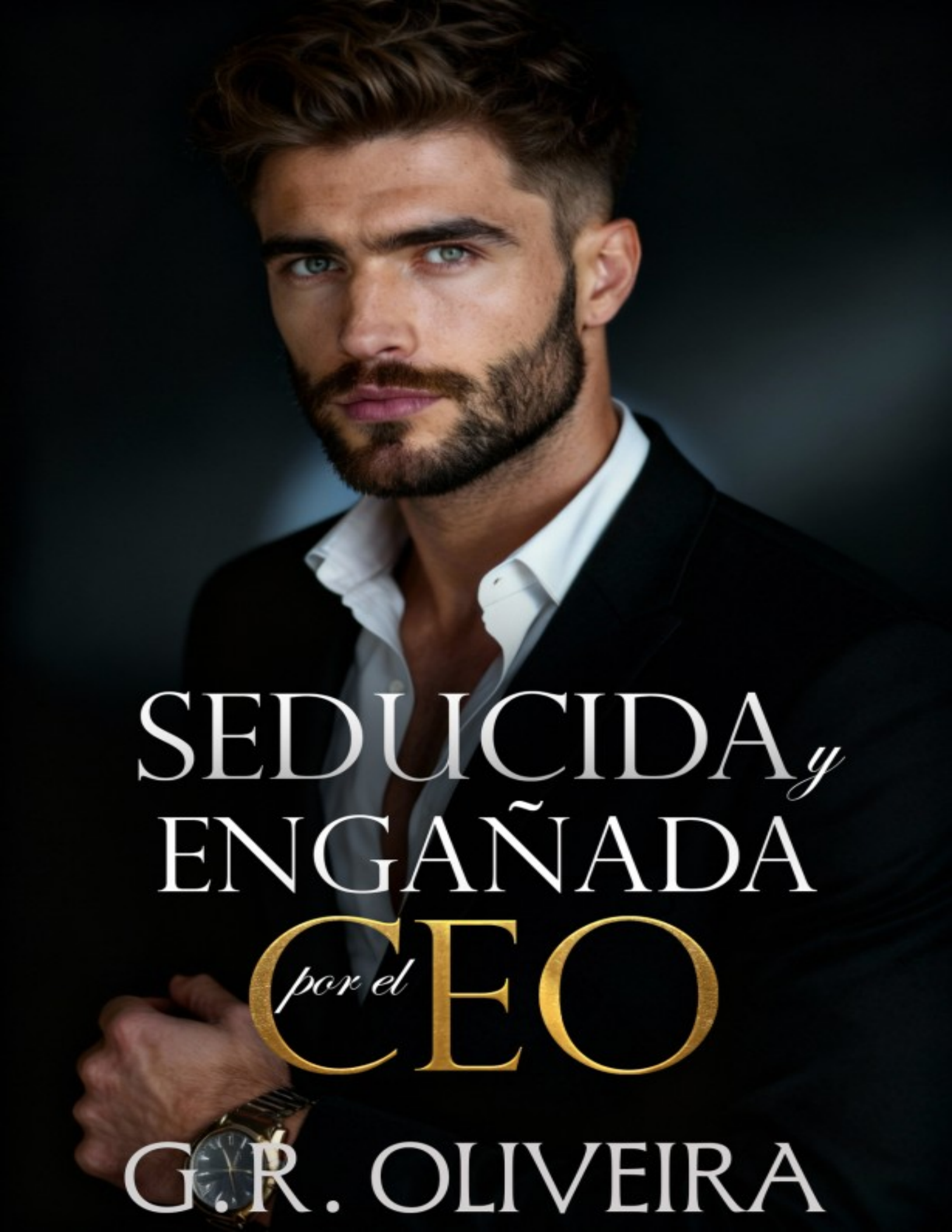

SEDUCIDA y
ENGAÑADA
por el
CEO
G. R. OLIVEIRA

SEDUCIDA Y ENGAÑADA POR EL CEO: UN ROMANCE DE PODER, VENGANZA Y MATRIMONIO POR CONTRATO
(2026)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



SINOPSIS

«Ella fue su mayor debilidad. Ahora, es su plan perfecto de venganza.»

Dionisio Salvatore siempre ha sido un hombre de decisiones firmes y pasos calculados. CEO de una de las empresas más influyentes del país, padre soltero y marcado por el pasado, regresó a Brasil con un único objetivo: ajustar cuentas con la mujer que una vez amó.

Daniela Almeida fue su mayor debilidad… y la herida que nunca cerró.

Años atrás, ella lo obligó a creer que lo había traicionado. Lo hizo para salvarlo. Para protegerlo. Pero Dionisio nunca supo la verdad. Y ahora ha vuelto dispuesto a utilizarla del mismo modo en que cree que fue utilizado.

Daniela, por su parte, siempre ha vivido atrapada en una montaña rusa de emociones. Cuando Dionisio reaparece como su jefe, frío, distante y peligrosamente seductor, comprende que el pasado no está enterrado… solo esperando el momento de cobrarse su precio.

Lo que comienza como un juego de poder y humillación pronto se convierte en una guerra silenciosa, donde el deseo, el resentimiento y la atracción se mezclan sin control.

Hasta que una última noche lo cambia todo.

Una confesión tardía. Una traición malinterpretada. Y una consecuencia imposible de ignorar: un embarazo inesperado.

Ahora, obligados a convivir entre secretos, reproches y una pasión que se niega a desaparecer, Dionisio y Daniela deberán enfrentarse a la verdad más peligrosa de todas: el amor nunca fue el enemigo… pero la venganza sí.

Porque en este juego, perder el control puede costar mucho más que el corazón.

INCLUYE:

• CEO PODEROSO Y MANIPULADOR • JEFE Y EMPLEADA • DIFERENCIA DE EDAD • VENGANZA • MATRIMONIO POR CONTRATO • EMBARAZO INESPERADO • SECOND CHANCE • ENEMIES TO LOVERS



SINOPSIS

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR



PRÓLOGO

El mundo podía ser una tormenta implacable, pero entre sus brazos siempre encontraba mi puerto seguro…

DANTE SALVATORE

Hace dos años

Nunca me gustaron las interrupciones fuera de mi horario laboral, y cuando Theodore insistió en que fuera con él a esa discoteca en la ajetreada noche del viernes, me negué varias veces.

Sin embargo, el cansancio de las largas semanas de trabajo intenso acabó venciéndome y, aunque de mala gana, terminé cediendo a la persuasión de mi amigo. Allí estaba yo, en medio de la pulsación

rítmica de la música y de las luces deslumbrantes, ya arrepentido de haber ido.

Me encontraba en la zona VIP, por encima de la pista de baile frenética, observando a la multitud moverse en un flujo incesante. El ruido ensordecedor parecía una mezcla caótica de risas, conversaciones animadas y bases electrónicas que resonaban en mi cuerpo.

Mis ojos recorrieron el lugar, revelando una mezcla ecléctica de personas, todas inmersas en su propio mundo de diversión nocturna y, de algún modo, me parecía un desperdicio absoluto.

—Al menos finge que te gusta el sitio, Dante —provocó Theodore con una sonrisa presuntuosa, alzando su copa de champán para un brindis imaginario, ya que en ese momento yo no bebía.

Puse los ojos en blanco, respiré hondo y conté mentalmente hasta cinco.

—Soy pésimo fingiendo. En cualquier cosa —enfatizé cada palabra, mirándolo fijamente.

Theodore se rió, acostumbrado a mi brutal sinceridad, antes de volver su atención a la concurrida pista de baile. A pesar de mi reticencia inicial, me permití relajarme un poco.

Al fin y al cabo, estar allí era una oportunidad para escapar de las preocupaciones del mundo corporativo y de la rutina monótona en la que me metía día tras día.

Finalmente, decidí acompañar a Theodore con algo de alcohol para ver si lograba animarme de alguna manera. La cerveza que sostenía, aunque no era mi elección habitual, empezaba a calentarme el cuerpo y a aliviar una tensión que ni siquiera había notado que cargaba.

Entonces, como si el destino decidiera intervenir en mi noche de autodescubrimiento forzado, mis ojos se quedaron prendidos de una figura en la pista de baile. Divisé a una hermosa morena, con el cabello

brillante que relucía a medida que se movía con gracia y seguridad bajo mi mirada. Su vestido rojo realzaba sus curvas de forma hipnotizante, y su expresión mostraba una alegría contagiosa mientras bailaba sin importarle el mundo a su alrededor.

Observarla hizo que mi corazón se acelerara un poco más, como si ella trajera una sensación agradable, disipando toda mi apatía anterior. En realidad, estaba intrigado, fascinado por aquella desconocida que parecía tan cómoda consigo misma, incluso en la atmósfera abarrotada y caótica de la discoteca.

—Parece que por fin he encontrado a alguien interesante aquí —comentó Theodore, alzando una ceja de manera sugestiva y señalando con la cabeza hacia la mujer que yo observaba.

—¿A cuál de las dos? —pregunté, al darme cuenta de que iba acompañada por una amiga.

—A la del vestido negro.

Menos mal.

Decidí no decir nada; me guardé para mí el efecto momentáneo que la amiga de su objetivo había causado en mí. Cuando fui a comentarle algo, lo vi hablando con uno de los seguratas de la zona y ya supe lo que Theodore planeaba.

—Las has invitado —dije, adelantándome y dando un sorbo a mi cerveza, sin dejar de observarlas divertirse en la pista.

—Sí.

—No era una pregunta.

Theodore era impulsivo, al menos cuando no se trataba del trabajo. Era el CEO y presidente de SkyLink, la mayor empresa de aviación de América Latina, y yo trabajaba con él.

Aunque mi cargo cambiaba según hiciera falta, también desempeñaba el papel de CEO en su empresa, ayudándolo siempre que era necesario, ya que poseía un alto porcentaje de la compañía.

Respiré hondo y le di la espalda, dirigiéndome hacia el lado opuesto del salón VIP.

—¿Qué vas a hacer?

—Mear. ¿Ahora eres el inspector de meadas? —repliqué, y él no respondió, solo negó con la cabeza en desacuerdo—. Eso pensaba.

Sin darle tiempo a contestar, fui al baño y pensé en muchas cosas por el camino. Era extraño para ser viernes, pero en ese momento lo que quería era estar trabajando.

—*¡Joder, Dante! ¡Concéntrate en otra cosa!* —me espeté a mí mismo después de salir del baño y volver al lounge.

Cuando regresé a la zona VIP, mis ojos se dirigieron automáticamente hacia Theodore, que ahora estaba inmerso en una conversación animada con la mujer a la que había invitado. Respetando su intimidad, decidí no interrumpir el momento y, en su lugar, dejé que mi mirada recorriera el local, buscando a la mujer misteriosa que tanto me había intrigado. Mi búsqueda no duró mucho y enseguida la vi, de pie junto a la barra del bar. Parecía radiante, y su energía resultaba contagiosa.

Cogió una copa, y aquel gesto casual no hizo sino aumentar mi fascinación por su presencia. Era innegable que poseía una belleza rara y cautivadora, pero había algo más en ella, algo que me atraía de una forma que nunca había experimentado antes.

Resultaba curioso, porque siempre había valorado la inteligencia y el carisma por encima de todo. Con los años, aprendí a apreciar las conversaciones estimulantes y las conexiones significativas. Sin embargo, en ese instante, mientras la observaba de reojo,

comprendí que había algo poderosamente atractivo en la forma en que se movía, en cómo su sonrisa iluminaba todo a su alrededor.

Mi mente empezó a divagar, imaginando cómo sería hablar con ella, conocerla más allá de la superficie de mis pensamientos.

¿Sería tan envolvente e interesante como sugería su apariencia?

Me descubrí fantaseando con compartir historias, risas y pensamientos profundos con aquella mujer de la que apenas lograba apartar la mirada. Sin embargo, cometí un error.

Un error terrible y jodido.

Admirar a una mujer como si fuera una obra de arte era un fallo, porque no siempre somos los únicos espectadores. Y, dicho esto, otro hombre se le acercó…

Di una vuelta por el local, intentando borrar su imagen de mi cabeza, pero fue inútil. Cuando regresé, la escena había empeorado: se estaban besando.

Siempre me gustaron los dichos, y había uno que encajaba a la perfección con aquella situación: hay tres cosas en la vida que nunca regresan: la flecha lanzada, la palabra pronunciada y la oportunidad perdida.

Yo había perdido la mía y estaba furioso conmigo mismo; al fin y al cabo, el error había sido únicamente mío.



Theodore desapareció durante casi una hora y luego regresó al vestíbulo.

—Te preguntaría dónde estabas, pero me hago una idea —dije, al notar la sonrisa ladeada en su rostro.

—¿Me has echado de menos?

—Jamás —respondí, mirando ahora hacia la hermosa morena, que ya no estaba con el hombre, sino hablando por teléfono con alguien.

—¿Cómo se llama la mujer que estaba en la suite?

—Ana Júlia.

De pronto, una figura femenina se colocó entre los dos y reconocí a la mujer a la que llevaba varios minutos observando.

—¿Mi amiga viene de verdad? —preguntó sin rodeos, y supuse que hablaba por teléfono con Ana Júlia.

—Sí. Por cierto, me llamo Theodore, y este es Dante.

—Encantada —dijo, sonriente—. Me llamo Marcela.

Me esforcé por mantener una expresión serena, pero no lo conseguí. Mi atención se centraba casi por completo en ella mientras sus ojos se encontraban con los míos. Mi mente vagaba, intentando adivinar qué pensaba, qué ocultaban aquellos ojos profundos y misteriosos.

Marcela sonrió, como si comprendiera parte de lo que me pasaba por la cabeza. El sonido de su risa fue como música para mis oídos y no pude evitar devolverle una breve sonrisa.

Y yo nunca sonreía.

—He vuelto.

No me di cuenta de cuándo se acercó Ana Júlia y, de pronto, los cuatro formábamos una especie de círculo improvisado.

Cuando me disponía por fin a abrir la boca, se acercaron varios inversores de la compañía y algunos empresarios, y supe que la diversión había terminado.

En mi caso, ni siquiera había empezado. No niego que, al principio, deseaba encontrar a alguien con quien hablar de negocios dentro de la discoteca, pero esa idea se vino abajo en cuanto la vi.

—Tengo que irme ya. Espero que lo paséis bien —dijo Theodore, mientras observaba a Ana Júlia.

De reojo, miré a Marcela, con su sonrisa habitual. Luego bajó la vista al móvil y vi preocupación en su rostro.

—No podemos quedarnos mucho tiempo, amiga —dijo, y Ana Júlia asintió.

—De acuerdo.

—Ha sido un placer conoceros —dijo Marcela, alternando la mirada entre Theodore y yo, deteniéndose en mí más de lo habitual; yo hice lo mismo, sin disimular.

—Hasta… —dijo Ana Júlia, y acto seguido ambas se dieron la vuelta y se alejaron.

Las observé mientras se marchaban y algo dentro de mí se sentía ridículamente extraño.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —respondí, mirando a mi amigo—. Vamos. Tenemos mucho de qué hablar con esos inversores.

—¡Joder, Dante! ¿De verdad ver a esos tipos te ha puesto así de contento? —preguntó, incrédulo.

—Mucho.

Le mentí, pero en el fondo sabía que mi entusiasmo tenía nombre y que había dejado escapar otra oportunidad en mi vida.

Aun así, muy dentro de mí, sabía que volveríamos a cruzarnos y que la próxima vez no me limitaría a admirarla; la haría mía, o no me llamaba Dante Salvatore…



CAPÍTULO 1

Como una pintura inacabada, la belleza de la vida reside en las posibilidades aún no exploradas…

MARCELA NOVAES

Días actuales

Siempre me miraba al espejo por la mañana durante unos segundos, esperando que mi alma regresara al cuerpo. Necesitaba ese tiempo al despertar; así se completaba el «descargado» y el sueño se olvidaba en parte.

—¡Enderézate, mujer! —me dije a mí misma y, por fin, empecé con mi higiene personal exactamente a las 5:15.

Esa era mi rutina: me despertaba a las 5:10 y me quedaba cinco minutos observando mi reflejo, deseando mentalmente que el día saliera bien.

Después de arreglarme, preparé el desayuno y, a continuación, fui al cuarto de mi madre, que aún dormía. Me senté a su lado y le di un beso en la frente, sonriendo; ella se despertó enseguida.

—Buenos días, flor del día —le dije, y respondió al momento con una sonrisa.

—Buenos días, hija.

—He preparado el desayuno y he dejado todo listo para usted.

—No sé qué haría sin ti, hija.

—Mamá… no digas eso.

Mi madre se llamaba Madalena y tenía sesenta y seis años. Vivíamos ella, yo y mi hermano, Manoel, que tenía doce.

A simple vista, cualquiera se daba cuenta de que en nuestra familia éramos fans de los nombres que empezaban por la letra «M».

—Ya me levanto, hija. Tu hermano duerme más que la cama y, si lo dejo, no sale de casa para ir al colegio.

—Lo sé bien.

Vivíamos en São Paulo, en la capital, en pleno corazón de la ciudad.

Por eso, cualquier sitio en los extremos de la capital quedaba lejos, sobre todo mi trabajo. Cogía tres autobuses para llegar a la

oficina, en la Avenida Paulista, y el primero pasaba por delante de mi casa alrededor de las 6:15.

Por suerte, el colegio de mi hermano pequeño estaba a dos manzanas, y mi madre, ya jubilada, lo llevaba y lo recogía todos los días. Era el tipo de madre que esperaba a que el hijo entrara en el colegio, asegurándose de que estuviera dentro cuando iba a recogerlo.

—Cómete todo lo que he preparado para el desayuno, mamá. Últimamente está comiendo muy poco.

—¿Ahora hemos cambiado los papeles, hija? —preguntó, divertida, mientras se levantaba, y yo sonreí.

—Me preocupa usted. Los últimos análisis mostraron déficit de vitaminas.

—Ay, hija…

—No —la interrumpí, algo más seria—. Le prometí al médico que comería mejor y voy a cumplir mi parte.

—Está bien, pero no quiero cargarte más de lo que ya estás.

—Estoy bien, no se preocupe tanto.

Mi madre tenía algunos problemas de salud, entre ellos diabetes tipo 2, y eso me dejaba extremadamente preocupada en los días de crisis más fuertes.

—De acuerdo. Ya me voy; cualquier cosa, llámame.

—Hecho, hija.

Salí de casa y me senté en el banco de la parada mientras esperaba el autobús, reflexionando sobre mi vida.

Me acostumbré a ser la responsable de la casa cuando mi padre falleció, dos días después de que yo cumpliera dieciocho años. Ahora

tenía veinticinco y, desde entonces, había asumido un nuevo papel en nuestro hogar: ser la sostén de la familia.

Trabajaba en una empresa de material escolar y, recientemente, me habían ascendido a jefa de departamento. Podía decir que el día de ese ascenso fue uno de los mejores de mi vida, porque arrastrábamos muchas deudas con el Estado e incluso con un usurero.

En el arte de ser pobre, yo tenía máster, doctorado y ya iba camino de la última posgraduación. Sería cómico si no fuera trágico, pero estaba haciendo todo lo posible por pagar las deudas que había contraído mi padre, y sabía que algún día lo lograría.

—Yo solo quería un CEO rico para llamar mío… —aparté esos pensamientos, sonriendo como una tonta—. Perdóname, Dios, estoy agradecida por tener salud y fuerzas para trabajar; eso es lo más importante.

Pero si me cayera un CEO en el regazo…

Últimamente estaba viviendo en un cuento de hadas, y todo gracias a mi amiga Ana Júlia, mi antigua vecina. Su historia daría para un libro precioso, y yo estaba feliz de que hubiera encontrado en Theodore al hombre de sus sueños.

Se conocieron en la discoteca a la que fuimos juntas y, aquella misma noche, se quedó embarazada. Sin embargo, el giro inesperado de la historia fue que su amado era estéril y, antes de aclararlo todo, estalló una pelea enorme porque él negó ser el padre de los bebés, aferrándose a su condición médica, ya que Theodore no creía en Dios.

Tras mucha resistencia, decidió hacerse la prueba de paternidad y, para su sorpresa, descubrió que los milagros existen, se crea en ellos o no. Después de eso, bueno… Ana Júlia no se lo puso nada fácil, y yo me divertía escuchándola hablar del tema.

Quizá fuera un poco masoquista, lo confieso, pero resultaba agradable ver a un hombre de ese tamaño sufrir en manos de una

mujer pequeña.

Se lo merecía.

Si hubiera sido yo, lo habría hecho sufrir aún más. Pero mi amiga tenía un corazón más flexible; el mío… era duro como una piedra. Ahora, ambos y la familia de ella vivían en la mansión de Theodore y eran felices con sus dos bebés preciosos y traviesos, que llenaban aún más de alegría sus vidas.

¿Quién diría que todavía existían hombres de fiar?

Mi experiencia personal no había sido la mejor, sobre todo por culpa de mi padre. No era de fiar y fue infiel varias veces antes de fallecer. Mi madre siempre le daba una oportunidad más, pero yo no estaba de acuerdo.

Conmigo solo se fallaba una vez; no concedía segundas oportunidades a traiciones ni decepciones. Por esas y otras razones, desconfiaba de los hombres, y la culpa era enteramente suya.

Aparté esos pensamientos; empezar la mañana con ideas negativas no hacía ningún bien.

Llegué puntual a las 8:00 a mi trabajo y saludé a todos, incluso a quienes no me tenían mucha simpatía, porque yo era así. Sin embargo, noté que las expresiones de la gente no eran las mejores.

«Lunes, todo normal», pensé.

Fui a mi despacho, que compartía con otras compañeras, y me di cuenta de que allí también se respiraba desánimo, algo raro, ya que éramos el departamento más bromista de la empresa.

—¿Qué caras son esas? —le pregunté a Kátia.

—Despidos, amiga.

—¿Cómo que despidos?

Siempre había sido directa, pero no imaginaba que ese fue

—Tal como lo oyes. Han despedido a algunas personas y Saulo está hablando uno por uno con todos, incluso con quienes no han sido despedidos.

Saulo era el director general y una de las figuras más poderosas allí, ya que rara vez veíamos a los dueños de la empresa.

—Tranquila, amiga, todo saldrá bien —intenté calmarla.

—Eso espero.

Durante unos minutos me concentré en el trabajo. Sin embargo, de repente oí a Saulo llamarme.

—¡Marcela! ¡Ven a mi despacho!

Con el corazón encogido, pensé en las posibles consecuencias: o me despedirían o tendría que despedir a alguien, y ambas opciones me entristecían por igual.

—Cierra la puerta y siéntate —me indicó en cuanto entré.

—¿Algún problema?

Se quitó las gafas, suspiró hondo y me miró fijamente.

—Sí, la empresa atraviesa un problema grave.

—¿Qué tipo de problema? —pregunté, ya con una oleada de ansiedad recorriéndome.

—Los propietarios se declararán en quiebra si no tomo medidas drásticas. Por eso estamos recortando gastos de personal y, por desgracia, estás entre los despedidos.

La noticia me golpeó como un puñetazo; no estaba preparada.

—Saulo, necesito este trabajo —dije, desesperada.

—Todos lo necesitamos, pero el 80 % de los jefes será despedido. Y aunque admiro tu trabajo, como fuiste la última en ser ascendida, los dueños han decidido quedarse con quienes llevan más tiempo en la empresa. Lo siento, Marcela.

Intenté controlar las lágrimas y el temblor. Llevaba seis años allí, había rechazado otras ofertas de empleo e incluso una propuesta de Ana Júlia para trabajar en SkyLink, convencida de que mi futuro estaba en esa empresa.

Ahora, me estaban despidiendo.

—¿No hay nada que pueda hacer? —pregunté, buscando desesperadamente una salida.

—Lo siento, pero la decisión ya está tomada. Te deseo éxito en tu próximo reto. Conozco tu potencial, pero, por desgracia, estás despedida.

De forma automática recordé un dicho muy popular y comprendí que era cierto: todo el mundo es sustituible, independientemente del trabajo que haga.

La noticia no suponía solo la pérdida de mi empleo, sino también de una parte de la esperanza de sacar a mi familia de las deudas que había contraído mi padre antes de su muerte…



CAPÍTULO 2

El verdadero valor de un momento no se encuentra en su duración, sino en la intensidad con la que se vive…

DANTE SALVATORE

—Ya sé qué quieres de mí, Theodore.

—¿Ah, sí?

—¡Joder! ¿Te crees Spiderman o qué, para andar escalando paredes, imbécil?

El muy desgraciado se limitó a sonreír, y mi impulso instintivo fue golpearlo, pero eso solo le causaría más dolor. Con la pierna rota ya

tenía suficiente.

—Créeme, no quería alejarme de la empresa, pero tú serás el nuevo CEO de SkyLink durante, como mínimo, seis meses. ¡Enhorabuena! —se burló al terminar la frase, y vi diversión en su expresión.

No es que no fuera capaz de hacer ese trabajo; al fin y al cabo, yo era uno de los CEO de la compañía. Sin embargo, odiaba que me pillaran desprevenido. Era muy metódico con todo lo relacionado con mi trabajo.

—Cuéntame qué hiciste para dejarte así la pierna derecha.

Estábamos hablando en su mansión y, los fines de semana, solíamos reunirnos allí para charlar sin más y hacer una barbacoa, hablando de todo menos de la empresa.

Theodore no tenía muchos amigos, y eso se reducía prácticamente a mí y a Dionísio, mi hermano menor.

—Creo que ya te lo imaginas —bufó, contrariado, cambiando al instante de expresión y poniéndose mucho más serio—. Me subí a una escalera para cambiar la bombilla del exterior de la mansión. Era un sitio alto, pero el problema no fue ese, sino que la escalera estaba dañada y se partió por la mitad mientras quitaba la bombilla fundida. El final ya te lo puedes imaginar.

—¿Y qué dijo el médico?

—Que me recuperaré en unos meses, pero me rompí la pierna en dos puntos y tendré que hacer fisioterapia cuando me quiten la escayola. Por desgracia, todo el peso de mi cuerpo cayó sobre la pierna derecha.

Cerré los ojos un instante, imaginando el dolor.

—La próxima vez revisa la escalera y no te hagas el héroe. Sirves para muchas cosas, pero el trabajo manual no es una de ellas. Está claro.

No perdí la oportunidad de pincharlo, y él puso mala cara, sin que le hiciera ninguna gracia.

—Vete a la mierda, Dante.

—No. Tú serás el que esté hundido en ella estos meses, pero al menos estarás con tus hijos y podrás disfrutar de su segundo cumpleaños.

Bastó con mencionar a Sofía y a Miguel para que su rostro se iluminara; era evidente que pensaba en sus hijos.

—Sí, los disfrutaré mientras tú trabajas doce horas al día —me devolvió la provocación.

—Trabajar muchas horas no es un problema para mí; el problema es Dionísio…

Dionísio, mi hermano pequeño, trabajaba como secretario personal de Theodore. Aunque fuera de la empresa nos llevábamos bien, dentro la historia era distinta. Dionísio era el típico vago inteligente, de los que automatizan todo, y eso me sacaba de quicio.

Yo, en cambio, era de la vieja escuela, y mis cuarenta años no habían cambiado el inicio de mi trayectoria. Me gustaba mi forma de trabajar y no iba a ser un sistema inteligente el que modificara mis métodos, sobre todo porque siempre habían funcionado.

—No le va a gustar intercambiar funciones y ocupar tu puesto, Dante. Tenlo claro.

Nos miramos durante unos segundos y, de manera automática, esbozamos una sonrisa burlona.

—Es por Daniela, ¿verdad?

—Sí.

Mi hermano sentía algo por la prima de Theodore, y Daniela era del tipo autoritario, de las que imponían respeto —y miedo— a la mayoría de los hombres.

Dionísio, con su actitud perezosa y sarcástica, sería una presa fácil en sus manos. Para colmo, Daniela era bastante misteriosa y nadie sabía gran cosa sobre ella.

En resumen, era: reservada, autoritaria, irónica e inteligente. Una combinación demasiado compleja para que mi hermano la entendiera.

—Solo asumiré tu puesto si consigo convencer a Dionísio.

—¡Joder! No habías mencionado esa condición.

—Se me ha ocurrido ahora —dije, seguro de mis palabras—. Y no lo hago por lo que él sienta o deje de sentir, sino porque mi hermano necesita trabajar en algo de lo que pueda recoger frutos algún día. Es inteligente y sé que sería un CEO mejor que nosotros dos juntos.

—Pero es un vago y deja que el ordenador haga todo lo que puede.

—Desde luego —asentí—. Eso le ayudará a meterse en esta vorágine y, cuando vuelva a hacer otra cagada —señalé su pierna, negando con la cabeza—, tendrás a otra persona para ocupar tu puesto.

—¿De verdad crees que yo quería alejarme de SkyLink?

—Sé que no, pero no podemos prever el futuro.

Me quedé charlando con Theodore unos minutos más y, de reojo, vi a Ana Júlia, su esposa, acercándose hacia nosotros. Sin embargo, se detuvo para contestar el teléfono y, de inmediato, su expresión cambió.

Theodore y yo la observamos hablar a distancia, casi hipnotizados. Quien dijera que los hombres no eran cotillas no tenía ni idea; a diferencia de las mujeres, a veces cotilleábamos con la mirada, sin pronunciar una sola palabra.

Poco a poco se acercó, se sentó con nosotros y se la notaba muy preocupada.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Theodore al instante, y los dos nos fijamos en su rostro incierto.

—Marcela… me ha llamado llorando.

—¿Llorando?

—Sí, la han despedido.

Marcela Novaes…

Bastó con que pronunciara ese nombre para que recordara la primera vez que la vi, aquel día fatídico en la discoteca donde Theodore conoció a Ana Júlia.

Aunque no llegamos a hablar a solas, fue ella quien disipó mi desánimo cuando mis ojos se posaron en los suyos. Jamás olvidaría a aquella morena preciosa que bailaba con una gracia hipnotizante.

Recordé su forma de expresarse, cómo su pelo se movía en armonía con cada paso. El sonido de su risa era demasiado agradable para ignorarlo, haciendo que todo lo demás a nuestro alrededor dejara de importar.

El problema fue que, en aquel momento, pensé demasiado y no hice nada; en el fondo, me arrepentía.

Solo habría sido una noche y nada más; conmigo siempre era así.

Después de aquella ocasión, la vi al menos un par de veces más, allí mismo, en la mansión de Theodore. Aun así, no hice nada; fueron encuentros breves y ella estaba allí para ver a Ana Júlia.

Además, tenía una regla muy clara: no involucrarme con mujeres que compartieran amigos conmigo, y con Ana Júlia me había vuelto bastante cercano.

—¿Por qué la despidieron? —preguntó Theodore, y volví a la realidad, apartando mis pensamientos.

—Recorte de gastos. Según ella, la empresa en la que trabajaba se declarará en quiebra si no se toma una decisión rápida.

—Cariño, ya la invitaste varias veces a trabajar en SkyLink.

—Sí, pero entonces no aceptó porque quería crecer en la empresa en la que estaba, ya que trabajaba allí desde que cumplió la mayoría de edad. Pensé en ello cuando me llamó, pero quería hablarlo contigo antes.

—Invítala de nuevo. Por lo que me has contado, es licenciada en Administración; la colocaré en algún departamento.

Escuché la conversación de ambos y, de repente, se me ocurrió una idea. Una pésima idea.

—Ana Júlia, pregúntale si le gustaría ser mi secretaria durante un tiempo.

—¿Te has vuelto loco, Dante? —intervino Theodore, y negué con la cabeza.

—Piénsalo: entenderá la dinámica de toda la empresa y, cuando tú vuelvas al cargo y mi hermano regrese a ser tu secretario, ella sabrá en qué área encaja mejor. Así, Marcela comprenderá la empresa en su conjunto.

Ambos se miraron, sopesando mi propuesta.

Evidentemente, me daría algo de trabajo, porque tendría que orientarla en algunas cosas, pero no pasaba nada. Según Ana Júlia, era bastante inteligente.

—Estoy de acuerdo. El problema no es ese, sino tú.

—¿Cómo dices?

—Dante, eres el hombre más gruñón, bipolar y antisocial que conozco.

—¿Y eso qué tiene que ver? —crucé los brazos, mirándolo—. Aquí estamos hablando de trabajo, no de asuntos personales.

—Quiero decir que no me sorprendería que la hicieras desistir.

—En eso no te preocupes… —sonreí, asintiendo—. Haré todo lo posible para que evolucione… o para que se rinda.

—¿Cómo?

Los dos me miraron, incrédulos, y yo me encogí de hombros.

—Tiene que entender la presión de trabajar en SkyLink, igual que la afrontó Ana Júlia. Marcela no va a una colonia de vacaciones; va a trabajar. Daré lo mejor de mí para que aprenda, pero le exigiré según el cargo. Considero que ser mi secretaria, durante este periodo, es la segunda función más importante de la empresa.

—¿Qué te parece? —preguntó Theodore a Ana Júlia, que ahora me observaba.

—Mi amiga es decidida; aprenderá todo y lo llevará sin problemas.

—Entonces, no tendremos inconvenientes, ¿de acuerdo?

—Sí. Dante, eres mi jefe y nunca me has tratado mal. He aprendido contigo y con Daniela todo lo que sé. Así que confío en que

sabrás orientar bien a mi amiga. Tienes carta blanca para enseñarle cómo funciona la empresa.

—Ah, puedes estar segura de que la enseñaré bien…

Preveía que se convertiría en una empleada excelente en un mes o que presentaría su dimisión en la primera semana.

Solo el tiempo lo dirá…



CAPÍTULO 3

Dentro de cada tormenta habita la promesa del renacer, una oportunidad de empezar de nuevo con la esperanza renovada…

MARCELA NOVAES

Pasé toda la semana dándole vueltas a cuáles serían mis próximos pasos y solo hoy, domingo, llamé a Ana Júlia para hablarle de mi despido.

Sabía que era final de mes y que su trabajo en SkyLink se intensificaba bastante en esas fechas; por eso opté por no decir nada al principio. Sin embargo, me dijo que iba camino de mi casa y que quería hablar conmigo.

—Hija… tranquilízate. Eres inteligente y pronto encontrarás trabajo.

—Sé que puedo hacerlo, mamá. El problema es que allí el sueldo era muy bueno y tenemos… algunos asuntos que resolver —dije, con ansiedad, y ella entendió a qué me refería—. Las deudas que dejó papá se van a acumular y no podemos permitirnos dejar de pagar; al fin y al cabo, ya tuvimos que poner la casa como garantía con el usurero.

Aunque la vivienda ya no estuviera a nuestro nombre, los intereses eran altos y tenía que pagar doscientos mil reales más, que liquidaba con él mes a mes. Mi vida estaba complicada, pero tenía fe en que saldría adelante.

—Confía en Dios, todo irá bien.

—Confío, mamá.

Me quedé en el salón con ella y con mi hermano y, al cabo de unos minutos, Ana Júlia me escribió para avisar de que había llegado. Fui a abrirle; mi amiga me dio un abrazo fuerte al entrar. Después hizo lo mismo con mi madre y con mi hermano.

Como habíamos sido vecinas en el pasado, de vez en cuando se quedaba aquí conmigo o yo iba a su casa. Nuestras familias también eran muy cercanas y algunas veces llevaba a mi madre a la mansión donde vivía Ana Júlia, para que conociera y se relacionara más con Joana y Maria, la tía y la madre de mi mejor amiga.

—Poneos cómodos. Me voy a la cocina a preparar la cena.

—Está bien, mamá.

Cuando nos quedamos solas en el salón, Ana Júlia me cogió una mano y me miró con ternura.

—¿Estás bien, amiga?

—No —respondí, y se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar todo lo que había pasado esa semana—. No me esperaba este despido, y menos ahora que me habían ascendido. No sé qué hacer, Ana Júlia.

Además de ser mi mejor amiga, entendía algunos de mis miedos más profundos y era quien me daba fuerzas, porque yo tenía que ser fuerte por mi familia; al fin y al cabo, solo me tenían a mí.

Era extremadamente difícil mostrarse inquebrantable la mayor parte del tiempo, llorar a escondidas, multiplicarme para dibujar una sonrisa en la cara y fingir que todo iba bien. Pero llega un momento en que todo eso cansa, y mis fuerzas disminuían día tras día sin saber cómo recuperarlas.

—Te voy a ayudar, amiga.

—Por favor, no lo veas como una obligación, Ana Júlia —expliqué, con cautela, sabiendo que ella tenía su propia vida y no quería cargarla con mis problemas—. Saldré adelante —añadí, esbozando una leve sonrisa.

—Sé que lo harás, Marcela —respondió, apretándome la mano con un poco más de fuerza—. Y por eso quiero hacerte una propuesta.

—¿Qué propuesta?

—Ven a trabajar a SkyLink. He hablado con Theo y está de acuerdo. Eres licenciada en Administración y, con tu inteligencia, podrás ascender muy rápido.

Me quedé mirando a Ana Júlia, que parecía más ilusionada que yo al darme la noticia, y aparté la mirada, pensativa.

—Antes respóndeme a algo: ¿lo haces por pena, amiga?

—Claro que no. Siempre te he invitado a trabajar en SkyLink, pero dijiste que querías quedarte en tu empresa y crecer allí, lo cual no

estaba mal, pero… esto ha pasado.

Siempre di lo mejor de mí, y nadie podía negarlo.

En la empresa nunca falté sin motivo; cuando llegaba tarde, lo compensaba con horas extra y jamás me negué a hacer más cuando hacía falta. Además, hice todo lo posible por aprender de quienes me rodeaban y me llevaría conmigo todo ese aprendizaje.

—¿Trabajaremos juntas? Quiero decir, ¿en el mismo departamento?

—No. Bueno… esa era mi idea inicial, pero mis planes se frustraron, de una forma positiva.

Noté que dudaba y entrecerré los ojos, preocupada.

—¿Qué está pasando, Ana Júlia?

—Amiga… necesito saber algo antes: ¿estás preparada psicológicamente?

—¿Cómo? —me reí, nerviosa, y ella hizo lo mismo, lo que me tranquilizó un poco.

—Te conté que Theo se rompió la pierna intentando hacerse el Spiderman, ¿verdad?

—Sí —respondí sonriendo, al recordar su desesperación por teléfono.

—Pues… estará fuera de la empresa durante seis meses, y quien lo sustituirá será Dante. ¿Te acuerdas de él?

—¡¿Cómo olvidarlo?!

Dante Salvatore…

La primera vez que lo vi fue en la discoteca a la que llevé a Ana Júlia, y gracias a Dios lo hice, porque ella acabó casándose con Theo. En cierto modo, me sentía responsable de ello.

Recordaba que Dante me observó bastante aquella noche, pero terminé liándome con otro hombre. En mi cabeza, Dante no se acercó por ese motivo.

Siempre supe interpretar muy bien las miradas que me dirigían, y él, sin duda, me deseaba. La atracción era mutua, pero solo reparé en él cuando ya estaba besando a otro.

Puse los ojos en blanco al recordar el día fatídico en el que besé al hombre equivocado…

En cualquier caso, el pasado no podía cambiarse. El verdadero problema era que, a veces, me cruzaba con Dante en la mansión de Theo y Ana Júlia, a menudo sin camiseta.

Y eso sí que era una tentación.

No solo era alto, moreno y atractivo, sino que además tenía el cuerpo cubierto de tatuajes. Y yo no era precisamente una santa. Aun así, sabía separar las cosas y, como teníamos tantos amigos en común, evitaba mirarlo durante demasiado tiempo.

Lo difícil era borrar de la mente su imagen expuesta: nadando en la piscina, corriendo en la cinta con gesto serio o entrenando en la mansión…

—¡Amiga…!

—¿Sí?

—Te has ido por las ramas.

—Estaba pensando en Dante.

—Siempre supe que tenías un pequeño crush con él, pero nunca hiciste nada, a pesar de ser tan decidida —me guiñó un ojo, y yo sonreí de acuerdo.

—Tenemos muchos amigos en común; no haría eso. Y no lo voy a hacer.

—Ya…

—No es porque sea exactamente mi tipo que voy a poner todo en riesgo, pero… ¿cuál es el problema de que asuma como CEO en lugar de Theo?

—Como ya te conté, los dos son CEO de SkyLink y tienen grandes participaciones en la empresa. Por eso él ocupará el lugar de Theo. Dionísio, su hermano, es el secretario fijo de mi marido, pero, en palabras del propio Dante, los dos se matarían en la última planta y Dionísio no trabajaría con su hermano.

—Vale.

—Y ahí entras tú.

—¿Yo? —pregunté, intentando entender.

—Sí, Dionísio sustituirá a Dante.

—¿Solo intercambiarán los puestos hasta que vuelva Theo?

—Sí, y la propuesta para ti es que seas su secretaria durante esos seis meses.

Oír aquello me pilló desprevenida y no sabía si era buena idea.

Convertirme en la secretaria de un CEO exigía conocer muy bien la empresa, y yo no sabía nada.

—Amiga… no sé si es buena idea. Voy a estar perdida y ni siquiera conozco todos los procesos de la empresa.

—Precisamente por eso. Dante dijo que, entendiendo cómo funciona SkyLink, después de seis meses sabrás exactamente en qué área quieres trabajar, ¿entiendes?

—Entonces… ¿ya habéis hablado con él? —pregunté, inquieta.

—En realidad, la idea fue del propio Dante.

Eso sí que fue impactante de oír.

—¿Hablas en serio, amiga?

—Más de lo que imaginas. Él te explicará todo lo necesario y le dije que eres lo bastante inteligente como para asimilarlo todo muy rápido. Si aceptas, empiezas mañana mismo. Además, como la distancia es bastante grande, un chófer vendrá a recogerte y a traerte todos los días a tu casa; esa idea fue mía. Y una última cosa: el salario se hablará mañana directamente con Dante, pero te garantizo que será mejor que el que tenías como gerente en la empresa que te despidió.

Me quedé mirando a mi amiga, incapaz de decir nada. Me faltaban las palabras y aquello parecía un milagro de Dios, justo en el momento en que más lo necesitaba.

Le pedí ayuda y fue rapidísimo.

—Yo… ni siquiera sé qué decir, Ana Júlia —confesé, emocionada, abrazándola.

—Solo dime que aceptas.

—Sí, acepto. Las deudas son una motivación lo bastante fuerte, ¿sabes?

Ni me di cuenta de que había dicho algo que llevaba tiempo ocultando y cerré los ojos un instante.

—¿Cómo que deudas?

—Algún día hablaremos de eso.

—Marcela… —dijo, a su manera, algo nerviosa.

—Es en serio, amiga. No me gusta hablar de ello.

—Pero puedo ayudarte, tengo un poco más de dinero y…

—Precisamente por eso. No puedo aceptar ayuda de algo que… una parte de mi familia creó. Espero que lo entiendas. Pero ahora, gracias a ti, todo irá bien.

Vi en sus ojos que no le había gustado enterarse de que estaba endeudada, aunque se calmó unos segundos después.

—Sé que irá bien. Solo tengo que decirte una cosita más… —añadió, algo recelosa.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasa?

—Es que tu nuevo jefe no es precisamente una persona muy sociable, y eso son palabras de Theo. Es reservado, bastante frío y puede ser un poco brusco y antisocial.

—Va de gruñón y corazón de hielo —dije, y ella asintió con una sonrisa—. Mi antiguo jefe era así; sabré manejarlo. Solo no puede desnudarse delante de mí, porque si no…

—¡Marcela! —me reprendió.

—Vale, perdón. Me fui demasiado lejos. Eso no va a pasar, voy a trabajar. Dejaré para ver al buenorro sin camiseta en tu mansión, porque a él le encanta estar allí.

—Dante tiene su propia mansión, pero, como dice Theo, es bastante solitario y le gusta estar con nosotros; tiene que ver con su familia.

—¿Qué le pasó a la familia de Dante para que sea así?

—Ni yo lo sé, amiga, pero parece que fue algo serio. Theo nunca me contó los detalles y decidí no preguntar tampoco.

—Entiendo. Esta historia parece el guion de una novela romántica contemporánea en la que el CEO tiene el corazón frío por algún trauma del pasado y descarga su frustración en quienes lo rodean; la única diferencia es que no estamos en una novela romántica.

—Exacto —esbozó una leve sonrisa—. Antes de que se me olvide, el chófer estará en la puerta de tu casa a las siete, de lunes a sábado. ¿Te parece bien?

—¿Que si me parece bien? ¡Hija mía, yo me levantaba a las cinco y cogía tres autobuses para llegar al trabajo! ¡Respeta mi historia!

Nos echamos a reír y nos quedamos mirándonos; después, abracé con fuerza a mi amiga.

—Gracias por todo y por darme otra oportunidad. Voy a agarrarla con uñas y dientes, quiero decir… agarrar la oportunidad, ¿eh?

Ella volvió a reírse.

—Eres una payasa, Marcela, pero te quiero.

—Yo también te quiero, amiga…



CAPÍTULO 4

Las páginas del tiempo revelan no solo lo que somos, sino también los ecos de aquello que nos atrevimos a soñar…

DANTE SALVATORE

Aún no sabía en qué estaba pensando cuando propuse contratar a Marcela. Actué por impulso y, ahora, pensándolo en frío, sabía que tendría que explicarle muchas cosas, y eso comprometería bastante mi trabajo.

Había llegado más temprano a la empresa y, cuando vi a Dionísio, mi hermano, me di cuenta de que estaba contento. El pobre no tendría que aguantarme y, lo confieso, a mí también me alegraba la idea.

—Día precioso, ¿no?

—Ahórrate tus bromitas, Dionísio —puntualicé, con cara de pocos amigos, mirando mi Rolex, que marcaba las 7:30—. Tienes un último encargo antes de asumir mi puesto.

—¡Y una mierda!

—¡Pues sí! —repliqué, y nos quedamos mirándonos como si quisiéramos matarnos, y eso que llevábamos menos de un minuto frente a frente—. Ana Júlia ocupará mi lugar hoy, y tu trabajo es explicarle, aunque sea por encima, cómo funciona el puesto de secretario de un CEO a Marcela; al fin y al cabo, ese papel lo haces tú.

—Luego dicen que el vago de la familia soy yo —replicó, y cerré los ojos contando hasta cinco.

Dionísio tenía el don de provocarme, y yo me irritaba con facilidad allí dentro, en SkyLink. Incluso descubrí que los empleados habían hecho una votación secreta y me habían "elegido" el más gruñón y malhumorado de la compañía.

Me dieron ganas de despedir a quien inició aquello porque, en vez de trabajar, estaba cotilleando, pero lo dejé pasar. No estaba equivocado: yo era un auténtico demonio en el trabajo, y por eso las cosas fluían en lo laboral.

Al menos en ese aspecto, porque mi vida personal era un completo caos.

—Haz solo lo que te he pedido.

—¿Por qué no quieres hacerlo tú? ¿Tienes miedo de que ella se rinda al ver lo malhumorado y borde que eres?

—Sí. La verdad es que tienes razón.

—¿En serio?

—En parte. Odio tener que enseñar el trabajo a la gente, pero di mi palabra a Theodore y a Ana Júlia.

—Dime, hermano… si no tienes paciencia, ¿por qué se te ocurrió de repente esa idea?

—Porque quería atraerla de alguna manera. ¿Contento?

—Ya… —arqueó las cejas, desconfiado, intentando leer entre líneas, pero no lo conseguiría.

—¿Ya has terminado, Dionísio?

—Sí, y te echaré una mano, no por ti, sino por Marcela. Es una mujer estupenda; hemos hablado algunas veces en la mansión de Theo y, además, yo…

—No me interesa —lo interrumpí, pasándome la mano por el pelo, irritado por la voz de mi hermano—. No quiero saber qué hablasteis o dejasteis de hablar, ¿entendido?

—Iba a decir que hubo cierta química entre nosotros y que por eso haré esto —provocó, y entonces hice algo que rara vez hacía: sonreír. Crucé los brazos y me quedé mirándolo, con una sonrisa en los labios.

¿Ese desgraciado pensaba que engañaba a quién…?

—¿Cuál fue tu primera frase cuando entraste en mi despacho? —pregunté, sin dejar de mirarlo.

—¡Ni idea, joder! —respondió, irritado, sin entender adónde iba, aunque pronto lo haría.

—Te refresco la memoria: «Día precioso, ¿no?».

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, Dante? ¿Qué tiene eso que ver con esa sonrisita presuntuosa?

—Muy sencillo, querido hermano: estás así de feliz porque vas a trabajar con la prima de Theodore, Daniela.

Y solo con terminar la frase, su expresión cambió de forma drástica, adoptando una postura seria. Eran contadas las veces en que se quedaba sin reacción, pero aquella era una de ellas, y supe que había dado en su punto débil.

—Vete a la mierda, Dante.

—No hace falta que lo ocultes, todo el mundo lo sabe. Quizá incluso ella, ¿no crees? —le piqué, y se fue poniendo cada vez más nervioso—. Así que no me vengas con ese discursito de que te gusta Marcela, porque no es así.

—Es verdad. Además, no voy a competir por una mujer con mi propio hermano —me devolvió en la misma moneda, aunque lo mío con ella no era exactamente eso; había algo más.

No iba a negar que había algo en aquella morena provocadora que me llamaba la atención y, por muy peligroso que fuera, no entraría en detalles, porque ni yo mismo sabía exactamente de qué se trataba.

—Como quieras… —aparté la mirada, fijándola en el portátil frente a mí—. Ve a hacer tu trabajo y a recibirla. Espero que el día sea productivo y que lo aproveches para trabajar, algo que sueles evitar.

—Mierda… algún día acabaremos a puñetazos aquí dentro.

—Sí, y probablemente saldrás perdiendo, querido hermano pequeño y vago.

MARCELA NOVAES

Me sentía como una celebridad.

Tal y como prometieron, un chófer me recogió en la puerta de mi casa y emprendimos el camino hacia mi nueva empresa. Como soy una persona sencilla, charlé con el hombre, Agnaldo, durante todo el trayecto. Al fin y al cabo, sería mi chófer personal.

Chófer personal…

Solo pensarlo ya me hacía sentir un poco tonta. Ganar unas horas más de sueño, sin duda, tendría un impacto positivo en mi rendimiento. No iba a ser un jefe ogro y frío quien me arruinara el ánimo. O quizá sí.

Normalmente era una mujer firme en determinados momentos, sobre todo cuando sabía que tenía razón. Allí no sería distinto, pero tendría que ser humilde, ya que él había sido mi primer benefactor y yo aún no conocía los procesos de SkyLink.

Al entrar en la empresa, vi a Dionísio, que se acercó con una sonrisa. Era justo lo contrario de su hermano. Mientras uno era bromista, divertido y hablador, el otro era exactamente lo opuesto. A veces pensaba que Dante me ignoraba a propósito cuando coincidíamos en la mansión. Pero, al parecer, el problema era él, no yo.

—Buenos días, Marcela. ¿Preparada?

—Buenos días, Dionísio. Sí, lo estoy —respondí sonriendo, y él asintió.

—Hoy voy a presentarte un poco el trabajo.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, recordando que Ana Júlia había dicho que Dante sería el encargado de formarme.

—No. Ana Júlia sustituirá hoy a mi hermano. Como soy el secretario fijo de Theo, voy a orientarte en algunas cosas. A partir de mañana estarás bajo la supervisión del verdugo sin corazón que es mi hermano.

Me reí por la descripción, pero él no la acompañó.

—No debe de ser tan terrible —argumenté, aunque Dionísio mantuvo el gesto serio.

—¿Terrible? ¡Es un reto como jefe! Eso sí, quiero a mi hermano… fuera del trabajo, claro.

—Entendido —dije, adoptando una actitud más reservada al notar que no estaba bromeando.

—Empezaremos presentándote los principales retos del puesto. Pregunta todo lo que se te pase por la cabeza. No dudes.

—Lo dejo en tus manos.

—Primero vamos a conocer los distintos departamentos, planta por planta. Te explicaré qué se hace en cada uno y cuál será tu papel.



El día fue largo.

Creo que caminé unos diez kilómetros por la empresa, desde el edificio principal hasta las instalaciones donde se realizaban los vuelos. El lugar tenía treinta y cinco plantas y su área total era inmensa, casi como un aeropuerto.

Además de ese recorrido, pasé por cada departamento al menos tres veces: la primera para comprender SkyLink y las demás para entender cuál sería mi papel como secretaria. Admito que estaba inquieta por la cantidad de información, y mis apuntes ya ocupaban varias páginas.

—No te preocupes tanto.

—¿Se nota tanto? —pregunté mientras regresábamos al departamento en el que él trabajaría con Ana Júlia.

—Se nota. Con el tiempo le cogerás el truco. No es tan complicado como parece.

—Por lo que dices, el complicado es tu hermano.

—Desde luego —soltó una risa maliciosa—. Pero Theodore tampoco es precisamente un ejemplo de alegría como CEO. Es más o menos lo mismo, solo que Dante es un poco más reservado; a cambio, daría la vida por la empresa y se toma el trabajo muy en serio. Vive por y para SkyLink.

Por un impulso, estuve a punto de preguntarle si eso tenía que ver con su familia, pero gracias a Dios mi cerebro reaccionó a tiempo al recordar que eran hermanos y evité cometer esa metedura de pata monumental.

—No te preocupes, daré lo mejor de mí.

—Eso ya lo sé.

Llegamos al departamento de Ana Júlia y enseguida él se fue al despacho que ocuparía a partir de mañana. Yo me quedé un rato con

Ana Júlia y con Daniela, la mujer más guapa y malhumorada que conocía.

—Pensé que no iban a contratar a cualquiera como secretaria de la empresa; me equivoqué —provocó Daniela, con una sonrisa en los labios.

—Vas a tener que aguantarme, guapa —dije, dando una pequeña vuelta sobre mí misma, y las dos sonrieron.

En los últimos dos años, además de estrechar aún más los lazos con Ana Júlia, Daniela y yo nos habíamos hecho muy amigas. Nuestro deporte favorito era picarnos mutuamente, y nos encantaba.

—En teoría, no. Dante se encargará de eso.

—Mis condolencias por adelantado.

—¿Por qué todo el mundo cree que es tan difícil de tratar?

—Yo no lo creo —intervino Ana Júlia—. Al menos conmigo fue súper atento.

—Claro, amiga. Estabas de "castigo" aquí en el departamento. ¿Cómo iba a empeorar algo que ya estaba totalmente jodido?

—Cuida el lenguaje, Daniela. Soy tu jefa, no lo olvides —replicó Ana Júlia, y esta vez me tocó a mí sonreír.

—Nuestra mascota anda muy respondona —comenté, y Ana estuvo de acuerdo. Automáticamente, Daniela cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—Soy la mayor de las tres, tengo treinta y un años, para que lo recuerdes. Y no soy la mascota de nadie, no me tratéis como tal.

—Pero eres la más mona de las tres —respondí, pellizcándole la mejilla. Lo odiaba. Lo odiaba de verdad.

—Lo que tú digas. ¿Y qué haces aquí?

—Solo venía a despedirme de vosotras. Ya he conocido la empresa y mañana empieza de verdad mi trabajo.

—Lo vas a lograr, amiga —dijo Ana Júlia, cogiéndome la mano y transmitiéndome fuerza.

—Yo ya lo dudo un poco. La inteligencia no es precisamente el punto fuerte de nuestra amiga —replicó Daniela, y fruncí el ceño.

—Para tu información, aprendo rápido y seré la mejor empleada de la empresa.

—Difícil quitarme ese mérito a mí —provocó, y yo sonreí con sorna ante su desafío.

—Ya lo veremos, guapa.

Ana Júlia se limitó a mirarnos y reírse, sabiendo que no teníamos remedio.

Todas nuestras reuniones acababan con una de las tres provocando a otra, y ya nos habíamos acostumbrado a esa dinámica. Y eso era, precisamente, lo que más me gustaba de nuestra amistad.



CAPÍTULO 5

Nuestras almas son jardines, donde cada pensamiento sembrado florece en acciones que dan forma a nuestro destino…

MARCELA NOVAES

No sabía exactamente por qué, pero me sudaban las manos a medida que el ascensor subía hacia la última planta, el lugar donde trabajaría con Dante.

A solas.

Me enteré de ese «detalle» hoy, martes, y algunos pensamientos involuntarios se colaron en mi cabeza. Mi lado más pícaro resultaba

persuasivo en ciertos momentos.

—¡No pienses en esas cosas, mujer! —me dije a mí misma—. No hay la menor posibilidad de que pase algo. Piensa en tu vida y en el dinero que necesitas.

Tenía esa costumbre, como tantas personas, de hablar conmigo misma e incluso aconsejarme en distintos momentos. Digamos que no era la mejor consejera, porque de vez en cuando cometía algún desliz conmigo misma, y eso era peor que aconsejar a los demás.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, a unos metros de mí, vi a mi nuevo jefe. Estaba de espaldas, aparentemente colocando unos documentos sobre mi mesa. Me permití observarlo durante unos segundos. El hombre, de espalda ancha e imponente, incluso ligeramente inclinado mientras ordenaba los papeles, transmitía seguridad y presencia.

Recordé la primera vez que lo vi en la discoteca, y eso no había cambiado. Ni siquiera se esforzaba por hacerse notar.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar ahí mirándome? —una voz grave y áspera interrumpió mis pensamientos.

¿Acaso este bombón tiene ojos en la nuca?

—Ah… no quería interrumpir lo que estaba haciendo. No sabía que se había dado cuenta de mí.

—No me di cuenta, pero oigo ruidos, como el del ascensor al abrirse y cerrarse —su voz sonó ahora ligeramente ronca, y ni siquiera se giró para hablarme.

Era como si estuviera conversando con alguien invisible.

No pregunté nada más y caminé hacia él. Fue entonces cuando cruzamos miradas por primera vez.

Observarlo era un desafío…

Sus ojos castaños oscuros, profundos y penetrantes, se clavaron en los míos. Hubo un instante de silencio cargado de tensión. Parecía que todo a su alrededor se ensamblaba como un rompecabezas. Había atracción, admiración y un toque de aprensión. Su cabello negro, desordenado, contrastaba con su mandíbula cuadrada y marcada.

¡Contrólate, Marcela!

Nunca había estado tan cerca de él, y mis pensamientos se enredaron. Durante unos segundos, luché por encontrar mi voz. Él rompió primero el contacto visual, como si se sintiera incómodo, y yo también aparté la mirada, avergonzada. Su voz grave y autoritaria quebró el silencio.

—¿Vamos a tener problemas para trabajar juntos, Marcela?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Bueno… creo que no. ¿Por qué lo pregunta?

—Supongo que ya lo sabes, pero trabajaremos solos en esta planta. Si te incomoda, es mejor que me lo digas ahora —dijo, con las manos en los bolsillos, analizándome.

—Por mi parte, está bien. Pero si dijera que no, ¿qué haría? —pregunté, intentando sonar desafiante.

—Sencillo: contrataría a otra secretaria y te despediría.

Si esperaba empatía o comprensión, estaba claro que no vendrían de él.

—Necesito el trabajo. No me importa eso, ni que sea gruñón, malhumorado y antisocial —pinché donde dolía, consciente de que esos eran los rumores que corrían sobre él en la empresa.

—Por lo visto ya estás familiarizada conmigo, pero te contaré un secreto —se acercó, y yo di un paso atrás, alerta ante su proximidad

repentina—. No me importa lo que piense la gente, y eso te incluye a ti. Quiero algo de ti y voy a tomarlo para mí…

Tragué saliva, atenta a aquel hombre, casi conteniendo la respiración.

—¿Y… qué quiere?

—Que trabajes conforme a tu salario —replicó, y sus ojos parecían brillar con más intensidad.

¿Era rabia o intimidación?

En el fondo, daba igual.

—Me hablaron de un salario, pero dijeron que lo discutiríamos aquí —respondí, intentando apartar la mirada de su rostro, aunque él no tenía nada de discreto.

—15.000 reales.

—¿En serio?

—¿Por qué la sorpresa? Vas a trabajar directamente para el CEO y, además, recibirás algunos bonus si consigues hacer lo que te pido a tiempo, cosa que dudo bastante.

—Espera… ¿ya estás dudando de mi capacidad?

—Sí, hasta que me demuestres lo contrario —puntualizó con frialdad, sin titubear, acercándose cada vez más. Ahora estábamos a escasos centímetros el uno del otro, y el aroma amaderado de su perfume hacía que la situación se volviera cada vez más complicada, casi insoportable—. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor.

—Excelente. Al menos ya sabes cómo dirigirte a mí aquí dentro. Lee los informes que tienes en tu mesa hasta la hora de comer y no me

des motivos para arrepentirme de haberte puesto en este puesto. Eso es todo.

Dante se dio la vuelta sin más y se dirigió a su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Por fin pude respirar con algo más de calma; aun así, mi corazón seguía latiendo con fuerza, y no sabía muy bien por qué. Al fin y al cabo, los hombres guapos no solían causarme ese efecto, pero él parecía tener algo más, algo que todavía no lograba identificar.

Todavía.

DANTE SALVATORE

Sí, seguía considerando una pésima idea tener a Marcela aquí conmigo, en esta planta y a solas, pero ya era demasiado tarde.

No me atormentaría por mis decisiones; aun así, debía ser cauto. Bastaron apenas unos minutos a su lado para que mi mente se dispersara —y no precisamente pensando en trabajo.

Dentro de SkyLink, mi actitud era impecablemente profesional. Cada decisión estaba calculada al milímetro; cada paso, cuidadosamente estratégico. Controlaba todos los aspectos de este entorno, donde la confianza y la firmeza eran mis principales armas.

Sin embargo, había algo en mi nueva secretaria que despertaba sensaciones contradictorias, amenazando mi fachada de autocontrol. Lo más difícil era ignorar la belleza impactante que exhibía. Sus ojos reflejaban una curiosidad auténtica y una determinación firme. Cada rasgo, cada gesto suyo, transmitía una autenticidad poco común en mi mundo corporativo.

Marcela era, sin lugar a dudas, mi tipo de mujer: morena, con el cabello negro y largo cayendo sobre los hombros, irradiando una elegancia natural que atraía miradas. Era segura de sí misma, y sus movimientos revelaban un equilibrio perfecto entre determinación y delicadeza.

Aquí, en los pasillos siempre agitados de SkyLink, la mera presencia de Marcela ponía en jaque mi profesionalidad habitual. Y, para empeorar las cosas, sus ojos castaños claros, intensos, parecían esconder secretos que yo deseaba descubrir.

Pero su belleza no era solo superficial. Daba la impresión de que cada detalle reflejaba capas profundas de su personalidad. Su sonrisa,

sincera y cálida, tenía el poder de iluminar cualquier ambiente, y yo podía dar fe de ello.

En las interacciones que observé en la mansión de Theodore, siempre lograba arrancar sonrisas a todos, mostrándose inquebrantable. Sabía que todo el mundo carga con problemas, aunque no todos los exteriorizan.

Lo que intentaba expresar era que la veía como una mujer compleja.

Aquel encuentro casual en la discoteca había generado una conexión inesperada. Tenerla a mi lado a diario me hacía sentir como si me enfrentara a un enigma constante. Aun así, el trabajo seguía siendo la prioridad.

Logré concentrarme durante unos minutos, hasta que su aviso sobre la llamada de Theodore me sacó de mis pensamientos. Sin pensarlo, empecé a hablar:

—Joder, Theodore, ¿vas a llamarme todos los días ahora?

—¿Esa es la forma de hablarle al CEO de la empresa? —replicó.

—Que yo sepa, el CEO soy yo ahora. Déjame trabajar en paz, no lo repetiré. Llamaste ayer y hoy, basta ya.

—Parece que estar cerca de Daniela te está influyendo.

—¿Qué quieres? Dilo de una vez —repliqué, sin paciencia para sus provocaciones.

—Solo llamaba para saber cómo está Marcela.

—Está bien. Al fin y al cabo, tiene las dos piernas, los brazos y los dedos intactos. ¿Era solo eso?

—Joder, Dante.

—He sido claro. ¿Qué es exactamente lo que temes?

—Que la despidas de repente.

—Solo lo haré si hay un motivo. Después de todo, la idea de tenerla como secretaria fue mía, ¿no?

—Tiene sentido.

—Perfecto. Hasta luego, Theodore. Y no me llames otra vez.

—Pero, yo…

Colgué.

Tenía cosas más importantes que hacer y demasiada experiencia como para permitir que alguien me diera lecciones sobre mi trabajo, algo que llevaba haciendo más de veinte años —y con absoluta maestría.



CAPÍTULO 6

La sabiduría no reside en la cantidad de páginas que pasamos, sino en la profundidad con la que leemos los textos de nuestras propias experiencias…

MARCELA NOVAES

Tenía buena memoria y, mientras observaba los informes cuidadosamente organizados sobre mi escritorio, agradecía a Dios esa capacidad. Eran innumerables asuntos, múltiples códigos, cifras y análisis intrincados; mi cerebro funcionaba como un archivo complejo de información en constante procesamiento.

Con las gafas delicadamente apoyadas sobre la nariz, me sumergí en los detalles, dedicando toda mi atención a las líneas y

gráficos que se extendían ante mí. Era como si cada página fuera un rompecabezas por resolver y, aun así, lo veía como una oportunidad para demostrar mi competencia e impresionar a mi jefe —el imponente, aunque antisocial y serio, CEO.

En los últimos días, después de que Ana Júlia me invitara a trabajar aquí, me aseguré de buscar información específica sobre Dante Salvatore.

Investigé un poco sobre él, sus logros y su papel fundamental en el éxito de SkyLink. Observé que también era uno de los principales responsables del crecimiento de la compañía, al igual que Theodore. Sin embargo, estar aquí como su secretaria más reciente era un escenario que jamás habría imaginado.

Con una sonrisa discreta y sumida en mis divagaciones, volví a centrarme en los informes. Mi tarea era organizar, analizar y asegurarme de que todo estuviera perfectamente alineado cuando él lo solicitara.

Y eso lo haría con dedicación y precisión.

A medida que me adentraba en el trabajo, su imagen se filtraba en mi mente: sus rasgos marcados, esos ojos que parecían esconder un millón de historias, su voz rebosante de autoridad…

Dante era un enigma, un hombre cuyas emociones y pensamientos permanecían bajo siete llaves. Y yo estaba allí, una observadora silenciosa de su mundo, contemplándolo a distancia mientras dirigía aquel lugar. Y, absorta en pensamientos sobre él, la puerta de su despacho se abrió, apartando mi atención de los informes.

Su presencia era dominante, la postura impecable, mientras me observaba con una mirada atenta. Resultaba difícil ignorarlo, como si el aire a mi alrededor se volviera más denso a medida que se acercaba.

—¿Está entendiendo estos informes, Marcela? —su voz era grave, cargada de autoridad.

Tragué saliva, pero mantuve la mirada firme.

—Sí, señor —respondí, observando al hombre frente a mí.

—Excelente. Hay algo que olvidé decirle.

—¿De qué se trata?

Se metió las manos en los bolsillos, sin dejar de mirarme con seriedad, y dijo:

—Normalmente pedía a mi asistente del departamento anterior que recogiera mi café por la mañana y por la tarde, respectivamente a las 8:30 y a las 15:30. Alguien de confianza para que yo pudiera concentrarme en las tareas más importantes. Hoy, de forma excepcional, ya he tomado el café de la mañana, pero a partir de esta tarde esa será su responsabilidad.

Sorprendida, me pregunté: ¿recoger el café o prepararlo?

Era una tarea inusual para una secretaria, pero estaba decidida a demostrar que era capaz de afrontar cualquier reto.

—Entendido, señor.

—No es necesario prepararlo. Basta con ir a la planta quince y hablar con Matilde o Jurema. Ellas se encargan del café de la mañana y de la tarde de algunos directivos de aquí. Sabrán qué hacer —puntualizó, mirándome con atención.

Asentí, preparada para esa nueva responsabilidad.

—Por supuesto. A partir de hoy me ocuparé de ello y no lo olvidaré.

Se acercó al escritorio, con los ojos fijos en los míos.

—Confío en que hará un buen trabajo, Marcela. Es una tarea sencilla, pero crucial para mi rutina. ¿Entiende lo que quiero decir?

Mantuve la compostura, asintiendo en señal de acuerdo.

—Sí, lo entiendo, señor.

—Perfecto.

Dicho esto, se dio la vuelta y regresó a su despacho. Me quedé sumida en mis pensamientos, ahora con una nueva preocupación. No podía parecer intimidada por él cada vez que habláramos; de lo contrario, aquello sería mi perdición.

Después de la hora del almuerzo, me di cuenta de que se acercaba el momento del famoso café de la tarde de mi jefe y me dirigí al lugar indicado. Las puertas del ascensor se abrieron en la planta quince, revelando un ambiente ligeramente distinto al del resto del edificio.

Seguí por el pasillo hasta encontrar una puerta entreabierta. Al otro lado, vi a dos mujeres ocupadas en una pequeña cocina, de la que emanaba el reconfortante aroma del café recién hecho. Me recibieron con sonrisas amables y las saludé con cierta timidez.

—Hola, tú debes de ser la nueva secretaria de Dante —dijo una de ellas con una sonrisa cálida.

—Sí, soy yo. Me llamo Marcela —respondí, sintiéndome de inmediato más cómoda.

La otra mujer se acercó y me tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Marcela. Yo soy Matilde, y ella es Jurema. Nosotras preparamos el café de Dante y de otros directivos aquí en SkyLink.

Por un momento pensé que muy pocas personas gozaban de ese "privilegio", pero, por lo que parecía, varios empleados de allí tenían sus comidas a cargo de ellas.

Las saludé con una sonrisa agradecida.

—Es un placer conocerlas. Y gracias por ayudarme con esta nueva tarea.

Matilde se rio, un sonido melodioso que encajaba a la perfección con el ambiente distendido de la cocina.

—No es nada, querida. Dante es un hombre increíble, pero necesita su café a las horas exactas; de lo contrario…

No terminó la frase, pero con una mirada cómplice hacia Jurema entendí perfectamente el mensaje. Asintiendo, Jurema lo confirmó con un gesto.

Mientras preparaban el café, me invitaron a quedarme con ellas y, en pocos minutos, ya estábamos charlando como si fuéramos viejas amigas. La conversación fue ligera y agradable, como si el entorno corporativo hubiera quedado en segundo plano, aunque era consciente de que podía retrasarme. Aun así, había llegado unos minutos antes, anticipando posibles demoras.

Cuando el café estuvo listo, Matilde colocó la taza en una bandeja, acompañada de algunas frutas, y me despedí agradecida antes de dirigirme al ascensor.

Al llegar a la planta treinta y cinco, la puerta del despacho de mi jefe estaba cerrada. Llamé dos veces.

—¡Adelante! —avisó.

Seguí su indicación y dejé la bandeja sobre su escritorio.

Me evaluó durante unos segundos y luego miró su reloj de pulsera. Ya imaginaba lo que vendría a continuación.

—Se ha retrasado unos minutos, pero lo pasaré por alto esta vez. Imagino que ellas se habrán entretenido charlando con usted. Que no vuelva a ocurrir —dijo, con su seriedad habitual.

En ese instante sentí una oleada de frustración. Era difícil no dejar traslucir mi irritación, pero mantuve la mirada firme, decidida a no mostrar debilidad.

Sin embargo, en mi mente me preguntaba qué diferencia real podían suponer aquellos pocos minutos en la rutina del tan "meticuloso" Dante.

¿De verdad su agenda era tan rígida? ¿O quizá simplemente le gustaba tenerlo todo bajo control?

Aun así, incluso frente a su rigidez, no pude evitar notar su presencia imponente. Sin duda era un hombre atractivo, de rasgos marcados y una postura que irradiaba confianza.

Era un hecho difícil de ignorar, incluso cuando se mostraba algo antipático. Y eso siendo generosa; lo realmente cierto era que aquel hombre tan atractivo era una enorme capa de hielo, enfriando toda la estancia… aunque no del todo.

Que se lo pregunten a mi cuerpo…

—¿Algún día sabré qué significa eso? —su voz cortó el aire, interrumpiendo mis divagaciones.

Me sobresalté, arrancada de golpe de mis pensamientos. Dante me observaba con una ceja arqueada, su mirada penetrante fija en mí.

—¿Perdón? —exclamé, algo avergonzada por la situación.

Dejó escapar un suspiro discreto, más divertido que molesto.

—En algunos momentos parece que se queda paralizada, mirando al vacío, como si sus neuronas se congelaran. ¿O estoy viendo visiones?

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría, devolviéndome de lleno al presente. Estaba tan absorta en mis propias

fantasías que no había notado cuánto tiempo había pasado. Y, para colmo, Dante me había estado observando durante todo ese rato.

Sentí cómo se me sonrojaban las mejillas. La vergüenza y el desconcierto me hicieron dudar.

—Lo siento… creo que me perdí en mis pensamientos.

Alzó una ceja, examinándome con atención.

—Interesante. ¿Y qué, o quién, era tan fascinante como para robarle la atención?

Su franqueza me pilló desprevenida. Su seriedad imponía respeto, pero había un matiz de curiosidad en su voz.

—No era más que un pensamiento pasajero —respondí, intentando esquivar la cuestión—. Ya sabes cómo es, a veces la mente se distrae.

Asintió despacio, analizando mis palabras.

—Mi mente no es tan distinta de la tuya, Marcela —dijo, con una mirada que parecía querer atravesarme.

El peso de su comentario me hizo estremecer. Era como si supiera más de lo que dejaba ver. Y yo era plenamente consciente de que muchas de mis distracciones tenían que ver con él.

Un pensamiento atrevido cruzó mi mente. Su presencia tenía la capacidad de desestabilizarme, algo tan irritante como cautivador. No podía negar la atracción que ejercía su mirada intensa. Sin embargo, sabía que era un terreno peligroso.

Extremadamente peligroso.

—Volveré a la recepción —anuncié, esforzándome por mantener la compostura.

—De acuerdo —respondió, devolviendo la atención al portátil, como si nada hubiera ocurrido.

Salí de su despacho, aliviada. Si las cosas seguían así, mantener las distancias sería cada vez más complicado. Y yo necesitaba ese trabajo más que nunca.



CAPÍTULO 7

Nuestros recuerdos son como marcas de agua en el papel de la vida, revelando los momentos que nos dieron forma, incluso cuando el tiempo intenta borrarlos…

DANTE SALVATORE

Sonaría extraño o incluso poco común, pero siempre he tenido una debilidad por las mujeres con gafas, algo que arrastro desde la adolescencia.

Tal vez tuviera que ver con la combinación de intelecto y seguridad que parecen irradiar al llevar ese pequeño accesorio. Sin embargo, sabía que había algo más: la forma en que las gafas realzan los

rasgos de sus rostros, como si fueran un marco que subraya aún más una belleza ya existente.

Era difícil explicar el motivo, incluso para alguien como yo, acostumbrado a moverme entre números y lógica.

Veía un encanto distinto en las mujeres con gafas, una sensación de misterio y autenticidad que su sola presencia evocaba. Era casi como si ese objeto sencillo fuera una puerta a sus almas, revelando una parte íntima y vulnerable de ellas.

Hace un momento, cuando Marcela entró en mi despacho con sus gafas de lectura, el efecto no fue distinto. El brillo sutil de las lentes resaltaba sus ojos, volviéndolos aún más expresivos. Su cabello caía con naturalidad sobre los hombros y me sorprendí imaginando cómo elegía cada detalle de su aspecto, como una artista que pinta el lienzo de su propia imagen.

A diferencia de la mañana, cuando su apariencia había sido más formal, ahora parecía sentirse más cómoda con ese simple detalle en el rostro. Sus labios lucían un tono suave de pintalabios, lo que añadía un encanto discreto a su imagen.

La forma en que se movía, segura y decidida, me hacía percibir que había mucho más en ella de lo que se veía a simple vista. Y entonces, nuestras miradas se cruzaron. Ella me observaba, abstraída, con una expresión que transmitía pensamientos profundos. Parecía existir un diálogo silencioso entre nosotros, un entendimiento que iba más allá de las palabras.

Me descubrí reflexionando sobre lo que podría estar pensando en ese instante y, en el fondo, sospechaba que sus pensamientos giraban en torno a mí. Solo no sabía con certeza qué era exactamente lo que recordaba… o lo que deseaba.

No pude evitar notar que, desde que esa mujer había entrado en mi vida como mi secretaria, mis pensamientos se centraban en ella con

una frecuencia inquietante. Y apenas llevaba dos días ocupando ese puesto.

Era una mezcla de curiosidad y atracción, una necesidad silenciosa de desentrañar los secretos que escondía. Su presencia desafiaba mi habitual seriedad, despertando partes de mí que llevaban mucho tiempo dormidas.

Aquello era peligroso.

Extremadamente peligroso para un hombre tan centrado como yo. Lo más sensato sería evitarlo a toda costa; solo tenía que convencer a mi mente, lo que convertía la tarea en algo casi imposible.

Era evidente que ella me afectaba, pero necesitaba entender si eso ocurría porque no hice lo que debía en aquella discoteca dos años atrás o si había algo más. Sin embargo, solo había una manera de averiguarlo.

El problema era que, si seguía ese camino, lo arriesgaría todo, y eso no era una opción. Tenía que mantenerme alejado de Marcela, no solo por mi bien, sino también por el suyo…

MARCELA NOVAES

A lo largo de los días restantes de la primera semana, mientras me adaptaba a la rutina de la empresa, empecé a darme cuenta de que Dante y yo teníamos personalidades muy distintas.

De hecho, observé que él era reservado, antisocial hasta cierto punto y rara vez sonreía. Yo, en cambio, era más extrovertida y abierta a las interacciones sociales.

La dinámica entre nosotros resultaba compleja, una mezcla de frustración y atracción que me sorprendía precisamente por ser tan diferentes.

De vez en cuando lo observaba sin demasiada discreción. No podía evitar notar la intensidad con la que se concentraba en la pantalla del ordenador y cómo sus ojos recorrían los informes con una precisión casi quirúrgica. Sin embargo, había momentos en los que nuestras miradas se cruzaban, aunque solo fuera por un instante, y un calor inexplicable se extendía por mi cuerpo.

También me di cuenta de que él me observaba. Percibía cómo sus ojos buscaban los míos en momentos inesperados, como si fuera consciente de la tensión subyacente que existía entre nosotros.

Era como si, pese a sus modales formales y fríos, hubiera algo más profundo e intrigante tras aquella fachada imperturbable. Tal vez, en esa postura cerrada, se escondiera algo más que la simple rigidez de un CEO; quizá existía una historia que yo aún no conocía. Detrás de aquellos ojos serios y de esa actitud firme había un hombre complejo, alguien que, tal vez, estuviera tan perdido en sus propias batallas internas como yo.

Era audaz y me costaba admitir que él me atraía físicamente, aunque su seriedad resultara irritante en más de una ocasión. En muchos momentos de mi día no solo intentaba destacar en mi nuevo puesto, sino también desentrañar las capas que componían el enigma que era Dante Salvatore.

Mientras la tensión persistía entre nosotros, sabía que estaba adentrándome en un territorio desconocido. Un territorio donde las diferencias se mezclaban con la atracción, donde las apariencias ocultaban historias profundas y donde interacciones cargadas de significado podían cambiar el rumbo de nuestras vidas de formas inesperadas.

Y, al verme envuelta en ese juego tan intrincado, estaba más decidida que nunca a comprender al hombre detrás de la fachada y a encontrar un espacio donde nuestros mundos pudieran encontrarse y fusionarse.

El problema era que él no parecía querer nada de eso…

—¡Tierra llamando a Marcela! —la voz de Ana Júlia me devolvió a la realidad.

Últimamente andaba distraída en varios momentos del día. Incluso hoy, siendo viernes, me sentía desconectada.

—Hola, amiga.

—¿Qué te pasa?

Daniela, Ana Júlia y yo estábamos en uno de los comedores de la empresa, durante nuestra pausa para comer.

—Estoy pensando en Dante.

—¿Cómo que en Dante?

—¿Cómo explicarlo…? —dudé, alternando la mirada entre las dos—. Es muy misterioso. Y ahora parece que me está evitando, ¿sabes?

—¿Evitarte en qué sentido?

—No sabría definirlo —suspiré, mirándolas a ambas—. En los últimos días nuestras interacciones han disminuido, sobre todo desde el martes.

—Acostúmbrate —dijo Daniela, impasible—. Dante siempre ha sido así, cerrado y reservado. Me identifico con él porque yo también soy así.

—Es todo lo contrario de su hermano pequeño, Dionisio —comentó Ana Júlia, pensativa—. Pero me gustan las personalidades de ambos. ¿Y a ti, Daniela?

Observamos a Daniela, esperando su respuesta.

—¿Por qué preguntáis por Dionisio? —replicó ella, algo a la defensiva.

—Es una pregunta sencilla —respondió Ana Júlia.

—A menos que te afecte, entonces podemos cambiar de tema —la provoqué, y Ana Júlia me lanzó una mirada divertida. Daniela, en cambio…

—No siento nada por Dionisio, que quede claro —se defendió, intentando mantener la calma.

—¿Quién ha dicho que sientas algo? —pregunté, lanzándole una mirada cómplice a Ana Júlia.

—Yo no…

Ana Júlia y yo éramos expertas en el arte de provocar, y Daniela era nuestro objetivo favorito. Ella, por su parte, también sabía devolvernos la jugada cuando veía la oportunidad.

—He oído muchos comentarios sobre mí aquí en la empresa, y muchos me relacionan con Dionisio. Pero él no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? —pregunté, curiosa.

—Bueno… —nos miró, pensativa—. Mi tipo ideal es alguien auténtico, que no intente impresionar ni ser el centro de atención. Alguien que me entienda incluso cuando no digo nada y que valore la sinceridad por encima de todo.

Fruncí el ceño, sorprendida por su respuesta. Era una descripción que decía mucho sobre quién era ella como persona.

Daniela siempre había valorado la autenticidad y no se dejaba llevar por apariencias superficiales. Era una cualidad admirable, y me descubrí apreciando aún más la profundidad de nuestra amiga.

—Y ya que hemos mencionado a Dionisio, ¿acaso él no es así?

—Es demasiado infantil para sus treinta y ocho años, habla más de la cuenta cuando no hace falta y me irrita bastante.

Ana Júlia, siempre la más atrevida de nosotras, esbozó una sonrisa sugerente.

—¿Y en cuanto al físico? ¿Hay algún detalle que te llame la atención en un hombre?

Daniela se sonrojó ligeramente, algo poco habitual en ella, y percibimos un atisbo de incomodidad en su expresión. Jugó con un mechón de su cabello, visiblemente desconcertada por la franqueza de la pregunta de Ana Júlia.

—A ver, no lo tengo del todo claro, pero… me gustan mucho los ojos expresivos, ¿sabes? Ojos que revelen la emoción real que hay detrás de la mirada. Y… quizá una voz calmada y firme, de esas que te hacen sentir en casa. Necesito a un hombre que quiera mandarme, porque si depende de mí, acabaré mandándolo yo, y se me da muy bien. No sé si ha nacido un hombre así hasta hoy, porque soy muy autoritaria y detesto que me digan que estoy equivocada; por eso mis relaciones no

llegan a nada. En cuanto al cuerpo, no soy muy exigente, solo tiene que resultar deseable.

Mientras la escuchaba, comprendía que había mucho más en Daniela de lo que se apreciaba a simple vista. Era alguien que valoraba una conexión profunda, que buscaba almas afines, incluso siendo tan reservada.

Era una faceta distinta de la amiga que conocía, y me descubrí admirando esa parte más íntima de ella.

—Dicho esto, a ella le gusta la versión más seria de Dionisio, amiga —soltó Ana Júlia de repente, y arqueé las cejas, sorprendida por la afirmación.

—¿Ah, sí?

Daniela nos miró, negando con la cabeza, y respiró hondo.

—¿Por qué acepté ser amiga vuestra, eh?

—Demasiado tarde para echarte atrás, guapa —repliqué, y esta vez sus ojos me fulminaron. Vi cómo una sonrisa peligrosa se dibujaba en sus labios, y eso no presagiaba nada bueno.

—¿Y tú, Marcela? ¿Cuál es tu tipo ideal?

—Bueno, yo…

—Espera, voy a intentar adivinarlo… —me interrumpió, mirando a Ana Júlia, que ahora sonreía con cierto aire burlón. Ya me imaginaba lo que venía—. ¿Qué tal un CEO más serio, centrado en sus objetivos, algo gruñón y antisocial? Puede tener el extra de algunos tatuajes por el cuerpo, ojos castaños, complexión fuerte…

—Clavado, amiga —confirmó Ana Júlia.

—¡Qué graciosas sois las dos! —exclamé, intentando mantener la compostura—. Dante no es mi tipo.

—¿He mencionado algún nombre, Ana Júlia? —preguntó mi amiga, dejándome sin respuesta.

—Que yo sepa, no, Daniela.

Esta vez yo era el blanco, y debería haber sabido que el castigo llegaría rápido por haberla provocado.

—Vale… puede que… encaje un poquito en mi tipo —admití, tímida, mientras su imagen aparecía en mi mente, algo bastante frecuente.

—Avísale, Ana Júlia, de que en la mansión de Theo Marcela siempre se come a Dante con la mirada.

—¡Eh, espera un momento!

—Nada de esperar —sentenció Ana Júlia—. Eso es más que evidente, amiga.

—Jo… —hice un mohín, alternando la mirada entre las dos mientras me acomodaba mejor en la silla—. El hombre ya es atractivo, vive sin camiseta practicando deporte, siempre mojado en la piscina, con esas tatuajes marcando su cuerpo perfecto… ¿y ni siquiera puedo mirarlo un ratito?

—Bueno, ya está. Al final lo ha admitido.

—Pero en mi defensa, yo…

—¡Marcela!

De pronto oí una voz ronca y grave a mi espalda, y la reconocí al instante.

No podía ser. Me giré despacio y vi a mi jefe a pocos metros de mí.

¿Me había retrasado en el almuerzo?

—¿Algún problema? —mi voz apenas salió. Y el miedo a que hubiera escuchado nuestra conversación me heló la sangre de verdad.

—Sí, sé que estás en tu hora de comida, pero ha surgido un imprevisto y necesito ausentarme de la empresa. Quiero que regreses ahora. Si quieres, puedes salir antes hoy.

—Ah… está bien.

—Eso es todo.

Dante simplemente se dio la vuelta y se marchó. Me quedé quieta, inmóvil, con la mirada baja, preguntándome si habría escuchado algo. De repente, levanté la vista hacia mis dos amigas, que estaban frente a mí. Ellas, sin duda, tenían la respuesta.

—¿Lo ha oído?

—Espero que sí, esa era la intención —dijo Daniela, apoyando el codo en la mesa y el mentón sobre las manos, con una sonrisa presuntuosa y burlona—. De hecho, mencioné su nombre cuando lo vi venir hacia aquí a toda prisa, porque intuí que quería hablar contigo.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso a propósito, Daniela! —la regañé, todavía incrédula.

—Claro que sí. Luego me lo agradecerás… o no. Quién sabe, igual acaba en un despido, ¿no? Dante es imprevisible… —guiñó un ojo, mientras Ana Júlia se pasaba la mano por el pelo, visiblemente incómoda.

Ya tenía mi respuesta y, ahora, sabía que mi jefe había escuchado lo que había dicho sobre él en la mansión…



CAPÍTULO 8

En la biblioteca de la existencia, cada vida es un volumen único, lleno de capítulos inesperados y párrafos memorables…

DANTE SALVATORE

Tuve que salir de SkyLink para una reunión de emergencia relacionada con las piezas importadas de una de nuestras aeronaves; sin embargo, incluso mientras resolvía los problemas con el proveedor, mi secretaria no se iba de mi cabeza, sobre todo después de lo que había oído.

«El hombre ya es atractivo, vive sin camiseta practicando deporte, siempre mojado en la piscina, con esas tatuajes mostrando su

cuerpo perfecto… ¿y ni siquiera puedo mirarlo un ratito?»

Recordaba cada fragmento de su frase, y eso era justo lo que necesitaba escuchar —o, mejor dicho, un problema que mi mente debería haber ignorado—, porque, sí, a partir de esas palabras me permití pensar en ella de una forma distinta.

Sus palabras eran como un fuego que ardía despacio dentro de mí, una chispa que encendía algo que había mantenido cuidadosamente guardado. Sus pensamientos revelaban una atracción imposible de ignorar, una atracción que, lo admito, yo también sentía por ella.

El muro que había construido, la barrera entre mi cargo de CEO y mi vida personal, empezaba a agrietarse.

—¡Una semana, joder! ¡Solo hizo falta una semana! —mascullé para mí mismo.

Me irritaba el efecto que esa mujer provocaba en mí, y no encontraba una explicación lógica. Al mismo tiempo que me había gustado lo que salió de su boca, la complejidad de la situación era imposible de pasar por alto.

¿Cómo podía permitirme ceder ante alguien que trabajaba bajo mi supervisión? ¿Cómo equilibrar la atracción que sentía por Marcela con las responsabilidades que asumía como nuevo líder de una empresa global?

Mi mente se había convertido en un campo de batalla, donde el deseo y el sentido común chocaban de forma intensa y feroz. La sensación era extraña y nueva, intimidante en cierto modo.

Mientras regresaba a SkyLink tras la reunión, pensaba en lo desconocido que se había vuelto aquel entorno, un territorio repleto de desafíos y consecuencias imprevisibles.

Al llegar al edificio de la empresa, subí de inmediato a mi planta y, al salir del ascensor, me permití observar a Marcela durante más

tiempo del prudente. Estaba de pie, organizando algo frente a su armario, y me fijé mejor en el conjunto sencillo y elegante que llevaba, una prueba sutil de su estilo sofisticado y discreto.

La blusa, de un tono suave y neutro, resaltaba la delicada palidez de la piel de su cuello; las mangas largas se ajustaban a la perfección a sus brazos esbeltos. Los botones dorados se alineaban en la parte frontal, aportando un toque de elegancia sin excesos.

Más abajo, la falda lápiz negra caía con gracia, delineando sus curvas de forma sutil y refinada. La prenda llegaba justo por encima de la rodilla, realzando sus piernas estilizadas y bien proporcionadas.

Con cada paso que daba, la falda se movía con un vaivén armonioso, como si danzara al compás de su cuerpo. Las gafas de lectura, apoyadas sobre su nariz, añadían un encanto intelectual a su aspecto. Las lentes agrandaban sus ojos, ya de por sí expresivos, y la forma en que los movía de un lado a otro mientras leía le confería un aire de concentración serena.

Su cabello largo, cuidadosamente peinado hacia atrás, dejaba al descubierto la forma delicada de su rostro y su cuello elegante.

Cada detalle parecía elegido con esmero, sin esfuerzo aparente. No necesitaba extravagancias para destacar; su sola presencia bastaba para atraer miradas. Su estilo transmitía una confianza silenciosa, una seguridad en sí misma que resultaba innegablemente atractiva.

El deseo de acercarme a ella, de explorar esa nueva dinámica que había surgido entre nosotros, luchaba contra la voz interior que me advertía de los peligros de mezclar negocios con placer.

No podía ignorar el hecho de que ella se sentía atraída por mí, igual que yo por ella. Y eso añadía una capa más de complejidad a nuestra relación.

Como CEO, tenía la responsabilidad de preservar la integridad de la empresa, y involucrarme sentimentalmente con una empleada era

un terreno resbaladizo.

Cuando terminó su tarea y levantó la vista, nuestras miradas se cruzaron. Fue un instante fugaz, pero demasiado intenso para explicarlo con palabras.

Y, joder, ¡cada vez deseaba más a esa mujer!

—Ah, hola. ¿Conseguiste resolver el problema?

Su pregunta me pilló desprevenido; incluso había olvidado que estaba allí, observándola como un auténtico acechador al acecho.

—Sí —respondí, acercándome un poco más, intentando no extenderme en la respuesta—. Puedes irte antes; sé que tu almuerzo se ha visto afectado.

—No pasa nada. Saldré a mi hora habitual; aún tengo algunas cosas que hacer y, ya que hablamos de eso… —fue hasta su mesa, cogió algo, volvió hacia mí y me entregó unos papeles—. Me gusta anotarlo todo en pósits cuando te ausentas, y espero que no haya ningún problema —concluyó al tenderme los papeles; pero, en ese momento, eso importaba bien poco: mi atención estaba centrada en otra cosa.

En alguien.

Muy brevemente, su perfume me envolvió: una fragancia suave y cautivadora que invadió mis sentidos de una forma inquietantemente deliciosa. Parecía que estuviéramos dentro de una burbuja aparte, un espacio en el que solo existíamos nosotros dos.

Aquella sensación era peligrosa, una conexión que iba más allá del control y de la razón. Sin embargo, incluso permitiéndome sentir esa atracción creciente, la realidad se imponía.

Ella era mi secretaria, alguien a quien debía dirigir y orientar, no alguien con quien debería plantearme involucrarme de manera íntima.

—No hay ningún problema, pero cuando esté aquí en el despacho prefiero que me lo comuniques en persona o por teléfono. Evita los papeles, salvo en casos puntuales, como este.

—De acuerdo.

Probablemente era el peor jefe del mundo, y ella debía de estar notándolo en carne propia.

No necesitaba que esa mujer fantaseara conmigo. Eso sería mi ruina, teniendo en cuenta que, últimamente, era yo quien fantaseaba con ella cada maldito minuto del día…

MARCELA NOVAES

Anteayer salí de la empresa a mi hora habitual, manteniendo una distancia cuidadosa con Dante. Nuestras conversaciones, que solían ser frecuentes y rápidas, se redujeron a breves intercambios telefónicos.

Opté por mantener esa postura al día siguiente, el sábado, evitando cualquier interacción personal más… arriesgada.

Había una parte de mí que se sentía avergonzada por la forma en que mi mente y mi cuerpo reaccionaban ante su presencia en la oficina, sobre todo porque estábamos solos en esa planta.

Aquellos ojos oscuros, magnéticos y penetrantes parecían tener la capacidad de hurgar en lo más profundo de mi alma, de desentrañar secretos que ni siquiera yo sabía que existían. Era algo completamente nuevo para mí.

Además, su postura, siempre controlada y distante, no hacía sino amplificar el misterio que lo rodeaba. Era esa conexión peculiar la que me tenía desconcertada.

Las pocas palabras que intercambiábamos, así como las miradas intensas que compartíamos en silencio, creaban una tensión que nunca antes había experimentado.

Mi cuerpo reaccionaba de forma inesperada, con una sucesión de sensaciones que oscilaban entre el calor y el escalofrío, el deseo y la duda. Cada interacción suponía una prueba para mi fuerza de voluntad, un desafío constante para mantener la fachada profesional y centrada.

Y no ayudaba en absoluto el hecho de que fuera increíblemente atractivo. Había un magnetismo poderoso en su expresión seria y

concentrada, algo que iba más allá de lo físico y se conectaba con su aura de autoridad y aparente frialdad. Su cuerpo definido y trabajado transmitía una presencia cautivadora, una mezcla intrigante de fuerza y vulnerabilidad.

Dante Salvatore emanaba su habitual halo de misterio, algo que me atraía un poco más incluso cuando intentaba mantenerme alejada.

Sin embargo, el enigma que representaba también me inquietaba. La frialdad que impregnaba sus palabras y sus gestos, la forma en que se cerraba al mundo que lo rodeaba, creaban una barrera que no sabía si sería capaz de atravesar.

La verdad era que, mientras mi corazón empezaba a tambalearse en la cuerda floja de la atracción, mi mente se debatía entre el deseo y la cautela. Me sentía atraída por él de una forma que jamás había sentido por nadie, desde aquel primer encuentro en la discoteca. Pero esa atracción venía acompañada del miedo a salir herida en el proceso.

—Estás muy callada. ¿Qué te pasa, amiga?

—Nada, solo pensando en la vida…

Ana Júlia se empeñó en pasar por mi casa para recogerme y llevarme a su mansión a tomar el sol, ya que hacía varias semanas que no iba por allí.

Me gustaba mucho aquel lugar tan elegante y allí me sentía como una princesa, pero mi primera pregunta cuando me llamó la noche anterior fue: «¿Dante va a estar allí?».

Si la respuesta hubiera sido afirmativa, habría pospuesto la visita, pero me dijo que no, y me quedé más tranquila.

—¿Tiene que ver con tu jefe? —preguntó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Amiga… sé sincera conmigo: ¿él oyó cuando hablé de su cuerpo en el comedor o solo fue Daniela intentando asustarme?

—A ver… —empezó, respirando hondo, y no hacía falta que dijera mucho más—. El momento fue perfecto. Cuando soltaste esa frase, él ya estaba justo detrás de ti. Intenté avisarte, pero no me miraste. Esperó a que terminaras de hablar y no te interrumpió. Lo siento, amiga.

—Soy idiota —me lamenté—. ¿Por qué tuve que decir algo así?

—Es lo que sientes de verdad, Marcela. No tienes por qué avergonzarte de eso.

—Ana… es mi jefe. Nunca debería haber sabido algo así. ¿Con qué cara voy a mirarlo si nos encontramos en tu casa?

—No lo sé, pero tranquila. Theo dijo que estaba ocupado y que era casi seguro que no estaría allí.

—Está bien… —murmuré, aún pensativa—. Voy a confiar en ti, pero voy a matar a Daniela en cuanto tenga la oportunidad.

Mi amiga soltó una carcajada, y yo la seguí. Aquella pequeña genio incomprendida…

Se divertía gastándome bromas, pero pensaba devolvérsela. Vaya que sí.

Ese día el tráfico estaba tranquilo y llegamos en menos de una hora. Al entrar, vi un coche distinto en la mansión. Miré de inmediato a Ana Júlia y, al ver cómo cambiaba su expresión, supe al instante de qué se trataba…

Como un rey en su castillo, observé desde lejos a Dante entrando en la piscina, todo músculo y tatuajes, y entrecerré los ojos al mirar a mi amiga.

—Me dijiste que no vendría, amiga —reproché a Ana Júlia, que parecía tan sorprendida como yo.

—Eso fue lo que dijo Theo. Parece que cambió de idea.

O quizá sí había escuchado lo que dije en el comedor y estaba allí para provocarme…

—Me voy.

—¡Ni hablar! Te agarro del pelo si hace falta, pero te quedas, y vamos a coger algo de color.

—Ana…

—Ni empieces con el "Ana". No eres nada tímida, eres bastante atrevida, de hecho.

—¡Pero es el CEO de la empresa y mi jefe directo!

—¿Y qué? —se encogió de hombros—. No estáis en la empresa, y hoy es domingo. Vamos a divertirnos y a charlar. Punto.

—Está bien…

No había mucho que hacer, o al menos eso creía.

Lo mejor, en ese caso, era mantener la distancia. El problema era que, con solo verlo, mis hormonas se revolucionaban, y evitarlo sería la tarea más difícil de toda mi semana.

Sin ninguna duda.



CAPÍTULO 9

La magia de nuestro encuentro residía en la sencillez: en un mundo ruidoso, encontramos silencio y paz en los latidos sincronizados de nuestros corazones…

MARCELA NOVAES

Hice exactamente los mismos movimientos que Dante, pero… en dirección contraria.

Huir de él era mi única alternativa, aunque ni siquiera me estuviera persiguiendo u observando. Mi jefe no me había dedicado más que una mirada fugaz desde que llegué a la mansión de Ana Júlia y Theo, y confieso que eso me intrigaba y, al mismo tiempo, me aliviaba.

Era difícil borrar de mi mente lo ocurrido aquel fatídico día en el comedor de la empresa. Mis palabras se habían escapado sin ningún filtro, y la confesión sobre la atracción que sentía por mi jefe había sido más que evidente.

La sensación de aquel instante seguía vibrando en mi cabeza, una mezcla de vergüenza y vulnerabilidad que prefería olvidar.

Necesitaba olvidarlo.

Ahora, allí, en la mansión, en un ambiente más relajado, esperaba que la tensión entre los dos se diluyera.

El calor del fin de semana parecía volverlo todo más ligero, menos formal. Sin embargo, la simple cercanía de Dante bastaba para despertar en mí un torbellino de emociones contradictorias y, al mismo tiempo, excitantes.

Mientras observaba la escena desde unos metros de distancia, fingiendo estar concentrada en las animadas conversaciones que se desarrollaban en el salón, mis pensamientos no conseguían dejar de girar en torno a Dante.

Allí estaba él, charlando con Theo y su hermano, vestido con una camisa informal que dejaba entrever los contornos de su cuerpo atlético.

¡Gracias a Dios ahora algo cubría su cuerpo!

Me esforzaba por no mirarlo abiertamente; aun así, mi mente insistía en recrear ciertas imágenes, y una de ellas eran las tatuajes dibujando recorridos invisibles sobre su piel bronceada cuando llegué.

Aquello era un problema.

No solo por el hecho de ser su empleada, sino también por la certeza de que él sabía lo que yo pensaba de él. Aquel encuentro fortuito en el comedor había cambiado la dinámica entre nosotros,

haciendo imposible ignorar la tensión cargada de miradas y palabras no pronunciadas.

Mientras la pequeña reunión avanzaba y yo intentaba distraerme con conversaciones y risas junto a Ana Júlia, mi mirada se desviaba de vez en cuando hacia su dirección, ahora a unos metros de mí, asando carne con los hombres.

Parecía tan cómodo en medio de aquel ambiente animado, aunque su aura cerrada permaneciera intacta. Era como si viviera en un mundo propio, inaccesible para los demás, y especialmente para mí.

Y entonces, en un instante fugaz, nuestras miradas se cruzaron.

Fue un encuentro rápido, pero demasiado intenso, una chispa que atravesó la distancia entre nosotros y devolvió todas mis preocupaciones a primer plano. Su mirada era un enigma indescifrable, una mezcla de curiosidad y algo más profundo, y no lograba comprender del todo qué significaba.

En ese momento, la fuerza de la atracción que existía entre nosotros se hizo más evidente que nunca. Era una fuerza que no podía controlar, una conexión que parecía trascenderlo todo. Podía sentir el poder de ese sentimiento creciente, pero al mismo tiempo sabía que había obstáculos que no podía ignorar.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —murmuré entre dientes, dejando escapar mi frustración de forma incontrolable mientras negaba con la cabeza, preocupada.

—Por lo visto, el problema es grande. Decir “mierda” tres veces en menos de un segundo, amiga… ¿qué ha pasado? —me provocó Ana Júlia, con una sonrisa maliciosa que dejaba claro cuánto se divertía con mi angustia.

Estábamos tumbadas en tumbonas una al lado de la otra, tomando el sol junto a la piscina de la mansión. Era uno de esos raros

momentos de relajación en los que el mundo corporativo y las preocupaciones se desvanecían, sustituidos por el calor del sol.

—Es complicado… —suspiré, intentando ordenar mis pensamientos, aunque mi mente estaba dominada por una mezcla incontrolable de ansiedad y deseo.

Ella rio, lanzándome una mirada cómplice.

—¿Qué ha pasado para ponerte tan nerviosa? —preguntó, con una curiosidad genuina que resonaba en su voz melodiosa.

Mi corazón empezó a latir más deprisa y me acomodé en la tumbona, sintiendo cómo un calor incómodo se extendía por mis mejillas. Era como si Ana Júlia fuera un detector de secretos, capaz de desenterrar mis preocupaciones más profundas.

—Dante… —empecé, eligiendo las palabras con cuidado—. Me vio mirándolo. Bueno, no fue exactamente una mirada, fue más bien… una pequeña interacción. Un momento embarazoso en el que estaba admirando la forma en que estaba sin camiseta y las tatuajes de su cuerpo.

Sí, después de un rato volvió a quitarse la camisa…

Ana Júlia parpadeó, asimilando mis palabras, aunque con una sonrisa divertida en los labios.

—Resumiendo: ¿estabas babeando por él y sin disimular?

Puse los ojos en blanco, pero su comentario logró arrancarme una sonrisa tímida.

—No es exactamente eso, Júlia. Solo estaba… distraída. Y entonces me di cuenta de que me vio justo en el momento en que lo estaba analizando, o mejor dicho, contemplando esa hermosa visión que es ese hombre.

Ana Júlia soltó una carcajada, su risa resonando junto a la piscina.

—Ay, Marcela, de verdad te has metido en una situación interesante.

Era imposible ignorar el calor que subía por mi cuello. El episodio del comedor aún resonaba en mi mente, dejándome vulnerable y avergonzada.

—No consigo pasar página. La forma en que me miró ahora… fue distinta, como si hubiera algo ahí que no logro definir. Y yo… —me detuve, con la voz temblorosa.

Ana Júlia se acercó y apoyó una mano reconfortante sobre mi hombro.

—Estás empezando a sentir algo por él, ¿verdad?

—Sí, deseo —me reí—. No entra en mis planes enamorarme de ningún hombre, y hasta ahora he cumplido muy bien con eso en mi vida. Soy descarada y, por lo general, el encanto se acaba en cuanto consigo lo que quiero. Con una vez me basta.

—¡He traído carne para vosotras!

Ay, no, Dios… otra vez no…

Giré el cuello y allí estaba él, sin camiseta, con gafas de sol, analizándome. Miré rápidamente a Ana Júlia, que parecía sorprendida, porque al parecer no se había dado cuenta de que se había acercado.

Llevaba una tabla con varias carnes dispuestas y, en ese momento, me observaba con atención.

—Gracias, Dante. Por lo visto la conversación entre vosotros está animada; Theo, incluso con la pierna rota, se está riendo —dijo Ana Júlia, intentando aliviar mi incomodidad.

—Sí. Se ha convertido en motivo de burla por haberse roto la pierna de esa manera; digamos que no fue muy hábil en lo que intentó hacer.

—Estoy de acuerdo.

—Dejo la tabla aquí. Si necesitáis algo, avisadme —dijo, mirándome ahora directamente. Sentí cómo los ojos de mi jefe recorrían todo mi cuerpo, haciéndome sentir completamente desnuda en su presencia.

Segundos después se alejó, y por fin pude respirar aliviada.

—Por favor… dime que no oyó nada, amiga.

—No estoy segura. Solo me di cuenta cuando oí la voz de Dante, pero… creo que sí, que oyó algo.

—Es fantástico saber que incluso lejos de Daniela sigo metiendo la pata. Enhorabuena, Marcela.

Ana Júlia volvió a reír, y no tuve más remedio que acompañarla. Todo indicaba que el día iba a ser largo…



Los hombres iban cambiando de lugar por la mansión y, la última vez que los vi, estaban jugando al billar. Ana Júlia y yo jugábamos con sus hijos y acabé perdiendo la noción del tiempo. Me encantaban los bebés y los niños, y soñaba con ser madre algún día, aunque todavía dentro de unos años.

—Voy a acostar a los peques, amiga.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Aprovecha ese tiempo para stalkear a tu jefe —me guiñó un ojo, provocadora, y puse una mueca de fastidio ante su descaro.

—Si no fueras la más rica de la zona, acabaría con esta amistad, que lo sepas —bromeé. Esta vez fue ella quien sonrió, cogió a los niños y entró en la casa.

Me relajé un poco más en el salón, quedándome sola. Después me levanté y fui hacia la cocina. Estaba distraída, pensando en cualquier cosa, y no me di cuenta de cuándo choqué contra una "pared" de músculos.

—Ah, perdón…

Di unos pasos atrás y observé a mi jefe, que estaba mojado, sacudiéndose el pelo y salpicándome un poco. Fue difícil no demostrar cuánto me fascinaba.

—No pasa nada —respondió, indiferente—. Tú y Ana Júlia habéis desaparecido.

—Estábamos con Sofía y Miguel.

—Entiendo.

Dante no dijo nada más; simplemente pasó a mi lado y se dirigió a la nevera.

Un hombre frío y de pocas palabras…

—No sabía que vendrías hoy —comenté, observándolo de espaldas y admirando algunas de sus tatuajes.

—¿Y cuál es el problema?

—Ninguno.

—¿Estás segura?

—¿Por qué lo preguntas? —repliqué. Esta vez se giró, con una botella de agua en la mano.

—Pensé que mi cuerpo y mis tatuajes te molestaban.

Así que sí, había oído la conversación del comedor…

—Tú… sabes que no es exactamente eso.

—Sí, es justo lo contrario, ¿verdad, Marcela?

Para un hombre que hablaba tan poco, era sorprendentemente certero en ciertas frases. Y eso era peligroso, como si le resultara fácil arrancarme información.

—¿Responder a eso afecta a mi trabajo?

—No.

—Entonces, me parecen bonitas tus tatuajes. Combinan perfectamente con tu cuerpo —dije, intentando no sonar demasiado entusiasmada, aunque por dentro lo estaba, porque lo observaba sin disimulo.

Lo miré con más atención, y él hizo lo mismo, aunque con mucha menos discreción. Mi bikini negro parecía aún más pequeño bajo su mirada. Aun así, intenté no dejarme afectar por aquella intensidad. Podía mirarme cuanto quisiera; al fin y al cabo, yo hacía lo mismo.

—Tampoco entra en mis planes… —empezó él de repente.

—¿Qué no entra en tus planes?

—Enamorarme de alguien. Y, al igual que tú, con una vez me basta.

¡Mierda! Había oído de verdad lo que le dije a Ana Júlia cuando llevó la tabla de carne.

—Es bastante feo escuchar conversaciones ajenas, ¿lo sabías?

—Por suerte no hago eso —respondió, imperturbable—. Solo venía a darte de comer, y dijiste aquello.

Darte de comer…

¿Por qué la forma en que lo dijo hizo que se me erizara la piel? ¿Por qué ese hombre tenía tanto efecto en mí sin que siquiera nos hubiéramos besado?

—Entonces, ¿te preocupa servir, señor?

—No me llames señor fuera de la empresa. Aquí mi nombre es Dante.

—¿Y si no quiero? ¿Qué vas a hacer? —crucé los brazos, sosteniendo la mirada cada vez más seria de mi jefe.

—Provocarme no es una buena idea. No hoy.

—¿Por qué? ¿Los domingos te vuelves más vulnerable, señor? —repetí, provocándolo claramente.

Dar libertad a alguien como yo siempre era peligroso, fuera hombre o mujer. Y mi jefe no era la excepción.

—Nunca lo sabrás. Por cierto… —entrecerró los ojos, recorriendo mi cuerpo con una mirada lenta—. El agua de la piscina está estupenda. Te estaré esperando allí.

—¿Por qué iba a quedarme allí… contigo?

—No te preocupes, no tengo intención de atacarte, aunque sé que tú lo harías si nadie estuviera mirando.

¡Qué insolente!

—¿Yo? ¡Sigue soñando! Oíste una conversación fuera de contexto, no te vengas arriba por eso.

—Haz lo que tengas en mente, no necesitas tener miedo. En general, no conmigo.

Seguía provocándome y, por dentro, podía sentir cuánto se divertía con ello. Era la primera vez que hablábamos de esa manera y, lo confieso, la adrenalina recorriéndome el cuerpo resultaba extrañamente placentera.

—Si sigues hablando así, voy a olvidar que eres mi jefe, Dante.

—Esa es la intención, Marcela —se acercó, y yo di un paso atrás, clavando la mirada en sus ojos—. Porque los domingos no soy tu jefe, sino… un amigo.

—¿Con segundas intenciones? —pregunté, ansiosa por su respuesta, y él abrió la boca de inmediato.

—Eso… —susurró, acercándose un poco más, y esta vez esbozó una pequeña sonrisa triunfal— …nunca lo descubrirás. No te preocupes, habrá más gente en la piscina y no haré nada. Tengo otras prioridades.

¿Qué quería decir con eso y por qué yo no era una de esas prioridades?

—Yo…

—No tardes —me interrumpió, dándose la vuelta, envuelto en toda su aura autoritaria—. De lo contrario, me aburriré.

Me quedé inmóvil, perpleja ante su arrogancia y su descaro. Era difícil ignorar la presencia magnética de Dante, difícil no imaginar qué sería dejarme llevar por ese deseo que parecía estar a flor de piel.

Pero había mucho más en juego que una simple atracción. Estaba mi futuro profesional, la dinámica de poder entre nosotros y, por encima de todo, el miedo a ser utilizada, como tantas veces antes.

Sabía que debía encontrar un equilibrio entre lo que sentía y la realidad, entre el deseo y la responsabilidad. Sin embargo, aún no sabía cómo…



CAPÍTULO 10

Cada palabra que intercambiábamos tejía un vínculo invisible, uniendo nuestras almas de formas que la lógica jamás podría explicar…

DANTE SALVATORE

Satisfactorio.

Esa era la única palabra que me venía a la mente cuando recordaba lo ocurrido minutos antes en la espaciosa cocina de la mansión.

La forma en que nuestras miradas se encontraron creó una tensión imposible de ignorar. No podía negar que, con cada encuentro

casual con Marcela, la atracción que sentíamos se volvía cada vez más intensa.

Desde el momento en que posé los ojos en su cuerpo escultural tomando el sol junto a la piscina, se encendió una llama que desafiaba todas las reglas de cordura y profesionalidad que me había impuesto a mí mismo.

Sus ojos, que parecían un océano de misterio y deseo, atraparon los míos, y mi mente no dejaba de divagar entre pensamientos prohibidos. Algo extremadamente peligroso.

Sin embargo, no era solo su belleza lo que me atraía, y sería más fácil si así fuera. Era la manera en que me desafiaba, cómo su voz resonaba en mis oídos, cargada de sarcasmo y seducción. Intercambiábamos palabras impregnadas de provocación, un juego arriesgado que podía llevarnos a problemas, tanto dentro de la empresa como fuera de ella.

De repente, mi mirada se cruzó con alguien que, sin dudarlo, se lanzó a la piscina. Marcela parecía imperturbable y, segundos después, nadó hasta quedar cerca de mí.

Dionísio estaba a unos metros, conversando con Theodore, que permanecía fuera del agua. Ana Júlia, animada, hablaba con ellos, pero también estaba en la piscina, al igual que mi hermano.

—Ten cuidado, Dante —me advirtió ella, a poca distancia.

—Sé más concreta.

—Tus provocaciones se están volviendo demasiado evidentes —el tono burlón de Marcela era inconfundible, y no pude evitar sonreír al ver el desafío brillando en sus ojos.

Me acerqué, ignorando el sentido común que aconsejaba prudencia.

—Tal vez lo haga a propósito —repliqué, insinuante, manteniendo nuestro contacto visual intenso.

Marcela cruzó los brazos, luciendo una expresión traviesa.

—¿Y cuál sería el motivo de eso?

Me incliné un poco, inmerso en la electricidad del momento, ajeno a todos los que nos rodeaban. Solo ella me importaba.

—Quizá me guste verte reaccionar, Marcela. En realidad, me encanta sentir tu energía vibrando al mismo ritmo que la mía.

Una sonrisa audaz se dibujó en sus labios.

—Hmm… ¿y qué crees que ocurrirá si seguimos con este juego, Dante?

—Tengo la impresión de que ya conoces la respuesta.

Me evaluó con curiosidad y determinación. El contorno de su cuerpo me afectaba de una manera casi insoportable. Cada curva, cada movimiento, parecía trazar una invitación directa a mis ojos. Intenté, sin éxito, apartar la mirada; sin embargo, un imán invisible parecía arrastrarme hacia cada uno de sus detalles.

La forma en que el sol acariciaba su piel, delineando ángulos y sombras, era una auténtica obra de arte. Quise convencerme de que se trataba solo de la curiosidad natural de un observador, pero en el fondo sabía que era mucho más que eso. Era deseo puro, una atracción singular.

—Si quieres que me quede en esta piscina haciéndote compañía, tendrás que responder a algunas de mis preguntas —dijo, arrancándome de mis ensoñaciones.

—Odio los interrogatorios —repliqué, con un atisbo de recuerdos de mi pasado. Aun así, los aparté de inmediato.

—No es culpa mía. Esa es la condición.

Me quedé observando a esa mujer que tanto me fascinaba y me intrigaba.

—¿Qué quieres saber?

—El significado de esos tatuajes que llevas en el cuerpo.

—¿Solo eso?

—Por ahora, sí.

—Es una respuesta interesante, y creo que te va a gustar —expliqué, esbozando una media sonrisa.

—¿Y bien…?

—Es simple: el significado es que yo tenía dinero para hacérmelos y el tatuador tenía tiempo. ¿Algo más?

Marcela no pareció disfrutar en absoluto de la respuesta. Aun así, me divertía observando sus expresiones.

—¿Por qué nunca hablas en serio conmigo?

—¿Has pensado alguna vez que esos tatuajes pueden no tener ningún significado? ¿Que me los hice simplemente porque me gustaron?

—Puede ser, pero viniendo de ti, lo dudo.

Siete tatuajes cubrían mi cuerpo, algunos de ellos grandes, ocupando zonas extensas. Decidí no jugar con ella en ese momento.

—El ancla de mi antebrazo derecho simboliza estabilidad y seguridad, algo por lo que siempre he luchado en mi vida. La brújula de mi tobillo izquierdo es como una guía, me recuerda que debo seguir mi propio rumbo. El yelmo en la nuca representa protección, como si

estuviera siempre alerta ante los desafíos que enfrento. Las coordenadas de mi pecho corresponden al lugar donde viví uno de los momentos más importantes de mi vida, una marca de mi pasado. El lobo en mi hombro derecho es una conexión con mi fuerza interior, me recuerda que puedo afrontar cualquier adversidad. En la espalda llevo tatuada la imagen del árbol de la vida en flor, que simboliza el crecimiento constante, la conexión con la naturaleza y la complejidad de la existencia. Cada rama y cada hoja son como los momentos de mi vida, entrelazados e interdependientes. Eso es todo.

—Aún falta uno.

Ojalá hubiera dejado pasar el detalle, pero al parecer estaba muy atenta a la conversación.

—La brújula de mi antebrazo izquierdo representa el regalo que recibí de alguien especial —me limité a responder.

Pensar en ello me llenaba de rabia, porque me la habían arrebatado. Aun así, ya había tomado algunas medidas para recuperarla, porque sabía quién me la había robado: alguien que me salvó en el pasado y en quien confié.

—Vaya… qué misterioso e interesante es mi jefe —dijo con una sonrisita burlona. No conseguía apartar la mirada de ella ni un solo segundo—. Cuando pensé que no podías resultar más interesante, vas y me revelas todo esto.

Aquello podía afectar directamente a nuestro trabajo a partir del lunes, pero esta vez decidí ir al grano.

—Empecemos con una conversación honesta. Sin barreras, sin máscaras. Sentiste la misma atracción que yo; es evidente y… palpable —subrayé, recorriendo su cuerpo con la mirada, sin detectar el menor rastro de vergüenza en su rostro.

—Palpable… aún no. —No retrocedió; mantuvo la mirada fija en la mía y una sonrisa pícara apareció en sus labios—. Tal vez sentí algo,

tal vez no. Creo que ese es un misterio que tendrás que resolver por tu cuenta.

Cerré los ojos un instante, resistiéndome a la tentación de tocarla, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Creo que me gustan los buenos desafíos. Y tú eres, sin duda, un desafío demasiado complejo y excitante como para ser ignorado.

Sonrió, y el sonido se extendió por la piscina como una melodía seductora, atrayéndome aún más hacia ella.

—Sé muy poco de ti, Dante, pero pareces un hombre que no se rinde con facilidad, ¿me equivoco?

Mi respuesta salió en un susurro cargado de deseo.

—No, Marcela, no me rindo fácilmente cuando sé lo que quiero.

Se acercó, nuestros cuerpos casi rozándose, pero el espacio entre ambos parecía estar lleno de una fuerza magnética que nos impedía avanzar un paso más.

—¿Y qué es lo que quieres, Dante?

Mi voz estaba ronca cuando respondí, dejando que la verdad fluyera sin reservas:

—Te quiero a ti, Marcela. Quiero sentir cada centímetro de tu cuerpo contra el mío, explorar cada curva, cada secreto que te empeñas en esconder.

Ella dudó, con el deseo brillando en sus ojos.

—¿Y si esto es un error?

—Sin duda es un error. Pero, a veces, los mejores momentos de la vida están en los errores que cometemos. Y estoy dispuesto a arriesgarme, si tú también lo estás.

—Ya tengo mi respuesta, Dante… y es no.

Me sorprendió su respuesta, aún más la sonrisa triunfal que me lanzó.

—¿No?

—Eso mismo. Puedo deletrearlo, si quieres.

Me devolvía cada golpe con maestría y, lo confieso, me tenía cada vez más intrigado. Si ella era un desafío para mí, estaba deseando jugar la partida que se desplegaba entre nosotros.

—¿Cuál es el motivo? —pregunté, intentando descifrarla.

—No soy tan fácil como crees, y tú eres mi jefe. Podría enumerar muchas razones para que no ocurra nada entre nosotros, aunque solo fuera una vez.

Si quería jugar, yo aceptaría… a mi manera.

—De acuerdo. Es una postura sensata y, en el fondo, tienes razón. No volveremos a acercarnos —aseguré, respirando hondo y apartando la mirada.

—¿Qué quieres decir con…?

—Finge que esta conversación nunca ocurrió. No volveremos a hablar de ello, no te preocupes.

Fue la primera vez que la vi realmente sorprendida por mis palabras. Pero, si pensaba que iba a rendirme con facilidad, estaba muy equivocada. Cuando quería algo, luchaba por ello… y la deseaba con todo mi ser.

MARCELA NOVAES

Para alguien a quien le gustaban los desafíos, se rindió con demasiada facilidad.

Pensamientos como ese no dejaban de martillearme la cabeza después de que me dejara en la piscina y fuera a hablar con su hermano y con Theo.

—Por un momento pensé que ibais a lanzaros el uno sobre el otro en la piscina, Marcela.

Ana Júlia acababa de ponerse a mi lado; aun así, yo seguía algo aturdida.

—¿Alguien más lo vio? —pregunté, nerviosa, recordando algunos episodios recientes y la falta de "filtro" que solía tener.

—No. Esta vez estuve pendiente.

—Uf… —suspiré, aliviada, todavía con la imagen de mi jefe mirándome como si yo fuera una mujer indefensa, cuando no lo era.

—¿Qué pasó ahí?

—Bueno… supongo que lo que estás imaginando, amiga. —Sonreí, y ella abrió los ojos, perpleja—. Un jueguecito de seducción, pero lo rechacé.

—¿Cómo?! ¿Lo rechazaste?!

—Así es. Le dije que no soy tan fácil como pensaba y que es mi jefe, así que acercarnos sería un error.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad piensas eso?

—No —me quejé, pensativa—. La verdad es que tenía ganas de saltarle encima o de dejar que hiciera lo que le diera la gana, pero esta vez usé la cabeza. Llevo solo una semana trabajando y no quiero perder esta oportunidad. La necesito.

—Amiga… la relación entre vosotros dos en la última planta va a quedar un poco rara.

—Sí, es verdad. Pero voy a trabajar con normalidad, ni siquiera voy a provocarlo más. Solo quería saber si era inmune a mí, y no lo es.

—¿Eso era todo…? —preguntó, desconfiada, y me eché el pelo hacia atrás.

—Eso nunca lo sabrás. En cualquier caso, fue una conversación provechosa. Somos adultos y, aunque él tenga cuarenta años y yo veinticinco, esa diferencia no le importa a ninguno de los dos.

—¿Por qué hablas como si en el futuro fuera a pasar algo, Marcela…?

—¡Para ya con eso! —la reprendí—. Lo mejor es cambiar de tema, porque cuanto más hablamos de esto, más me arrepiento de haber rechazado al buenorro.

—Eso no va a durar… —se encogió de hombros, sin confiar en mí, lo cual tenía todo el sentido del mundo; al fin y al cabo, yo no era precisamente fiable—. Veo problemas dentro de poco.

—Relájate, amiga. Solo no se lo cuentes a Daniela; conociéndola, seguro que encuentra la manera de hacerme pasar vergüenza delante de él.

—Y hablando de ella…

—¡Eh! ¡Cotilleo! ¡Me encanta!

—Es solo una opinión, pero no suele venir mucho por aquí cuando está Dionísio. No acabo de entender el motivo.

—Hmm… interesante. ¿Y cómo se comporta teniendo a él como jefe?

—En ese sentido, nada ha cambiado, pero casi no interactúan, ¿sabes? Por lo que veo, se evitan mutuamente, y creo que hay algo oculto que no sabemos. Bueno… es solo mi impresión.

—¿Crees que existe la posibilidad de que hayan tenido algo a escondidas? No sé… ¿algún asunto del pasado sin resolver?

—Mentiría si dijera que no, pero aquí hay gato encerrado, vaya si lo hay.

—Qué pena que nunca lo vayamos a descubrir —bufé, recordando un poco la forma de ser de Daniela—. Hay cosas que se guarda incluso con nosotras.

—Solo lo sabremos si se lo preguntamos directamente a Dionísio.

—Él tampoco va a decir nada —puntualicé, ya que ambos parecían evitarse—. Pero… Dante podría soltar algo.

—Lo dudo mucho —negó Ana Júlia, aunque yo sentía curiosidad por la situación.

—Quién sabe, quizá algún día hable con él sobre eso.

—En el fondo, lo único que quieres es tener conversación con Dante. Te conozco, Marcela.

Sonreí y, de reojo, lo observé charlando con los hombres; fue automático que él también me mirara, con esa expresión suya tan habitual.

Jugué y me reí en la cara del peligro mientras lo observaba, y en el fondo quería saber cuáles serían las consecuencias de mi atrevimiento con él y, de algún modo, estaba ansiosa por descubrirlo…



CAPÍTULO 11

Ella llevaba tormentas en la mirada, y él, arcoíris en el corazón; juntos eran el equilibrio perfecto entre la lluvia y el sol…

MARCELA NOVAES

A primera hora de la mañana de este lunes seguí mis pasos habituales.

La luz del día apenas empezaba a colarse por las rendijas de las ventanas cuando puse un pie fuera de casa y lo vi. El corazón me dio un vuelco y un escalofrío me recorrió la espalda, obligándome a cerrar los ojos durante unos segundos.

Día 7…

Esa fecha estaba grabada a fuego en mi mente, un recordatorio implacable del pasado que mi familia arrastraba como una pesada cadena. Era el día en que Marcos, el usurero, me esperaba en la puerta de casa para saldar cuentas.

Siempre temía esos días.

Era una figura intimidante, con un aire sombrío que parecía emanar peligro. Sus ojos, fríos como el acero, parecían leer los pensamientos más profundos de mi mente, desnudando todos mis miedos y debilidades. La barba de varios días y la expresión rígida no hacían sino intensificar la aprensión que sentía al cruzarme con él.

—Hola, dulce. ¿Qué tienes para mí? —Su voz áspera me arrancó de mis pensamientos, haciéndome retroceder de forma instintiva.

Contrólate, Marcela…

Tragué saliva, forzando una sonrisa temblorosa.

—Tengo aquí el pago de los tres mil reales, señor —mi voz sonó más débil de lo que habría querido.

—¿Por favor, señor…? —soltó una carcajada, como si tuviera alguna clase de confianza conmigo—. Tengo cuarenta años, no me trates como a un viejo —afirmó, clavando los ojos en los míos, intentando intimidarme.

—Perdón.

Asintió, evaluando cada uno de mis movimientos.

El sobre que sostenía contenía la cantidad debida, fruto de mucho esfuerzo y trabajo duro. Era la forma de asegurarme de que no me lo quitara todo, de que quedara algo para mi familia y para mí.

Mientras revisaba el contenido del sobre, sentía cómo me encogía bajo su mirada sádica. Era como si percibiera mi lucha interna,

consciente de que estaba al borde del abismo. Guardó el sobre en el abrigo y esbozó una sonrisa siniestra.

—Hasta el mes que viene, dulce. No llegues tarde, no quiero cobrar más intereses a alguien tan guapa como tú… —susurró, tocándome la barbilla y dejándome paralizada.

Ante mi pasividad, sonrió y se dio la vuelta, satisfecho. Respiré aliviada, conteniendo las lágrimas. Mientras se alejaba, me sentía cada vez más atrapada en su telaraña.

El miedo que Marcos me provocaba era constante, un recordatorio cruel de las deudas que pagaba con el sudor de mi trabajo. Y sabía que aquel encuentro se repetiría mes tras mes, hasta que lograra liberarme de las garras del pasado.

Definitivamente, el día 7 siempre era el peor día del mes…

DANTE SALVATORE

Nunca en mi vida he tenido un sueño tranquilo, y eso empeoró con todo lo que fue ocurriendo en mi familia a lo largo de los años.

El despertador sonaba alrededor de las cinco y media de la mañana, rompiendo el silencio de la madrugada y arrancándome de un sueño ligero. El insomnio siempre fue un compañero fiel, un intruso empeñado en no abandonarme, y nada de lo que probé logró mejorarlo, ni siquiera los medicamentos más fuertes para encontrar algo de paz al dormir.

En un intento de aliviar la inquietud de mis noches, convertí el inicio del día en una oportunidad para canalizar esa falta de descanso. Monté un amplio gimnasio en mi mansión, donde las máquinas de musculación y las pesas ocupaban un espacio considerable. Era allí donde descargaba la tensión y la frustración, buscando claridad mental mientras el sudor corría por mi cuerpo.

La exigencia del ejercicio físico no solo fortalecía mi cuerpo, sino que también creaba una válvula de escape para las preocupaciones que rondaban mi mente día tras día.

Problemas familiares, finanzas complejas y decisiones empresariales inminentes se mezclaban en un torbellino constante, pero procuraba no permitir que esos pensamientos se apoderaran de mis momentos de concentración.

Tras finalizar mi ritual de entrenamiento, me daba una ducha rápida, dejando que el agua revitalizante despertara cada célula de mi cuerpo. Después me ponía el traje impecable y me dirigía a SkyLink, llegando antes de las ocho y, de hecho, empezando a trabajar de inmediato, concentrándome en algo para no perder la cordura. Me

gustaba mi trabajo no solo por eso, sino también porque me permitía centrarme en algo que no fuera yo mismo.

De reojo, no pude evitar notar la expresión preocupada en el rostro de Marcela cuando entró en la sala. El gesto fue sutil, pero mis ojos estaban entrenados para captar hasta el más mínimo detalle.

Se acomodó en su silla, hundiéndose en ella con un suspiro cargado de inquietud, y fijó la mirada en algún punto indefinido de la pared, como si estuviera perdida en pensamientos caóticos.

La comprendía bien, porque yo me quedaba exactamente así cuando los recuerdos de mi pasado me asaltaban. Aun así, observarla trajo a mi mente la conversación que tuvimos ayer y el rotundo «no» que recibí de su parte.

Mejor trabajar y olvidar un poco esta historia; ya tenía demasiados problemas que resolver.



Conseguí trabajar con normalidad durante la mañana, algo poco habitual para un lunes. Marcela ya sabía filtrar bien las llamadas importantes, lo cual era una de mis mayores preocupaciones al tener una secretaria personal a mi cargo.

El teléfono sonó y, a los pocos segundos, ella me informó de que Agnaldo, su chófer, quería hablar conmigo. Aquella llamada me resultó extraña, sobre todo porque él nunca me llamaba; era yo quien contactaba cuando necesitaba algo.

—¿Ocurre algo, Agnaldo?

—Perdone que le llame, señor, pero necesito contarle algo.

—Le escucho.

—Cuando fui a recoger a Marcela esta mañana, noté a un hombre bastante sospechoso cerca de su casa, como si la estuviera esperando.

—Continúe —le pedí, y una parte de mí empezó a inquietarse, aunque todavía no comprendía del todo el alcance de la situación.

—Cuando Marcela salió de casa, percibí cierto temor en su mirada y la vi entregarle un sobre con dinero. Cuando pasó junto al coche, lo observé abrir el sobre y contar algunos billetes.

No respondí de inmediato; me limité a reflexionar sobre lo que aquello podía significar.

—¿Algo más?

—No, señor. Solo quería avisarle, porque ella parecía asustada.

—Ha hecho bien, Agnaldo. Gracias por la información; a partir de ahora me ocuparé yo.

—De acuerdo.

—Si descubre algo más, infórmeme de inmediato.

—Sí, jefe.

Colgué el teléfono y me quedé pensando en la situación.

No era exactamente un asunto mío, pero ella me preocupaba. Por lo general, mis intuiciones no solían fallar, y Marcela podía estar metida en problemas.

MARCELA NOVAES

Poco a poco iba entendiendo la dinámica de ser la nueva secretaria de Dante y ya sabía qué era lo que más lo estresaba. Detestaba recibir llamadas innecesarias. En ese sentido, aprendí a filtrar bien, sobre todo después de hablar un poco con Dionísio y pedirle algunos consejos.

En cuanto al trabajo operativo, todavía tenía ciertas dificultades y estaba esforzándome un poco más. Miré el reloj y vi que casi era hora de llevarle el café de la tarde.

Durante unos segundos me quedé pensando en lo que había ocurrido ayer en la mansión de Theodore, y fue inevitable recordar nuestras conversaciones distendidas, algo que jamás sucedía dentro de la empresa y que nunca sucedería.

Estaba absorta en mis pensamientos y no me di cuenta de que él había salido de su despacho y me observaba con gesto serio.

—Ah… ¿necesita algo? —pregunté, saliendo de mis divagaciones.

—Sí. Voy a ser directo.

—De acuerdo.

—Agnaldo se preocupó porque había un hombre esperándote cuando saliste de tu casa, sobre todo por la expresión que tenías al verlo.

—Dante, yo…

—Espera, aún no he terminado —me interrumpió, serio—. Vio que le entregaste algo y decidió avisarme porque tu rostro no mentía y percibió que estabas asustada. Si tienes algún problema, lo mejor es que me lo cuentes. Puedo solucionarlo por ti, porque soy un hombre que resuelve cualquier problema.

Me quedé mirando a mi jefe sin saber hasta dónde llegaba su buena voluntad ni cuál era el verdadero motivo por el que intentaba ayudarme. En cualquier caso, no era un asunto en el que él debiera entrometerse, sino algo que me correspondía a mí.

—Se lo agradezco, pero no hay nada de qué preocuparse. Es un pariente lejano al que ayudo —mentí, y sentí cómo su mirada me quemaba mientras me analizaba de forma meticulosa.

—¿Estás segura de que es solo eso, Marcela?

—¿De verdad tengo que responder? —repliqué, observando al hombre impasible que tenía delante.

Nos quedamos mirándonos unos instantes más, y no supe si había creído mis palabras. Si tuviera que apostar, diría que no.

—De acuerdo.

—Ya que me ha hecho una pregunta personal, quiero hacerle yo una también —dije, decidida, reuniendo valor.

—Te escucho.

—Me llamó para trabajar en SkyLink por algún motivo, y quiero saber cuál es.

—No te entiendo.

—Nunca hemos hablado tanto, y esta buena disposición suya es, como mínimo… extraña. Como dije, nunca fuimos cercanos. ¿A qué viene esta ayuda repentina?

—El día que llamaste a Ana Júlia yo estaba en la mansión, y ella nos contó a Theodore y a mí que la habían despedido. Me pareció una buena oportunidad para que conocieras la empresa y decidieras tus próximos pasos después de los seis meses aquí. Nada más.

—¿No… me está ocultando nada?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó, cruzándose de brazos, ligeramente irritado—. Y, si fuera así, no lo diría abiertamente, ¿no crees?

Seguí observando a mi jefe y, por un segundo, pareció que realmente se preocupaba por mí.

No estaba acostumbrada a que me protegieran, sino a proteger yo. Siempre había desempeñado ese papel, y esos pequeños gestos hacia mí me hacían verlo de una manera distinta.

Primero me salvó colocándome en un puesto tan importante. Ahora estaba preocupado por el usurero que se plantaba en la puerta de mi casa. El añadido a todo aquello fue la forma en que me miró ayer, como si me admirara de algún modo.

Ese hombre era una auténtica caja de sorpresas.

—Está bien.

—No te olvides de mi café, ya vas tarde —dijo y, sin dejarme responder, se dio la vuelta y entró en su despacho.

Dante era un hombre diferente y único.

Incluso cuando parecía accesible de algún modo, se comportaba como un hombre frío, como si estuviera acostumbrado a llevar esa máscara. Y, aunque yo quisiera, sería difícil descifrarlo…



CAPÍTULO 12

Dentro de nuestro abrazo silencioso, mil canciones de amor resonaban, contando historias que solo nuestras almas comprendían…

MARCELA NOVAES

Durante el trayecto hasta el comedor, me quedé reflexionando sobre la conversación de hacía unos minutos. A veces parecía que Dante se preocupaba por mí, pero no sabía cómo demostrarlo, o quizá esa era su manera de expresar aprecio.

Fuera como fuese, no podía dejarme llevar por ensoñaciones. Que me atrajera no significaba que fuera a revelar demasiado de mi pasado, sobre todo cuando ni siquiera Ana Júlia, mi mejor amiga, sabía nada de ello.

Al llegar a la planta quince, me dirigí directamente a la cocina y observé a Jurema trabajando. Al verme, esbozó una sonrisa amplia, y me acerqué, notando que estaba bastante atareada.

—¿Necesita ayuda? —me ofrecí, viéndola moverse con rapidez.

—No, hija. Está todo bajo control —respondió con una sonrisa.

—¿Dónde está Matilde?

—Hoy ha empezado sus vacaciones. Su hija ha tenido un bebé, así que se ha tomado tres meses de vacaciones acumuladas para ayudarla. Es su primer nieto.

Sonreí al escucharla.

—Parece que se quedará sola aquí.

—Ay, la gente suele charlar conmigo cuando viene. No te preocupes.

En los últimos días había hablado varias veces con Jurema. Me di cuenta de que siempre estaba sonriendo, dispuesta a ayudar a cualquiera. Era evidente que todos la apreciaban y que era una mujer muy comprometida con su trabajo.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —pregunté, dándome cuenta de que había empezado a ayudarla a preparar el café.

—Más de veinte años, hija mía.

—¡Vaya!

—Sí —confirmó, sonriente—. Desde que el padre de Theodore amplió la empresa. Después, él y Dante se hicieron cargo, y yo acompañé todo ese proceso.

—Entonces conoce bien a Dante —comenté, sin entender por qué había sacado el tema de mi jefe.

—Sí, a él y a su hermano. ¿Tienes algún problema con él?

No tenía con quién hablar de ciertos asuntos, sobre todo de Dante, salvo con Ana Júlia y Daniela.

—No es exactamente un problema. Él es… misterioso. No estoy acostumbrada a tratar con hombres así.

—Dante es un buen hombre, pero no lo demuestra con facilidad —observó Jurema.

—¿Por qué?

—No lo sé con certeza, tiene que ver con su familia. Dante es un hombre de pocas palabras.

—¿Habla mucho con él?

—De vez en cuando. Sé cuál es mi lugar aquí.

—Lo entiendo —dije con una sonrisa, terminando de ayudar—. ¿Y usted? ¿Está casada? ¿Tiene hijos?

Tardó un poco en responder, pero luego sonrió.

—No, estoy sola. Pero me gusta mi vida así, sencilla. Valoro la tranquilidad.

Jurema tenía sesenta años, pero siempre parecía animada y llena de energía.

—Ojalá yo tuviera esa paz.

—Eres joven, Marcela. Tienes un futuro brillante por delante.

—Eso espero —asentí, sintiéndome un poco más aliviada—. Gracias por escucharme.

—De nada. Ahora lleva el café a Dante antes de que se queje.

—Lo haré.

A pesar de mis esfuerzos, a menudo me retrasaba al llevarle el café a Dante. Sin embargo, hasta ese momento solo me había reprendido una vez. Deducía que apreciaba el trabajo de Jurema y Matilde; nunca se quejaba de ellas y, en ocasiones, incluso las elogiaba.

Al llegar a la última planta, vi a Dante apoyado con ambas manos sobre mi mesa, con la cabeza inclinada.

Algo no iba bien.

Parecía agitado e inquieto. Al acercarme, percibí su incomodidad y su aflicción. Daba la impresión de estar librando una tormenta emocional en su interior. Sus ojos parecían buscar una salida, pero estaba visiblemente afectado, perdido en sus propios pensamientos.

La inquietud me invadió mientras pensaba en cómo podía ayudarlo. Mis pasos vacilantes se acercaron a él, pero mi corazón latía con urgencia. Las palabras parecían insuficientes ante aquella situación.

No parecía ser consciente del entorno que lo rodeaba, y resultaba doloroso ver a alguien que normalmente irradiaba tanta fuerza y autoridad sumido en un estado de vulnerabilidad tan profundo.

Decidida a confiar en un impulso, caminé hacia él con pasos silenciosos. Me detuve a su espalda, observando sus manos temblorosas aferradas al borde de la mesa. Ahora podía ver con claridad el sudor perlándole la nuca, y el aire parecía cargado de tensión.

Sin pensarlo demasiado, dejé la bandeja sobre la mesa cercana y, a continuación, apoyé mi mano en su hombro derecho, ejerciendo una presión suave.

El contacto pareció romper, aunque solo por un instante, la barrera que lo aislaba, y él giró ligeramente el rostro hacia mí.

—¿Estás bien, Dante?

Su expresión abatida se encontró con la mía y, por un breve instante, la conexión fue más allá de las palabras. Parecía querer decir algo, pero no encontraba fuerzas. En sus ojos había un dolor distinto, como si algo invisible lo estuviera hiriendo profundamente.

En ese momento, mi mente regresó a un pasado lejano, a la época en la que mi madre solía tener episodios de ansiedad. Siempre le gustaba que la abrazaran, como un gesto de apoyo. Y, sin pensarlo, seguí lo que me dictaba el corazón.

Con cuidado, tomé sus manos y lo hice girarse para quedar frente a mí. Después rodeé su cuerpo con mis brazos y lo abracé.

—Tranquilo, todo va a ir bien.

Intenté acompasar mi respiración para convertirme en una presencia reconfortante mientras mis brazos lo envolvían.

Nos quedamos así durante un rato y, cuando volví a mirarlo, parecía sorprendido, con una mezcla de desconcierto e incertidumbre en los ojos. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, su tensión fue cediendo. Sentí el latido acelerado de su corazón, el temblor de sus músculos, su miedo.

Aquello era algo nuevo para mí; solo había tenido un gesto similar con mi madre.

Poco a poco, el color regresó a su rostro y su mirada se volvió más presente. Luego se apartó, rompiendo cualquier contacto entre nosotros.

—¿Estás mejor?

—Yo… lo estoy —respondió con enorme dificultad.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No —dijo, algo más seco—. Yo… estoy bien.

Percibí que en ese instante estaba librando una batalla interna y no sabía cómo actuar. Era evidente que no deseaba ser visto en un estado tan vulnerable, pero yo había sido testigo de ello y estaba profundamente preocupada.

DANTE SALVATORE

Cogí mi café de la tarde y, a continuación, me encerré en mi despacho.

¡Joder…!

Las manos aún me temblaban, y traté de controlarme todo lo posible durante los minutos siguientes. Marcela me había visto en plena crisis, y fue su gesto el que logró calmarme. Nunca imaginé que un abrazo pudiera tener ese efecto, y me sentí profundamente vulnerable cuando tomó esa iniciativa.

Esa sensación de fragilidad me resultaba extraña.

Durante años había construido una armadura de seguridad en mí mismo y de control férreo. Mi rutina matinal, mi actitud inquebrantable en el entorno laboral, todo formaba parte de una fachada que ocultaba las complejidades que prefería no mostrar al mundo. Pero allí, frente a mi secretaria, había quedado expuesto de una manera a la que no estaba acostumbrado.

Miré mis manos, aún temblorosas, y pensé en la figura imponente que representaba para la empresa y para mis empleados.

Ser el CEO de SkyLink significaba liderar con firmeza, tomar decisiones rápidas y certeras, no mostrar nunca vulnerabilidad. Sin embargo, la fragilidad que experimenté en aquel instante no era una debilidad, sino una parte de mi humanidad que había ignorado durante demasiado tiempo.

Resultaba difícil admitir que, pese a todos mis logros y a mi poder, también era susceptible a momentos como ese. De forma

inevitable, mi mente regresó a mi familia, y supe exactamente cuándo habían comenzado esas crisis.

Culpaba a dos personas por ello, y necesitaba enfrentarme de nuevo, al menos, a una de ellas para descubrir la verdad; de lo contrario, jamás lograría liberarme de esa pesadilla interminable…



CAPÍTULO 13

Ella era la brisa suave que apaciguaba las tormentas en mi interior, y yo, el refugio que la protegía del mundo exterior…

DANTE SALVATORE

Intenté a toda costa ignorar las miradas que Marcela me dirigía durante la tarde, y no cruzamos palabra. Parecía preocupada, pero no quería que me preguntara por el motivo de mi angustia; al fin y al cabo, se trataba de un asunto antiguo, algo que muy pocas personas conocían.

Al salir de SkyLink, me dirigí directamente a un lugar que conocía bien. Tardé unos cuarenta y cinco minutos en llegar. Aparecí sin avisar, con la esperanza de que me recibiera, ya que no había concertado ninguna cita para hablar con mi propio padre.

De forma sorprendente, en algunas ocasiones, incluso con cita previa, no me permitía entrar. Se había internado voluntariamente en una residencia de ancianos en el área metropolitana de São Paulo y evitaba las visitas. Las únicas dos personas que mantenían cierto contacto con él éramos mi hermano y yo, y aun así no resultaba nada sencillo.

Se aisló de todo el mundo después de aquel incidente.

Hablé unos minutos con la responsable de la recepción. A pesar de no tener cita, para mi sorpresa autorizó mi entrada. Hacía tres meses de mi última visita, el intervalo habitual que él mismo imponía.

Aunque era espaciosa, la residencia tenía un aire austero, más parecido a un refugio que a un hogar. Mientras avanzaba por los pasillos silenciosos, me perdí en pensamientos sobre los años transcurridos y los recuerdos que evitaba, pero que, como fantasmas, insistían en perseguirme.

Al acercarme a la puerta de la habitación de mi padre, respiré hondo antes de llamar. Desde dentro oí un escueto «pasa».

La estancia, con una luz tenue, reflejaba su estado de ánimo. Estaba sentado, con la mirada perdida, como si el tiempo se hubiera detenido para él. A sus sesenta y dos años, parecía más cansado que nunca. Las ojeras delataban noches mal dormidas.

Lamentablemente, nada de lo que mi hermano y yo habíamos intentado a lo largo de los años había dado resultado.

—Hola, papá —saludé, tratando de mantener la calma.

Tardó en responder, evaluándome con una mirada penetrante.

—No tienes por qué venir aquí, ¿lo sabes? —dijo, con la voz cargada de cansancio y resistencia.

Llevaba más de diez años allí.

Conociendo su preferencia por la soledad, no podía evitar aquella visita. Me senté cerca de él, observándolo. Las huellas del tiempo eran evidentes en su rostro, contando historias que jamás revelaría.

—He venido a ver cómo estás y a hacerte algunas preguntas —admití.

Hubo una vacilación, y la incomodidad era palpable. Siempre existía entre nosotros un silencio denso, una distancia que parecía imposible de salvar.

—Tu trabajo debe de mantenerte ocupado —desvió el tema, anticipándose a mis preguntas habituales.

Respiré hondo, consciente de lo inútil que era intentar derribar sus barreras. La verdad que buscaba estaba encerrada en su pasado, y él no estaba dispuesto a revelarla.

—Sí, me mantiene muy ocupado. Pero eso no significa que no pueda venir a verte.

—No pierdas tu tiempo conmigo, Dante —replicó, evitando mirarme.

—Papá, ¿por qué te internaste aquí? —la pregunta se me escapó antes de poder contenerla.

Noté cómo su postura se tensaba y su mirada se llenaba de una mezcla de rabia y dolor.

—Eso no es asunto tuyo, hijo. Ni de nadie.

Mi decepción y mi frustración se intensificaron. Quería entender, quería ayudar, pero parecía decidido a mantenerlo todo encerrado dentro de sí, y lo peor de todo era que esa había sido siempre su respuesta cada vez que lo visitaba. Solo que esta vez no tenía una sola pregunta.

—¿Qué fue lo que pasó de verdad con mi madre? ¿Por qué se fue? Dime la verdad, papá.

Si tuviera el poder de obtener una única respuesta en el mundo, sería esa.

Sí, podía sonar hipócrita y mezquino, sabiendo que había innumerables cuestiones capaces de curar grandes enfermedades o evitar catástrofes en todo el planeta, pero yo amaba a mi madre y no lograba aceptar que me hubiera dejado el día después de cumplir doce años, dejándome un "regalo" conmigo.

Mucha gente pensaba que el hecho de que aquello hubiera ocurrido hacía veintiocho años no afectaba a la forma en que vivía ni a cómo trataba a quienes me rodeaban. Sin embargo, sí, me afectaba de muchas maneras.

Dejé de confiar en las personas cuando ella se marchó.

—Murió, Dante. Eres tú quien no acepta esa verdad.

Por un momento creí esa historia, pero mi corazón me decía que no era la verdad.

—Sé que no murió, lo siento.

Mi padre no respondió; simplemente apartó la mirada, perdido en sus propios pensamientos.

Era inútil.

A pesar de todo el dinero que tenía, intenté de todas las maneras posibles encontrar a mi madre, pero nunca tuve éxito. Ni siquiera recordaba su rostro.

Cuando se marchó, todas las fotos desaparecieron, y sabía que mi padre era el responsable. Con el tiempo fui olvidando sus rasgos; al fin y al cabo, habían pasado casi treinta años y yo era solo un niño, con recuerdos que se desvanecen con el paso del tiempo.

—Por favor, vete. No debería haberte dejado entrar aquí.

Quedó claro que no iba a conseguir nada de él, que era inútil intentarlo. Me importaba mi padre incluso sin conocer la verdad; aun así, esa era su elección.

—Por no saber la verdad, dejé de confiar en nadie, papá. Quiero que lo sepas.

—Dante…

—El abandono es real tanto en mi mente como en mi vida, y si personas de mi propia sangre hicieron eso por decisión propia, otras que entren en mi vida harán lo mismo. Mi madre me abandonó; mi propio padre hizo lo mismo cuando decidió internarse aquí —dije, esta vez con rabia en la voz—. Mis crisis a lo largo de los años son culpa de vosotros dos, porque en lugar de protegerme de alguna manera, decidisteis esconderos y no contarme la verdad. En el fondo, sufro por algo que ni siquiera sé qué es, y eso sí que resulta frustrante.

—Lo siento, hijo.

—No. Esto ha ido demasiado lejos. No te preocupes, lo intentaré una vez más y buscaré tratamiento. Seré dueño de mi propia vida y no viviré la vuestra a partir de ahora, te lo prometo.

Esta vez salí de su habitación sin mirar atrás. Era inútil preocuparse por personas —fueran familia o no— que no deseaban ese cuidado.

Durante años intenté demostrar que estaría presente en la vida de mi padre, pero nunca quiso ni a mí ni a Dionísio cerca. Salí de la residencia y, al subir al coche, mi móvil vibró. Era mi investigador llamándome.

—¿Qué ha pasado?

—Lo hemos encontrado, Dante.

La rabia me recorrió el cuerpo, pero recuperaría lo que me habían robado, uno de los pocos recuerdos que tenía de mi madre. Aunque creyera que me había abandonado, aquel simple objeto era importante para mí.

—Excelente. Dime dónde está. Me encargaré personalmente de este asunto…



Si había algo que odiaba con todas mis fuerzas era la ingratitud o que me traicionaran, y pensé que volver a verlo después de tantos años sería una grata sorpresa, pero no fue exactamente así.

En menos de una hora llegué al hotel que me indicó mi investigador, y ni siquiera tuve que buscar la manera de subir hasta su habitación, porque mi antiguo amigo fumaba fuera del establecimiento como si fuera el dueño de la calle.

Tras aparcar el coche, avancé con cuidado, acercándome sin darle margen para escapar, y en un movimiento brusco lo agarré de la camisa y lo estampé contra la pared.

—¿Pero qué cojones…?

Se quedó sin palabras al reconocerme, y los ojos casi se le salieron de las órbitas.

—¿Sorprendido?

—¿Qué… qué haces aquí, Dante?

—Tú lo sabes muy bien, Marcos.

Para entender lo que había pasado con él, necesitaba retroceder más de veinte años, a una época en la que yo era el blanco perfecto del acoso en el colegio.

Allí me señalaban como el raro, el empollón que cargaba una pesada mochila llena de sueños e ideas. Mi fragilidad era evidente y, como si fuera un imán, los matones parecían oler mi inseguridad, convirtiendo mi vida en un infierno.

Sin embargo, en medio de aquella niebla de burlas, apareció alguien que se atrevió a tenderme la mano. Era Marcos, con un aura de confianza que parecía darle más años de vida que al resto de nosotros en aquel entonces.

Su valentía al defenderme de los ataques, sus palabras firmes colocando a los agresores en su sitio… todo eso creó un vínculo sólido entre nosotros, y durante los tres años siguientes forjamos una gran amistad. Sin embargo, después del instituto tomamos caminos distintos y dejamos de hablarnos.

Pasaron los años y el tiempo pareció llevarnos por rumbos muy diferentes, pero hubo un reencuentro casual —o quizá no—, como si el destino hubiera decidido cruzar nuestros caminos una vez más.

En una charla rápida lo invité a tomar una cerveza en mi mansión, ansioso por saber cómo le iba la vida, ya que en mi cabeza sentía que le debía mucho por haberme protegido durante tanto tiempo.

Aquella noche conversamos como dos desconocidos intentando encontrar puntos en común entre vidas que ya no se parecían en nada. Aunque esquivó algunas preguntas, no le di importancia; al fin y al cabo, no se trataba de un interrogatorio.

Le enseñé mi mansión y todo parecía normal, hasta que en un momento fui al baño y noté que ya no estaba en el salón. En realidad, el

cabrón no estaba en ningún sitio.

Me bastaron unos minutos para darme cuenta de que se había marchado y se había llevado varias cosas de valor, entre ellas la más importante para mí: el último regalo de mi madre, la brújula que llevo tatuada en el cuerpo.

—Puedo explicarte por qué me fui antes aquel día… —dijo, con el cuerpo aplastado contra la pared, mientras la rabia me consumía por dentro.

—No hace falta. Quiero algo que me robaste.

—¿El qué?

—La brújula.

Se quedó mirándome durante un largo instante, y yo le devolví la mirada, ignorando a la gente que nos rodeaba, convencida de que estábamos a punto de liarnos a golpes.

—Yo… la vendí.

Cerré los ojos y respiré hondo. Acto seguido, mi mano fue directa a su estómago, obligándolo a caer de rodillas mientras se retorcía de dolor.

—Voy a ser muy claro… —me agaché, agarrándolo del pelo y forzándolo a mirarme a los ojos—. No sé cómo, pero vas a recuperar lo que es mío, aunque tengas que ir al infierno para hacerlo, ¿me oyes?

—Dante…

—¡Cierra la puta boca! —rugí, conteniendo las ganas de matarlo allí mismo—. Mi día ya es una mierda, no lo empeores. Tienes tres meses para devolverme esa brújula; de lo contrario, ni siquiera sé de lo que seré capaz, pero te garantizo que vas a sufrir.

—No voy a poder encontrar otra vez al comprador, y…

Sin pensarlo, le solté un puñetazo en la nariz, y en cuestión de segundos la sangre empezó a manarle por la cara.

—¡Respuesta equivocada! Ese simple objeto que me robaste vale más que tu propia vida, así que será mejor que encuentres la manera. A partir de hoy, todos tus pasos estarán vigilados, y si intentas huir, me encargaré de que acabes en prisión, pero antes voy a destrozarte. ¿Ha quedado claro? —pregunté, levantándolo y apretándole el cuello.

—S-sí… —respondió con dificultad.

—Excelente. —Saqué el móvil e hice una llamada sin apartar la vista de él—. No le pierdas de vista —ordené a mi investigador al otro lado de la línea. Asintió y colgué.

Esta vez, no estaba para juegos…



CAPÍTULO 14

Aquellas miradas compartidas, cargadas de promesas no dichas, eran nuestras confesiones más profundas, donde el silencio hablaba más alto…

MARCELA NOVAES

Mi semana había empezado con normalidad y estaba terminando como un auténtico desastre, todo por culpa de Dante.

Poco a poco fui descubriendo que mi nuevo jefe quizá no fuera un demonio, pero aguantarlo durante seis meses sería mi infierno personal en la Tierra. El tipo era arrogante, egocéntrico, antisocial y no sonreía jamás. Además, me hacía sentir como si fuera idiota cada vez que me miraba fijamente y, en los últimos días, eso era lo que mejor sabía hacer.

Cuando cometía un error o le hacía alguna pregunta a Dante, se limitaba a mirarme, como si estuviera evaluando mi capacidad; después apartaba la vista y no decía nada más, como si pensara: «arréglatelas, no eres tonta».

A veces daba la impresión de que estaba molesto conmigo, y solo había un motivo para ello. Aunque yo intentara ayudar, parecía detestar recibir ayuda y, desde entonces, nuestra convivencia no había hecho más que empeorar.

—Necesito estos informes antes de que termine el día —dijo, dejando una carpeta sobre mi mesa y girándose para volver a su despacho. Sin embargo, no me quedé callada

—¿Toda esta actitud es por aquel día en que te ayudé? No eres menos hombre por haber aceptado mi ayuda durante una crisis, Dante.

Estaba de espaldas cuando hablé, pero se giró despacio, y sus ojos parecieron lanzar chispas al encontrarse con los míos.

—No volveremos a hablar de eso.

—Dante…

—¿He sido claro, Marcela? —replicó, haciéndome sentir un tanto intimidada.

—Sí, señor.



Decidí unir lo útil a lo agradable y salí a comer. Daniela y Ana Júlia me estaban esperando.

—¿Día complicado? —preguntó Ana Júlia en cuanto me senté.

—Tengo un jefe difícil.

—¿Qué ha pasado?

Hice que ambas prometieran discreción y les conté que había encontrado a Dante en plena crisis y que estaba preocupada por él.

A veces me sorprendía observándolo para asegurarme de que estaba bien. En ciertos momentos me preocupaba más de la cuenta, y

ese era claramente uno de ellos.

—Dante siempre trabajaba con la puerta cerrada cuando estaba con nosotras —observó Daniela, y Ana Júlia asintió.

—Es verdad. Pasaba la mayor parte del tiempo allí. Puede que haya atravesado esas crisis solo, encerrado en su despacho.

Reflexioné sobre lo que habían dicho y pensé que quizá pasara por crisis con más frecuencia de lo que imaginaba.

—¿Sabes algo de su familia, Daniela? —pregunté, con la esperanza de que su crisis tuviera relación con eso.

—No demasiado. Pero sé que su padre está en una residencia.

—¿Él internó a su propio padre? —pregunté, sorprendida.

—No. Fue decisión del padre. Su madre se fue hace mucho tiempo y, después de eso, él cambió. Pero no conozco los detalles.

—Entiendo.

—Míralo por el lado bueno, pronto te libras de Dante. Solo quedan cinco meses y dos semanas. Se te pasará volando —dijo Daniela, con ironía.

—Estoy preocupada por él —admití, sorprendiéndolas.

—Se me había olvidado que eres tan buena como Ana Júlia. Pero Dante es un caso aparte. Simplemente no le gusta la gente.

—¿Por qué dices eso, Daniela?

—Fue mi jefe durante varios años. Es su forma de ser. Y yo también soy así, mucha gente me irrita.

—Eso cambia cuando nos enamoramos —opinó Ana Júlia, provocando una reacción inmediata en Daniela.

—Como si eso fuera a volver a pasar…

—¿Volver?!

Ana Júlia y yo nos miramos, ahora seguras de que Daniela había tenido un gran amor en el pasado.

—Sí. ¿Creéis que, por ser como soy, nunca me he enamorado en la vida? —replicó, sin mirarnos siquiera.

—Tiene sentido. ¿Y cómo se llamaba?

—Ya ni me acuerdo.

En el arte de esquivar preguntas sobre relaciones, Daniela era una experta; tenía incluso máster y doctorado en la materia. Sin duda, había salido airosa de muchas situaciones así.

—Por lo que parece, ese hombre te hizo mucho daño… —comenté con naturalidad, pero noté un cambio en su mirada mientras parecía perderse en recuerdos del pasado, probablemente relacionados con él.

—No hace falta que digas nada, Daniela —intervino Ana Júlia, intentando cambiar de tema.

—La verdad es que fui yo quien le hizo daño, no al revés. Pero eso ya no importa. Solo espero que sea feliz después de haber pasado por mi vida. No fui buena con él; en realidad, merecía haber sufrido mucho más por lo que hice.

Ana Júlia y yo nos miramos, algo sorprendidas, pero el tema se dio por zanjado. En la vida, todo el mundo tiene problemas; la diferencia es que algunas personas los esconden mejor que otras.



Regresé del almuerzo y trabajé sin descanso, hasta el punto de retrasarme con algunas tareas. Aun así, prioricé lo que Dante me había pedido, posponiendo el resto de mis obligaciones. Poco antes de que se marchara, le entregué los informes solicitados.

—¿Tengo que revisarlos o lo has hecho todo bien?

Detestaba que dudaran de mi capacidad. Tenía la habilidad de sacarme de quicio con simples palabras, y empecé a pensar que lo hacía a propósito.

—Está todo correcto, señor —respondí con educación, aunque por dentro quería decir otra cosa.

—Eso espero —dijo, lanzándome una mirada fugaz antes de volver a lo suyo. Sin embargo, me quedé allí, esperando algún tipo de reconocimiento—. ¿Por qué sigues ahí plantada mirándome? ¿Algún motivo?

—¿Sinceramente? Estaba esperando un “gracias”, pero parece que hasta eso resulta difícil viniendo de usted.

Me había prometido no iniciar ningún enfrentamiento ni verbalizar lo que pensaba, pero a veces hablaba antes de medir las consecuencias.

—¿Por qué debería agradecerte nada si ese es tu trabajo y te pagan por hacerlo? Y, por cierto, muy bien pagada —declaró Dante con su habitual frialdad.

—Es una cuestión de educación, no de trabajo. No estoy acostumbrada a trabajar con personas tan insensibles y volátiles. Es nuevo para mí —repliqué, dejando que se filtrara parte de mi frustración.

El ambiente entre nosotros se volvió denso, cargado de una tensión palpable. Sentí como si estuviéramos al borde de un precipicio: o tendríamos una confrontación sincera o nos distanciaríamos aún más. Y tenía la sensación de que aquello no acabaría bien.

A veces, cuando empezaba a hablar, no sabía parar, y ahora parecía que íbamos a desahogarnos los dos, incluso sin ser una pareja.

Dios me libre… aunque, ojalá.

Aparté ese pensamiento de inmediato y me preparé para la conversación que se avecinaba.

—¿No te dijeron que sería difícil trabajar conmigo? —preguntó Dante, con un cansancio en la voz que no le conocía.

—Si solo fuera "difícil", lo entendería. Pero últimamente has estado insoportable, sobre todo desde que te ayudé aquí, cuando… —Estaba a punto de mencionar su crisis, pero me interrumpió.

—Dimite —sugirió, evitando mirarme—. Sería la solución a tus problemas, ¿no crees?

Sus palabras me dejaron sin aliento, como un golpe directo.

Era tan propio de él: arrogante, autosuficiente, siempre creyendo tener todas las respuestas. Pero no estaba dispuesta a dar marcha atrás, no esta vez.

—No lo haré. Este trabajo es importante para mí —afirmé con firmeza, dejando que mi determinación se reflejara en cada palabra.

No podía renunciar a mi empleo solo por la personalidad de mi jefe, por complicada que fuera.

Dante por fin giró el rostro hacia mí, y sus ojos oscuros se clavaron en los míos con intensidad. En su mirada había una mezcla de emociones, una guerra interna que rara vez dejaba ver.

—Eres testaruda, Marcela —dijo con una voz más suave, casi como si se estuviera confesando a sí mismo—. No entiendo por qué sigues empeñada en quedarte aquí si la convivencia es tan difícil.

Yo sí lo sabía, aunque me negara a admitirlo…

A pesar de todos los retos y obstáculos que Dante ponía en mi camino, había algo entre nosotros, una atracción imposible de ignorar, y había empezado a importarme.

Estaba decidida a descubrir qué se escondía tras aquella fachada fría e intransigente.

—No abandono las cosas que son importantes para mí, señor. Y ahora mismo, este trabajo lo es. Puede ponérmelo difícil, pero eso no va a hacer que me vaya.

Me observó durante unos segundos, como si evaluara mi sinceridad. La tensión entre nosotros era evidente, y me pregunté si por fin cedería o si seguiría luchando contra aquello que ambos sabíamos que estaba ocurriendo.

Lentamente, mi jefe se levantó, y todo pareció transcurrir a cámara lenta en los segundos siguientes. A medida que avanzaba hacia mí, la distancia entre nosotros se acortaba.

Cada respiración estaba cargada de electricidad, y podía sentir el calor de su cuerpo a apenas unos centímetros del mío. Nuestras miradas permanecían fijas la una en la otra, como si estuviéramos atrapados bajo un hechizo, y yo no iba a retroceder.

Estaba más decidida que nunca.

—No sabes en qué te estás metiendo, Marcela —dijo él. Su voz estaba ronca ahora, y podía ver la dura lucha en sus ojos—. Tengo demonios que ni yo mismo comprendo.

El valor creció dentro de mí y di un paso hacia él, acortando aún más la distancia que nos separaba.

—Tal vez quiera descubrir esos demonios, Dante —mi voz salió más baja, cargada de promesas—. Tal vez quiera ayudarte a enfrentarlos, si me lo permites.

Se quedó inmóvil durante un instante, como si estuviera procesando mis palabras. Entonces, por fin, dejó escapar un suspiro y dio un paso atrás, rompiendo el contacto visual que nos había mantenido cautivos.

La seguridad con la que se había acercado a mí fue sustituida por algo muy parecido a la duda.

—No sabes lo que estás diciendo, Marcela —murmuró, casi para sí mismo.

—Sí, lo sé.

Entendía que estábamos en medio de algo peligroso y complejo, pero también sabía que no podía ignorar la chispa que había entre nosotros. Estaba dispuesta a ayudarlo, siempre que él estuviera dispuesto a dejar entrar a alguien en su mundo.

Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir…

—No quiero tu ayuda y, aunque la quisiera, no serviría de nada. Ahora puedes irte.

De nuevo, la fachada del CEO frío se reflejó en su rostro, y comprendí que era inútil luchar contra eso.

No deseaba ayuda, y yo no iba a suplicar. Para que una ayuda funcione, la persona tiene que querer cambiar primero.

—Está bien.

Por dentro estaba bastante molesta por su terquedad, pero encontraría la forma de olvidarlo y centrarme en mi trabajo.

Cuando estaba saliendo de su despacho, escuché de nuevo su voz:

—Vivimos en un mundo en el que encontrar un motivo para vivir es mucho más difícil que simplemente sobrevivir, Marcela.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Con el tiempo lo descubrirás…



CAPÍTULO 15

En nuestra danza silenciosa, cada paso, cada roce, contaba una historia de pasión y entendimiento que las palabras jamás podrían expresar…

MARCELA NOVAES

—¿Qué pasa, hija?

—Mi jefe…

Estaba cenando con mi madre y, seguramente, había notado mi expresión contrariada. Nunca sabía disimular cuando estaba irritada o molesta, y nadie mejor que mi propia madre para percibir esos momentos.

—¿Es tan difícil?

—¡Imposible! —gruñí—. Lo que tiene de borde y maleducado lo tiene de guapo, sexy y tremendamente atractivo.

Mi madre ya estaba acostumbrada a la forma en que hablaba de algunos hombres y, lo confieso, era agradable arrancarle unas carcajadas, como en ese momento. No era algo que ocurriera con frecuencia últimamente.

Sabía que el pasado la afectaba, sobre todo por la marcha de mi padre y sus adicciones. Quería —y lo haría— darle una buena vida en un futuro cercano. Mientras eso no llegaba, valoraba nuestros momentos juntas, que para mí eran más importantes que cualquier riqueza.

—¿Y la otra cara de la moneda cómo es?

—¿Cómo dices, mamá?

—¿Qué piensa él de ti? ¿Te has parado a pensarlo, hija? —preguntó, y durante unos segundos me quedé reflexionando.

—Debe de pensar que hablo demasiado, que soy irresponsable, inexperta y entrometida.

—O quizá te admire en secreto. Al fin y al cabo, fuiste tú misma quien dijo que fue él quien insistió en ponerte en ese puesto.

Le conté a mi madre que la idea había sido de Dante, pero no le revelé lo que ocurrió en la mansión de Theo.

Aquello fue… un arrebato colectivo. Por parte de los dos.

Él, sin duda, se arrepintió de haber sido tan insistente conmigo, y yo de haberlo rechazado. Aún pensaba en aquella tarde soleada de domingo, pese a las constantes irritaciones que me provocaba.

Mi madre siempre conseguía hacerme ver las cosas desde otra perspectiva. Era la voz de la razón, mi consejera en los momentos más difíciles.

—¿Tú crees, mamá? —murmuré, pensativa—. Tal vez esté juzgando a Dante con demasiada dureza. Es difícil, pero es… intrigante.

Mi madre sonrió, como si supiera exactamente lo que sentía.

—Te gusta, ¿verdad, hija?

Tragué saliva, sintiendo cómo me ardían las mejillas. Era difícil admitirlo, sobre todo ante mí misma, que no estaba acostumbrada a sentir algo tan intenso por nadie.

—Tal vez… —respondí con cautela—. Siento que es alguien a quien merece la pena conocer mejor.

Mi madre asintió, orgullosa. Le confesé que nos habíamos conocido en una discoteca dos años atrás y que, desde entonces, él me intrigaba, a pesar de nuestro escaso contacto. Ella tenía una vaga idea de cómo era Dante Salvatore.

—Hija, a veces las personas son como rompecabezas. Hay que encajar todas las piezas para ver la imagen completa. Tal vez, detrás de esa fachada dura, haya alguien capaz de sorprenderte de formas inesperadas.

Sus palabras resonaron en mí. Quizá, bajo la máscara de arrogancia y brusquedad de Dante, hubiera algo más profundo. No estaba segura, pero se estaba convirtiendo en un desafío que estaba dispuesta a afrontar, aun sabiendo que sería complicado. Sentía que estaba al comienzo de algo nuevo y emocionante, y quería descubrir qué me aguardaba.

Obstáculo: Dante Salvatore.

—Ten paciencia, hija —dijo, levantándose con una sonrisa—. Voy a fregar los platos.

—Te ayudo, mamá.

—No hace falta.

—Sí, hace falta.

—Entonces tú secas. Y piensa un poco en lo que te he dicho.

Sonreí y asentí.

No era como si no pensara en él a diario. Al fin y al cabo, lo veía casi todos los días, salvo los domingos. Aunque últimamente, incluso los domingos, acababa encontrándomelo. Observándolo con intensidad.

Dante era tan…

—¿Soñando despierta? —preguntó mi hermano de repente, devolviéndome a la realidad.

—Sí, y me has interrumpido —fingí irritación—. ¿Qué tal el colegio hoy, enano?

—Lo de siempre. Estoy deseando entrar en la universidad y dejar de estudiar tanto.

Me atraganté de risa al oír eso. Pobre… El colegio era el paraíso, la universidad la puerta de entrada al infierno y el trabajo, sin duda, el propio infierno.

Que me lo digan a mí…

Estaba bajo el mando del mismísimo diablo. El problema era que resultaba irresistible y me despertaba sentimientos confusos.

—Tienes toda la razón, hermanito. Cuando empiece la universidad… todo se arreglará. Podrás descansar, disfrutar de las

fiestas, estudiar menos de una hora al día y te sentirás feliz y renovado. No habrá más cansancio, solo alegría.

—¿De verdad?

—¡Claro!

¿Estaba mal mentirle así a mi hermano? Probablemente sí. Pero tendría que aprender por sí mismo que no todo es de color de rosa.

—¿Te gusta tu nuevo trabajo?

—Es difícil, pero sí.

—¿Qué es un CEO? Mamá dijo que es como un jefe, ¿no?

—CEO significa director ejecutivo de una empresa. Puede ser el dueño, el presidente o el director de una compañía. Así que, en resumen, es el cargo más importante de la empresa junto con el presidente y el propietario.

—¿En serio?

—Sí. Toma las decisiones más importantes, sobre todo las estrategias que la empresa necesita para crecer en el mercado. Es un trabajo complicado y solo personas muy inteligentes lo consiguen.

—¿Y tu jefe es inteligente?

—Muchísimo. Solo tiene algunos problemas personales que aún estoy intentando entender.

—¿Puedo ser CEO cuando sea mayor, hermanita?

—Claro —asentí con una sonrisa—. Si estudias mucho, prestas atención a todo y tienes buenas ideas, sin duda estarás en el camino correcto.

—¿Y qué carrera tengo que estudiar?

—No hay una carrera específica. Hay CEOs con formaciones muy distintas.

—Entiendo.

Hablé unos minutos más con mi hermano y parecía sinceramente entusiasmado. A pesar de que mi día había sido complicado, la conversación con mi madre y con él me levantó el ánimo. Al fin y al cabo, no todos los días son buenos, pero depende de nosotros aprovechar lo mejor de cada situación.

La vida era un camino lleno de altibajos. A través de esos desafíos podíamos crecer y aprender.

Con el apoyo de mi familia y la determinación de enfrentar cualquier obstáculo, estaba lista para seguir en la empresa y, quién sabe, quizá desentrañar los misterios de mi jefe…



Nunca había celebrado tanto un sábado como hoy y, si días atrás estaba planteándome desentrañar a mi jefe, podía afirmar categóricamente que eso había cambiado.

El hombre había conseguido empeorar, si es que eso era posible…

Parecía más irascible que nunca y la tensión en la oficina se palpaba en el aire. Si antes era un enigma, ahora se había convertido en un muro infranqueable.

No sabía si había ocurrido algo nuevo para que se cerrara todavía más o si seguía arrastrando el mismo problema de antes, pero algo, sin duda, lo estaba perturbando profundamente.

Las escasas conversaciones pasaron a ser inexistentes, y su mirada afilada, que yo solía notar de vez en cuando, apenas se dirigía ya hacia mí. El problema era que yo, una idiota, me preocupaba por él, quizá más de lo que debería.

Mientras tecleaba frenéticamente en el ordenador, mi mente divagaba alrededor del hombre misterioso que dirigía la empresa.

Era frustrante.

Para colmo, sentía su presencia incluso cuando no estaba cerca. Su sombra parecía flotar sobre mí, haciendo imposible ignorarlo. Cada gesto brusco, cada palabra áspera, los sentía en lo más hondo.

A pesar de todo, había algo en su mirada, aunque fuera fugaz, que me daba la impresión de que él también sentía algo, pero era incapaz —o no sabía— expresarlo.

¿Pero qué era? ¿Y por qué mantenía esa actitud de indiferencia?

Demasiadas preguntas, muy pocas respuestas…

A lo largo del día, mientras redactaba informes, lo observaba de reojo.

Ese hombre complejo y enigmático se había convertido en mi rompecabezas personal. No conseguía dejar de pensar en él, incluso cuando intentaba concentrarme en mi trabajo.

Tal vez era su postura autoritaria lo que lo hacía tan inaccesible, o quizá fueran las cicatrices del pasado las que lo mantenían tan hermético.

Al caer la noche, cuando por fin daba por terminada mi jornada, fui a su despacho para preguntarle si necesitaba algo más.

—¿Necesita algo más, señor?

—Sí: que dejes de cometer errores en esos informes. Al fin y al cabo, te pago para que me ayudes, no para que estorbes.

—¿Qué he hecho mal?

—Revísalo tú misma, pero hazlo otro día. Aprovecha el domingo y míralo el lunes.

—No se preocupe, pienso aprovecharlo —repliqué, ácida e irritada por la forma en que me estaba tratando—. Y creo que usted debería hacer lo mismo.

—No te he pedido tu opinión.

—Aun así, la doy. Creo que necesita relajarse o acabará descargando su frustración en personas que no tienen nada que ver con sus problemas. ¿O es que ya lo está haciendo…?

—¿Qué has dicho, Marcela?

—No repito lo que digo y creo que ha oído perfectamente. No imagino que Theodore mantuviera aquí a alguien con problemas de audición; sería trágico.

Parecía que éramos una pareja sin saberlo, porque no hacíamos más que discutir…

—¿Cuál es tu problema? —gruñó, entrecerrando los ojos.

—¿Mi problema? ¡El único que parece descontento aquí es usted!

Las palabras se me escaparon sin pensar y, si me quedaba unos minutos más en su despacho, probablemente acabaría despedida. Aun así, antes de que eso ocurriera, iba a decirle unas cuantas verdades, porque nadie se atrevía a plantar cara al todopoderoso Dante Salvatore. Yo sí me atrevía.

Al menos hoy…

—Parece que has olvidado que soy tu jefe.

—No lo he olvidado. Su grosería me lo recuerda cada día, y he leído sobre personas así en los libros. Pero usted es peor. Mucho peor.

—Como ya he dicho, no me interesa tu opinión.

Seguí mirándolo y empecé a reírme. De rabia.

—Ni siquiera sé por qué pierdo el tiempo. Un hombre como usted no entiende a las personas, y menos aún a las mujeres. Siempre con esa cara de pocos amigos, sin sonreír jamás. Eso puede resultar atractivo en los libros, pero en la vida real no lo es, ¿lo sabía? Probablemente ni siquiera sepa besar, y por eso está solo.

Estallé de golpe, fulminándolo con la mirada.

Pensé que se limitaría a observarme, pero esta vez vi ira en su rostro, y se levantó de forma abrupta.

—¿Qué acabas de decir, Marcela? —preguntó, avanzando hacia mí. Tragué saliva, pero no retrocedí.

—Exactamente lo que ha oído. ¿Por qué? ¿Va a demostrarme lo contrario? —lo provoqué, intentando sacarlo de quicio, porque en ese momento esa era mi estrategia para devolverle cada desprecio.

—No tengo que demostrarte nada, pero ahora voy a hacerte tragarte tus palabras… —su voz sonó aún más grave y ronca, cargada de tensión.

—¿Ah, sí? ¿Y… cómo piensas hacerlo? —el ambiente a nuestro alrededor parecía cargado de electricidad, como si el aire estuviera a punto de estallar. Lo miré, desafiante, pero mi corazón latía desbocado y mi respiración se volvió más profunda e irregular al observar la forma en que me miraba. Mi jefe dio dos pasos; ahora estaba a centímetros de

mí, y podía sentir su aliento caliente contra mi piel—. Dante, creo que será mejor que los dos…

No pude terminar la frase porque, en un gesto impensable, llevó la mano a mi nuca, inclinó la cabeza lentamente hacia mí y me besó de una forma voraz.

Me quedé paralizada, con los ojos abiertos durante un instante por la sorpresa, pero enseguida la sensación embriagadora de sus labios contra los míos me hizo rendirme y cerré los ojos. El beso era intenso, lleno de urgencia, como si ambos lleváramos demasiado tiempo conteniéndonos.

Nuestros labios se movían con un ritmo frenético. La discusión, las palabras ásperas, todo desapareció, dejando solo a los dos en ese momento.

Sus brazos me rodearon, atrayéndome hacia él como si no pudiera soportar la distancia. Mis manos se alzaron de forma involuntaria para aferrarse a sus hombros, y un gemido escapó de mis labios cuando mordisqueó mi labio inferior, apretándome contra su cuerpo.

Tal como había pensado, ese hombre era delicioso y sabía muy bien lo que hacía…

Quería más, aunque pudiera ser la única vez. El sabor de sus labios, el calor de su cuerpo contra el mío… era imposible resistirse a aquella tentación.

Dante me besó como si estuviera hambriento, como si estuviéramos saciando una sed acumulada durante demasiado tiempo. No había duda ni vacilación, solo un deseo desbocado, y sus manos hablaban por sí solas al deslizarse por mi cuerpo con posesión, marcándome como suya.

Cada caricia, cada movimiento, era una promesa de algo más profundo, algo que anhelaba sin atreverme a admitirlo. Cada parte de

mi cuerpo estaba viva, vibrando de deseo como hacía mucho que no sentía.

La sensación de aquellos labios deliciosos y voraces contra los míos era irresistible, y me entregué en cuerpo y alma. Mi mente se vació de preocupaciones y dudas, quedando solo el fuego que nos consumía.

Las manos de mi jefe recorrían mi piel, explorando cada curva, cada rincón oculto, como si intentara memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Sus dedos hábiles encontraron los botones de mi blusa y, sin romper el beso, la abrió, dejando mi piel expuesta a su mirada hambrienta.

Su boca descendió hasta mi cuello, donde dejó un rastro de besos ardientes. Mi respiración se volvió irregular y los gemidos escaparon de mis labios mientras sus caricias me hacían perder el control.

El deseo ardía entre nosotros, incontrolable y arrollador.

Ya no quería resistirme, no quería seguir luchando contra lo que sentía por mi jefe. En ese momento, el mundo exterior desapareció y solo existíamos nosotros dos, pero, como todo tiene un final, lo sentí detenerse, como si se arrepintiera.

Abrí los ojos y la mirada de Dante estaba clavada en mí, llena de intensidad y calor.

—Marcela… —murmuró, con la voz ronca y cargada de emoción. Mi respiración seguía desacompasada y no conseguía articular palabra. No hacían falta palabras en ese momento. Lo habíamos dicho todo con aquel beso. El futuro era incierto, pero estaba dispuesta a afrontarlo a su lado—. ¿Todavía crees que no sé besar?

Golpe bajo.

¿Todo aquello había sido para demostrar algo?

—¿Por qué… estás diciendo eso?

—Quería demostrar mi punto, y ya lo he hecho.

El CEO bipolar simplemente me dio la espalda y, a continuación, se sentó en su silla. Sentí una rabia intensa, porque en mis pensamientos él no lo había hecho por deseo, sino solo para llevarme la contraria.

—¿Y qué significa eso?

—Nada. Puedes retirarte, Marcela.



CAPÍTULO 16

Era como si el universo hubiera escrito nuestra historia en las estrellas, esperando pacientemente a que levantáramos la mirada y la leyéramos…

MARCELA NOVAES

Él. Me. Besó.

Aún estaba atónita por el gesto de hacía unos minutos y, mientras regresaba en coche a casa, no dejaba de pensar en mi jefe.

En sus labios…

Era un hecho que los últimos días habían sido una auténtica montaña rusa emocional, pasando de momentos de tensión a miradas

furtivas que revelaban la conexión entre los dos.

Incluso con su actitud cada vez más hostil, había instantes en los que me miraba de una forma que me aceleraba el corazón, momentos en los que tenía la sensación de que estaba perdido, intentando encontrarse a sí mismo.

Y entonces ocurrió el beso… ah, el beso. Fue una explosión de emociones contenidas, un grito silencioso de pasión y frustración.

Nunca había sido una mujer de soñar despierta por ningún hombre, pero lo que tenía con Dante venía de hacía años, y aún no entendía por qué me sentía tan atraída por él.

No era algo que pudiera poner en palabras; simplemente… sentía algo distinto cuando estaba a su lado.

Las farolas que pasaban a toda velocidad mientras conducía iluminaban mis pensamientos, que oscilaban entre la rabia por el enfrentamiento anterior y la electricidad de aquel beso robado.

Quería ayudarlo, comprender qué le estaba pasando, pero cada vez que intentaba acercarme, levantaba un muro entre nosotros. Y, incluso después del beso, sentía que ese muro seguía ahí, quizá aún más alto.

Pero, al mismo tiempo, aquel beso había sido una grieta, una pequeña abertura a través de la cual podía vislumbrar al hombre que realmente era.

Nada más llegar a casa, me encerré en el dormitorio y llamé de inmediato a mi amiga. Era evidente que mi lado cotilla iba a salir a la luz y necesitaba hablar con alguien.

Al segundo tono, Ana Júlia respondió.

—Por lo que veo, el asunto es serio —comentó al instante.

—Diría que es preocupante, amiga.

—No me digas que te han despedido, Marcela.

—No. Casi.

—Jesús… ¿qué ha pasado?

Respiré hondo antes de responder, sintiendo el peso de las palabras que estaban a punto de salir de mi boca.

—Me besó, Ana.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, tan cargada que por un momento pensé que la llamada se había cortado.

—¿Quién? —preguntó por fin, con la voz casi en un susurro.

—Dante, claro. Él. Me. Besó —repetí, enfatizando cada palabra, como si necesitara que la realidad de ese momento se asentara en mí.

Ana Júlia soltó una risa nerviosa.

—Estás de broma, ¿no, amiga?

—Ojalá lo fuera. No lo esperaba, no lo imaginé. Y ahora… no sé muy bien qué pensar.

Suspiró, como si intentara elegir las palabras adecuadas.

—Marcela, esto lo complica todo. Siempre pensé que había algo entre vosotros, una chispa, ¿sabes? Pero esto… es inesperado. Y peligroso.

—Pero, amiga, contigo y con Theo fue parecido, esa relación de jefe y empleada.

—No me refiero a eso. Fuiste tú quien dijo que él no da pie, que prefiere aislarse de la gente, y si de verdad empiezas a sentir algo por él, puedes salir herida. No sabes casi nada de Dante.

Reflexioné un momento sobre sus palabras.

Tenía razón; era peligroso involucrarse con alguien de quien apenas sabía nada, alguien que no quería mostrar nada de sí mismo.

El problema en ese momento era que teníamos una relación profesional; sin embargo, ahora las líneas se habían difuminado, los sentimientos se habían complicado y todo parecía inestable.

—Siento que hay algo que lo atormenta y quiero ayudarlo, pero si vuelve a tratarme mal una vez más, no haré nada, porque la paciencia tiene un límite y no tengo vocación de saco de boxeo.

Le expliqué un poco de lo que había ocurrido en nuestra conversación, para que se pusiera al tanto de cómo empezó la provocación y de la forma en que terminó.

—¿Vas a insistir en esto de verdad, amiga?

—Lo pensaré. Pero necesito descubrir por qué me besó, y no creo que fuera por mi lengua afilada. Hay algo más ahí, y quiero intentarlo una vez más.

—Ojalá salga bien. En el fondo, haríais una pareja preciosa, y mi intuición me dice que a Dante le importas; de lo contrario, no habría sido tan contundente a la hora de contratarte.

Yo también lo pensaba; sin embargo, su coraza me impedía conocer la verdad, y todavía no sabía cómo romperla…

DANTE SALVATORE

—Espero que no hayas incendiado mi departamento, Dionísio.

—Para alguien que se preocupa tanto, es la primera vez que mencionas eso.

Mi hermano tenía razón. A pesar de que me gustaba mucho mi trabajo como director de operaciones, era la primera vez que hablaba de mi antiguo puesto.

—Aun así, me preocupa. Y odio que aparezcas por aquí sin avisar.

—Es tu problema. Seguiré viniendo a tu casa, te guste o no.

Ese domingo decidí quedarme en casa.

La mayoría de las veces me quedaba en la mansión de Theodore, charlando sin más y asando carne, pero esta vez preferí quedarme aquí. Tenía demasiado en qué pensar… y en quién pensar.

Por mucho que mi vida últimamente se hubiera vuelto una sucesión de rabia por innumerables motivos, Marcela estaba demasiado presente en mi cabeza; era el epicentro de mis pensamientos. No era solo mi secretaria impertinente, siempre con una respuesta lista para todo. Había algo más, algo que no conseguía poner en palabras.

—Has estado distante. ¿Marcela tiene algo que ver con eso?

—¿Por qué piensas eso?

—Conozco bien al hermano que tengo. Más de lo que imaginas.

Respiré hondo, evitando la mirada incisiva de mi hermano.

—Es una situación complicada.

Él rio, dando un sorbo a su bebida.

—¿Desde cuándo algo con mujeres no es complicado para ti, hermano?

—No se trata solo de Marcela. Pero confieso que ella es una pieza importante de este rompecabezas. Es desafiante, no tiene miedo de decir lo que piensa. Eso me intriga; rara vez conozco mujeres así. La mayoría prefiere fingir, ella no.

—Os besasteis.

—¿Eso era una pregunta?

—No. Está bastante claro.

—Fue impulsivo. No debería haber ocurrido. Pero ocurrió. Y ahora no consigo sacármela de la cabeza.

Sonrió, con esa mirada astuta y perspicaz.

—Tal vez sea hora de admitir que sientes algo por ella, más allá de la irritación y el deseo. Tal vez te guste.

Fruncí el ceño, aún en negación.

—No es tan sencillo, tratándose de mí, y no sé si me gusta. Es una fijación que llevo en la cabeza desde hace años.

—Nunca lo es. Pero quizá haya llegado el momento de dejar de huir de tus sentimientos y enfrentarlos. ¿O prefieres pasarte el resto de tu vida preguntándote “y si…”?

—Me cuesta confiar en las mujeres, Dionísio.

Mi hermano me observó en silencio y luego apartó la mirada, como si cargara con sus propios demonios. Sabía que los tenía, pero no

sabía si eran como los míos.

—¿Lo dices por el abandono de mamá?

—Probablemente, sí. Influyó bastante en mis pocas relaciones a lo largo de los años.

Dionísio soltó un suspiro pesado y se acercó a un amplio ventanal desde el que se veía gran parte de mi propiedad.

—Lo entiendo —murmuró, con la voz distante—. Y no estás solo en eso. Yo también tengo mis barreras. La diferencia está en cómo cada uno las afronta.

—¿Y tú cómo lo afrontaste?

Dionísio se encogió de hombros, pero enseguida se giró y me miró fijamente.

—Encontré a alguien que me enseñó a volver a confiar. No fue de un día para otro. Llevó tiempo, muchas conversaciones y hasta… muchas lágrimas. Pero al final valió la pena para librarme un poco de lo que mamá hizo. No le guardo rencor y aún conservo su último regalo para mí.

—¿Y dónde está la persona que te hizo tanto bien?

Mi hermano guardó silencio, pero esta vez su expresión no era acogedora.

—Decidió seguir su propio camino.

—¿Y la echas de menos?

—Todos los días —respondió sin pensarlo—. Aun así, la rabia es mayor.

—Lo entiendo.

—Si crees que puedes hacerle daño a Marcela, será mejor que te alejes de ella. Pero si es una mujer que puede ayudarte a curar esas heridas, merece la pena correr el riesgo.

—No quiero ser el tipo de persona que proyecta sus problemas en los demás. Ella no es un parche para lo que me ocurrió en el pasado, Dionísio.

—Entonces sé sincero con ella si surge algo más. Dile lo que sientes, tus miedos, tus inseguridades. La verdadera conexión nace de la vulnerabilidad, del entendimiento mutuo. Y tal vez, solo tal vez, ella sea la clave para que por fin empieces a liberarte del pasado. Yo lo hice y, por un momento, pensé que saldría bien, pero mi historia fue distinta; fue alguien que… perdí.

Cada vez que mi hermano tocaba ese tema, veía cómo sus facciones cambiaban de forma brusca. Podía ser rabia, tristeza u odio. Siempre se transformaban.

—¿Algún día me contarás la verdad sobre lo que te pasó, Dionísio?

—Quién sabe. No estoy preparado, ni de lejos, la verdad. Prefiero guardármelo. Además… tengo algunas cosas que hacer ahora. Hasta pronto, hermano.

Se giró con rapidez y caminó hacia la salida del salón, con los hombros tensos y la postura rígida. Podía sentir su energía, una mezcla de emociones crudas, reprimidas, jamás dichas.,

Me quedé inmóvil, observándolo alejarse, con un nudo formándose en la garganta. Dionísio siempre había sido la roca de la familia, el que se mantenía fuerte pese a todo, sonriendo incluso en los momentos en los que se estaba derrumbando por dentro.

Sabía que había una historia ahí, un secreto profundo que guardaba bajo siete llaves. Y por mucho que lo presionara, nunca cedía. De forma automática, mi mente volvió a Marcela.

Dionísio tenía razón. Si de verdad quería hacer lo correcto, tendría que ser vulnerable, honesto. Las cicatrices del pasado podían haber moldeado quién era, pero no tenían por qué definir mi futuro.

El mayor problema era que no quería ser el hombre responsable de destruir los sueños de ella si hacía lo que deseaba cada vez que la tenía delante…



CAPÍTULO 17

Sus dedos entrelazados con los míos eran la prueba tangible de un universo en el que todo conspiraba a nuestro favor, incluso en medio del caos…

MARCELA NOVAES

El lunes, parecía que el beso del sábado nunca hubiera ocurrido.

Dante volcó varios informes sobre mi mesa y, a partir de ese momento, no volvimos a intercambiar palabra alguna, ni siquiera una mirada. Parecía haber decidido que aquel beso no debería haber pasado.

Entonces pensé que diría algo, pero como mi jefe optó por guardar silencio, decidí poner fin a aquello que ni siquiera había llegado

a empezar.

Llamé a su puerta, que estaba entreabierta, captando su atención.

—¿Tienes un minuto?

—No, pero pasa. —Ni siquiera volvió a mirarme, concentrado en su portátil—. ¿Cuál es el problema?

Respiré hondo, intentando reunir el valor para decir algo que, en el fondo, no quería decir, pero no podía permitir que la situación se volviera aún más incómoda.

—Lo que ocurrió el sábado no puede repetirse, Dante. Fue un error.

Me miró durante un instante, como si sopesara mis palabras, pero su respuesta no fue la que esperaba.

—¿Has corregido el informe que te pasé esta mañana? —preguntó, evitando mi mirada.

—¿Qué?

—¿Ahora eres tú la que tiene problemas de audición, Marcela?

—Acabo de decir que eso no puede volver a pasar, y…

—Si todavía no lo has corregido, lo necesito para el final del día —me interrumpió, y sentí cómo la rabia me subía de golpe.

—¿Por qué te comportas así?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Me sacas de quicio!

Cerró los ojos un instante y, cuando los abrió, había un destello de diversión en ellos.

—Ha sido un comentario bastante informal.

—Da igual. Eres pesado, borde, insensible y…

—Atractivo —me interrumpió, con una sonrisa divertida en los labios—. Mucho, ¿no crees?

Y bipolar. Mucho.

Ahora sus ojos estaban clavados en los míos, transmitiendo una mezcla de arrogancia y desafío.

—No juegues conmigo —mi voz tembló, no de miedo, sino por la intensidad del momento—. Y no seas tan presuntuoso. El mundo no gira alrededor de Dante Salvatore.

Se levantó y, con calma, se acercó, reduciendo el espacio entre nosotros.

—Sí que gira, y tú estás aquí, en la palma de mis manos. Tal vez solo esté intentando distraerte de lo evidente —susurró, con la voz ronca y profunda, completamente centrado en mí.

—¿Y qué es lo evidente?

Me observó durante un momento, como si buscara algo en mi rostro.

—Que el beso significó algo para los dos. Y que, por mucho que intentemos negarlo, hay algo entre nosotros. Algo que ni siquiera yo, con todo mi cinismo y mis defensas, puedo ignorar.

Tragué saliva, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba.

—Entonces, ¿por qué estos jueguecitos?

Se pasó la mano por el pelo, mostrando una expresión de frustración.

—Porque es más fácil, más seguro. Y… más divertido.

—¿Divertido? Tú…

Cerré los ojos, contando mentalmente hasta diez. La forma en que me atraía y me irritaba al mismo tiempo era algo que nunca había experimentado.

—No finjas ser inocente, Marcela. Al fin y al cabo, fuiste tú quien empezó diciendo que no sabía besar. No me gustan las provocaciones; solo respondí a la altura. Debería ser yo quien estuviera molesto por tu insolencia.

—No te preocupes. No volveré a provocarte y tú no volverás a tocarme nunca —advertí, aunque con cierta dificultad, al percibir la sonrisa confiada en sus labios.

—¿Hoy?

—¿Qué parte de «nunca más» no has entendido? —repliqué, frustrada y excitada, consciente de que esa combinación era completamente inapropiada para el momento, dada la intensidad de su mirada clavada en mí.

—Dímelo muy cerca que no me deseas —me desafió, acercándose aún más.

Su perfume me envolvió, una fragancia embriagadora de madera con notas cítricas. La tentación de acortar la distancia entre nosotros era casi insoportable.

—Si intentas intimidarme, no está funcionando —mentí, con la voz ligeramente temblorosa, esforzándome por no fijarme en su rostro tan atractivo.

Su sonrisa se ensanchó, y sus ojos chispearon con diversión y algo más.

¿Cómo podía cambiar de personalidad tan rápido? ¿Y desde cuándo se le daba tan bien?

—No intento intimidarte, chica. Te estoy desafiando a enfrentar tus sentimientos.

—No me llames chica… —siseé, aún intentando recuperar el aliento.

—¿Qué tal mi chica?

Tragué saliva.

Desde nuestro primer beso, había intentado desesperadamente ignorar lo que sentía, convenciéndome de que solo era una atracción pasajera. Sin embargo, cada vez resultaba más difícil.

—Tal vez… tal vez te haya deseado una vez —murmuré, sintiendo cómo me ardían las mejillas—. Pero eso no significa que vaya a actuar según esos sentimientos. Ante todo, somos profesionales y…

Puso un dedo sobre mis labios, interrumpiendo mis palabras.

—A veces, Marcela, es mejor admitir lo que sentimos y afrontar las consecuencias que vivir en la negación y preguntarse qué podría haber sido. Negarte aquel día en la mansión de Theodore no hizo más que aumentar mis ganas de besarte, incluso intentando ignorarte aquí dentro de todas las maneras posibles, lo cual es difícil teniéndote como empleada.

—Entonces eres borde conmigo…

—Para alejarte, cada vez más. Es lo mejor —concluyó, interrumpiéndome. Pero, en ese mismo instante, se acercó aún más. Sonrió brevemente y empezó a acariciarme el rostro—. Por mucho que lo intente, cada vez que trato de apartarte me siento más atraído. No es

solo deseo, Marcela; hay algo en ti que me llama, que me intriga. Y, aunque intente mantener las cosas en el plano profesional, cada vez resulta más complicado. Y cuando abres esa boca para desafiarme, solo empeoras la situación.

No dije nada. Sus palabras, el calor de su tacto, la cercanía y la sinceridad cruda en sus ojos me desarmaron.

—¿Por qué te resulta tan difícil?

—Porque eres preciosa, provocadora, y todo lo que dices me desafía, me empuja a querer ser una versión mejor de mí mismo. No eres como las demás, Marcela. Las otras mujeres que han pasado por mi vida jamás se atreverían a enfrentarme como tú lo haces. Y lo que provocas en mí es… intoxicante, ¿lo entiendes? —Hizo una pausa, mirándome directamente a los ojos—. Pero también me asusta. Lo mucho que me afectas, lo cerca que estoy de perder el control a tu lado, como estoy a punto de perderlo ahora.

Respiré hondo, intentando procesar todo lo que decía, pero decidí ser sincera.

—No tienes ni idea de lo que despiertas en mí, Dante. No es solo algo físico. Es más profundo, algo que no puedo explicar. Y eso es lo que vuelve todo aún más complicado.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Seguimos jugando al gato y al ratón en la oficina?

Antes de que pudiera responder, Dante se inclinó, eliminando la distancia entre nosotros. Sus labios se apoderaron de los míos con un deseo salvaje e indomable.

Cualquier atisbo de resistencia o vacilación se disipó al instante. Mi jefe me rodeó con sus brazos fuertes, atrayéndome hacia él y profundizando el beso. Sus manos recorrían mi espalda, haciéndome estremecer.

Me entregué a él, a la intensidad de su beso, correspondiendo al hombre que, pese a todas sus imperfecciones y defensas, me afectaba de una forma que nadie más había logrado.

Mis manos se deslizaron por su pecho, recorriendo cada contorno, cada músculo definido bajo la camisa de lino. Él murmuró mi nombre, transformán-

…lo susurró con voz ronca, cargada de deseo y emoción. El sonido hizo que el estómago se me revolviera y sentí cómo el calor se extendía por todo mi cuerpo.

El mundo a nuestro alrededor desapareció.

Ya no existía la mesa del despacho entre nosotros, ni los papeles esparcidos, ni los recordatorios del mundo exterior. Solo estábamos Dante y yo, y eso era lo único que importaba.

Al cabo de un rato, cuando por fin se apartó, los dos estábamos sin aliento. Dante apoyó la frente en la mía, con los ojos cerrados, luchando por recuperar el aire.

—Creo que tú mismo has respondido a tu pregunta —susurré, perdiéndome en sus ojos cuando los abrió—. Creo que hemos jugado a este juego durante demasiado tiempo.

Dante sonrió, una curva lenta y maliciosa en sus labios.

—Entonces quizá haya llegado el momento de cambiar las reglas. Entiende una cosa… —dijo, serio, sujetándome ahora el mentón y mirándome como si me perteneciera—. Soy posesivo con lo que es mío.

—Yo no soy tuya —repliqué, con la misma intensidad con la que él había pronunciado esa frase.

—Sí, lo eres. Tu boca puede decir que no, pero tu cuerpo no lo discute —afirmó, mordiéndose el labio inferior, y en ese instante nada

más importaba—. Y, del mismo modo que tú eres mía, yo soy tuyo, chica. Mi chica.

Respiré hondo, notando cómo el calor me subía al rostro y, confundida, intenté retroceder, aunque en el fondo no quería.

—Eso es tu arrogancia hablando, Dante. No me subestimes.

Llevó una mano a mi pelo, deslizó los dedos entre los mechones y tiró suavemente, haciendo que mi cabeza se inclinara hacia atrás y dejando mi cuello expuesto.

—No estoy siendo arrogante —murmuró, con la voz áspera—. Estoy siendo sincero. Tal vez por primera vez en mucho tiempo.

Nuestras miradas se cruzaron y el mundo volvió a desaparecer a nuestro alrededor. El aire estaba cargado de electricidad y podía sentir la tensión entre nosotros como una llama a punto de propagarse.

—¿Y eso qué significa…?

—Sabes, Marcela —empezó, con su aliento caliente en mi cuello, haciéndome cerrar los ojos—, a veces un simple beso puede cambiarlo todo. Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo.

Y antes de que pudiera procesar sus palabras o el significado que escondían, sus labios volvieron a encontrar los míos, esta vez con aún más urgencia y hambre que antes. Era un beso profundo, cargado de deseo y pasión, que hacía que mi corazón se acelerara y mi cuerpo vibrara, ansiando el suyo.

Me perdí en el momento, en las sensaciones, en la pura euforia de estar con él. Y, aunque mi mente gritaba que aquello era un error, que debía parar, mi cuerpo tenía otras ideas. Era como si Dante y yo estuviéramos destinados a eso, a esa conexión, a ese deseo arrollador.

Sin embargo, en cuanto la realidad empezó a imponerse de nuevo y el ardor del momento comenzó a disiparse, me aparté de golpe,

jadeante.

—Esto no puede volver a pasar, Dante. Tenemos que mantener el profesionalismo.

—No pienso de forma racional cuando estás delante de mí.

—Aun así, este acercamiento no puede ocurrir por tercera vez.

—Dame un buen motivo.

—Porque no voy a controlarme.

—¿Me estás diciendo que no vas a controlarte como si eso fuera algo malo, chica?

—Sí, aquí el correcto eres tú.

Mi jefe, con una de sus manos grandes y fuertes, me sujetó el cuello, haciendo que cerrara los ojos por un instante. Sentía los labios hinchados, prueba de lo que era capaz de hacerme en apenas unos minutos.

—Cuando te folle, chica… no lo vas a olvidar.

—No soy tan fácil.

Rió, un sonido ronco que me recorrió la espalda como un escalofrío.

—Nunca he dicho que lo seas. De hecho, como ya te he dicho, me encanta un buen desafío.

Alcé una ceja, desafiante.

—¿Y quién ha dicho que yo sea un desafío para ti? Puede que el desafío seas tú para mí, engreído.

Dante me observó durante un instante, con una sonrisa sutil formándose en los labios.

—Tal vez los dos seamos el desafío del otro. Un juego peligroso, ¿no te parece?

—Sí, y todo juego tiene sus reglas —respondí, intentando mantener la voz firme, aunque su cercanía estaba alterando mis sentidos.

—¿Quieres fijarlas ahora? —preguntó, con la voz baja y provocadora, la mano aún en mi cuello, el pulgar acariciando suavemente mi piel.

Quería dar un paso atrás; necesitaba espacio para respirar y pensar con lógica, pero también deseaba su contacto.

—Regla número uno: nada de jueguecitos; no tenemos tiempo para eso. Cuando uno de los dos quiera algo, tendrá que ser claro. —Inclinó la cabeza, evaluando la situación, y sentí que estaba tomando el control—. Regla número dos: si uno de los dos quiere parar, todo se acaba. Sin preguntas, sin resentimientos.

Dante asintió despacio.

—De acuerdo. Y ya que has creado dos reglas, haré lo mismo, Marcela. Regla número tres: no confundas pasión con amor. Esto no es un cuento de hadas, y no quiero vivir uno; no puedo.

El corazón me dio un salto, pero mantuve la compostura.

—Entendido. Pero recuerda, Dante, no soy una de tus conquistas pasajeras. Si quieres estar conmigo, será solo conmigo. No se me da bien compartir.

—A mí tampoco.

De eso ya me había hecho una idea minutos atrás…

—Perfecto.

—Regla número cuatro, y la mejor de todas: voy a follarte en este despacho.

—¿Cómo… qué?

Sonrió, con la mirada ardiente y cargada de promesas.

—Exactamente lo que has oído. ¿No dijiste que te gustan los desafíos? Este es uno de ellos. Y, sinceramente, la idea de tenerte aquí, donde intentamos desesperadamente mantener las distancias, es una tentación difícil de resistir.

Tragué saliva, con una mezcla de sorpresa y anticipación hirviendo en mi interior. Su audacia al decir eso en ese lugar me pilló desprevenida.

—Eso… eso no es una regla, Dante. Es una provocación.

Se inclinó hacia mí, su aliento caliente rozándome la oreja.

—Tal vez; interprétalo como quieras. Pero dijiste que no te gustan los juegos. Así que estoy siendo directo. La cuestión es: ¿vas a aceptar este desafío?

Lo pensé un momento, intentando ordenar mis ideas. La razón me decía que huyera, pero sus palabras eran innegablemente seductoras.

—Solo… no subestimes de lo que soy capaz de hacer en respuesta, señor.

Soltó una risa suave y provocadora.

—Jamás te subestimaría, Marcela. Recuerda, tú empezaste con estas reglas.

Le guiñé un ojo, alejándome con una sonrisa traviesa.

—Y me encantará ver hasta dónde nos llevan.

Ahora era oficial: la temperatura en esa planta iba a subir, y no había sistema de ventilación en el mundo capaz de aliviarlo.

Las líneas entre nosotros se habían cruzado; no había vuelta atrás. El despacho, antes un lugar de decisiones formales y discusiones profesionales, se convirtió en un campo de batalla. No perdería esa guerra; haría que ese hombre se pusiera a cuatro por mí, aunque para lograrlo tuviera que ponerme yo a cuatro por él…

Dante se pasó una mano por el pelo, intentando claramente recomponerse.

—Esto va a ser interesante —murmuró, más para sí que para mí.

—¿No crees que deberíamos volver al trabajo ahora? —pregunté, intentando sonar casual, aunque el rubor en mis mejillas delataba la tensión del momento.

Alzó una ceja, esbozando una sonrisa ladeada.

—Chica, ¿de verdad crees que puedo concentrarme en cualquier cosa ahora, después de esta conversación?

Reí, sintiéndome empoderada.

—Bueno, señor, quizá debería aprender a separar negocios de placer.

Dio un paso hacia mí, con la mirada intensa.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera?

Antes de que la situación escalara aún más, sonó el teléfono de mi despacho, rompiendo la tensión. Soltó un suspiro frustrado, me lanzó una última mirada y se apartó para sentarse en la silla.

—Esta vez te han salvado. Pero la próxima, que se joda quien esté llamando cuando yo quiera lo que deseo.

No sabía cómo conciliar ese deseo creciente con el trabajo, pero haría todo lo posible.



CAPÍTULO 18

En cada pliegue del universo encontraba ecos de su sonrisa, iluminando la inmensidad de mis recuerdos…

DANTE SALVATORE

No había escapatoria para mí.

Mi mayor error fue dar pie, besar aquella boca deliciosa y provocadora. Desde entonces, ya no conseguía controlarme en el trabajo; deseaba a mi secretaria a cada instante, consciente de que ese era el error más placentero que había cometido en los últimos años.

Hay reglas que nacen para ser quebrantadas, y no estaríamos a salvo trabajando en la misma planta. A solas.

Intenté comportarme con indiferencia, evitando mirarla a toda costa. Sin embargo, la simple mención de su nombre o el sonido de sus tacones resonando en el pasillo hacían que mis ojos se desviaran hacia territorios peligrosos.

La fragancia de su perfume, sutil e intoxicante, se convirtió en mi tormento diario, especialmente cuando entraba en el despacho para pasarme información o… plantarme cara, algo que se le daba terriblemente bien.

En nuestras interacciones era evidente que ambos éramos conscientes de la conexión palpable entre nosotros. Y, por mucho que intentáramos mantenerlo en el terreno profesional, pequeños gestos o una mirada que se prolongaba más de la cuenta traicionaban nuestro deseo mutuo.

Sabía que no se trataba solo de deseo físico. Había algo más entre nosotros desde el primer instante en que nos vimos, algo profundo que no podía ignorarse.

La forma en que me desafiaba, no solo con su mirada provocadora, sino con su inteligencia y perspicacia, era algo que nunca había experimentado antes. Y, aunque resultaba increíblemente sexy, también era aterrador.

En el fondo, temía las consecuencias de aquella atracción prohibida. No solo por nuestra relación profesional, sino por lo que podría significar para mi vida personal.

Confiar me resultaba difícil, y no sabía manejar bien el abandono, aun siendo consciente de que ella no me debía nada. Sin embargo, el miedo a ser traicionado una vez más por mi propia vulnerabilidad era un recordatorio constante de mi pasado.

Justo cuando mis pensamientos se volvieron más introspectivos, el móvil vibró sobre la mesa. Miré la pantalla y vi el nombre de Carl, uno de los consultores de la empresa que trabajaba en otra ciudad.

«Contesta», me ordenó la conciencia, aunque una parte de mí quería seguir atrapada en mis ensoñaciones sobre Marcela.

—¿Qué ocurre, Carl?

—He preferido llamarte directamente al móvil, Dante. Tenemos un problema serio. Uno de nuestros nuevos reactores ha presentado un fallo en el motor en Curitiba. Nadie ha salido herido, pero necesitamos resolverlo de inmediato. La prensa ya se está moviendo y harán todo lo posible por convertir esto en un escándalo.

Mis músculos se tensaron al percibir la gravedad en su voz; tendría que ausentarme de la ciudad.

—Voy para allá. Tomaré el jet de la empresa —respondí con determinación, aunque una sensación de incomodidad se apoderó de mí al saber que ese viaje repentino me alejaría de Marcela.

—Te espero en el hotel de siempre y te iré pasando la información por teléfono, jefe.

—De acuerdo.

No debería estar pensando en ello; el trabajo siempre había sido mi prioridad número uno.

Recogí algunas cosas con rapidez y, cuando terminé, me acerqué a donde Marcela estaba sentada, frente a su mesa, completamente absorta en su trabajo. La intensidad con la que se concentraba era admirable, y no quería interrumpirla en ese momento, pero era necesario.

—Marcela.

—Sí, señor.

—Necesitaré viajar unos días por una emergencia con una de las aeronaves, pero volveré antes del fin de semana. Ocúpate de todo por mí.

Mi secretaria me miró, y deseé saber qué pasaba por su cabeza. Al fin y al cabo, ayer habíamos hecho un trato distinto a lo habitual y, desde entonces, no había dejado de darle vueltas.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. El domingo estaré en la mansión de Theodore, y te quiero allí.

Sus ojos se abrieron durante un breve instante antes de entornarse con desafío. Marcela siempre había mantenido una actitud profesional, pero esta vez había un fuego salvaje tras su mirada que ansiaba desentrañar.

—¿Eso es pedirte un favor?

—No, Marcela. Es una orden… disfrazada de petición.

Ella tragó saliva; el desafío seguía ahí, pero pude ver un leve rubor en sus mejillas, señal del efecto que aquellos juegos tenían sobre ella.

—De acuerdo, pero si finalmente voy será porque yo quiero, Dante, no porque me lo ordenes.

Sonreí de medio lado, reconociendo la determinación en su voz por mantenerse firme.

—Está bien, entonces. Sea cual sea el motivo, te estaré esperando allí.

MARCELA NOVAES

Esa había sido la semana en la que más había trabajado, y se debía a que Dante no estaba en la ciudad, sino en Curitiba.

Pensé que resolvería el problema rápidamente, pero no regresó a tiempo.

Por más difícil que hubiera sido lidiar con tanto trabajo y tantas novedades, el lado positivo fue que aprendí algunas tareas al conversar con Dionísio. Por suerte, ya me estaba adaptando a las situaciones más complejas de mi trabajo y familiarizándome con la empresa para cuando decidiera marcharme.

Resultaba incluso extraño pensar en ello, pero sabía que mi tiempo como secretaria de Dante tenía fecha de caducidad y, en ese momento, faltaban poco más de cinco meses.

—¿Vamos, mamá?

—Sí, hija. Tu hermano ya viene.

Casualmente, la madre de Ana Júlia invitó a la mía a ir a la mansión de Theodore, y ella aceptó sin dudarlo.

Mi madre se quedaba muy sola aquí mientras yo trabajaba y mi hermano estaba en el colegio. Las personas con las que más hablaba eran María y Joana, madre y tía de Ana Júlia, respectivamente.

Al cabo de unos minutos, pedimos un Uber y, en menos de una hora, llegamos. Cuando me di cuenta, mi hermano y mi madre ya habían desaparecido en la inmensidad de la propiedad.

—Has llegado —dijo Ana Júlia.

Al girarme, me sorprendí al reconocer a la persona que estaba a su lado.

—¿Esa es Daniela de verdad o una adorable aparición?

—Ahórratelo, Marcela —gruñó nuestra amiga, de expresión habitualmente adusta. La observé en bikini y asentí con aprobación.

—Si no me gustaran los pollas grandes y duras, te tiraría ficha, ¿eh…? —bromeé, viendo cómo una sonrisita aparecía en su rostro.

—No puedo decir lo mismo, querida.

—Eso me ha dolido.

Las tres nos reímos y enseguida nos dirigimos a la zona de la piscina, donde las tumbonas estaban estratégicamente colocadas para tomar el sol.

Respiré hondo, disfrutando del aroma fresco del ambiente mezclado con el ligero olor a cloro de la piscina.

—No sé si ya te lo he dicho, pero este lugar es increíble, Ana Júlia.

—Lo agradezco todos los días. Jamás imaginé vivir en un sitio así.

Charlamos durante unos minutos y, sorprendentemente, incluso Daniela estaba más habladora de lo habitual.

—Me sorprende un poco no haber visto aún a Dante —comenté cuando la conversación derivó hacia el trabajo.

Daniela, siempre observadora, sonrió con malicia.

—Ah, ¿entonces era a él a quien esperabas ver? He notado una energía distinta en ti desde que llegaste. ¿Ansiedad, quizá?

Tragué saliva, incómoda por resultar tan transparente para Daniela.

—Bueno, mencionó que estaría aquí hoy. Solo pensé que…

—¿Que te lo encontrarías nada más llegar? —terminó Ana Júlia por mí, en tono burlón—. Mira, no sé si esto te tranquiliza, pero no estoy segura de que venga. Theodore estaba hablando con él y Dante dijo que tenía algunos asuntos que resolver, aunque comentó que había llegado a São Paulo esta misma mañana.

—Hmm, entiendo.

Eso alivió mi ansiedad, aunque no lo admitiría en voz alta. Daniela se inclinó para coger su protector solar.

—Centrémonos en lo que importa ahora: conseguir un bronceado perfecto. Cuando llegue nuestro querido CEO, queremos estar deslumbrantes, ¿no?

—Eh, un momento, ¿qué es eso de «nuestro»? ¿Puedo saberlo? —pregunté, perpleja por su comentario.

Se miraron y soltaron una risita.

—¿Qué dije? ¿No te dije que se delataría si decía eso, Ana Júlia?

Las dos empezaron a reírse y yo fruncí el ceño, consciente de que había caído en su broma, mostrando celos de alguien que no era mío.

—¿Y tu jefe, Daniela, cómo está? —repliqué, devolviendo la pulla.

—Empezamos pronto… —Daniela sonrió, echándose el pelo hacia un lado—. Si te refieres a Dionísio, creo que está bien. Y, para tu información, es solo mi jefe temporal, un compañero de trabajo. Y para dejarte aún más intrigada, él también vendrá aquí.

Levanté una ceja, sorprendida.

—¿En serio? ¿Entonces por eso has venido, Daniela?

Mi amiga me ignoró por completo y se volvió hacia Ana Júlia.

—¿Estás segura de que Marcela necesita quedarse aquí hoy?

Ana Júlia se rio, intentando mediar.

—Chicas, calmémonos. Estamos aquí para divertirnos y relajarnos. Y, sinceramente, apuesto a que será interesante verlos fuera del entorno laboral.

Respiré hondo, intentando no pensar en las posibilidades, sobre todo sabiendo que ya había cruzado algunas líneas.

—Sí, será… diferente.

—¿Diferente para bien o diferente para mal? —preguntó Daniela, con la mirada traviesa fija en mí.

—Aún no lo sé —confesé—. Puede que acabe saltándole al cuello a mi jefe, nunca se sabe.

—Ya ni lo niega…

—No, y le di unos cuantos besos para que entiendas mejor la situación.

Daniela no dijo nada; se quedó inmóvil, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿No vas a decir nada?

—Sí, ya me lo imaginaba. No sabes disimular cuando lo miras. Una pena.

—¿Eso lo dices porque tú sí sabes hacerlo con Dionísio?

—Dejaré esa pregunta sin respuesta, para que reflexiones…

—Vale, vale. Basta de hablar de trabajo. Como he dicho, estamos aquí para divertirnos, no para provocarnos.

—Lo dice la más madura del grupo, la que se casó con su jefe y CEO —murmuró Daniela, recibiendo una mirada reprobatoria de Ana Júlia—. Perdón, a veces hablo sin pensar. Tendré que trabajar eso en mí. O no.

—Ya estamos acostumbradas, por eso te adoramos.

Le di varios besos, de los que esquivó algunos. Daniela era nuestra gruñona favorita.

El ambiente se volvió un poco más ligero y nos acomodamos en las tumbonas, disfrutando del sol cálido y de la brisa suave. Aun así, no pude evitar pensar en las palabras de Daniela y en las emociones que habían despertado en mí.

—Voy a coger agua para nosotras.

—Ve, ve, así aprovechamos para hablar mal de ti… —apuntó Daniela, sonriente.

—Tú me quieres, solo que aún no sabes expresarlo, cariño. Por ahora.



CAPÍTULO 19

Era como si el destino hubiera trazado nuestros caminos con líneas entrelazadas, y cada vez que nos encontrábamos, el mundo cobraba más sentido…

MARCELA NOVAES

De camino, charlé un rato con mi madre, con Joana y con María, mientras mi hermano se divertía en la piscina. Verlas tan felices juntas me llenaba de una alegría serena.

Al cabo de unos minutos más, me encaminé hacia la cocina y mi mente empezó a divagar en pensamientos dispersos. Antes éramos solo Ana Júlia y yo contra el mundo; ahora, además, teníamos a Daniela como amiga, lo cual era fantástico.

Ella decía siempre lo que pensaba, aunque a veces doliera, como un auténtico golpe de realidad, porque era directa hasta el extremo.

—¿Puede mejorar aún más mi día? —me pregunté al cerrar la nevera.

—Siempre puede, chica.

Reconocí aquella voz y sentí un roce en la nuca; ni siquiera tuve que girarme para saber que era mi jefe, y la excitación de saber que estaba allí me invadió por completo.

Estaba tan cerca que podía percibir su calor y el latido acelerado de su corazón. Y cuando apretó con fuerza mi nuca, vi las estrellas…

Qué mano tan grande…

—Así que, al final, has venido.

—Cuando digo que haré algo, lo hago.

—Hmm… ya veo.

—Normalmente no me gustan las sorpresas, pero verte así ha sido… interesante —su voz sonó grave y baja, rozándome el oído, provocándome un escalofrío.

—Dante…

¿Cómo podía ese hombre desarmarme con tanta facilidad?

Deslizó la mano desde mi nuca hasta mi brazo, haciéndome cuestionar cómo la simple presencia de alguien podía despertar tantas sensaciones.

—¿Por qué te gusta tanto provocarme? —pregunté, todavía de espaldas a él.

—Porque tu reacción siempre es… embriagadora —murmuró.

—Tal vez seas tú quien esté siendo provocado, y no al revés —bromeé.

Soltó una risa suave y rodeó mi cintura con el brazo, atrayéndome un poco más hacia él. Sentía el calor de su cuerpo y la firmeza de su pecho contra mi espalda.

—Créeme, Marcela, si yo te estuviera provocando, lo sabrías, ¿no crees? Al fin y al cabo, eres muy inteligente…

Aquel hombre estaba desmoronando mi compostura sin el menor esfuerzo, y yo no sabía disimular el efecto que ejercía sobre mí.

Respiré hondo, luchando por recuperar la cordura.

—No esperaba verte este fin de semana; no has vuelto al trabajo.

—Ah, yo nunca dejo pasar una buena oportunidad —dijo, con un matiz malicioso en la voz—. Y verte en un entorno tan relajado, lejos de la oficina, es sin duda una oportunidad excelente.

—Estás jugando con fuego, Dante —susurré, girándome despacio para enfrentarlo. Sus ojos me recorrieron, con chispas de diversión y deseo danzando en ellos, y, por Dios, estaba aún más atractivo sin camisa.

—Siempre me han dicho que el fuego puede ser peligroso… —dijo, mientras su mano subía para acariciarme el rostro—, pero también puede ser increíblemente ardiente y tentador. ¿Qué opinas?

—Tienes razón, jefe.

—Tu reacción es tan genuina, tan cruda —murmuró—. Desprendes una fuerza que muchos no perciben, pero también tienes esa vulnerabilidad que me atrae.

Tragué saliva, con las palabras de Dante resonando en mi mente. Tenía razón; yo tenía mis momentos de fragilidad, pero pocas personas

lograban acercarse lo suficiente como para verlos.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —pregunté, con la voz convertida en un susurro vacilante.

Dante hizo una pausa, dejando que la distancia entre nosotros se redujera hasta que pude sentir su aliento cálido sobre mi piel.

—Aún lo estoy decidiendo. Pero hay algo seguro: no quiero alejarme de ti, aunque sepa que debería.

Reí en voz baja, una risa nerviosa, todavía sintiendo el rastro de sus manos sobre mí.

—Este es un juego peligroso al que estamos jugando, Dante.

—Todos los mejores juegos son peligrosos, Marcela —replicó, con los labios desplazándose hasta el lóbulo de mi oreja para depositar allí un beso suave.

Estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba, y eso era peligroso, más aún sabiendo que había mucha gente alrededor.

—Además, mi madre y mi hermano también están aquí… será mejor que tengamos cuidado.

Me rodeó con los brazos y, a continuación, me dio un apretón descaradamente delicioso en el culo, acompañado de una sonrisa traviesa.

—¿Ah, sí?

—¿Puedes dejar de mirarme así? —pregunté, ligeramente desconcertada.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras…

—Follarte bien a gusto aquí mismo, en la cocina —completó la frase, dando en el blanco.

Mis mejillas se encendieron al instante y mis ojos se abrieron de par en par durante un segundo. Dante siempre era tan directo y descarado cuando me deseaba, algo a lo que todavía estaba intentando acostumbrarme.

—Eres imposible, señor —susurré, con un tono de reproche que no lograba ocultar la chispa innegable de deseo en mis ojos.

Él soltó una risa baja, y sus dedos subieron hasta detenerse cerca de la curva de mi cintura.

—Creo que te encanta ese lado imposible mío.

—Tal vez… —admití, mordiéndome el labio inferior.

Resultaba complicado resistirse a su encanto, incluso sabiendo las complicaciones que aquella atracción podía traer consigo.

Dante inclinó la cabeza y me sostuvo la mirada.

—Hoy estoy aquí por ti, Marcela. Espero que lo sepas.

Sentí que el corazón se me saltaba un latido.

—Lo sospechaba —bromeé, mientras deslizaba la mano por su pecho musculoso y bajaba hasta su abdomen, intentando disimular cuánto me había afectado su confesión.

Él sonrió y se inclinó hacia mí hasta que nuestros labios quedaron a apenas unos milímetros.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Antes de que pudiera responder, un ruido en la entrada de la cocina nos interrumpió. Nos separamos de inmediato y me giré para ver a Daniela, con una expresión divertida.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, con tono burlón.

—Nada que no pueda retomarse más tarde —respondió Dante, con la voz firme y segura de siempre, sin importarle en absoluto que nos hubieran pillado in fraganti.

Daniela rio, negando con la cabeza.

—Vosotros dos sois un caso aparte. Solo he venido a por el agua que nunca llegó y a dejaros volver a… lo que sea que estuvierais haciendo.

Volví a sentir que el rostro me ardía y no pude evitar sonreír. Parecía que aquel fin de semana iba a ser mucho más interesante de lo que había imaginado al principio.

Cuando ella se fue, mi jefe siguió observándome a su manera, pero otras personas entraron en la cocina y ambos sabíamos que no podía pasar nada.

Por ahora.



—Ese ha sido el vaso de agua más lento de toda mi vida; incluso he tenido que ir a buscarlo yo misma, ¿lo sabías, Ana Júlia?

—Daniela, qué bocazas eres.

Nos habíamos reunido de nuevo, pero yo no dejaba de pensar en el momento que había tenido con mi jefe y en el hecho de que me olvidé

por completo de todo lo que ocurría a mi alrededor.

—Te voy a dar un margen; he visto con mis propios ojos el motivo del retraso.

—¿Qué estabas haciendo, Marcela?

—Hablando con Dante.

—¿En serio llamas a eso hablar? —se burló Daniela, y fruncí el ceño—. Parecía más bien un ritual de apareamiento.

Ana Júlia estalló en carcajadas, y yo hice lo mismo.

—Por desgracia, alguien interrumpió, ¿eh? No te pongas a codiciar a mi jefe, ¿vale?

—Qué horror. No es mi tipo.

—Ya sabemos que quien te gusta es Dionísio, no hace falta disimular.

—Pues sí… —siseó, y tanto Ana Júlia como yo la miramos fijamente—. Pero no, paso, gracias.

Cada vez que mencionábamos su nombre, algo cambiaba en ella, para bien o para mal. A veces se tomaba nuestras bromas con humor; otras, sin embargo, le veía ver una preocupación evidente en la mirada, como si algo hubiera ocurrido en el pasado.

—Algún día te arrancaremos la verdad, guapita.

—Buena suerte con eso, querida…

DANTE SALVATORE

Hablé unos minutos con Theodore y con mi hermano, pero otra persona captó mi atención, observándome con evidente curiosidad.

Tenía una idea de quién podía ser y, incluso antes de que yo dijera nada, se acercó a mí, un poco tímido.

—¿Tú eres el CEO donde trabaja mi hermana?

Casi sonreí ante su espontaneidad al soltarme aquello de la nada.

—Sí. Y tú debes de ser el hermano pequeño de Marcela, ¿no?

—Eso es, me llamo Manoel.

—Encantado. Estoy sustituyendo a Theodore en la empresa; por ahora soy el CEO, sí. Aunque trabajo en otro departamento, también soy el propietario.

—Mi hermana me ha contado algunas cosas sobre tu trabajo y yo también quiero ser CEO cuando sea mayor.

En ese momento sonreí y asentí.

—Puedes preguntarme lo que quieras, si tienes dudas.

Los ojos de Manoel se abrieron de par en par, claramente entusiasmado con la oferta.

—¡Genial! ¿Y qué haces exactamente todo el día?

Fue directo, y no pude evitar sonreír de nuevo.

—Bueno, ser CEO implica mucha responsabilidad. Tomo decisiones importantes, asisto a reuniones, coordino la estrategia de la empresa y me aseguro de que alcancemos nuestros objetivos. Pero también tengo que liderar a las personas, garantizar que el equipo esté motivado y orientado en la dirección correcta. Es un trabajo bastante complejo y exige mucho.

Manoel pareció pensarlo un momento y luego preguntó:

—Entonces, ¿eres como el capitán de un equipo de fútbol, pero de una empresa?

Me quedé unos segundos sin responder, intrigado por la forma en que lo había planteado.

—Es una comparación excelente —admití, impresionado por su comprensión—. Un capitán tiene que inspirar a su equipo, tomar decisiones rápidas y asegurarse de que todos jueguen bien juntos. Básicamente, eso es lo que intento hacer.

Hablé con el hermano de Marcela durante unos minutos más, resolviendo sus dudas.

Empecé joven, casi a su edad, soñando con lo que quería ser, y ahora podía afirmar que lo había conseguido. Manoel parecía un chico despierto, igual que su hermana.

Al cabo de un rato, una mujer de cabello castaño y rasgos muy similares a los de Marcela se acercó a nosotros con una sonrisa suave. Manoel corrió a abrazarla.

—¡Mamá, este es el jefe de Marcela!

Ella me tendió la mano.

—Soy Madalena, la madre de Marcela. He oído hablar mucho de usted.

—Espero que cosas buenas —respondí sonriendo, estrechándole la mano. Aunque tenía mis dudas; en el trabajo era conocido por ser implacable, sobre todo con mi secretaria, que resultaba ser su hija.

—Mi hija es reservada con su vida profesional, pero mencionó que usted insistió en que trabajara a su lado para aprender. Así que quiero darle las gracias por eso.

Me quedé sin palabras durante un instante. Parecía tener una buena impresión de mí y veía el trabajo en SkyLink como una oportunidad de oro para Marcela.

—Hemos tenido algunos desafíos, pero estoy convencido de que vamos por buen camino. Marcela ha sido fundamental. Es dedicada, talentosa y aprende rápido. Se nota que ha tenido una excelente influencia en casa —comenté, sonriendo.

Madalena asintió.

—Intntamos hacer lo mejor por nuestros hijos. ¿Y usted, tiene familia?

La tenía, pero se había ido desmoronando poco a poco, y ni siquiera sabía muy bien por qué. Aun así, me contuve; eran pocos los que sabían que evitaba ese tema.

—Mi hermano también trabaja en SkyLink y mi padre está jubilado. Somos solo nosotros tres.

Manoel, que escuchaba atentamente, intervino:

—Es bueno tener familia, ¡es divertido! Aunque mi hermana es muy mala en todos los videojuegos que tengo.

Reí ante su comentario inocente.

—Yo antes se me daba bien, pero hace tiempo que no juego.

—¿Y si algún día te invito a jugar conmigo, vendrías?

—Hijo, él es un hombre muy ocupado —intervino Madalena, un poco avergonzada—. Perdona, Dante. A veces se emociona demasiado.

—No pasa nada. Cuando esté de vacaciones y, si todavía te acuerdas, jugaré contigo.

—¿De verdad?

—Sí, es una promesa.

—Haces amigos en todas partes, ¿verdad, hijo?

—¡Es lo que mejor se me da! —exclamó Manoel.

En aquel momento tan genuino con la familia de Marcela, sentí una conexión inesperada. En parte, era culpa mía por haberme encerrado en mi propio mundo, pero comprendí cuánto me faltaba en la vida ese tipo de cercanía y de interacción.



CAPÍTULO 20

Era increíble cómo, en un mar de rostros, el suyo siempre parecía ser el faro que guiaba mi corazón de regreso a casa…

MARCELA NOVAES

—¿Qué te pasa, Marcela? Estás muy nerviosa —preguntó Ana Júlia, mientras buscaba con la mirada el objeto de mi inquietud.

—Mi madre y mi hermano han desaparecido.

—Eso es bastante peligroso… —comentó Daniela, con el gesto preocupado—. Tal vez se hayan perdido en la inmensidad de esta mansión y corran el serio riesgo de no volver a ser encontrados jamás

aquí dentro… o de ser capturados por algún monstruo, ¿no? Nunca se sabe…

Negué con la cabeza y sonreí.

—Hoy estás especialmente graciosa, ¿eh, bonita?

—Puedes admitir que estás preocupada por Dante. Ana Júlia y yo ya sabemos que se te cae la baba cada vez que lo ves.

—Es verdad. Yo no sé disimular; tú, en cambio, cuando miras a otra persona, lo haces muy bien.

—Déjame en paz, amiga…

Estuviéramos donde estuviéramos, siempre acabábamos picándonos, y por lo visto eso no iba a cambiar pronto.

—Por cierto, ya casi me voy.

—¿Pero ya, Daniela?

—Sí, he venido por el sol, no por ti —dijo guiñando un ojo, y Ana Júlia y yo nos miramos, atónitas—. Es broma, amigas preciosas. Un diez por ciento por vosotras y un noventa por ciento por el sol.

—Guau, qué honor… —siseé.

—Y hoy tú tienes tarea pendiente, amiga. Por lo que vi en la cocina, hoy es el día.

—No voy a hacer nada hoy, Daniela. Mi familia está aquí y…

—No parecía que estuvieras pensando en ellos en la cocina.

—Dios mío… siempre tienes una respuesta para todo.

—Es una gran cualidad, ¿no crees?

Las tres empezamos a reír y hablamos de cosas sin importancia, desviando el foco de la conversación.

Aun así, mi jefe no conseguía salir de mi cabeza, y Daniela tenía razón. Por un momento no pensé en las consecuencias de lo que casi empezamos… y eso era realmente peligroso.



La noche ya había caído y Daniela se había marchado.

No volví a hablar con mi jefe y, cuando lo vi de lejos, estaba con su hermano y con Theodore en una de las zonas más apartadas de la mansión.

Aproveché para quedarme con Ana Júlia y con sus hijos, divirtiéndonos un poco más. Mi madre seguía conversando con la familia de mi amiga, pero sabía que ya era hora de irnos.

Acostumbrarme a aquella mansión podía ser mi perdición, sobre todo sabiendo que tendría que trabajar unos mil años para poder comprar una casa así.

—Ya me voy, amiga.

—¿Pero ya?

Sonreí.

—Si la mansión fuera mía, ya te habría echado de aquí hace rato. Conviene que lo sepas —repliqué, y ella sonrió.

—La verdad es que ya va siendo hora de marcharse. Lo he dicho por educación, pero date prisa, por favor.

—Ya me lo imaginaba.

La convivencia con Daniela nos estaba volviendo cada vez más sarcásticas.

—Será mejor que arregles otra cosa antes de irte… —dijo, lanzando una mirada en cierta dirección, señalando que alguien se acercaba. Y yo ya lo sospechaba—. Voy un momento y vuelvo… o no.

Ana Júlia dijo eso y simplemente se dio la vuelta. Yo hice lo mismo con lentitud, y entonces vi a mi jefe detenido frente a mí, observándome como si estuviera admirando una obra de arte rara.

Las luces suaves de la casa iluminaban su rostro de forma sutil, destacando aquellos ojos intensos que siempre parecían atravesarme.

—Marcela… —su voz profunda resonó, haciéndome perder el aliento durante un instante.

Tragué saliva y me recompuse.

—Ah… hola.

Mis mejillas se encendieron y mis manos se cerraron instintivamente en puños a los lados del cuerpo, intentando contener la avalancha de emociones que siempre despertaba en mí. Estaba acostumbrada a tener el control, pero Dante parecía derribar todas mis defensas con una sola mirada.

Avanzó despacio hacia mí, cada paso cargado de la autoridad que emanaba de manera natural. El tiempo parecía moverse a cámara lenta, permitiéndome captar cada matiz de aquel momento.

—No he tenido ocasión de decírtelo antes, pero estás preciosa esta noche —comentó con suavidad, con una admiración sincera tiñendo su voz.

Aquellas palabras me desarmaron por completo, y si antes estaba intentando mantener una actitud indiferente, ahora toda mi energía se concentraba únicamente en no temblar delante de él.

—Gracias, Dante —respondí, con la mirada baja, tratando de ocultar el torbellino que llevaba dentro—. Aunque confieso que te prefiero sin camisa —añadí, observándolo ahora vestido.

Levantó mi barbilla con un gesto delicado, obligándome a encontrarme con sus ojos. Había una llama en ellos, una que parecía hablar directamente a mi alma.

—Lo sé, pero he venido a decirte que llegamos tarde, no a provocarte.

—¿Tarde…? —pregunté, completamente confundida, clavando la vista en su expresión imperturbable.

—Hoy te llevo a casa.

—Será mejor que no, Dante. Mi familia está aquí.

—Os llevaré a los tres —respondió con firmeza, y supe que se refería a todos nosotros.

—Ah…

—¿Pensabas que era para llevarte a mi mansión? Tranquila, tendremos tiempo de sobra…

De nuevo me quedé sin reacción, aunque no era algo que importara en ese momento.

—Mira, gracias por ofrecerte a hacerlo, pero no hace falta. Vinimos en Uber y así volveremos…

—Volveréis conmigo —me interrumpió—. Tu madre ya ha dado su consentimiento, por cierto.

—¿¡Cómo!?

—He hablado un rato con tu madre y con tu hermano.

—Espera… ¿cómo que has hablado con ellos?

—Como personas normales. Con la boca.

Borde, insensible… y peligrosamente atractivo.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Y por qué no me he enterado?

—Cuando lleguéis a casa lo descubrirás. Sé que se lo preguntarás, pero creo que se han llevado una muy buena primera impresión de mí. No es que lo crea, es que estoy seguro.

—Te lo tienes muy creído, ¿no?

—Se me dan bien la mayoría de las cosas, Marcela. Nada más.

—Sobre todo ser bipolar, en eso das auténticas lecciones.

Mi jefe sonrió, y eso me desarmó por completo. El hombre incluso estaba sonriendo.

—Como he dicho, llegamos tarde. ¡Vamos!

En los minutos siguientes me despedí de la gente de la mansión y, a continuación, subimos al coche de Dante, que parecía una casa de lo enorme que era. No entendía mucho de coches, pero diría que era un Range Rover negro, de un modelo reciente.

Pensé que el trayecto sería silencioso; sin embargo, ocurrió justo lo contrario. Yo fui la que menos habló, porque mi jefe se empeñó en conversar con mi hermano y con mi madre durante todo el viaje. Me sorprendió darme cuenta de lo bien que congeniaban.

—Entonces, Manoel, ¿qué tipo de videojuegos te gustan más? —preguntó Dante, mirando a mi hermano a través del retrovisor.

Manoel, con los ojos brillantes de emoción, empezó a hablar de su juego favorito, mencionando estrategias y personajes.

Para mi sorpresa, Dante no solo escuchaba con atención, sino que respondía con entusiasmo, mostrando una faceta suya que nunca había visto.

—Tengo una colección de juegos antiguos en casa. Tal vez algún día te la enseñe —sugirió, haciendo que Manoel esbozara una sonrisa radiante.

—Me acordaré de eso cuando nos volvamos a ver.

Mientras tanto, mi madre sacó el tema de algunos libros que había leído recientemente. Descubrimos que Dante y ella compartían gustos literarios y enseguida se sumergieron en una conversación sobre autores y obras que les encantaban.

Lo confieso: me sentía un poco avergonzada. Sin embargo, escuchar a Dante interactuar de forma tan genuina con mi familia me hizo verlo bajo una luz distinta.

No era solo el CEO autoritario y metódico de la empresa, sino también un hombre capaz de establecer conexiones profundas y sinceras.

Perdida en mis pensamientos, apenas me di cuenta de que habíamos llegado a casa. Dante aparcó el coche y, antes de bajar, se giró hacia mí con aquella sonrisa encantadora en el rostro.

—Me ha encantado conoceros.

—Gracias por traernos, Dante —dijo mi madre y, acto seguido, me miró detenidamente—. Decías que tu jefe era difícil, pero es un encanto, hija.

—¡Mamá…!

Si antes ya estaba avergonzada, ahora ni hablemos.

—Confieso que en el trabajo soy un poco complicado, sí, pero convivir con Marcela está ayudando a cambiar eso —afirmó, ahora con la mirada fija en mí.

¿Por qué tenía que ser así? Tan bipolar y tan adorable al mismo tiempo…

Mi madre y mi hermano bajaron del coche, y yo hice lo mismo, rodeándolo para quedarme junto a su puerta.

—Gracias por haber sido tan amable con ellos. Hasta luego, Dante.

—Era lo mínimo que podía hacer. Hasta mañana, Marcela.

Decidí no alargarme más; de lo contrario, me subiría de nuevo a aquel coche y no podría responsabilizarme de mis actos.



Después de ordenar algunas cosas en casa, me senté en el sofá y mi madre se unió a mí, con una sonrisa en el rostro.

—Me ha gustado tu jefe.

Sonreí, recordando la conversación que habían tenido en el coche y sintiéndome tranquila.

—En el fondo es una buena persona, mamá.

—Lo sé, hija.

Me tomó la mano y entrelazó sus dedos con los míos, ofreciéndome ese consuelo que solo unas manos maternas saben dar. Durante un momento permanecimos en silencio, mirándonos la una a la otra.

—Te mira de una forma distinta, ¿lo sabías? —rompió el silencio, clavando en mí su mirada perspicaz—. Hay algo en sus ojos cuando se fija en ti, una chispa, un brillo… Y no soy la única que lo nota, cariño; creo que tú también lo has percibido.

Sentí que el rostro se me encendía y mi voz salió más suave de lo que pretendía.

—No sé cómo manejarlo, todavía no sé cómo tratar con él. Dante es mi jefe y yo no… no debería sentir estas cosas tan extrañas.

Asintió, acariciando con delicadeza el dorso de mi mano.

—El amor, o incluso una simple atracción, no elige ni el momento ni el lugar para aparecer.

—Siempre he mantenido mis emociones bajo control, centrada en mi carrera y en mis objetivos. No sé si es bueno darle vueltas a todo esto.

—El corazón tiene razones que la propia razón desconoce. Y, a veces, es sano permitirse sentir, aunque al principio dé miedo. Piénsalo.

—Gracias, mamá.

Cuando mi madre se fue a la cocina, me quedé reflexionando sobre sus palabras y sentí que tenía razón. Siempre había tenido miedo de muchas cosas en mi vida y me esforzaba al máximo por no mostrar mis sentimientos, pero eso me había privado de innumerables experiencias.

Comprendía el acuerdo que habíamos hecho días atrás; aun así, no fingiría nada si algo llegaba a suceder. Durante mucho tiempo

levanté muros alrededor de mi corazón, protegiéndome de cualquier posibilidad de sufrir.

Sin embargo, al hacerlo, también me impedía experimentar la alegría, la pasión y el amor que podían surgir de las relaciones más inesperadas.

Creía en esos sentimientos, aunque intentara ocultarlos incluso de mí misma…



CAPÍTULO 21

Nuestro amor era de ese tipo raro que florece incluso en las estaciones más áridas y encuentra belleza en las imperfecciones…

MARCELA NOVAES

Estaba ansiosa por trabajar, más incluso que la primera vez que puse un pie en SkyLink, cuando ya sabía que Dante sería mi jefe.

Aun así, seguí mi ritual de siempre. Acababa de llegar a la empresa y estaba en el ascensor, subiendo hasta la planta que hacía que mi mente regresara al pasado, más concretamente a dos años atrás, cuando lo vi por primera vez.

Al llegar a mi departamento y verlo por primera vez ese día, el corazón se me aceleró sin esfuerzo alguno. Hasta entonces, jamás me había pasado algo así con ningún hombre.

Los primeros rayos de sol se filtraban por los enormes ventanales panorámicos de la sala, iluminando a Dante de una forma que realzaba su figura. Estaba de espaldas, con las manos en los bolsillos, mirando al frente, como si todo lo que lo rodeaba le perteneciera. El simple hecho de saber que mi jefe estaba allí despertaba en mí una avalancha de emociones que intentaba controlar. En vano.

Siempre irradiaba seguridad y determinación.

Sin embargo, pese a su postura rígida y a su tono autoritario, durante aquel mes había algo en su mirada que clamaba por comprensión, por alguien que de verdad lo viera más allá de todas las barreras que había levantado.

Dante se giró de repente y sus ojos se encontraron con los míos. La profundidad de aquella mirada hizo que todos los sonidos a nuestro alrededor desaparecieran, creando una burbuja silenciosa solo para nosotros.

Aún no sabía de qué se trataba, si era el inicio de una pasión o de una simple atracción física. No obstante, intuía que podía ser algo más profundo, una conexión que iba más allá de las palabras.

Me asaltaron recuerdos de algunas conversaciones y gestos en los que él había revelado pequeñas vulnerabilidades de su vida. Cada historia, cada cicatriz emocional que compartió, no hizo más que intensificar mi interés y mi deseo de conocerlo aún más.

Era casi como si, al mostrarme sus demonios, me hubiera entregado la llave de un mundo al que muy pocos tenían acceso.

Tragué saliva, intentando recomponerme. Me acerqué a él con pasos vacilantes, tratando de aparentar seguridad, aunque por dentro

era un torbellino.

—Buenos días, señor.

Sonrió brevemente y asintió.

—Buenos días. ¿Estás bien?

Asentí, y fue inevitable que una sonrisa se dibujara en mi rostro; al fin y al cabo, era la primera vez que me preguntaba cómo estaba.

—Sí, lo estoy. ¿Y usted?

—Mejor ahora.

La cercanía me hizo recordar las innumerables veces que había imaginado cómo sería estar entre sus brazos, sentir el calor de su cuerpo y la seguridad que parecía ofrecer.

Pero, por el momento, tendría que mantener ese deseo bien oculto mientras intentaba comprender la compleja ecuación que éramos los dos. El problema era que, con cada día que pasaba, se hacía más evidente que Dante no era solo mi jefe. Se estaba convirtiendo en alguien esencial en mi vida.

—Si me necesitas… sabes dónde encontrarme.

—Te necesito, Marcela. Más de lo que imaginas.

La sinceridad en la voz de Dante me tomó por sorpresa, haciendo que mi corazón latiera con más fuerza. Sus ojos, normalmente escudos inquebrantables, ahora parecían cristal transparente, y pude vislumbrar la vulnerabilidad que intentaba ocultar.

Dio un paso al frente, reduciendo aún más la distancia entre nosotros. El ambiente parecía cargado, cada segundo alargándose como una eternidad.

—Y… ¿qué puedo hacer por usted? —balbuceé, todavía atrapada en la intensidad de su mirada.

—No te hablo como tu jefe ahora, Marcela —murmuró Dante, con la voz ronca mientras sostenía mis ojos—. Te hablo como un hombre que, contra todo pronóstico, está empezando a pensar más en ti que en el trabajo. Algo muy peligroso, ¿no crees?

Tragué saliva, buscando las palabras adecuadas para responder. Su franqueza me hizo cuestionar todas las barreras que había levantado alrededor de mi corazón.

—Por favor… no me diga cosas así nada más empezar el día.

—Dame un buen motivo.

—No podré pensar en nada más y… eso es peligroso. Y, siendo sincera, me da miedo lo que pueda pasar.

Levantó la mano y trazó con suavidad la línea de mi mandíbula.

—Yo también tengo miedo, Marcela. Y mi mayor miedo es hacerte daño.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse y, durante un instante, lo único que importaba era ese momento suspendido entre nosotros. Ambos estábamos al borde de un precipicio, dudando antes de dar el primer salto hacia lo desconocido.

Sin embargo, algo dentro de mí me decía que, con Dante a mi lado, cualquier caída sería menos aterradora.

—Sé cuidarme y no siento que vayas a hacerme daño.

—Aún no me conoces del todo, chica.

—Pero quiero conocerte y lo haré —revelé con determinación, mirándolo directamente a los ojos, esperando que comprendiera la

profundidad de mis palabras. Si había algo en su pasado, algo que él creía que podría alejarme, yo quería saberlo.

Dante respiró hondo, con el pecho subiendo y bajando con pesadez. Su mirada, siempre tan dominante, mostraba ahora un atisbo de duda.

—Hay cosas, Marcela… situaciones que no todo el mundo puede entender o aceptar —dijo con cautela.

Mi corazón latía con fuerza mientras, casi sin pensarlo, daba un paso hacia él.

—Todos tenemos fantasmas, Dante. Y quizá, juntos, podamos enfrentarnos a los nuestros. No lo entenderé todo de inmediato, pero prometo intentarlo.

Durante un largo instante, pareció sopesar mis palabras, con el peso de la decisión gravitando sobre él. Entonces, esbozó una sonrisa genuina.

Después, ocurrió lo inevitable…

DANTE SALVATORE

Pasé el resto de la noche del domingo pensando en mi secretaria y, cuando la vi hace unos minutos, con su vulnerabilidad habitual al mirarme, todos mis problemas parecieron desvanecerse como por arte de magia. Observarla ya no me bastaba, así que hice algo que hasta entonces me había prometido evitar a toda costa.

Sin pensarlo más, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho y las emociones desbordadas, la atraje hacia mí y tomé su rostro entre mis manos. Ella soltó un suspiro sorprendido y, antes de que pudiera reaccionar, uní nuestros labios en un beso intenso. Aquel beso era una mezcla de desesperación, pasión, deseo reprimido y alivio por ceder por fin a lo que ambos sentíamos.

Nuestros labios se movían en perfecta sincronía, como si ya conocieran el ritmo del otro. Percibí su sabor dulce, mezclado con un leve matiz de café, y el aroma de su perfume delicado inundó por completo mis sentidos. Su boca era suave, y cada movimiento contra la mía era como una danza, una exploración de territorios desconocidos.

Las manos de Marcela ascendieron por mi pecho, aferrándose a mi camisa mientras profundizaba el beso, deslizando mi lengua contra la suya, saboreándola por completo. Ella gimió suavemente y aquel sonido me atravesó, despertando en mí un deseo aún mayor, la necesidad de sentirla en cada centímetro.

Cambié de posición y la presioné contra la pared; nuestros cuerpos se amoldaron el uno al otro, sintiendo el calor a través de la ropa. Ella rodeó mi cuello con los brazos, atrayéndome más, mientras nuestras lenguas jugaban en un ritmo frenético y, al mismo tiempo, pausado, como si el tiempo nos perteneciera.

El ambiente se cargó de tensión y el mundo exterior dejó de importar. Todo lo que deseaba era la sensación de sus labios sobre los míos, la forma en que su cuerpo respondía al mío y el deseo creciente entre nosotros.

Cuando por fin abrimos los ojos, vi las huellas evidentes del beso en sus labios hinchados y en el rubor de su rostro, y eso no hizo más que intensificar mis ganas de avanzar un paso más, contradiciendo todas mis convicciones.

—Creo que deberíamos crear una quinta regla —dijo, mirándome a los ojos, todavía abrazada a mí.

—¿Cuál? —pregunté, cada vez más interesado.

—No besarnos… aquí. Esto se volverá incontrolable con los días.

—Ese no es un buen motivo; mi intención es que sea incontrolable.

—Dante… esto es peligroso.

—Los dos somos peligrosos, chica.

—Lo sé, y todo esto parece estar mal. Estamos en el trabajo y…

—Tienes razón. Por eso hoy te vienes conmigo —mis palabras la sorprendieron claramente, y estaba a punto de hacer algo que no hacía desde hacía años: llevar a una mujer a mi casa—. Iremos a mi mansión.

—Pero… ¿qué diré en casa? No puedo quedarme fuera a dormir, mi madre me necesita.

Por el tono de sus palabras y la forma en que lo dijo, supe que su madre tenía algún problema y que no podía quedarse sola.

—Pasa solo unas horas conmigo. Te llevaré a casa antes de las diez.

—Dante…

—Es en serio. Vivo cerca de la empresa y no voy a dejarte preocupada, ni a ti ni a tu familia. Te lo prometo.

Observé la vacilación en sus ojos durante unos segundos, como si luchara consigo misma. La deseaba con intensidad y resultaba imposible controlarlo. Cada gesto, cada mirada suya, no hacía más que alimentar esa necesidad dentro de mí.

Sabía que estaba siendo audaz, quizá incluso imprudente, pero quería más tiempo con ella, fuera de aquella oficina, lejos de las paredes de cristal y de las miradas curiosas.

—¿Lo prometes de verdad?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces prométeme tú también que hoy vamos a trabajar. Al menos dos metros de distancia —dijo en tono divertido, con una sonrisa en los labios.

—¿Eso es realmente lo que quieres?

—No. Pero es necesario; de lo contrario, me entregaré por completo y, como le pasa a la mayoría de la gente, puede ser un error engancharme a algo que todavía no es mío, señor…

MARCELA NOVAES

El tiempo pareció arrastrarse con lentitud, pero cuando terminó nuestra jornada laboral hicimos lo que tanto deseábamos y, en menos de una hora, llegamos a la mansión de mi jefe, tan grande e imponente como la de Theodore.

Mientras caminaba por el extenso jardín, observándolo todo a mi alrededor, la magnitud de aquel lugar se hacía cada vez más evidente. El jardín parecía sacado de un sueño: setos esculpidos con precisión, fuentes de agua cristalina burbujeando bajo la luz de la luna y senderos de piedra que parecían conducir a rincones secretos. Incluso había un pequeño lago con nenúfares y carpas de colores que nadaban suavemente bajo la superficie.

La casa en sí era una combinación maravillosa de arquitectura clásica con toques modernos. Altas columnas de mármol enmarcaban la entrada, mientras que las grandes puertas de roble, adornadas con detalles de hierro forjado, aguardaban para recibir a los visitantes.

Al avanzar, reparé en las vidrieras tintadas que reflejaban la luz de las estrellas y el resplandor suave de las luminarias exteriores.

Al entrar, me recibió el esplendor del interior y quedé aún más impresionada. El suelo de mármol mostraba dibujos intrincados entrelazados, mientras enormes lámparas colgaban del techo, con sus cristales reflejando una luz tenue y elegante. Una amplia escalera curva conducía a la planta superior, con barandillas de bronce y delicados detalles dorados.

Aquel lugar parecía un palacio salido directamente de una película de Hollywood.

—Siéntete como en casa, Marcela —dijo mi jefe con una sonrisa cálida, manteniendo los ojos fijos en los míos.

Nuestros pasos resonaban en las vastas estancias, cada una decorada de forma única y espléndida. El aroma de la madera pulida, de las velas perfumadas y de una sutil mezcla de libros antiguos inundó mis sentidos. Era como entrar en un mundo completamente distinto, un reino de elegancia y sofisticación que jamás había experimentado.

Me condujo hasta la biblioteca, dejándome maravillada ante las estanterías que se alzaban del suelo al techo, repletas de volúmenes encuadernados en cuero.

Poco después, Dante tomó una botella de vino tinto de una balda y sirvió dos copas.

—Espero que te guste. Es una añada especial —comentó, tendiéndome una de ellas.

Continuamos el recorrido y nos dirigimos al salón, donde nos acomodamos en unos sillones de cuero frente a una chimenea crepitante, brindando.

Los momentos previos a nuestra noche juntos estaban cargados de una tensión palpable, una mezcla de expectación y nerviosismo. Sin embargo, la grandeza de la mansión y la cercanía de Dante hacían que todo resultara aún más mágico.

A medida que la noche avanzaba, me di cuenta de que había mucho más en aquel hombre que su simple papel de jefe. Y, en ese instante, estaba preparada para descubrir todos los secretos que Dante y su mansión escondían.

—Es casi un pecado…

—¿El qué es un pecado?

—Que pases tan poco tiempo en esta mansión y prefieras la de Theodore. Es tan magnífica como aquella, y me has dejado sin palabras.

Dante sonrió brevemente y dejó su copa sobre una mesa de centro de caoba oscura. Su mirada era enigmática, con un destello travieso.

—Tienes razón, Marcela. Esta mansión tiene su propia magia, su propia historia. Pero hay razones por las que, a veces, prefiero la mansión de Theodore —admitió, con una sombra cruzándole el rostro.

—¿Y qué tiene la mansión de Theodore que la tuya no tenga? —pregunté, intrigada.

—Personas —respondió, sorprendiéndome—. Personas de confianza a las que he aprendido a admirar.

En ese momento recordé conversaciones con Ana Júlia y Daniela, en las que mencionaban que Dante era un hombre solitario tras el distanciamiento de gran parte de su familia.

Sabía que cargaba con cierta tristeza, pero no tenía claro su origen. Ahora todo encajaba: la grandiosidad de la mansión, su preferencia por la propiedad de Theodore y la soledad que se reflejaba en sus ojos.

—Lo siento —murmuré, buscando las palabras adecuadas para reconfortarlo—. Debe de ser difícil cargar con ese dolor en soledad. Y… conozco un poco de tu historia.

Dante se encogió de hombros, pero la tristeza en su mirada era innegable.

—La vida nos arrebata cosas y personas. Algunos encuentran la forma de seguir adelante, mientras que otros se pierden. Yo no me perdería. Me lo prometí a mí mismo.

Nos miramos y, con cada segundo que pasaba, comprendía mejor la complejidad de Dante más allá de su postura segura y autoritaria. En él había una fuerza resiliente que solo se revelaba cuando se miraba más allá de la superficie. Se levantó, con los ojos fijos en los míos, y dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros.

—Sabes, Marcela, rara vez me permito ser vulnerable delante de alguien. Esta mansión es mi santuario, el lugar donde guardo todos mis recuerdos, los buenos y los malos, pero sé que puede convertirse en una bola de nieve en el futuro y, por eso, no quiero pensar en ello ahora. Quiero centrarme en lo que de verdad importa. En ti.

Era directo, y esa era una de las cualidades que más me gustaban de mi jefe.

En ese instante, los ojos de Dante no ocultaban lo que deseaba, cuánto me anhelaba, y, al igual que él, yo estaba cada vez más expectante por cómo se desarrollaría la noche entre sus brazos…



CAPÍTULO 22

La distancia entre nuestros corazones es tan breve como la pausa entre dos suspiros enamorados…

DANTE SALVATORE

No quería perder tiempo, y tanto Marcela como yo sabíamos las consecuencias de aquella noche en mi casa. Mirarla a los ojos solo avivaba mi deseo de tenerla, y la forma en que me miraba, con esa mezcla de anhelo y temor, hacía todo aún más irresistible.

Tomé una de sus manos, la elevé y la atraje contra mi cuerpo, sintiendo cómo reaccionaba al mío.

—Sabes que después de hoy no hay vuelta atrás… —susurré junto a su oído, notando cómo su cuerpo se estremecía contra el mío.

Marcela se mordió el labio inferior, un gesto que no hizo sino intensificar mi deseo.

—Lo sé, Dante. Pero tú también sabes que no estamos haciendo esto por impulso, ¿verdad?

Sonreí, acariciando el contorno de su rostro con la yema de los dedos.

—Nunca he sido de actuar sin pensar, Marcela. Pero… tú despiertas algo en mí que va más allá de la lógica, de lo racional. Es algo primitivo, demasiado profundo para explicarlo con palabras.

Marcela rodeó mi cuello con los brazos, atrayéndome aún más.

—¿Eso te asusta?

—En cierto modo, sí —admití—. Pero también me excita. La idea de tenerte, de poseerte por completo, es algo a lo que no puedo resistirme.

Ella sonrió, con una chispa en los ojos que jamás le había visto.

—Entonces no te resistas, Dante. Porque yo también te quiero. Nos deseamos.

De pronto, las palabras dejaron de ser necesarias. Nuestros labios se encontraron en un beso urgente y profundo, que expresaba todo lo que había ido creciendo entre nosotros en los últimos días.

La quería, y tendría a esa mujer solo para mí.

La guié por la amplia sala de la mansión hasta uno de los dormitorios lujosos, más concretamente el mío, donde todo estaba meticulosamente ordenado y reflejaba mi personalidad: decoración oscura, muebles de madera oscura y una cama enorme con las sábanas impecablemente alineadas. Una gran ventana panorámica ofrecía una vista majestuosa de la ciudad, aunque aquella noche no era lo que importaba.

Abrí la puerta y la conduje al interior, cerrándola tras nosotros. La luz tenue de la lámpara bañaba la estancia con un tono ámbar, realzando el brillo del cabello de Marcela. Miró alrededor, un poco intimidada por el lujo, pero enseguida su atención volvió a mí, cargada de deseo.

La atraje hacia mí, nuestros cuerpos chocaron, y la besé de nuevo, explorando cada rincón de su boca con avidez. Ella respondió del mismo modo, con las manos recorriendo mi cuerpo con urgencia.

Sin romper el beso, empecé a desabrochar su blusa y pronto nos deshicimos de la ropa, dejándola caer sin cuidado sobre el suelo.

La sensación de su piel desnuda contra la mía era electrizante. Era suave, cálida, y cada roce, cada caricia, me hacía desear más. Marcela se inclinó hacia atrás, ofreciéndome una visión completa de su figura esbelta y seductora. Podía sentir su corazón acelerado, la excitación brillando en sus ojos.

Fuimos hasta la cama y, de inmediato, me atrajo sobre ella. Nuestros cuerpos se encontraron con una urgencia que dejaba claro que aquella noche tenía que suceder.

Cada movimiento, cada contacto, cada mirada intensificaba el deseo entre nosotros, y no quería esperar ni un segundo más para hacerla mía.

Ella jadeó, clavando las uñas en mi espalda, y con una mirada ardiente susurró:

—Y yo quiero sentirte llenándome por completo, Dante.

Despacio, comencé a besar y a mordisquear su cuello, descendiendo por el valle de sus pechos, deteniéndome para prestar atención especial a cada pezón, haciéndola arquearse bajo mi contacto.

Deslicé la mano entre sus piernas y sentí su humedad y su calor; soltó un gemido profundo y ronco. Estaba tan mojada, tan preparada

para mí.

Marcela enroscó una de sus piernas alrededor de mi cintura, atrayéndome aún más. La punta de mi miembro rozaba su entrada, provocándola, tentando a ambos, demostrando que estábamos al borde del precipicio.

—Ahora, Dante… —susurró con urgencia.

Tomé un preservativo de la mesilla de noche, rompí el envoltorio y me lo coloqué, enloquecido por la necesidad de hacerla mía.

Sin más palabras, me acomodé y empecé a penetrarla despacio, sintiendo cómo cada centímetro de su cuerpo me envolvía en una sensación imposible de describir. Cerró los ojos y abrió la boca en un grito silencioso de placer.

Mi instinto era follarla como a un animal, pero sabía que debía saborear cada segundo, cada estímulo.

Marcela comenzó a mover las caderas con un ritmo lento y provocador, mordiéndose el labio, obscenamente sexy, empujándome a ir más hondo en cada embestida.

El sonido de nuestras respiraciones agitadas llenaba la habitación, mezclándose con el susurro de las sábanas arrugándose bajo nuestros cuerpos.

Me arañaba la espalda, tiraba de mi pelo, incitándome a perder el control, pero yo quería hacerla suplicar. Quería verla deshacerse bajo mi cuerpo.

—Dante… —gimió, alzando la mirada hasta encontrar la mía—. Te necesito… más rápido…

Con un gruñido bajo, empecé a acelerar el ritmo, moviéndome dentro de ella con una intensidad cada vez mayor. La forma en que se

retorcía, cómo se entregaba sin reservas, resultaba embriagadora.

La sentí contraerse alrededor de mi polla, consciente de que estaba al borde del clímax. Se aferró a mis hombros, mirándome fijamente, como si no existiera nada más.

Le succioné los pechos con deleite mientras le sujetaba el cuello con firmeza, deslizando la lengua alrededor de los pezones ya duros, escuchándola jadear y gemir con más fuerza. Cada caricia, cada succión, parecía intensificar la conexión eléctrica entre nosotros.

Marcela tiró de mi cabeza para acercarme aún más, animándome a continuar. Se arqueó, empujando los pechos contra mi boca, exigiendo más, más de todo lo que yo pudiera darle.

Alterné entre sus pechos, saboreando cada centímetro de su piel, mientras sentía sus caderas moverse contra mí con una urgencia creciente. La combinación de la penetración y la atención que les dedicaba la estaba llevando claramente al límite.

—No pares… por favor, Dante… —susurró, con la voz áspera, cargada de deseo.

No pensaba detenerme. Con una mano empecé a estimular su clítoris, mientras con la otra le sujetaba la cintura con firmeza, ayudándola a encontrar el ritmo exacto que la conduciría al clímax.

La habitación se llenó de los sonidos de nuestro placer, nuestros cuerpos moviéndose al unísono, acercándose poco a poco al punto culminante.

Y entonces, en un instante devastador, sentí cómo Marcela se cerraba aún más a mi alrededor, su cuerpo temblando en oleadas de placer.

Contemplar su rostro después del orgasmo fue una de las visiones más hermosas que había tenido en mi vida, y supe que, a partir de hoy, estaba perdido.

—Dante…

—Dime, chica —murmuré, sujetándole el rostro antes de besarle la boca.

—Quiero más, necesito más ahora mismo…

MARCELA NOVAES

Lo necesitaba, lo quería dentro de mí otra vez. Mi jefe había iniciado ese juego de seducción y lo terminaría de la forma que yo deseaba.

Prácticamente me lancé sobre su regazo, invirtiendo nuestras posiciones y haciendo que su espalda se hundiera en las sábanas, mientras me colocaba encima de él, con nuestras miradas enfrentadas en un duelo de deseo intenso.

—Parece que alguien quiere tener el control ahora —murmuró con una risa ronca, mientras sus manos encontraban mis caderas y me presionaban contra él.

—Tú empezaste este juego, Dante —susurré en su oído, mordisqueándole el lóbulo y sintiendo cómo se estremecía bajo mi cuerpo—. Ahora me toca a mí dictar las reglas y acabarlo.

Su mirada se endureció aún más ante la promesa implícita de mis palabras. Y mientras me deslizaba lentamente sobre él, pude sentir cómo su excitación crecía. Lo quería desesperado por mí, quería que me suplicara por más…

Empecé a moverme despacio, torturándolo con la promesa de algo más, sin llegar a entregárselo del todo. La expresión de su rostro era una mezcla deliciosa de frustración y placer, y cada gemido ahogado, cada suspiro, me animaba a continuar con aquel juego.

—Marcela… —empezó a decir, pero posé un dedo sobre sus labios.

—Shhh… solo siente, siénteme bien, bien rico… —murmuré, acelerando el ritmo poco a poco, observando cómo la tensión se iba

marcando en su rostro.

Dante me sujetó con fuerza por las caderas, intentando recuperar el control, pero me resistí, manteniendo el ritmo que yo quería. Con cada movimiento me sentía poderosa, dueña absoluta de la situación.

Sin embargo, con un gesto rápido e inesperado, volvió a invertir nuestras posiciones, aprisionándome contra las sábanas con una mirada salvaje.

—¿De verdad crees que puedes controlarme así, chica? —preguntó con una sonrisa maliciosa, inmovilizándome las manos con firmeza.

Antes de que pudiera responder, se hundió en mí con una pasión renovada, llevándonos a nuevos niveles de placer.

Ese hombre era imprevisible, y eso no hacía más que aumentar mi deseo por él. Cada movimiento, cada caricia, tenía un propósito, y podía sentir que Dante no buscaba solo su propia satisfacción, sino que estaba decidido a darme placer.

Besó mi cuello, mientras sus manos recorrían cada curva de mi cuerpo y se movía dentro de mí con un ritmo firme. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y los gemidos se mezclaban en una melodía cargada de deseo.

Sus manos encontraron mis pechos, apretándolos con suavidad, mientras mordisqueaba y besaba mi clavícula, descendiendo hasta volver a encontrar mis labios en un beso intenso y apasionado.

Nos movíamos en perfecta armonía, y yo sentía cada pulsación, cada oleada de placer recorriéndome el cuerpo. Su mirada estaba clavada en la mía, una promesa silenciosa de que haría todo lo posible por llevarme al clímax, y no tardé en alcanzar otro orgasmo, desplomándome sobre la cama.

No pensé que pudiera ser tan bueno, pero superó todas mis expectativas. En todo.

—Dios mío, ¿qué me estás haciendo, Dante…?

Él quería más y, con un movimiento rápido, me colocó a cuatro patas, situándose detrás de mí. Sus manos firmes se aferraron a mi cintura y sentí su respiración caliente en la nuca, provocándome escalofríos por toda la espalda. La anticipación me estaba matando, y apenas podía esperar a sentirlo de nuevo.

—¿Quieres más, Marcela? —susurró, con la voz ronca, cargada de deseo.

—No solo quiero, es que necesito más… —respondí, enfatizando cada palabra, casi sin aliento.

Sin esperar un segundo más, se movió, penetrándome despacio y arrancándonos a ambos gemidos de placer. Dante marcó el ritmo, con embestidas cada vez más firmes y decididas. Cada uno de sus movimientos me llevaba a un nuevo límite de placer, y yo me aferraba a las sábanas, completamente a merced de su contacto.

—Eso… —gruñó él, con la voz ahogada por el éxtasis—. Muévete así de rico sobre mi polla.

Hice lo que me ordenó, sintiendo ya mi cuerpo temblar en respuesta, mi sexo apretándolo con un ritmo propio, como si quisiera retenerlo dentro de mí para siempre. La sensación de plenitud, de estar completamente colmada por él, era imposible de describir.

Nuestras respiraciones se volvieron más entrecortadas, nuestros cuerpos más sudorosos, la fricción entre ambos generando un calor insoportable. Mi clítoris palpitaba y podía sentir cada vena de su polla, cada movimiento que hacía dentro de mí.

—Joder, Marcela… —gimió Dante, con la voz ronca, perdida en el placer—. Estás jodidamente buena… —añadió, castigando mis nalgas

con las manos una y otra vez, marcando lo que, en mi mente, ya le pertenecía.

No lograba articular palabras, pero los gemidos y suspiros que escapaban de mis labios lo decían todo. Mi piel estaba hipersensible, cada caricia suya me provocaba escalofríos. Me agarró del pelo con más fuerza, atrayéndome hacia él, obligándome a sentir cada centímetro de su miembro mientras besaba mi frente, y aquello estaba desarmándome por completo.

Ese hombre me estaba enseñando lo que era el placer de verdad.

La tensión en mis músculos, el cosquilleo recorriéndome el cuerpo entero, indicaban que estaba a punto de llegar.

—Dante… yo… —jadeé, intentando advertirle de que estaba a punto de correrme.

—Vamos, chica, córrete para mí otra vez… —susurró en mi oído, y esas palabras fueron todo lo que necesité.

Un orgasmo devastador se apoderó de mí, haciendo que mi cuerpo se retorciera de placer, oleadas de éxtasis inundando cada célula de mi ser. Me sentía flotando, completamente desconectada de la realidad, con solo las sensaciones dominando mi mente y mi cuerpo.

Dante continuó embistiéndome, sintiendo cada espasmo y cada contracción de mi cuerpo como respuesta al clímax. Gruñó, un sonido profundo y primario, consciente de que él también estaba al borde del suyo.

—Joder… —gimió con deleite, con la voz cargada de deseo.

Yo, aún recuperándome de las oleadas de placer, conseguí girar la cabeza y encontrar su mirada, nublada por la lujuria. Verlo así, tan entregado, hizo que una nueva oleada de calor se propagara por mí.

No tardó en hacerlo: con unas cuantas embestidas más profundas y rápidas, sentí cómo se derramaba dentro de mí, su cuerpo temblando de éxtasis.

Todavía jadeantes, se dejó caer a mi lado, nuestros cuerpos sudorosos y exhaustos. Durante unos instantes nos quedamos en silencio, escuchando únicamente nuestras respiraciones pesadas.

Tenía grandes problemas que resolver a partir de ahora, y no enamorarme de mi jefe era, con diferencia, el más difícil de todos.



Aún en la cama con mi jefe, reuní valor y le pregunté:

—¿Por qué no hablas mucho de tu vida personal?

Dante guardó silencio durante unos segundos y empecé a pensar que no respondería. Sin embargo, pasado un momento, clavó los ojos en los míos y dijo:

—Creo que el silencio es la mejor respuesta para quienes no entienden por lo que hemos pasado. Por eso, ni siquiera las personas más cercanas saben algunas cosas sobre mí.

El peso de sus palabras era evidente. Me pregunté cuántas veces habría dicho aquello o simplemente se habría alejado para evitar hablar de su pasado.

—Dante, no te estoy juzgando ni intento invadir tu intimidad. Pero si algún día quieres hablar, estoy aquí para escucharte. No se lo

diré a nadie.

Esbozó una leve sonrisa que no llegó a completarse. La tristeza era palpable. Su mirada se deslizó hacia la ventana, donde la lluvia golpeaba suavemente el cristal.

Tras un momento de reflexión, empezó a compartir conmigo parte de su pasado.

—Mi infancia no fue precisamente buena, Marcela. Mi madre nos abandonó, a Dionisio y a mí, cuando yo tenía solo doce años y él diez. La víspera me regaló una brújula por mi cumpleaños. Al día siguiente, desapareció. Nunca más volví a saber de ella.

—El tatuaje del que hablaste aquel día en la mansión…

—Sí —completó, mirándome fijamente.

Recordé la conversación en la que mencionó que el tatuaje representaba un objeto que le había regalado alguien especial, refiriéndose a su madre.

Respiré hondo, intentando controlar las emociones que afloraban. Conocía bien lo profundas que podían ser las heridas del abandono, pues mi madre había sentido lo mismo con mi padre.

—¿Y tu padre nunca te contó nada? —pregunté con suavidad, intuyendo ya parte de la respuesta.

—Después de que mi madre se marchara, cambió mucho. Nunca me explicó el motivo de su partida, por más que insistí. Años después, ingresó en una residencia. Intento visitarlo cada tres meses, pero hay veces que me dicen que no quiere verme. Eso me duele, porque no entiendo por qué mi propia familia me abandonaría.

En ese instante sentí una conexión profunda con él. Era como si algunas de las barreras que Dante había levantado a lo largo de los años se hubieran debilitado.

Mi mente vagó durante unos segundos, reflexionando sobre mi propio pasado y las cicatrices que compartíamos.

—Solo quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas.

Pareció perderse en sus pensamientos por un momento. Luego me miró con una sonrisa melancólica.

—La brújula que me dio mi madre siempre fue un enigma. Nunca supe si era un impulso para seguir adelante, para trazar mi propio camino, o simplemente un recuerdo suyo. —Acarició el tatuaje de su brazo—. Pero de algo estoy seguro: cada vez que la miraba, sentía una conexión. O mejor dicho… la sentía. —Su expresión cambió de repente. Pensé que quizá había dicho algo inapropiado y guardé silencio, pero continuó—: Me la robaron. Fue alguien que en su día fue mi amigo, un hombre que estudió conmigo y al que, de forma ingenua, invité a la mansión años después. Luego descubrí que se había convertido en un ladrón y, desde entonces, intento recuperarla.

—Y lo conseguirás, estoy segura —afirmé, con la firme convicción de que así sería—. En cuanto a la brújula, quizá sea un recordatorio de que, por muy perdidos que nos sintamos, siempre hay un camino, una dirección que podemos seguir —sugerí, mirándolo fijamente a los ojos.

—Nunca lo había pensado de ese modo. Puede que tengas razón. Tal vez solo necesitaba a alguien que me ayudara a verlo así.

Sonreí, sintiendo que habíamos dado un paso importante en aquella conversación.

—Todos necesitamos a alguien, Dante. Y, a veces, encontramos a esa persona en los lugares más inesperados.

—Lo entiendo. No tuve ocasión de darte las gracias por haberme ayudado durante aquella crisis en la oficina, y sé que quizá sea por mi orgullo, pero gracias.

—No pasa nada.

—Esto me ocurre desde hace algunos años, aunque con el tiempo ha ido disminuyendo. Sé que tiene que ver con esas cuestiones familiares del pasado, pero no te preocupes. Puede que te pareciera algo impactante cuando lo viste, pero no es habitual. He hecho algunas sesiones de terapia; en los últimos años las he dejado un poco de lado, aunque tengo intención de retomarlas.

Quise mentirme, decirme que aquel hombre no alteraba mis cimientos, pero la verdad era que Dante no era solo otro rostro entre la multitud. Era su forma de hablar, la pasión contenida en su mirada y la profundidad de sus palabras lo que me llevaba a cuestionar todas las barreras que había levantado a lo largo de los años.

Me sorprendía pensando en él en los momentos más inesperados: mientras tomaba el café por la mañana o cuando elegía un vestido para ir a trabajar.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía una electricidad que jamás había experimentado, un magnetismo que parecía empujarnos el uno hacia el otro, incluso cuando estábamos físicamente separados o discutiendo.

Intentaba distraerme, volcarme en el trabajo, pensar en otras cosas e incluso charlar con mis amigas, pero todo acababa llevándome de vuelta a él.

Las noches se hicieron largas, en vela, repasando cada interacción, cada contacto, cada mirada.

Tenía miedo, sin duda, de entregarme por completo, de caer en un abismo de emociones para el que no sabía si estaba preparada. Pero cada vez que me miraba o rozaba mi cuerpo, todas mis defensas se venían abajo con facilidad.

Quería ser fuerte, quería ser la mujer independiente de la que siempre me había sentido orgullosa. Pero Dante tenía poder sobre mí,

una capacidad de hacerme sentir cosas que jamás imaginé posibles.

Y lo peor era que, en el fondo, sabía que no quería resistirme. Quería perderme en él, explorar cada rincón de su alma, descubrir cada secreto oculto, porque con él sentía que lo imposible podía convertirse en realidad.

Ahora tenía claro cuál era ese gran problema que debía resolver, y tenía nombre y apellido: Dante Salvatore…



CAPÍTULO 23

Nuestros corazones bailaban al ritmo de una música que solo ellos conocían, creando una melodía que desafiaba al tiempo y a la razón…

DANTE SALVATORE

Sentía que Marcela me comprendía de algún modo. Aun así, me enfrentaba a un gran problema: la dificultad de confiar al cien por cien en las personas.

Haber lidiado con el abandono en dos ocasiones, quisiera o no, me había moldeado como hombre, volviéndome desconfiado y reservado. El miedo a ser abandonado de nuevo, a abrirme y acabar traicionado, me llevaba a mantener a todos a distancia. Por eso contaba con muy pocas amistades cercanas.

El reto ahora era Marcela.

Tenía una forma sutil de hacerse presente incluso cuando no estaba físicamente a mi lado. Era su manera de mirarme, sus palabras de ánimo o los mensajes inesperados que enviaba a lo largo del día solo para preguntarme cómo estaba.

De forma inesperada, me demostraba que la confianza no se construye únicamente con grandes gestos, sino también con pequeños momentos que reflejan cuidado y consideración, incluso sin conocerme a fondo.

Teníamos nuestras diferencias, sin duda.

A menudo, nuestras discusiones en el trabajo eran intensas y llenas de desacuerdos. Sin embargo, incluso en esos momentos sentía una conexión profunda con ella, como si lucháramos por la misma causa, pero desde enfoques distintos.

Acababa de dejarla en su casa y advertí una expresión diferente en su rostro. Una de mis reglas era evitar los vínculos emocionales y, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más complicado resultaba mantener esa norma. Aun así, percibía que para ella era todavía más difícil.

—Gracias por traerme a casa —dijo, rompiendo el silencio.

—Lo prometí y cumplo mis promesas.

Dudó un instante, mordiéndose suavemente el labio inferior.

—Dante, ¿alguna vez te has preguntado por qué siempre chocamos en el trabajo, pero fuera de él actuamos de una manera tan distinta?

—En el trabajo estamos constantemente intentando demostrar algo, no solo a los demás, sino a nosotros mismos. Fuera de allí, somos

simplemente Dante y Marcela, sobre todo cuando nos provocamos —expliqué, recordando nuestras bromas en casa de Theodore.

—Es verdad. Espero que mañana estemos más tranquilos; de lo contrario, el ambiente en la oficina será insoportable.

—Yo espero justo lo contrario. A veces hay que arriesgarse para descubrir algo inesperado, y tú me empujas a hacerlo.

Por lo general, era más contundente con los actos que con las palabras. Sin embargo, no pude evitar ser tan directo; cada vez deseaba más a aquella mujer.

Un solo día, en absoluto, me bastaría. Sin darse cuenta, estaba sacándome de mi zona de confort.

—No te preocupes, te mantendré a raya —respondió, guiñándome un ojo antes de salir del coche—. Buenas noches, Dante.

—Buenas noches, Marcela.

MARCELA NOVAES

No pensé que Dante fuera a ausentarse tanto de SkyLink.

Tenía ganas de verlo hoy, martes, pero, contra todo pronóstico, recibí un mensaje suyo a las seis de la mañana avisándome de que esa semana estaría viajando entre Río de Janeiro y Belo Horizonte.

Por lo que entendí, no se trataba exactamente de un problema que resolver, sino de una reunión de negocios concertada a toda prisa que no podía aplazarse, ya que implicaba a un proveedor extranjero.

Aunque el trabajo prácticamente se triplicó en su ausencia, sobre todo por las notas y las llamadas, lo que más me irritaba era… que él no estuviera allí para irritarme.

Un pensamiento idiota, lo sé, pero incluso nuestras pequeñas discusiones y provocaciones me hacían falta.

—¿Puedo adivinar en qué estabas pensando, cariño?

—No empieces, Daniela…

Se quedó mirándome, toda sonriente, ignorando por completo mis palabras. En ese momento estábamos en uno de los comedores de la empresa, solo nosotras dos.

Y esta vez ni siquiera estaba Ana Júlia para defenderme…

—Estás bastante triste porque tu jefe está lejos de ti, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco, cogí un vaso de agua y me lo bebí de un trago, como si eso pudiera librarme de las provocaciones de mi mejor amiga.

—Solo estoy sobrecargada. Ya sabes lo metódico que es, y ahora todo está en mis manos —intenté desviar el tema principal, aunque sabía que Daniela veía a través de mis excusas y, en el fondo, le divertía hacerlo.

—Marcela, te conozco desde que llevábamos coletas y uniforme del colegio. Bueno… quizá exagero un poco, pero ya me entiendes. Admítelo, lo echas de menos.

—Es mi jefe. Ni siquiera debería pensar en eso, pero tienes un poco de razón.

Daniela se inclinó sobre la mesa, con los ojos clavados en los míos.

—¿Desde cuándo sigues las normas, eh? La vida es demasiado corta para atarnos a esas convenciones. Si te gusta, ve a por él. ¿Qué tienes que perder?

—¿Mi cordura? —repliqué, medio en broma y medio en serio—. Espera un momento… ¿tú dándome consejos para ir detrás de alguien? ¿Precisamente tú, la reina de decepcionar a los hombres?

Mi amiga estaba rarísima hoy; justo ella dando consejos amorosos.

—Para tu información, solo decepcioné a un hombre; los demás se decepcionaron solos, y ni siquiera me esforcé, porque no quería nada con ellos. En fin, eso no importa. Aquí la cuestión eres tú, cariño.

—¿Qué?

Daniela me tomó la mano y la apretó con cariño.

—Sigue a tu corazón, amiga. Nunca sabes adónde puede llevarte.

Amaba y odiaba a mi amiga por hablar con tanta dulzura y descaro al mismo tiempo, porque eso era exactamente lo que estaba

haciendo en ese instante; su carita delataba la travesura.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Ana Júlia, sentándose ya con nosotras.

—Espero que tengas tiempo hoy, amiga. Creo que Daniela se ha dado un golpe en la cabeza o se ha olvidado de tomarse la pastilla. No dice nada con sentido. Tenemos que llevarla al médico cuanto antes.

—¿En serio? Ya me había parecido rara hoy en el departamento.

—Mmm… ¿crees que tendrá algo que ver con Dionisio?

Daniela soltó una carcajada y puso los ojos en blanco.

—Sois insoportables. Dionisio es solo un compañero, nada más. Y, ya que estamos, si aquí alguien necesita un médico eres tú, por la empanada que llevas con tu jefe…

—¡Shh! —la interrumpí de inmediato, lanzando una mirada preocupada a mi alrededor para asegurarme de que nadie hubiera oído.

El lugar estaba ruidoso, con conversaciones cruzadas y risas de fondo, pero aun así un poco de discreción nunca venía mal.

Ana Júlia sonrió con malicia, arqueando una ceja.

—Ah, ¿entonces es verdad? ¿Dani tenía razón desde el principio?

—¡No es así! Yo solo… —intenté encontrar las palabras adecuadas, pero estaba claro que me estaba enredando.

—¿“Solo” qué? —provocó Daniela.

—Solo creo que… quizá haya algo más. No lo sé. Todo está tan confuso.

Ana Júlia suspiró de forma dramática.

—Ah, el amor… Hace eso con nosotras.

Le di un golpecito en el brazo.

—No es amor, ¿vale? Es solo… atracción, deseo, interés científico. Algo así.

Daniela sonrió con un brillo travieso en los ojos.

—¡Interés científico ha sido buenísimo! Puedes intentar convencerte de eso, pero todas sabemos cuál es la verdad.

Suspiré, consciente de que negarlo era inútil.

Las dos eran mis amigas desde hacía años y, a veces, me conocían mejor que yo misma. Pero lo cierto era que, más allá de las bromas, estaba realmente confundida con mis sentimientos hacia mi jefe y con qué hacer al respecto.

Sabía que tendría que afrontarlos en algún momento, pero por ahora me conformaba con desahogarme con mis amigas. Por mucho que me sacaran de quicio con sus provocaciones, también eran mi refugio.

—Me acosté con él. ¡Por eso estoy así! —lo solté de golpe, y Ana Júlia casi se fue de espaldas.

La expresión de shock de una contrastaba con la sonrisa triunfal de la otra. Ana Júlia, con los ojos como platos, parecía a punto de tirar su bebida, mientras Daniela mantenía su clásica sonrisa de «ya lo sabía».

—¿¡Qué!? ¿Cuándo? ¿Cómo fue? —Ana Júlia empezó a disparar preguntas sin parar.

—¡Lo sabía! —exclamó Daniela, con un gesto victorioso—. ¡Sabía que no tardarías en liarte con él, guarra!

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos y emociones antes de explicarme… o de intentarlo.

—Fue ayer, fui a su mansión y… una cosa llevó a la otra.

Ana Júlia seguía en estado de shock.

—¿Y nos lo cuentas solo ahora? ¿Qué clase de amistad es esta?

—¡Fue ayer, mujer! Relájate y no seas tan ansiosa —me defendió Daniela, y sonreí.

La dualidad entre las dos era más que evidente.

—Perdón, todavía lo estoy procesando. Yo solo… —empecé, pero Ana Júlia me interrumpió, entusiasmada.

—¡Sabía que había química entre vosotros! Típica pareja de culebrón de las nueve.

Se me escapó una risita, incluso sin querer.

—Lo sé, parece sacado de una historia romántica de lo más cliché. Pero todo fue tan inesperado, y no hablo solo de que ocurriera en la mansión.

Daniela frunció el ceño, con expresión curiosa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, además de la química física, hay una conexión entre nosotros. Nunca había sentido algo así por nadie.

Daniela negó con la cabeza, algo incrédula.

—Ya estás con tu discurso sentimental. Apuesto a que solo fue una noche caliente y punto. Nadie se enamora a la primera.

—No fue solo eso, Dani —afirmé con firmeza—. Fue algo más. Algo que no consigo explicar del todo. Y eso es lo que más me asusta.

Daniela se inclinó sobre la mesa, mirándome con seriedad.

—¿Crees que te estás enamorando de él?

Tragué saliva, sintiéndome expuesta.

—No lo sé. Tal vez. Solo sé que todo es muy nuevo y ahora mismo me da miedo.

—Bueno, cariño, decidas lo que decidas, recuerda que estamos aquí. Y, como mínimo, ¡nos llevamos una historia estupenda para contar en el futuro! —dijo Ana Júlia, riéndose.

—Ah… yo ya lo veo peligroso. Ve con calma, Marcela. Las palabras «hombres» y «de confianza» rara vez van juntas en la misma frase —advirtió Daniela, con gesto preocupado o quizá recordando algo de su pasado.

—Hablas mucho, pero ¿cuándo sabremos más de ti, Daniela?

—¿Nunca?

—¡Eso es! Queremos información sobre ti —se sumó Ana Júlia.

Daniela puso los ojos en blanco, esquivando claramente el tema.

—¿Por qué siempre desviáis la atención hacia mí cuando las cosas se ponen interesantes en otro lado?

Ana Júlia no perdió el tiempo y sonrió con malicia.

—¿Será porque siempre estás rodeada de misterio? ¿Tienes algún affaire secreto que no nos has contado?

—¿O quizá un ex que está volviendo a tu vida? —la provoqué, recordando nuestras últimas conversaciones.

Ella frunció el ceño, visiblemente irritada.

—Ahora no estamos hablando de mí. Estamos hablando de Marcela y de su jefe. ¡Centremos el tema!

—Na-na-ni-na-no. Ya hemos hablado más que suficiente de eso. Ahora te toca a ti, Dani. ¡Abre esa boquita tan bonita! —insistió Ana Júlia.

Suspirando, resignada, Daniela levantó las manos.

—Está bien, está bien. Si queréis saberlo, voy a ser sincera: no quiero involucrarme con nadie porque nunca he olvidado a la persona con la que estuve en el pasado. ¿Satisfechas?

—¿Hablas en serio o estás jugando con nosotras? —pregunté, intrigada.

Daniela bajó la mirada, jugueteando con los dedos. Era raro verla así, vulnerable.

—Es en serio. Había… hay… alguien en mi pasado a quien nunca he conseguido olvidar. Y, incluso después de tanto tiempo, la sensación no cambia. Pero necesito olvidarlo, por el bien de los dos.

Ana Júlia puso su mano sobre la suya.

—Dani, ¿por qué nunca nos lo contaste?

—Porque es complicado y, en cierto modo, doloroso. Era más fácil esconderlo y fingir que estaba bien —respondió con una sonrisa triste.

Yo le tomé la otra mano, apretándola con suavidad.

—Dani, tú has sido nuestro refugio todos estos años, la fortaleza entre nosotras. Pero es importante recordar que incluso las fortalezas necesitan cuidado. Y estaremos aquí para lo que necesites.

—¡Eso es! —asintió Ana Júlia.

—Escuchad… si después de tantos años me hacéis llorar, me voy a enfadar mucho. ¡Con las dos! —Daniela nos miró, con lágrimas formándose en los ojos—. Gracias. Yo solo… no quería cargar a nadie. Pero la verdad es que él fue la única persona de la que me enamoré de verdad. Y por más que lo intente, no consigo dejar ese sentimiento atrás.

Ana Júlia suspiró.

—¿Y quién es?

—Aún no estoy preparada para decirlo, pero algún día conoceréis la verdad. Y seré yo quien la cuente.

—De acuerdo.

—Ahora volvamos al tema de Marcela. El ambiente se ha puesto demasiado denso cuando hemos empezado a hablar de mí.

Sonreímos y, poco después, ya estábamos charlando sobre otra cosa. Aun así, sabía que aquel asunto removía el corazón de mi amiga. Quería ayudarla a superarlo, pero también sabía que cada persona tiene su propio tiempo.

Sin embargo, estaría allí cuando me necesitara, y Ana Júlia también.



CAPÍTULO 24

Entre todos los momentos efímeros de la vida, él se convirtió en mi eterno, aquel que permanecería inmutable en el caos del tiempo…

MARCELA NOVAES

La semana pasó algo más rápido de lo que esperaba y, el lunes siguiente, cuando llegué a la última planta del edificio, pude ver a lo lejos a mi jefe sentado en su sillón. Me sentí aliviada por varios motivos, pero verlo allí me aportó una calma inesperada.

Respiré hondo y caminé hacia él, intentando parecer lo más profesional posible. Tenía las manos ligeramente temblorosas, así que sujeté con firmeza la carpeta que llevaba conmigo.

—Buenos días, señor —saludé, con el tono más neutro que logré adoptar.

Alzó la mirada, sus ojos castaños encontrándose con los míos, y percibí un destello de algo que no supe identificar.

—Buenos días, Marcela.

—Espero que su semana fuera haya sido productiva —empecé, tratando de encauzar la conversación hacia lo profesional.

Se levantó, metió ambas manos en los bolsillos y se acercó, con una mirada más intensa de lo habitual.

—Ha sido una semana productiva, sí. Pero debo admitir que te he echado de menos, más de lo que pensaba.

El corazón se me aceleró y abrí ligeramente los ojos, sorprendida por su franqueza.

—Yo… —dudé, buscando las palabras adecuadas— no sé muy bien qué decir ahora.

—Basta con que digas que tú también me has echado de menos.

Cuando me di cuenta, ya estábamos muy cerca el uno del otro, con apenas unos centímetros de distancia. Podía sentir el calor de su cuerpo y, por mucho que intentara centrarme en otra cosa, su presencia era demasiado abrumadora para ignorarla.

—¿Por qué es tan importante para ti oírlo? —pregunté en un susurro, intentando ocultar la vulnerabilidad en mi voz.

Dante esbozó una media sonrisa e inclinó la cabeza, dejando que un mechón rebelde de su cabello oscuro cayera sobre su frente.

—Me gusta saber el efecto que causo en ti, chica.

Tragué saliva, sintiendo una oleada de valentía.

—Te he echado de menos, Dante. Mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta nuestra relación profesional.

Sonrió, con un brillo en los ojos que nunca antes le había visto, siendo como era un hombre no solo de pocas palabras, sino también de pocas sonrisas.

—Eso era justo lo que quería oír, Marcela.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, Dante se inclinó y atrapó mis labios con los suyos.

El beso fue suave al principio, pero pronto ganó intensidad. Era como si todo el deseo reprimido y la ansiedad de la semana separados se liberaran de golpe y, en ese instante, supe que estaba en sus hábiles manos.

Sus labios eran suaves pero firmes, moviéndose contra los míos en una danza de descubrimiento y pasión. Sentía el calor de su boca, el sabor exacto de su beso.

Mis manos fueron de forma involuntaria a su nuca, atrayéndolo más hacia mí, mientras las suyas se aferraban a mi cintura, acercándome aún más a su cuerpo.

La manera en que me besaba ahora, como si cada contacto fuera el último, resultaba casi abrumadora, insaciable. Minuto a minuto, los besos se volvieron más profundos e intensos y, con cada nuevo roce, un escalofrío me recorría la espalda.

Cuando la necesidad de aire se hizo urgente, nos separamos, jadeantes. Nuestras miradas se cruzaron y vi en sus ojos la misma mezcla de deseo y sorpresa que sentía yo. Dante pasó un dedo por mis labios hinchados, sonriendo con suavidad.

—No es muy profesional lo que estamos haciendo —susurré, regresando a la realidad.

—Esto no puede continuar, Marcela —dijo, apoyando la frente en la mía, respirando con dificultad al pronunciar esas palabras.

—Es verdad. Está mal —murmuré, sin apartar la mirada de la suya.

—Sí, muy mal. Y por eso voy a disfrutar cometiendo este error todos los días.

De nuevo, su boca buscó la mía, con una urgencia todavía mayor.

Era evidente que la barrera que habíamos construido a nuestro alrededor, basada en normas profesionales y expectativas, se había roto.

El beso era como fuego, ardiente y abrasador.

Sus labios se deslizaron sobre los míos, probándolos, mordiendo con suavidad y succionando. Mi boca se abrió en un suspiro involuntario y su lengua se sumergió, explorando y danzando con la mía en un ritmo lento y seductor. Cada movimiento era intenso, como si estuviéramos grabando en la memoria cada segundo de aquel beso.

Mis manos recorrieron su espalda, notando la musculatura firme bajo la camisa, mientras las suyas me atraían aún más, haciendo que nuestros cuerpos encajaran a la perfección.

El aroma de su perfume, mezclado con el olor natural de su piel, resultaba embriagador y me hacía perder la cabeza.

Al final nos separamos, intentando recuperar el aliento. Aun así, nuestros rostros permanecieron muy cerca, con las frentes todavía apoyadas.

—Creo que ya hemos cruzado el punto de no retorno —susurró Dante, con los ojos oscuros brillando de deseo.

Asentí.

—Y, de algún modo, no me arrepiento.

Él rió suavemente, acariciándome el rostro con el dorso de la mano.

—Yo, mucho menos.

De pronto rompió el contacto, fue hasta la puerta y la cerró. Después me alzó en brazos y me sentó sobre una de sus mesas. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y sus manos se apoderaron de mi barbilla con gesto posesivo.

—Dante… ¿qué estás haciendo? —pregunté, aunque por su expresión ya tenía una idea.

—Exactamente lo que estás pensando, chica. Voy a comerte tan bien que cada vez que entres en el maldito ascensor te acordarás de lo que hice aquí, en mi despacho. ¿Y sabes qué más…?

—¿Mmm…? —murmuré, cada vez más ansiosa.

—Estoy deseando ver esa carita tuya cuando te corras en mi boca.

Se acercó aún más, con la respiración pesada y la mirada decidida. Sus palabras, aunque intensas, no resultaban amenazadoras; eran deseo puro y crudo, sin el velo del profesionalismo que nos envolvía en el día a día. Y yo deseaba todas esas consecuencias.

Sentí su mano rodear mi cintura, acercando nuestros cuerpos, mientras la otra, que aún sujetaba mi barbilla, acariciaba el contorno de mis labios.

—¿Eres consciente del peligro si alguien entra aquí? —susurré, notando cómo sus labios rozaban los míos. Era una provocación, una pregunta retórica; sabíamos que estábamos jugando con fuego.

Sonrió con malicia y su boca buscó el lóbulo de mi oreja.

—El peligro siempre ha sido lo que me ha atraído de ti, chica.

Y con eso volvió a sumergirse en un beso ardiente, y por fin pude dejar de lado todas las preocupaciones y las inhibiciones. Sus manos se adueñaban de mi cuerpo y, poco a poco, mi piel iba quedando expuesta; sabía exactamente lo que deseaba.

Me deseaba a mí.

Su boca recorrió mi cuello, arrancándome un gemido bajo; cada contacto me erizaba la piel. Dante parecía saber con precisión dónde y cómo tocarme, y su boca se movía con una destreza que solo da la experiencia. Pero no era solo experiencia: era deseo, era conexión.

Sentía sus labios trazando un camino ardiente, dejando un rastro de besos y mordiscos suaves que me hacían perder la noción del tiempo y del espacio. Su lengua encontró la curva entre mi cuello y el hombro y succionó con delicadeza, arrancándome un suspiro más profundo.

—Dios mío, ¿qué estamos haciendo…? —mi voz salió ronca, un susurro perdido entre la sensación y la pasión.

Levantó la cabeza para mirarme; sus ojos, ahora velados por el deseo, estudiaban mi rostro enrojecido y mi mirada nublada por el placer. Su mano ascendió, acariciándome la mejilla y deslizándose hasta mi cabello, tirando de él con suavidad.

—Quiero oírte gemir mi nombre cuando te corras en mi boca, ¿me oyes, Marcela? —murmuró, y su voz grave envió oleadas de calor por todo mi cuerpo.

No pude responder; estaba completamente rendida a él.

Lo que había empezado como un simple coqueteo en el entorno laboral se estaba transformando con rapidez en algo más profundo, más visceral. Y sabía que, después de aquel momento, nada entre nosotros volvería a ser igual.

—¿Entonces mi jefe cree que puede hacerme correr? —le provoqué, mordiéndome los labios, y una sonrisa sensual se dibujó en su rostro.

—No lo creo, chica. Lo sé con absoluta certeza…

Sin perder un segundo, su boca emprendió el camino de la felicidad y, en cuestión de instantes, la camisa blanca de botones que llevaba acabó sobre una de las sillas de su despacho, dejando mis pechos prácticamente al descubierto.

En ese momento yo estaba sentada sobre la mesa y él de pie, mirándome como si fuera la única mujer del mundo. Sin demora, me quitó el sujetador y su boca… ah, esa boca carnosa y deliciosa…

No pude mantener los ojos abiertos cuando atrapó uno de mis pezones, succionándolo con delicadeza y firmeza al mismo tiempo, arrancándome un jadeo de placer. Cada caricia de su lengua era como un acorde perfecto, despertando en mí sensaciones que jamás había conocido.

Su mano, libre y hambrienta, acariciaba el otro pecho, apretándolo con suavidad y profundizando el placer que me recorría.

Nuestras miradas se cruzaron y en ellas vi la misma pasión ardiente y el deseo arrollador que me consumía por dentro. Siguió explorando mi cuerpo, cambiando al otro pecho y dedicándole la misma atención exquisita, provocando gemidos cada vez más audibles que escapaban de mi boca.

No era exactamente el tipo de trabajo que había previsto allí, pero sin duda era mucho mejor con esa diversión…

Mis manos se perdieron en su cabello, tirando de él con suavidad para animarlo a continuar. Cada movimiento, cada roce, cada caricia me llevaba al límite.

La sensación de vulnerabilidad y deseo me dominaba por completo; no podía pensar en nada más que en aquellas sensaciones.

—Dante… —susurré, casi sin aliento.

Él alzó la cabeza y me miró fijamente; en sus ojos brillaba una lujuria intensa. Con una sonrisa maliciosa, dijo:

—Te dije que estaba seguro, ¿no? Y aún no he empezado…

Antes de que pudiera responder, volvió a besarme, un beso cargado de promesas y deseo. La forma en que me tocaba, en que me besaba, me hacía sentir deseada, adorada y, sobre todo, más viva que nunca.

Mientras intentaba pensar en algo lógico, mi atractivo jefe descendió lentamente por mi abdomen hasta el borde de mi falda.

Se aseguró de mantener el contacto visual conmigo, con una mirada provocadora que reflejaba una promesa de placer. Sus manos bajaron con destreza la falda, dejándome únicamente con la lencería.

—Si alguien entra…

—No me importa eso; me importa darte placer.

Besó el interior de mi muslo, subiendo despacio, y cada beso era una promesa, una anticipación de lo que estaba por venir. Mis dedos se entrelazaron en su cabello, animándolo, mientras mi respiración se volvía cada vez más irregular.

—Dante… —murmuré, con la voz reducida a un susurro. Él respondió con un gruñido bajo, una vibración que sentí contra mi piel.

La tensión entre nosotros crecía sin control, y las llamas del deseo parecían devorarnos. Su tacto era firme y, al mismo tiempo, cariñoso y lleno de intención. Cada caricia, cada beso estaba calculado, y él parecía disfrutar de cada reacción que me arrancaba.

Yo estaba completamente a su merced, y cada gesto me llevaba a un nivel de placer que jamás imaginé alcanzar.

—Ahora voy a probar lo que ya es mío, tu coño apretado…

Con rapidez apartó mi lencería y, cuando me di cuenta, ya estaba con la espalda apoyada en la mesa, las piernas abiertas y su rostro entre ellas, observándome con una mirada depredadora y hambrienta. Había un brillo salvaje en sus ojos, una determinación que me hizo temblar de anticipación.

Sus manos recorrieron el interior de mis muslos, acariciando la piel sensible y haciéndome arquear la espalda en respuesta. Luego separó aún más mis piernas con delicadeza, exponiéndome por completo para él.

Sentí su aliento sobre mí antes de que su lengua tocara mi clítoris. La sensación fue electrizante, una descarga de placer que me arrancó un gemido involuntario. Dante usaba la lengua con destreza, alternando movimientos rápidos y lentos, presionando y lamiendo, explorando cada centímetro de mí. Parecía saborear mi gusto, haciéndome sentir deseada como nunca antes.

Mis manos volvieron a enredarse en su cabello, tirando de él y guiándolo, mientras me perdía en las sensaciones que me provocaba. Mi respiración era irregular, el corazón me latía desbocado y sabía que estaba al borde del precipicio.

Y quería estar en ese borde.

Dante parecía comprender cada señal que le enviaba mi cuerpo, ajustándose a cada suspiro, a cada escalofrío. Sus manos, que hasta entonces se habían concentrado en mantenerme firme sobre la mesa, comenzaron a ascender por mi torso, añadiendo una dimensión extra de placer a nuestro encuentro.

—Mírame ahora —ordenó, sin detener ni un segundo sus movimientos sensuales.

Levanté la mirada para encontrar la suya, y la intensidad de su expresión, la pasión encendida en sus ojos, no hizo más que amplificar el torbellino de sensaciones que me recorría.

Sus dedos encontraron mis pezones, acariciándolos y apretándolos con suavidad, sincronizados a la perfección con el ritmo experto de su lengua. Las oleadas de placer se volvían cada vez más intensas, arrastrándome hacia una espiral de éxtasis.

El mundo a mi alrededor se volvió difuso; lo único claro y vibrante era Dante devorándome con la lengua, haciéndome arder en cada punto sensible de mi cuerpo. Mi mente estaba nublada por el deseo, pero aun así conseguí susurrar:

—Dante, yo… estoy a punto…

Lejos de detenerse, pareció animarse aún más con mis murmullos. En cada movimiento demostraba un conocimiento profundo de mi cuerpo, tocando y provocando cada zona hasta llevarme al límite.

Alzó la mirada para encontrarse con la mía, encendida de deseo y promesa. En ese instante, el mundo se detuvo.

Lo único que podía oír era mi respiración acelerada y el latido de mi corazón retumbando en mis oídos. Sentí una presión creciente, una ola que se acumulaba, lista para romperse.

Con un último y audaz movimiento de mi jefe, estallé en una explosión de placer, cada fibra de mi ser vibrando con una intensidad arrolladora. El éxtasis me nubló la mente y lo único que pude hacer fue aferrarme al borde de la mesa, mientras Dante seguía acariciándome, guiándome con suavidad de vuelta a la realidad.

Cuando la ola de placer empezó a disiparse, se incorporó, besando mi abdomen, mis pechos, hasta encontrar por fin mis labios, compartiendo un beso apasionado que contenía toda la tensión, todo el deseo y toda la conexión que habíamos vivido juntos.

—Eres increíble, deliciosa, sexy… —susurró contra mis labios, con los ojos aún cargados de pasión.

Sonreí, todavía jadeante, perdida en la emoción del momento.

—Y tú eres un hombre lleno de sorpresas…

Durante un instante nos quedamos mirándonos, conscientes de que habíamos cruzado una línea de la que no había vuelta atrás.

Y, sinceramente, sentía que ninguno de los dos quería dar marcha atrás.

Fuera lo que fuese a significar aquello para nosotros, parecía que estábamos dispuestos a asumir el riesgo y a explorar lo desconocido juntos.



CAPÍTULO 25

En el vasto océano del ser, todos somos navegantes, guiados por las estrellas de nuestras esperanzas y por las corrientes de nuestros miedos…

DANTE SALVATORE

Tenía demasiadas cosas en las que pensar y, cuanto más reflexionaba sobre aquel asunto concreto, más dudas brotaban en mi mente. Tenía claro lo que mi cuerpo deseaba, pero mi corazón y mi razón libraban una batalla constante.

Mientras caminaba por el largo pasillo de la mansión, el retrato de mi familia, colgado con orgullo, me recordó las responsabilidades y las expectativas que pesaban sobre mí.

En aquella fotografía estábamos los cuatro: yo, mi hermano, mi madre y mi padre. La imagen se tomó cuando yo tenía diez años y Dionísio, ocho. En aquella época, mi padre insistía en que debíamos trabajar duro para alcanzar nuestros objetivos, que no podíamos vivir a su sombra y que no nos tendería la mano para ayudarnos. Sus palabras eran duras, pero forjaron el camino de independencia tanto para mí como para mi hermano.

Nos convertimos en millonarios por mérito propio.

Recorrí la casa, atravesando salones llenos de muebles de época y valiosas obras de arte. Cada pieza contaba una historia, un fragmento del linaje de mi familia y de las tradiciones que yo estaba destinado a perpetuar.

Sin embargo, incluso rodeado de tanta riqueza y legado, Marcela dominaba mis pensamientos. Su presencia mental era ineludible: sus ojos luminosos, su sonrisa a la vez tímida y seductora, y su porte seguro al entrar en cualquier lugar.

Llegué a la bodega y escogí una botella de vino tinto de una de mis añadas favoritas. Me serví una copa, con la esperanza de que el vino apaciguara mis pensamientos agitados. Pero ni siquiera su sabor intenso y sofisticado logró apartar mi atención de ella.

Sentado en la amplia terraza, contemplando el jardín iluminado que se extendía ante mí, reflexioné sobre las complejas sutilezas de la atracción humana. Nunca antes me había sentido tan cautivado, tan fascinado por alguien. Y el hecho de que fuera mi secretaria no hacía más que empeorar la situación.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Estaba poniendo en riesgo mi posición, mi reputación, por un simple capricho? ¿O había algo más profundo, algo que, de manera inconsciente, intentaba reprimir?

Intenté encontrar algo de claridad, pero la única imagen que ocupaba mi mente era la de Marcela, algo completamente nuevo para mí. Sin embargo, mis pensamientos se vieron interrumpidos de golpe

por el chirrido del portón y por una figura que se dirigía hacia la mansión.

Lo reconocí de inmediato y supe que algo no iba bien solo por la forma en que caminaba hacia mí.

—¿Qué haces aquí, Dionísio?

—¿No puedo visitar a mi única familia, o qué?

Su tono confirmó lo que ya sospechaba, y unas cuantas palabras arrastradas terminaron de corroborar lo que sabía.

—¿Casi medianoche?

Mi hermano tenía los ojos enrojecidos y, si tuviera que apostar, diría que se había excedido con la bebida en las últimas horas. Al igual que yo, Dionísio no era de romper a llorar, pero recurría al alcohol cuando estaba angustiado. Su mayor adicción era la bebida, sobre todo en noviembre, un mes que arrastraba un peso especial para él desde un incidente ocurrido años atrás.

Nunca conseguí una respuesta concreta sobre lo que atormentaba a mi hermano. Siempre esquivaba el tema, sin abrirse de verdad.

—Perdóname si tú ya superaste la muerte de nuestra madre, pero yo todavía no he conseguido superar mi propia pérdida —declaró de forma abrupta, sentándose a mi lado con una botella de whisky.

—Nunca me recuperé, y lo sabes.

—Me da igual.

—¿Por qué te estás ahogando en alcohol en mitad de la semana?

Mi hermano me miró como si me mandara callar sin decir una sola palabra.

—¿No podemos quedarnos simplemente mirando al frente y en silencio?

—Joder, Dionísio…

—Estoy harto de mi casa —dijo, dando ya un trago de whisky directamente del cuello de la botella—. Aquí parece todo más… tranquilo.

Fruncí el ceño, preocupado.

Nunca había visto a Dionísio tan vulnerable, tan expuesto como en los meses de noviembre. Siempre había sido el más divertido de la familia, y verlo así, con la mirada turbia y las emociones a flor de piel, resultaba doloroso, sobre todo porque nunca me explicaba el motivo.

Tomé una decisión y le arrebaté la botella de las manos, dejándola sobre la mesa de centro.

—Dionísio, no es tu mansión lo que te incomoda. Es lo que representa. ¿Cuál es el problema del lugar donde vives?

Desvió la mirada, fijándola en algún punto del cielo.

—Ella está en todas partes, en cada rincón, en cada detalle. Sé que no debería, pero incluso evito entrar en su habitación.

—¿La habitación de quién? —pregunté con cautela, pero no obtuve respuesta.

Sabía que no estaba hablando de nuestra madre, sobre todo porque había comprado su casa hacía apenas cinco años. En pleno uso de sus facultades, mi propio hermano no diría lo que yo quería oír, pero aquella noche estaba hablando más de lo habitual.

—No importa… mejor dicho, ya no importa.

—Ahogar el dolor en alcohol no es la solución. Tú no eres ese tipo de hombre.

Dionísio soltó una risa amarga.

—¿No lo soy, hermano, estás seguro? ¿O simplemente nunca me has visto así?

—De lo que sí estoy seguro es de que la borrachera se acaba ahora mismo —me levanté y cogí la botella del centro de la mesa.

—La bebida es mía —gruñó, intentando intimidarme, pero mi hermano pequeño jamás lo conseguiría.

—Y la mansión es mía. Creo que alguien está en desventaja aquí —repliqué, y él esbozó una sonrisa arrogante antes de ponerse en pie.

—¿Por qué tienes que parecerte tanto a ella, eh? ¡Eso me jode muchísimo!

Detestaba jugar a las adivinanzas y, cuando hacía falta, era directo. Así que decidí decir algo a raíz de su comentario sobre "parecerse tanto a ella", porque en mi cabeza había una persona que se parecía bastante a mí.

—Dionísio, habla claro, ¿estás hablando de Daniela?

Mi pregunta fue como abrir la caja de Pandora, porque con una rapidez sorprendente mi propio hermano me empujó contra la pared en el extremo del jardín, y fue la primera vez que lo vi tan furioso.

—¡No vuelvas a poner mi nombre y el de Daniela en la misma frase!

—¿Qué te hizo Daniela? —ignoré su advertencia.

Sus ojos parecían tormentas a punto de estallar, pero detrás de la furia distinguí un destello de dolor.

—No me hizo nada, y cuando me referí a ella dos veces, no estaba hablando de la misma persona —gruñó, con la voz ligeramente temblorosa.

—Entonces, ¿por qué reaccionas así cuando he dicho el nombre de Daniela?

Busqué su mirada, intentando encontrar una respuesta en aquel torbellino de emociones.

—Dante…

—Miente a los demás o a ti mismo, pero conmigo no cuela. Solo tengo una cosa que decirte.

—¿El qué?

—Supéralo. Sea lo que sea.

Mi hermano siguió mirándome, aún agarrando un pliegue de mi camisa; después respiró hondo y me soltó.

—No me preguntes por lo que pasó en el pasado, ¿me oyes bien, Dante?

—¡Joder, Dionísio! ¡No puedo ayudarte si no me dices qué demonios ocurre!

—Haré lo que has dicho, lo superaré —afirmó, apartando la mirada, perdido—. Me voy, y…

—¡Irte una mierda! Te quedas a dormir aquí, eso sí.

—No estoy obligado.

—¡Ya lo veremos!

Si creía que iba a salir de mi casa aquella noche en ese estado, estaba muy equivocado.

—Ser el hermano mayor debe de ser una mierda, ¿no? —dijo, ahora sonriendo.

—Sí, y tener un hermano pequeño como tú lo empeora todo —repliqué, sonriendo también.

Nuestras peleas no hacían más que fortalecernos como hermanos, y él era, con diferencia, la persona que más me importaba en toda mi vida.

Todos teníamos demonios internos difíciles de dominar, pero algo en lo más profundo me decía que los de mi hermano superaban a los míos y que sufría más que yo cuando se quedaba solo…

MARCELA NOVAES

No debería haber ido a casa de mi jefe ni haberme acostado con él porque, en ese momento, estaba excitada mientras recordaba nuestros encuentros, y eso estaba mal, porque estaba… en el comedor de la empresa.

—¿Pensando tonterías, florecilla? —preguntó Daniela, con su infalible radar para el lío, inclinándose sobre la mesa del comedor con una sonrisa pícara. Suspire, evitando su mirada.

—Sí.

En el pene de mi jefe…

Inclinó la cabeza y parpadeó despacio, formándose una expresión de comprensión en su rostro.

—Ay, Marcela, no puedes ocultarme nada. ¿Estarás recordando algo… caliente?

—Déjala en paz, Dani —regañó Ana Júlia.

—Gracias, amiga. Últimamente nuestra amiga habla demasiado.

—Es mejor escuchar las historias de amor de los demás que vivirlas.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté a Ana Júlia, que se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Qué tal va vuestro trabajo hoy?

—Raro —dijo Ana Júlia—. Dionísio está muy extraño hoy, llegó tarde y todo.

—¿Qué le pasa, Daniela?

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Tuve un presentimiento de que lo sabías.

—No lo sé, amiga. Siento decepcionarte.

No me respondió mirándome a los ojos, y eso despertó mi curiosidad. En fin… no iba a decir nada de todos modos, era inútil.

—¿Y tú, cómo estás, Marcela?

—Muy excitada —sonreí de oreja a oreja.

—¿¡Cómo!?

—No dejo de pensar en las cosas que mi jefe y yo hicimos y… se me hace muy difícil estar en ese despacho solo con él allí dentro.

—¡Dios me libre! ¡Yo no subo allí ni loca! —se adelantó Daniela.

—Ah… pero un trío estaría bien, ¿no te parece? Si es contigo, yo acepto, guapísima. Un monumento de mujer como tú… —la provoqué, y frunció el ceño.

—Espera sentada para no cansarte, ¿vale?

Ana Júlia y yo estallamos en carcajadas y nos centramos en provocar a Daniela. Poco a poco, se iba soltando más, empezaba a confiar en nosotras, ya que era una mujer con pocas amigas, y estaríamos a su lado para lo que hiciera falta.



El fuego en mi culo no se apagó cuando volví a la última planta; de hecho, fue a peor. Mi jefe estaba más bueno de lo normal.

No es que eso fuera exactamente cierto, porque estaba bueno incluso cuando ponía mala cara, gruñón y serio; aun así, yo siempre me inventaba algún motivo para exaltar sus cualidades en mi cabeza, como la buena fanfiquera que era.

Durante unas horas me centré en lo que tenía que hacer; al fin y al cabo, era él quien pagaba mi sueldo, y tuvimos el mínimo de interacciones posible.

A pesar de que la convivencia inicial había sido bastante difícil, poco a poco fui cogiéndole el ritmo y, aunque me liaba en algunas situaciones, conseguía arreglarlo todo antes de pasárselo a él.

Y hablando de mi jefe…

Dante estaba en una reunión y acababa de volver a la última planta en ese momento.

—¿Alguna novedad?

—No, señor.

—¿Estás segura, Marcela?

—Sí, señor.

Clavó la mirada en la mía, esbozando una media sonrisa, y yo estaba a punto de abrir las piernas.

La forma en que me observaba enviaba oleadas de escalofríos por toda mi espalda. Era ese tipo de sonrisa que te hacía cuestionarte a ti misma, una sonrisa que escondía un secreto y lanzaba una invitación silenciosa a descubrirlo.

—Siempre tan atenta, tan concentrada —continuó, dando un paso hacia mí, con las manos en los bolsillos—. Es una cualidad que admiro en ti. Pero a veces me pregunto qué ocultas detrás de esa seriedad. ¿Qué pensamientos secretos pasan por esa mente tan brillante?

Tragué saliva, intentando mantener una postura profesional, aun sintiendo cómo cada fibra de mi cuerpo reaccionaba a sus palabras insinuantes.

Pésimo día para que este hombre tan bueno me provocara…

—¿De verdad quiere saberlo?

—Me encantaría.

—Solo trabajo, señor —respondí, con la voz un poco más ronca de lo que me habría gustado, esforzándome por parecer imperturbable.

Se inclinó un poco más hacia mí, y su aroma amaderado invadió mis sentidos.

—¿De verdad crees que puedes engañarme, Marcela? Tus ojos… cuentan una historia distinta.

—¿Ahora es inspector de miradas, señor? —repliqué, devolviéndole la provocación.

—No es culpa mía que todo en ti me llame la atención. He descubierto que es inútil disimularlo.

Mi corazón se aceleró, golpeando con fuerza en el pecho. Necesitaba salir de aquella situación. Pero, al mismo tiempo, una parte de mí quería saber hasta dónde llegaría Dante con aquella provocación.

—Necesito terminar el informe para la reunión de mañana por la tarde —dije deprisa, intentando esquivar la situación.

Dante asintió lentamente, sin que su sonrisa presuntuosa abandonara en ningún momento sus labios.

—Claro. Y cuando termines, espero que podamos continuar esta… conversación —acentuó la última palabra, haciendo que el calor me subiera a las mejillas.

—Dante, Dante, Dante…

—Aquí, en la empresa, es "señor" cuando estemos hablando de trabajo —declaró divertido, alzando una ceja en un gesto claramente provocador.

Me mordí el labio inferior, buscando fuerzas para mantener la compostura ante aquella tensión palpable que flotaba en el aire.

¿Por qué tiene ese efecto sobre mí?

—Perdón, señor —respondí, enfatizando la última palabra con una pizca de sarcasmo—. Estoy intentando mantener el profesionalismo aquí; solo que no sé si es algo recíproco, ¿sabe?

Se acercó un poco más y, por un instante, me faltó el aliento.

—¿Y quién ha dicho que no? —murmuró Dante, con la voz suave y ronca, demasiado cerca de mi boca.

Volví a tragar saliva, sintiendo cómo el deseo y la incertidumbre se entrelazaban.

—Solo creo que necesitamos establecer límites.

De repente, estaba a mi espalda mientras yo permanecía sentada. Sus manos tocaron mis hombros, parte de mi espalda y luego subieron hasta mi nuca.

El roce de sus dedos fue suave pero firme, casi como una caricia, provocando que un escalofrío recorriera toda mi columna. Sentí su aliento caliente junto a mi oído; aquello estaba yendo demasiado lejos… y me estaba encantando.

El contacto en mi nuca hizo que el vello de esa zona se erizara. Por un breve segundo, imaginé cómo sería si continuara bajando la mano por mi espalda, haciéndome estremecer con su tacto. Cada célula de mi cuerpo estaba en alerta, consciente de la cercanía y del calor que emanaba de él.

No satisfecho con la provocación, el muy bueno empezó a masajearme la sien, haciendo que, de forma involuntaria, inclinara la cabeza hacia un lado, dándole más acceso. Sus dedos eran expertos, recorriendo puntos de tensión que ni siquiera sabía que existían, hasta arrancarme un suspiro.

—Relájate, Marcela, te noto muy tensa —susurró, y su voz me llevó a pensar en noches cálidas, vino y sábanas… sus sábanas—. Déjate llevar.

Me mordí el labio inferior, intentando mantener el mínimo control sobre mis emociones. No era solo el tacto de Dante lo que me afectaba; era la manera en que se colocaba, como si conociera cada uno de mis pensamientos, cada deseo reprimido.

Su masaje se volvió más profundo, más intencionado. Sentía cada desliz, cada presión de sus dedos y, con ello, una oleada de deseo arrollador crecía dentro de mí.

—Dante… —empecé, queriendo protestar, queriendo pedir más, pero estaba increíblemente dividida.

Se inclinó un poco más, con la boca casi rozándome la oreja.

—¿Sí, Marcela?

La cercanía era tanto un tormento como un éxtasis, y me odiaba por querer que continuara, pero también me odiaba por la idea de pedirle que se detuviera.

—¿Qué estás intentando hacer? —mi voz sonó ronca, embriagada por la sensación.

—Nada.

—Vete a tu despacho, estás sobrepasando los límites aquí, señor.

—Hasta donde yo sé, los límites están para ponerse a prueba, Marcela. Y tú… bueno, eres un desafío que tengo muchas ganas de afrontar.

Sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a encararlo, a encontrar una réplica a la altura.

—Tal vez debería centrarse en desafíos más empresariales y no personales. La ética…

—Que le den a la ética —me interrumpió al instante—. Aquí mando yo, y me gusta tocar lo que es mío.

Como si no bastara con decirlo, Dante me sujetó el cuello con una mano, con firmeza; si hubiera querido, podría haberlo retorcido como si yo fuera una gallina. Al fin y al cabo, su mano era muy grande… y no solo ella.

Sin saber muy bien cómo, me di cuenta de que estaba entrando en un juego peligroso. Y lo peor era que una parte de mí estaba disfrutando cada segundo. Pero…

De pronto, cesó el contacto, respiró hondo y se apartó de mi espalda.

¿Por qué demonios paras, cariño?

—Espero que hayas disfrutado del masaje. Ahora tengo que centrarme en lo más importante: el trabajo.

¡Qué caradura!

No bastaba con dejarme excitada, a punto de trepar por las paredes; ¿encima empeoraba la situación y se marchaba de rositas?

—Está bien, entonces… vete a trabajar —dije con acidez.

Una sonrisita sexy apareció en su rostro, pero el muy desgraciado entró de verdad en su despacho y cerró la puerta.

Esto tendría consecuencias, vaya si las tendría…



CAPÍTULO 26

En un mundo repleto de historias, la nuestra destacaba como una melodía suave que solo nosotros dos podíamos escuchar…

MARCELA NOVAES

Estaba tan irritada —léase: excitada— que incluso me enredé en algunas tareas. El roce de mi jefe hacía apenas unos instantes me había sacado completamente de quicio, y estaba considerando liarla.

¿Por qué solo él tenía derecho a hacer eso? ¿Solo porque era el todopoderoso CEO de SkyLink?

No. Yo también era poderosa, a mi manera, y, pensándolo así, decidí… no pensar.

Puede que estuviera cometiendo un error, metiendo la pata hasta el fondo, pero el deseo en mi cuerpo se volvía cada vez más difícil de contener, así que resolví tomar una decisión.

Decidida, salí de mi despacho y me dirigí al de mi jefe, abriendo la puerta sin siquiera llamar, algo que siempre hacía.

—¿Necesitas algo, Marcela? —preguntó de inmediato en cuanto entré en su despacho.

Me quedé mirándolo, con absoluta certeza de lo que necesitaba.

—Sí. Te necesito a ti, y tiene que ser ahora.

Cerré la puerta y, cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo, mi jefe tuvo un breve atisbo de lo que pasaba por mi cabeza, porque mi lenguaje corporal no mentía.

A paso lento, me acerqué a él, que estaba de pie. Esta vez no estaba para juegos: empujé al hombre hasta la silla, obligándolo a sentarse, mientras lo observaba con una mirada depredadora.

Dante parecía sorprendido, pero noté un brillo travieso en sus ojos que dejaba claro que todo estaba bien.

—Chica… cuidado con lo que estás planeando —su voz sonó ronca, cargada de deseo y anticipación.

—Ya te he dado suficiente control esta semana, sobre todo hace un momento, señor —dije de forma provocadora, mientras mis manos empezaban a desabrocharle la camisa—. Ahora me toca a mí llevar el mando.

Las palabras apenas salieron de mi boca y vi cómo la excitación brillaba en sus ojos. Me incliné y besé su cuello, sintiendo la piel caliente y el pulso acelerado bajo mis labios. Mis manos siguieron trabajando en su camisa hasta dejarla abierta, exponiendo su pecho musculoso y definido.

Gimió cuando mis uñas rozaron suavemente su piel, y yo sonreí, disfrutando del poder que tenía sobre él en ese instante. Continué trazando un camino de besos por su pecho, saboreando su piel, escuchando cómo sus gemidos se volvían cada vez más frecuentes e intensos.

—Marcela… —susurró, y pude percibir la desesperación en su voz, pero estaba decidida a hacer que se entregara por completo a mí.

Con lentitud, empecé a desabrocharle el pantalón, sin dejar de mirarlo a los ojos, viendo la excitación, la anticipación y la necesidad brillando en ellos. Y cuando por fin lo liberé de sus restricciones, su gemido de alivio sonó como música para mis oídos.

Tomé la iniciativa, asumiendo el control y demostrándole a mi jefe que no era solo él quien sabía jugar a la seducción. Y, por su mirada, estaba más que dispuesto a seguirme en aquella danza de pasión y deseo.

Dejé a mi jefe solo con el bóxer, y pude ver el volumen que me esperaba, la prueba innegable de su excitación. Dante tragó saliva, sin apartar los ojos de mí, con una chispa de desafío mezclada con deseo brillándole en la mirada.

—Te la voy a chupar muy despacio, igual que hiciste conmigo hace unos días, y te quiero calladito, saboreando el momento, saboreando la boca que está loca por darte placer…

Alzó una ceja, con una mezcla de sorpresa y expectación cruzándole el rostro. Sin duda, Dante nunca había sido del tipo sumiso, sino el dominador, el jefe mandón, tanto allí en el despacho como en el dormitorio de su mansión donde habíamos estado juntos. Pero la idea de rendirse a mí, aunque fuera de manera temporal, parecía despertar algo nuevo en él.

—Creo que vas a descubrir que soy un pésimo alumno cuando se trata de seguir órdenes —advirtió, con la voz ronca y los ojos oscurecidos por el deseo.

Sonreí, inclinándome hacia su oído.

—Eso está por verse…

Con movimientos lentos y deliberados, empecé a descender por su cuerpo, dejando rastros de besos y suaves mordiscos. Podía sentir la tensión en sus músculos, la forma en que se retorcía bajo mi contacto. Aun así, mantenía la mirada fija en mí, con una expresión que mezclaba desafío y anticipación.

Al llegar al elástico de su bóxer, lo miré una vez más, buscando cualquier atisbo de duda. En lugar de eso, encontré una mirada ardiente, casi suplicante, pidiendo más.

Con un movimiento rápido, deslicé la prenda por sus piernas, revelándolo en todo su esplendor. Su respiración se volvió más pesada y volvió a tragar saliva. Sonreí con malicia, dejando un rastro de besos desde su abdomen hasta el punto donde más ansiaba atención.

Cuando por fin lo envolví con mi boca, su gemido fue profundo y ronco, un sonido de puro éxtasis.

—Marcela… —susurró, pero mantuve el ritmo, recordándole mi orden anterior. Dante se mantuvo fiel a su promesa y guardó silencio, aunque cada respiración, cada movimiento, cada sonido ahogado que emitía contaba una historia de placer incontrolable.

Empecé a chupársela con determinación, sintiendo cada pulsación, cada vena, cada detalle de él. Cada vez que alzaba la mirada, nuestros ojos se encontraban, y la intensidad de ese contacto solo me impulsaba a seguir, a explorar más, a llevar a mi jefe al límite.

Mis labios recorrían toda su longitud mientras mi lengua lo rodeaba, provocando y estimulando. Podía sentir cuánto se estaba conteniendo, cuánto quería hablar, gemir, gritar, pero, fiel a mi orden, se reprimía.

A medida que aumentaba el ritmo, sus manos encontraron mi cabello, enredándose en él y tirando con suavidad, una señal clara de cuánto estaba disfrutando de lo que le hacía.

Mis manos no permanecieron inactivas. Una rodeó la base, acariciando y apretando con delicadeza, mientras la otra exploraba el resto de su cuerpo, arañando su piel, palpando los músculos tensos bajo mi contacto, y yo lo estaba disfrutando intensamente.

Dante estaba perdiendo por completo el control. Su respiración se volvió aún más irregular, sus caderas empezaron a moverse de forma involuntaria, buscando más contacto, más sensación. Sus ojos, antes tan concentrados, ahora estaban nublados por el placer.

Al darme cuenta de que estaba a punto de alcanzar el clímax, reduje el ritmo, provocándolo y llevándolo al borde de la locura.

—Marcela, por favor… —suplicó en un susurro ronco, casi inaudible.

Sonreí con picardía, mirándolo directamente a los ojos, oscuros de deseo.

—No trabajo con favores. ¿Recuerdas mi orden? —lo provoqué, regalándole solo una caricia fugaz antes de retirarme de nuevo.

Con una mirada que mezclaba desesperación y lujuria, Dante asintió con la cabeza, implorando en silencio por más, y se lo di, sumergiéndome de nuevo, llevándolo a nuevos niveles de placer.

Yo tenía el control absoluto de la situación y estaba decidida a demostrarle a Dante que, aunque pudiera ser mi jefe en la oficina, en ese momento era yo quien dictaba las reglas.

Sus manos se aferraron a la silla, los nudillos blanqueando por la fuerza que ejercía. La tentación de hacerlo suplicar un poco más era irresistible, pero al verlo en ese estado de entrega y vulnerabilidad

absolutas, decidí que había llegado el momento de darle lo que deseaba con tanta desesperación.

Concentré mis esfuerzos, alternando movimientos lentos y rápidos, mientras exploraba cada parte de él con mi boca y mi lengua. El calor, la textura, la pulsación, todo se combinaba en un dulce tormento para mi querido jefe.

Sus ojos, antes fijos en los míos, ahora estaban cerrados, y su expresión era una mezcla de éxtasis y anticipación. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, y podía sentir que estaba al borde de un clímax arrollador.

¿Seguir provocándolo o acabar de una vez?

No tenía la respuesta, pero cuando abrió los ojos y me miró como si yo fuera su presa, la encontré.

—Te necesito, chica. Te necesito encima de mí, moviéndote bien rico sobre mi polla. No voy a aguantar mucho más…

—¿Y a qué estamos esperando?

Con una rapidez inesperada, sacó un preservativo de su pantalón, lo abrió con destreza y se lo colocó sobre su polla rígida y empapada. Me levanté el vestido y bajé la lencería hasta el suelo. La excitación brillaba en nuestros ojos, la ansiedad era evidente en cada movimiento.

Con una sonrisa maliciosa, me senté en su regazo, alineando mis caderas con las suyas, y pude sentir su calor y su firmeza presionando contra mí. Dante jadeó, y sus manos encontraron de inmediato mi cintura, atrayéndome hacia él y aumentando el contacto.

Deslicé mis manos por su pecho, sintiendo cada músculo, cada contorno, provocándolo con caricias ligeras y besos suaves, haciéndolo desear más. Sentí sus manos en mi espalda, acercándome aún más, mientras su boca encontraba la curva de mi cuello.

—Marcela… —murmuró, con la voz cargada de deseo—. Creo que no tienes ni idea de lo mucho que me estás volviendo loco…

Sonreí y alcé el rostro para encontrar sus labios.

—Creo que sí tengo una idea, señor —susurré antes de atrapar su boca en un beso ardiente.

Dante respondió con el mismo fervor, su lengua danzando con la mía, mientras su mano se deslizaba hasta mi trasero y me apretaba contra él.

La barrera final entre nosotros era casi insoportable, y ambos sabíamos que no tardaríamos en rendirnos por completo al deseo que ardía entre los dos. Y no tardamos.

Me acurruqué aún más contra mi jefe, sintiendo la punta de su miembro presionando contra mi entrada; la anticipación nos hacía jadear a ambos.

Y, con un movimiento decidido, empecé a bajar, sintiendo cada centímetro llenándome. La sensación fue tan intensa que cerré los ojos y me mordí el labio inferior para contener un gemido; en realidad, lo que quería era gritar.

Dante dejó escapar un sonido ronco, una mezcla de satisfacción y deseo. Sus manos se movían por mi cintura, animándome a ajustar el ritmo, a encontrar la cadencia perfecta que multiplicara el placer de los dos. Y pronto estábamos en total sintonía, nuestros cuerpos moviéndose como si fueran uno solo.

Podía sentirlo palpitar dentro de mí, su respiración acelerada, su rostro contraído en puro éxtasis.

—Quiero oírte decir que te gusta follarme bien rico en esta postura.

—¡Joder, mujer! —gruñó, con los ojos clavados en los míos.

—Vamos, dilo —ordené, sujetándole la mandíbula con fuerza, llevándolo aún más al límite.

—Me encanta follarte así. Me encanta sentirte de esta manera, oír tus gemidos, ver tu cara mientras te pierdes en el placer que te doy —confesó Dante con voz ronca, la lujuria evidente en cada palabra.

Aumenté el ritmo, intensificando aún más la fricción entre nuestros cuerpos.

Dante me agarró las caderas con fuerza, ayudando a marcar el ritmo que ambos deseábamos. Sus ojos ardían de deseo y pasión, y me perdí por completo en esa mirada.

—¿Y yo? —lo provoqué, respirando con dificultad—. ¿Qué crees que estoy sintiendo ahora?

Sonrió con malicia, y su mano descendió para tocarme justo donde más lo necesitaba.

—Creo que estás disfrutando cada segundo. Y voy a hacerte sentir todavía más.

El placer estaba a flor de piel, y nuestros cuerpos se comunicaban en un lenguaje propio, un dialecto de gemidos, caricias y miradas intensas.

En aquella sala, donde todo había comenzado con una mirada, la pasión se desplegaba en su forma más cruda y auténtica. Y en el centro de todo estábamos Dante y yo, rendidos el uno al otro, explorando nuevos límites de placer e intimidad.

Giré el cuerpo, dándole la espalda, pero sin dejar de moverme con ganas sobre su polla, permitiéndole una vista privilegiada de mi trasero. Dante me agarró las caderas con determinación, guiándome en un ritmo que no hacía más que intensificar nuestra conexión.

No tardé en alcanzar mi primer orgasmo, cerrando los ojos, concentrándome en todo y en nada a la vez.

—Eres insaciable —murmuró, con la voz cargada de deseo, mientras sus manos recorrían las curvas de mi cuerpo, besando parte de mi espalda, encontrando y acariciando mis pechos, apretando mis pezones, llevándome a la locura.

—Y tú… —empecé, echando la cabeza hacia atrás para darle acceso a mi cuello, donde depositó una serie de besos ardientes— … disfrutas cada segundo de esto, cabrón.

Murmuró una palabrota, ahogada por el ritmo constante de nuestros cuerpos chocando. Aumentando la intensidad, alcanzó ese punto preciso dentro de mí, arrancándome gemidos cada vez más altos con cada embestida.

—Aún no hemos terminado, chica.

De forma abrupta, se levantó y me hizo ponerme de pie también, solo para empujarme contra su mesa y follarme de pie.

Mis manos se aferraron al borde del escritorio mientras me penetraba con una fuerza renovada, sujetándome con firmeza por las caderas. Su rostro estaba junto a mi oído, y podía sentir su respiración caliente y acelerada en cada embestida.

—Te dije que despertabas el peligro en mí… —susurró, mordisqueándome la oreja—. Y tuviste la osadía de venir a buscar el peligro a mi despacho.

Me dio varias palmadas fuertes en las nalgas mientras me follaba con aún más intensidad.

La frialdad de la madera contra mi piel contrastaba con el calor de Dante detrás de mí, envolviéndome por completo en un torrente de sensaciones. El sonido de nuestro encuentro llenaba la sala, creando una auténtica sinfonía de placer.

Intentaba mantener el equilibrio, apoyándome en la mesa, pero la intensidad con la que se movía dentro de mí amenazaba con hacerme caer. Se dio cuenta de mi lucha y rodeó mi cintura con un brazo, atrayéndome más hacia él y profundizando aún más la embestida.

—Tú eres… —empecé, jadeando.

—Shhh, calladita… —me interrumpió, besándome el cuello—. Solo siénteme bien dentro de ti…

El deseo entre nosotros crecía de forma exponencial y, con un ritmo frenético, Dante volvió a llevarme al límite. La tensión se acumulaba con rapidez, una energía incontrolable que amenazaba con consumirnos. Podía sentir el calor, la humedad, la necesidad de llegar al clímax juntos.

Cambió el ángulo, alcanzando puntos que me hicieron ver estrellas. Nuestros gemidos se fusionaron en uno solo, en una melodía desatada de pasión. Sus manos recorrían mi cuerpo, memorizando cada curva, cada relieve. Cada vez que entraba en mí, era como si reclamara cada parte de mi ser.

Su aliento caliente rozaba mi cuello, los susurros roncos empujando a nuestros cuerpos a moverse todavía más rápido.

—No pares, por favor… —supliqué entre jadeos.

Respondió con un gruñido, y pude sentir su cuerpo tensándose, su ritmo volviéndose aún más urgente. Estábamos tan conectados en ese instante que parecía que nuestras almas se entrelazaban, danzando juntas en la llama del deseo.

Y entonces, en un movimiento conjunto, como si estuviéramos sintonizados en una misma frecuencia, rugió y lo sentí correrse dentro de mí, intenso y delicioso, y unos segundos después alcancé otro orgasmo.

Caímos juntos sobre la silla, exhaustos, pero con la sensación de misión cumplida.

—Eso… —empezó Dante, besándome la frente con suavidad— …ha sido inolvidable.

Sonreí y le devolví el beso.

—Creo que ahora el ascensor será el menor de nuestros problemas.

—El ascensor nunca fue un problema. Tú desnuda sí que es un problema que necesito resolver con urgencia.

Rió, y en ese momento todo parecía encajar.

En medio del caos y del deseo latente, parecía que nos habíamos encontrado el uno al otro, y eso era lo único que importaba para mí en ese instante…



CAPÍTULO 27

Detrás de la suavidad de sus ojos, descubrí universos enteros esperando ser explorados, y en cada uno de ellos encontraba un reflejo de nuestro amor…

MARCELA NOVAES

Estaba un poco dispersa hoy. Era el temido día 7 del mes y, para empeorar la situación, el prestamista había pedido algo distinto: que fuera al centro comercial para encontrarme con él allí, en pleno sábado.

No era lo habitual, pero sabía que podía tener enemigos por la forma en que manejaba las cosas.

—¿Algún problema? —preguntó Jurema.

Estaba en el comedor, preparando el desayuno de mi jefe.

—No —respondí con una sonrisa, intentando apartar un poco los problemas—. Solo estoy pensativa.

—He notado que estás más feliz de lo normal estos últimos días. ¿Tiene algo que ver con Dante?

Me alarmé.

¿Qué quería decir con eso?

—Yo… ¿cómo así?

—Dijiste que el trabajo estaba siendo difícil por culpa de él.

—Ah… —sonreí y desvié la mirada, pensativa—. Por fin nos estamos llevando bien. Muy bien.

Si supiera la realidad…

Jurema me observó durante unos segundos y luego esbozó una sonrisa cómplice.

—Haríais una pareja muy bonita.

—¿Pareja? —casi grité—. No… no es eso.

Ella se limitó a sonreír mientras ordenaba unas cosas y, acto seguido, me entregaba el desayuno de mi jefe.

—Será nuestro pequeño secreto… —me guiñó un ojo, dejándome confundida—. No llegues tarde, Marcela.

Tomada por sorpresa, sonreí, cogí la bandeja y salí de la cocina.

¿Era tan evidente que me gustaba?



Durante mi hora de almuerzo, salí rápidamente de SkyLink y me dirigí al punto de encuentro donde el prestamista había dicho que estaría, en una de las tiendas del centro comercial cercano a la empresa.

Al entrar en la tienda, casi no lo reconocí. Con gafas de sol, un sombrero fedora ladeado y una bufanda llamativa enrollada al cuello pese al calor, Marcos parecía un actor intentando esconderse de los paparazzi o un personaje sacado de una película de cine negro.

Me acerqué con cautela, procurando no llamar la atención. En cuanto estuve lo bastante cerca, se aproximó a mí.

—¿Qué ha pasado? Pensé que vendrías a mi casa y…

—¡No hagas preguntas, Marcela! ¡Entrégame el dinero y márchate de aquí!

Tragué saliva, con el corazón acelerado. Estaba distinto: más asustado y agresivo. Saqué el sobre del bolso con rapidez y se lo entregué.

—Está todo ahí —murmuré, comprobando que nadie nos estuviera observando.

Revisó el contenido del sobre y, por un instante, pareció aliviado. Sin embargo, al guardarlo dentro de la chaqueta, volvió a mostrarse tenso.

—Hasta el mes que viene. Te indicaré el lugar exacto del encuentro.

Se alejó deprisa, y yo hice lo mismo en dirección contraria. Mientras siguiera pagando la deuda cada mes y no nos echara de casa, podría quedarme tranquila.

DANTE SALVATORE

La ventaja de trabajar en la última planta era que existía un filtro antes de Marcela, la secretaria principal. Muy poca gente subía hasta aquí. De lo contrario, apareceríamos en todos los periódicos de la ciudad, y no precisamente de una forma profesional.

Por eso decidí comportarme durante el resto de la semana, pero trabajar directamente con mi secretaria era difícil. Extremadamente difícil.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía que el aire se volvía más denso, cargado de tensión y deseo. Los recuerdos de nuestros momentos en el despacho aparecían sin previo aviso: el sabor de sus labios, el calor de su piel bajo mis manos, el sonido de sus gemidos junto a mi oído.

No era solo una cuestión de atracción física. Había algo más profundo, algo que no lograba definir. Marcela era inteligente, dedicada y tenía una vivacidad que la hacía destacar. Lo que me intrigaba todavía más era el hecho de que me desafiara cuando era necesario, sin temer las consecuencias.

Cada mañana, al llegar a la oficina, me recibía con su sonrisa amplia y su «Buenos días, señor». La formalidad siempre estaba presente, pero había un juego oculto detrás de aquella mirada.

Algunos días llevaba el perfume que tanto me gustaba, lo que hacía todavía más difícil concentrarme en las tareas diarias. En otros, se vestía de forma sutilmente provocadora, mostrando lo justo para despertar mi imaginación, sin resultar inapropiada.

Sentía la necesidad de, al menos, besarla todos los días, y tenía que luchar contra ese impulso para no dejar de lado el trabajo. La

atracción crecía y, con ella, la necesidad de establecer límites. No podíamos seguir así, arriesgando nuestras reputaciones y, sobre todo, su carrera.

Sin embargo, había algo de lo que estaba seguro: no quería perder a Marcela, ni siquiera por un segundo. Necesitaba encontrar un equilibrio entre mi deseo y la realidad de nuestra relación profesional.

Sumido en esos pensamientos, mi móvil sonó. Contesté al ver que era el número de mi investigador privado.

—¿Alguna novedad?

—No, Dante. Marcos se mueve por la ciudad, siempre ocultándose con gafas, sombreros y otros accesorios. Por ahora no ha salido de aquí y parece tener muchos negocios locales.

—¿Y la brújula?

—Nada todavía.

¡Maldita sea!

Si intentaba engañarme durante los tres meses de plazo, habría consecuencias. Aprendería una lección.

—De acuerdo. Mantén los ojos sobre él. Cualquier novedad, avísame.

—Hecho, jefe.



Seguí trabajando hasta que Marcela trajo mi café de la tarde. Durante un instante, la observé mientras dejaba la bandeja sobre mi mesa y reparé en cómo la tela de su vestido delineaba las curvas de su cuerpo. Mis ojos recorrieron su cuello, bajaron hasta la cadera y luego hasta sus piernas.

Cuando nuestras miradas se encontraron, la chispa estaba allí, una llama no pronunciada, pero claramente sentida.

Recuerdo la primera vez que la noté de verdad. No como mi secretaria, sino como la mujer vibrante y seductora bajo ese manto profesional. Nuestros coqueteos y conversaciones sutiles bastaban para ocupar mis pensamientos.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Perfectamente —respondí, con una sonrisa—. Pero empiezo a preguntarme si es seguro tenerte tan cerca todos los días.

Marcela alzó una ceja, con una mirada divertida y provocadora.

—¿Y por qué no lo sería, señor?

—Porque cada vez que entras en este despacho me pregunto cómo sería volver a saborear tus labios. Y eso… —me detuve un momento, buscando las palabras adecuadas— …no es exactamente el pensamiento más profesional que un jefe debería tener sobre su secretaria.

Se mordió el labio inferior, un gesto que me hizo recordar todas las veces que yo había hecho lo mismo.

—Tal vez, señor, no sea el único con esos pensamientos inapropiados.

La tensión entre nosotros era palpable, como una cuerda tensa a punto de romperse. Ambos sabíamos que era un juego peligroso. Pero

había una verdad innegable: parecíamos irremediablemente atraídos el uno por el otro, e ignorarlo se estaba volviendo cada vez más difícil.

—¿Qué vamos a hacer con esto, Marcela? —pregunté, con la voz ronca de deseo.

—Quizá —empezó, dando un paso hacia mí— deberíamos dejar de resistirnos y ver adónde nos lleva, o centrarnos en lo más importante: el trabajo.

—Elegir es una decisión complicada, ¿no crees?

Sabía que aquello podía complicarlo todo, pero la posibilidad de explorar la profundidad de nuestro deseo era una tentación demasiado fuerte para resistir. Porque la verdad era que ambos anhelábamos algo más que miradas furtivas y conversaciones sugerentes. Anhelábamos el contacto, la ropa tirada por el suelo, anhelaba follarme a esa mujer con intensidad…

—¿Pensando tonterías sobre mi cuerpo, señor?

Además de todo, estaba logrando leer mi mente a la perfección en ciertos momentos, y convertirme en un libro abierto no era nada bueno, menos aún para alguien que necesitaba tener el control de cualquier situación.

—Puede que sí, Marcela —admití, formándose una sonrisa lenta y maliciosa en mi rostro—. Puede que esté imaginando todas las maneras en que podría tenerte sobre esta mesa, en el suelo, contra aquella pared. La verdad es que aún no te he follado en todos los lugares que deseo de esta planta.

Soltó una risa suave, un sonido que me envió una oleada de calor directa al estómago.

—Qué imaginación tan fértil, señor.

—¿Por qué deberíamos jugar al gato y al ratón cuando ambos sabemos lo que queremos?

Marcela inclinó la cabeza, fingiendo meditar mis palabras.

—Tienes razón. Los juegos son divertidos, pero a veces ir directo al grano es todavía mejor.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse, el aire entre nosotros espeso de deseo y anticipación. Estaba a punto de cometer otro error, pero tuve una idea mejor.

—Duerme en mi casa esta noche.

—Pero… ni siquiera he avisado en casa.

—Mañana iré a la mansión de Dante, y sé que has quedado con Ana Júlia para ir allí también. Te llevaré por la mañana para que recojas tus cosas, si ese es el problema.

—¿Todo eso para tener mi compañía esta noche?

—Eso no es nada. Creo que no sabes de lo que soy capaz para tener tu compañía, chica.

Esa mujer despertaba en mí algo que no sentía desde hacía mucho tiempo, o mejor dicho, que nunca había sentido. Era como si cada partícula de mi ser se encendiera solo con su presencia. Incluso cuando intentaba ocultarlo o negarlo, la intensidad de mi atracción por ella era palpable.

—Siempre hablas como si yo fuera un premio que hay que conquistar —rió suavemente, mordiendo la comisura del labio inferior, claramente jugando conmigo.

—Tal vez porque lo eres. Hay algo en ti que me intriga, que me desafía, que me hace querer más y más. No consigo alejarme, ni siquiera aunque lo intentara.

Decidida, dio la vuelta a la mesa mientras yo permanecía sentado; de lo contrario, si me levantaba, el trabajo importante que tenía que hacer ese día se iría al traste, porque solo me importaría ella.

El problema era que mi secretaria parecía no preocuparse demasiado por las normas, y la discreción no parecía impedirle hacer lo que quería; así que, sin más, se sentó sobre una de mis piernas, inclinándose hacia mí, con los ojos buscando los míos, tratando de descifrar la sinceridad de mis palabras.

—¿Y si te dijera que siento lo mismo? ¿Que tampoco consigo alejarme?

Una de mis manos fue directa a su cintura, atrayéndola aún más hacia mí.

—Diría que nos espera una noche interesante.

Su risa sonó como una melodía para mis oídos.

—Veremos si eres capaz de cumplir tus promesas, señor. Iré solo si me satisfaces por completo. ¿Crees que puedes hacerlo?

Sonreí con absoluta seguridad.

—Ah, chica, siempre cumplo mis promesas. Sobre todo las que te involucran a ti. Y te garantizo que no olvidarás la noche de hoy en mucho tiempo.



CAPÍTULO 28

En cada atardecer que contemplábamos juntos, la paleta de colores de nuestra historia adquiría un matiz

MARCELA NOVAES

Para mí era increíble todo lo que estaba ocurriendo con mi jefe.

Ningún hombre había despertado en mí tantos sentimientos y deseos como Dante. Tenía un aura poderosa y magnética que iba mucho más allá de su atractivo físico o del cargo que ocupaba en la empresa. Era algo intrínseco, una llama que ardía en su interior y que, de algún modo, me atraía de forma inexorable hacia él.

Cuando hablaba, su voz tenía una cadencia que me enviaba escalofríos por la espalda. Era una mezcla de autoridad, encanto y

seducción, y cada palabra que salía de sus labios parecía cuidadosamente elegida para hechizarme. Y la manera en que me miraba, con aquellos ojos penetrantes, me hacía sentir como si me estuviera viendo de una forma en la que nadie me había mirado jamás.

Era una sensación a la vez incómoda y deliciosa.

Pero su tacto… ah, el tacto de Dante era otra historia. Incluso los gestos más inocentes, como cuando apoyaba una mano en mis hombros y los masajeaba, o me acariciaba suavemente el rostro, resultaban electrizantes. Mi cuerpo reaccionaba a él de una manera que nunca habría imaginado posible, con un deseo latente y un anhelo que no hacía más que crecer con el paso del tiempo.

Y lo que más me sorprendía de toda aquella situación era la sensación de que él también se veía afectado por mí.

Se percibía en la tensión que surgía entre nosotros, en la forma en que dudaba una fracción de segundo antes de apartarse, o en el brillo de sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaban a medida que pasaban los días.

Sin embargo, a pesar de esa química tan palpable, había momentos en los que la duda me asaltaba.

¿Era posible que alguien como Dante, tan seguro de sí mismo y dominante, pudiera sentirse realmente atraído por alguien como yo?

No era ninguna modelo de pasarela ni tenía un currículum impresionante; era simplemente Marcela, una mujer corriente que intentaba hacer su trabajo y seguir adelante después de grandes problemas en su pasado.

Pero la gran pregunta, la más importante de todas, era: ¿qué iba a hacer yo con todos esos sentimientos? ¿Permitiría que se apoderaran de mí y me guiaran hacia algo desconocido y potencialmente arriesgado? ¿O intentaría reprimirlos y seguir adelante como si nada estuviera ocurriendo?

Aún no tenía esas respuestas.

Lo único que sabía con certeza era que Dante había cambiado el rumbo de mi vida de una manera que jamás habría podido prever. Y, por más aterrador que resultara, empezaba a gustarme la adrenalina que todo aquello me provocaba.



Había avisado a mi madre de que dormiría fuera y de que esa semana le contaría todas las novedades. Siempre hemos sido muy confidentes, y no iba a ser ahora cuando le mintiera, pero necesitaba hablarlo con calma.

Acabábamos de llegar a la imponente mansión de mi jefe y, por dentro, era un torbellino de emociones.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —asentí.

—He pedido que preparen una cena para los dos.

—¿Has pedido…?

Mi jefe sonrió brevemente y asintió.

—Parece que sabía que aceptarías venir hoy.

—Sí, lo sabía. Y habría insistido lo que hiciera falta para que aceptaras.

Desde luego…

Ese hombre sabía cómo ser persuasivo.

Fuimos al comedor y tenía razón: todo estaba preparado con un cuidado meticuloso en cada detalle. La mesa estaba cubierta con un mantel blanco impecable, vajilla fina, cubiertos de plata y copas que brillaban a la luz de las velas. Candelabros de cristal, repletos de velas encendidas, daban a la estancia un aire romántico y misterioso.

La música suave flotaba en el ambiente, creando una atmósfera de intimidad. Flores frescas —rosas rojas y orquídeas blancas— descansaban en un jarrón de cristal en el centro de la mesa. Su aroma delicado perfumaba el aire, reforzando la sensación de que aquella noche iba a ser especial.

—Dante, tú de verdad no haces nada a medias, ¿verdad? —pregunté, admirada ante el escenario.

Soltó una risa baja y encantadora al acercarse a mí.

—Cuando se trata de ti, Marcela, siempre quiero ofrecer lo mejor. Espero que te guste.

Sentí arder mis mejillas ante el elogio e intenté recomponerme enseguida.

—Es increíble. Gracias.

Apartó la silla para mí y, en cuanto me senté, sirvió vino tinto en nuestras copas. Lo hizo con una elegancia que dejaba claro que estaba acostumbrado a ese tipo de gestos sofisticados.

La cena fue una sucesión de platos deliciosos, cada uno más sabroso que el anterior. Nos atendió un chef y algunos de los platos eran experimentales, combinando sabores y texturas de una forma que nunca había probado. No conocía la mayoría de los nombres de aquellas exquisiteces, pero él me los fue revelando uno a uno.

Había un tartar de atún con notas cítricas, un risotto de trufa que se deshacía en la boca y un magret de pato con salsa de frambuesa que equilibraba a la perfección lo dulce y lo salado, entre muchos otros.

Dante, al notar mi entusiasmo, parecía especialmente satisfecho.

—El chef Douglas es uno de los mejores de la ciudad. Le pedí que preparara algo especial para esta noche.

—Y lo ha conseguido —comenté, dando un sorbo al vino—. Cada plato es una auténtica obra de arte. Te has superado de verdad. No solo con la cena, sino con todo el ambiente. Es innegable el esfuerzo que has puesto para hacer de esta noche algo especial.

Durante toda la cena hablamos de todo un poco, desde trivialidades hasta asuntos más profundos. Descubrí que Dante tenía un sentido del humor sarcástico que me hacía reír y una sensibilidad que rara vez mostraba en el trabajo.

Allí no parecía mi jefe, sino un hombre dispuesto a hacer todo lo posible para que me sintiera cómoda, alguien… único. Esa era la única palabra que me venía a la mente.

Pasamos casi dos horas conversando y ni siquiera me di cuenta del paso del tiempo.

—¿Ocurre algo? —preguntó al notar que lo observaba sin parpadear.

—Y… ¿el postre?

—Lo estoy mirando.

Directo.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Ibas tan bien… —señalé con gesto de fingida decepción, y él sonrió, giró el cuerpo y le hizo una seña al chef.

Pocos segundos después me sorprendieron con un postre igual de impresionante: una mousse de chocolate negro cubierta con láminas de oro comestible y servida con fresas frescas maceradas en licor.

—¿Todavía me queda crédito?

—Sí, retiro lo que acabo de decir hace un momento.

Todo era perfecto, y no había imaginado que venir hasta aquí pudiera ser tan bueno. Esperaba entregarme a mi jefe, pero recibí mucho más que eso.

Terminamos el postre y quise agradecer personalmente al chef que se había encargado de nosotros antes de marcharse. En ese momento ya estábamos solos, únicamente los dos.

—Ven —me llamó, conduciéndome hasta la terraza, donde la vista de la ciudad cortaba la respiración. La luz de la luna bañaba el jardín, reflejándose en el agua de la piscina y en las hojas de los árboles.

Estar allí era… magnífico. No había palabras para describir lo que sentía en el corazón.

Todo era perfecto.

—Esta noche es nuestra, Marcela —susurró al acercarse, con las manos encontrando mi cintura.

No podía ser que estuviera completamente enamorada de ese hombre en apenas dos meses… ¿o quizá venía de antes, desde la discoteca?

No tenía esa respuesta, pero poco me importaba.

Lo miré a los ojos, perdiéndome en la profundidad de su mirada. Y en ese instante supe que aquella noche sería solo el comienzo de muchas otras entre nosotros.

—Y… ¿qué nos espera el resto de la noche?

—Iremos descubriéndolo ahora, chica.

Se inclinó, me tomó en brazos y caminó hacia el interior de la mansión, llevándome por los pasillos hasta llegar a un lugar que reconocí de la última vez que estuve allí.

—¿Tu dormitorio? Vaya jefe más descarado tengo…

—Aún no has visto nada. Todavía.

El silencio que siguió fue intenso, casi tangible.

Me dejó con cuidado sobre la cama y nuestras miradas volvieron a encontrarse, cargadas de un deseo mutuo y no expresado. La química entre nosotros era innegable, y las paredes de la habitación parecían absorber la electricidad de nuestro contacto.

De pie, empezó a desabrocharse la camisa, dejando al descubierto algunas tatuajes y un torso definido, fruto de horas de gimnasio. Mis dedos estaban inquietos, deseando explorar cada centímetro de su piel. Debió de notarlo, porque sonrió de lado, con un brillo provocador en los ojos.

—¿Impaciente, chica? —preguntó, con la voz más grave y ronca de lo que recordaba.

—Siempre lo he sido… —susurré, mordiéndome el labio inferior.

En un movimiento rápido, ya estaba sobre mí, y nuestros labios se encontraron en un beso ardiente. Era una danza de lenguas, mordiscos y caricias. Sus manos se deslizaron por mi espalda hasta encontrar la cremallera de mi vestido, bajándola con una destreza exquisita.

Podía sentir la firmeza de su cuerpo contra el mío, el calor que emanaba de él, y cada roce me hacía jadear de anticipación. Nuestros

cuerpos se entrelazaban y la realidad parecía lejana, sustituida por la pasión del momento.

El vestido cayó al suelo, dejándome solo con la lencería. Se apartó un instante, contemplándome con una mirada hambrienta, deseosa. Entonces Dante deslizó la mano por mi muslo y me atrajo hacia él, haciéndome sentir la urgencia de su deseo.

—Eres jodidamente preciosa —susurró en mi oído.

Mi corazón latía desbocado, y cada toque suyo no hacía más que intensificar la sensación de que estábamos a punto de cruzar una línea sin retorno.

Se deshizo de sus pantalones y del bóxer, y me perdí en la visión de su cuerpo desnudo. Se colocó entre mis piernas, retirando toda mi lencería, con los ojos oscuros y llenos de promesas.

Su boca se apoderó de la mía mientras, desnudos, nos entregábamos el uno al otro. Su lengua atrapó la mía con una pasión que me hacía girar la cabeza. Nuestros cuerpos, calientes y presionados entre sí, componían una sinfonía de piel contra piel, de suspiros y escalofríos.

Sus dedos trazaban líneas ardientes por mi piel, descendiendo por mi espalda, provocándome temblores y gemidos bajos. Desvió la boca hacia mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos, bajando hasta mis pechos, dedicando tiempo a cada uno, haciéndome retorcer bajo su cuerpo.

La intensidad entre nosotros crecía a cada segundo. Podía sentir su excitación presionándome, y una necesidad ardiente se encendía en mi interior. Cada caricia, cada beso, profundizaba aún más nuestra conexión.

—¿Tienes idea del efecto que ejerces sobre mí? —susurró, con la voz ronca, clavando sus ojos en los míos.

—Podría decir lo mismo —respondí, con la voz temblorosa de deseo.

Sin más palabras, se acomodó entre mis piernas y luego miró hacia un lado.

—Está bien. Quiero sentirte por completo esta noche, y tomo el anticonceptivo correctamente.

Mi jefe vaciló unos segundos; sin embargo, su expresión dejó claro que no quería perder tiempo, y me penetró con suavidad, arrancándome un jadeo.

Las embestidas comenzaron lentas, pero pronto se volvieron más rápidas y profundas. El placer era arrollador, y cada caricia, cada movimiento, enviaba oleadas de éxtasis por todo mi cuerpo. Sus manos se entrelazaron con las mías, presionándolas contra el colchón, mientras su boca buscaba la mía en un beso desesperado, tan ansioso como el mío.

Sus labios eran suaves y cálidos, y su lengua danzaba con la mía en un ritmo que encajaba a la perfección con el de nuestros cuerpos.

Podía sentir su necesidad, su deseo, reflejados en la intensidad de su contacto, en la forma en que se movía dentro de mí.

Me perdí en el placer, en las sensaciones que me provocaba. Su nombre escapó de mis labios entre un gemido cuando sentí el clímax aproximarse, una ola poderosa que amenazaba con consumirme. Y él lo notó, acelerando aún más el ritmo, moviéndose de una manera que me llevó al punto de no retorno.

Con un grito ahogado, me rendí al placer, pero no quedé satisfecha, y él pareció percibirlo. Sus ojos, nublados por el deseo, se clavaron en los míos, y sonrió de forma depredadora.

—Parece que alguien quiere más —murmuró, deslizando una mano por mi costado, haciéndome jadear.

Antes de que pudiera responder, volvió a besarme con una pasión renovada. Exploró cada rincón de mi boca, mientras sus manos trazaban caminos ardientes por mi piel. Con movimientos expertos, se colocó entre mis piernas una vez más, preparándose para unirnos de nuevo.

—Siempre quiero más de ti.

—Eres incontrolable —murmuré, mientras comenzaba a penetrarme otra vez, retomando el ritmo que habíamos marcado antes.

Soltó una risa ronca, con los ojos brillantes de deseo.

—Y tú me inspiras a serlo.

Me colocó de lado, y experimenté una sensación deliciosa al ser follada así; la cercanía de su cuerpo con el mío hacía que todo resultara aún más íntimo.

Podía sentir cada movimiento, cada respiración, cada susurro suyo. Sujetó una de mis piernas, elevándola mientras seguía moviéndose dentro de mí, permitiendo una penetración más profunda.

Nuestras manos se entrelazaron y acerqué su rostro al mío; nuestros labios volvieron a encontrarse. El beso fue dulce e intenso, un contraste con el ritmo que nuestros cuerpos estaban imponiendo.

—Me haces sentir cosas que nunca pensé que fueran posibles —confesé entre besos, y él respondió embistiéndome con más fuerza, haciéndome cerrar los ojos y alcanzar otro orgasmo, más intenso que el primero.

—Me encanta sentirte correrte sobre mi polla, chica —dijo, sujetándome la nuca mientras seguía follándome con ganas.

—¿Y por qué te estás privando de correrte dentro de mi coño? Quiero sentirte a ti también, quiero sentirte soltándolo todo dentro de mí.

Se detuvo un instante, con los ojos fijos en los míos, una mezcla de sorpresa y deseo brillando en ellos. Mis palabras sonaron como un desafío, y Dante nunca había sido hombre de rechazar uno.

Se inclinó y me besó con profundidad, mordisqueándome el labio inferior.

—¿Tienes idea de lo que estás pidiendo? —murmuró, con el aliento caliente junto a mi oído.

—Te quiero a ti, por completo. No te contengas conmigo —susurré de vuelta.

Dante retomó los movimientos, pero esta vez había una urgencia distinta, una necesidad cruda. Podía sentir cada músculo de su cuerpo tensarse; la forma en que me sujetaba se volvió más firme y la profundidad de sus embestidas aumentó.

Se inclinó hacia mí, sus labios encontrando el punto sensible de mi cuello, mordiéndolo con suavidad.

—Quiero dártelo todo —gruñó—. Todo lo que mereces, chica…

Los movimientos se volvieron frenéticos y lo inevitable ocurrió: sentí cómo se derramaba dentro de mí, un calor intenso que se mezcló con nuestro sudor.

Me sostuvo con fuerza contra su cuerpo, con nuestros corazones latiendo juntos en un ritmo acelerado.

—Un minuto.

—¿Qué significa eso? —pregunté, sorprendida.

—Que necesito un minuto para recuperarme, porque si crees que esto ha terminado, estás completamente equivocada.

Creo que fue la sonrisa más amplia que he tenido en mi vida.

—Qué bien. Aún no has explorado todo mi cuerpo. Todavía.

—Justo eso estaba pensando, chica —afirmó, sujetándome la barbilla y, acto seguido, invadiendo mi boca, reclamando lo que ya era suyo.

Aquel hombre era una fuerza de la naturaleza. Sus manos volvieron a recorrer mi cuerpo, bajando por la curva de mi cuello, pasando por mis pechos, deslizándose hasta mi cintura y adentrándose en mis muslos.

Se echó ligeramente hacia atrás, con los ojos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, como si estuviera cartografiando un territorio desconocido y, al mismo tiempo, íntimamente familiar.

—Eres increíble —murmuró, con una admiración evidente en la voz.

Dante llevó entonces la mano a mi pierna, trazando círculos lentos y provocadores, ascendiendo hasta encontrar el calor entre mis muslos.

Jadeé y cerré los ojos de forma instintiva ante la sensación. Él sonrió con malicia.

—Dante…

—Veo que todavía quieres más. Lo siento.

—Ni empieces si vas a parar —refunfuñé, aunque mi voz carecía de firmeza.

En lugar de responder, siguió acariciándome, aumentando la presión y arrancándome un gemido.

—¿Estás segura de que estás preparada para más? —preguntó, con la voz baja y seductora.

—Para ti. Siempre —respondí, y vi en sus ojos la promesa de que aquella noche estaba lejos de terminar.

Mi jefe me colocó a cuatro patas y continuó estimulándome, ahora con mayor rapidez, mientras su polla rozaba mis nalgas, deslizando el glande contra mi ano.

—¿Qué te parece esto? —susurró con voz ronca, dando pequeñas embestidas mientras observaba atentamente mi reacción.

Me mordí el labio, valorando lo que vendría después. Había una excitación latente en su propuesta, y la tentación de explorar más de aquel mundo junto a Dante era casi irresistible.

—Seré cuidadoso —prometió, con una suavidad en la voz que nunca le había escuchado—. Si duele demasiado, paramos al instante.

Dante besó mi nuca, un gesto reconfortante, y comenzó a prepararme con delicadeza y paciencia.

—Lo que quiera, señor…

Con rapidez tomó un lubricante de uno de los cajones y, usando los dedos, me penetró con el líquido. La sensación fue una mezcla de tensión y placer creciente.

Poco a poco continuó, llevándonos a un nuevo nivel de intimidad y disfrute. Mientras me follaba con ganas, seguía estimulándome, y aquello era demasiado excitante como para describirlo con palabras. El placer crecía, intensificado por las sensaciones contrastadas y por el sonido grave de su voz junto a mi oído.

Sus movimientos se volvieron más deliberados, con la atención dividida entre el punto de unión y mi clítoris, amplificando la tensión y el placer. Cada contacto, cada caricia, alimentaba el fuego que ardía entre nosotros.

Podía sentir el placer construyéndose en mi interior, creciendo en intensidad. Y con cada embestida, con cada movimiento, me acercaba cada vez más al límite.

—Estoy… —empecé, pero mis palabras se ahogaron en un gemido cuando Dante alcanzó un punto especialmente sensible.

—Lo sé —susurró en mi oído, con la voz cargada de promesas —. Te llevaré hasta allí —añadió, mordiendo y succionando suavemente mi oreja.

Sentirlo era demasiado bueno; era como un vórtice que absorbía todo mi ser hacia un mundo de puro éxtasis. Y cuando la ola del orgasmo me golpeó, fue como si todas las barreras entre nosotros se rompieran.

Yo era suya y él era mío, y nada más importaba.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, atrayéndome hacia él, mientras seguía llenándome con un ritmo constante.

Fui follada de mil maneras, en las más diversas posiciones, a medida que los minutos pasaban, hasta que, con un último y profundo empuje devastador, sentí el calor de su clímax mezclarse con el mío, en un instante que pareció alargarse hasta el infinito.

Se corrió con intensidad, y pude sentirlo por completo dentro de mí.

Cuando por fin nuestros corazones comenzaron a desacelerarse y nuestras respiraciones se apaciguaron, me atrajo hacia su cuerpo, envolviéndome con sus brazos musculosos.

Nuestros cuerpos sudados, pegados el uno al otro, y el calor entre nosotros seguía siendo palpable.

—Creo que necesitamos una buena ducha.

—¿Crees? —me reí, y él sonrió brevemente.

—Sí, y seguiremos allí.

—¿¡Qué!? ¿No te cansas nunca?

—Cuando se trata de ti, siempre doy lo mejor de mí. Y necesito aprovechar a esta mujer tan hermosa que tengo entre mis brazos.

Estaba perdida, completamente perdida por mi jefe…



CAPÍTULO 29

Para mí, ella era la poesía que el mundo necesitaba leer;
y para ella, yo era la melodía que nunca se apagaba…

DANTE SALVATORE

Marcela y yo nos fuimos a dormir después de las cuatro de la madrugada, y cumplí todas las promesas que le hice, sobre todo la del baño, donde tuvimos otro momento a solas, algo imposible de evitar.

Ni siquiera recuerdo cuántas veces tomé a esa mujer durante la noche, y cada vez que ocurría, más ganas tenía de tenerla unida a mi cuerpo. Marcela se había convertido en un vicio, extremadamente peligroso para un hombre que aún tenía sus propios demonios que afrontar.

Con el tiempo me volví un hombre posesivo con los objetos, y aunque ella fuera una persona, ese sentimiento iba apoderándose de mí poco a poco.

—Necesito preguntarte algo —dijo, sacándome de mis divagaciones.

—Lo que quieras.

Íbamos de camino a su casa para recoger algunas cosas y luego ir directamente a la mansión de Theodore.

—No tiene nada que ver con nosotros, sino con tu hermano.

—¿Mi hermano? —pregunté, sorprendido por su planteamiento.

—Sí. Ni él ni Daniela hablan del otro, y creo que hay algo ahí.

—Coincido —señalé—. Dionisio nunca me ha dicho nada concluyente sobre Daniela, pero si tuviera que aventurarme, diría que los dos estuvieron liados en el pasado.

—¿En serio?

Marcela parecía un poco impactada, y lo entendía.

—Nunca lo dejó claro, pero es una percepción que tengo. Si eso ocurrió de verdad, no sé qué pudo llevarlos a separarse, pero estoy casi seguro de que hubo algo entre ellos. Un noventa y nueve por ciento seguro.

—Pienso lo mismo.

Por lo visto, no era el único con mis sospechas sobre la relación entre ambos.

—¿Daniela no comenta nada con vosotros?

—No. Simplemente esquiva el tema cuando sale el nombre de Dionisio, pero su expresión delata que hay algo.

—Mi hermano hace lo mismo; incluso se pone un poco agresivo. En fin, algún día lo sabremos.

Solo esperaba que aquella historia no fuera demasiado problemática, aunque tenía la sensación de que, fuera lo que fuera lo que había pasado, no había sido algo sencillo…



Cuando llegamos a la mansión de Theodore, Marcela se fue a quedarse con Ana Júlia y, esta vez, tuvo la compañía de alguien que llevaba bastante tiempo desaparecida: Carolina, la hermana menor de Ana Júlia.

Estaba estudiando Medicina y, como el propio Theodore solía decir, pasaba prácticamente todos los días en la universidad, estudiando incluso los domingos, por eso apenas se la veía por allí.

Siempre decía que quería ser médica desde niña y estaba cumpliendo su sueño.

—Menos mal que has llegado, hay alguien esperándote —dijo Theodore, apoyado en sus muletas.

—¿Quién?

—La barbacoa —respondió, divertido, y a lo lejos vi a mi hermano.

—¿Y el vago de Dionisio?

—Estaba ocupándose de la carne, ahora vas a ayudarle tú.

—No sé ni para qué vengo, si al final el trabajo siempre acaba siendo mío… —murmuré, irritado.

—Muy sencillo: no tienes muchos amigos y la mansión es mía.

—Tiene sentido.

—Y no voy a decir nada sobre que Marcela venga en el coche contigo.

—Ya lo has dicho. Y eso no importa, solo le he dado un aventón.

—Ya… desde tu mansión hasta aquí, ¿no?

Últimamente Theodore hablaba demasiado, algo poco propio de él.

—Con permiso, que tengo trabajo que hacer.

—Todo…

Caminé hasta mi hermano, que apenas me lanzó una mirada rápida.

—¿Noche movida, hermano?

—Un poco.

No dijo nada más, pero esbozó su sonrisita presuntuosa de siempre.

—Me lo imaginaba.

—Puedes irte a hacer lo que quieras, me encargo yo de la barbacoa.

—Eres el mejor.

Sin ningún esfuerzo, en cuestión de segundos, mi hermano había desaparecido, haciendo lo que más le gustaba hacer en aquella mansión… nada.



De vez en cuando me fijaba en Marcela a lo lejos, conversando con Ana Júlia y Carolina, y el simple hecho de verla sonreír ya me transmitía una paz inmensa. Todo aquello era muy nuevo para mí; nunca me había sentido así por nadie, y mucho menos por una mujer que trabajaba tan cerca de mí.

La forma en que se movía, cómo reía, el brillo de sus ojos cuando hablaba de algo que amaba… todo eso creaba un magnetismo al que no podía resistirme, ni quería hacerlo.

Intenté distraerme charlando y disfrutando de la música que sonaba de fondo; sin embargo, mis ojos siempre volvían a ella, y una sensación cálida se expandía por mi pecho cada vez que nuestras miradas se cruzaban, aunque solo fuera por un segundo.

—Haz algo y quédate un rato en la barbacoa, Theodore. Voy a por unas cervezas a la cocina.

—Déjalo en mis manos.

Cuando llegué a la cocina, vi a mi hermano «perdido», mirando fijamente la nevera; enseguida cogió unos combinados. Le gustaba

preparar cosas distintas, no era muy amigo de la cerveza. Sinceramente, no sabía cuánto tiempo le duraría el hígado.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, todo sonriente.

A veces Marcela se quejaba de mi bipolaridad, pero yo no estaba muy de acuerdo.

Dionisio, en cambio, sí que era bipolar.

El mismo día que me acorralaba por el simple hecho de mencionar el nombre de Daniela, al día siguiente estaba sonriendo como si nada hubiera pasado. Eso sí me parecía bipolaridad.

—Ve a ayudar a Theodore.

—La pierna la tiene rota él, no los brazos.

Sonreí y asentí.

—Tiene sentido.

—Y entonces…

—¿Y entonces qué, Dionisio?

—¿No vas a contarme cómo fue tu noche?

—Creo que ya lo sabes.

—Sí, pero prefiero oírlo de ti.

Mi hermano sabía algunas cosas sobre Marcela, sobre todo de su pasado; especialmente de aquel día fatídico en el que la conocí en la discoteca y no hice nada.

—Nos divertimos y ya está. No hay nada más que contar.

Dionisio arqueó las cejas, algo desconfiado, y luego se acercó un poco más.

—Sé sincero, hermano. Y hablo de otra cosa —añadió, ahora más serio de lo habitual.

—¿Qué quieres saber?

—Hoy me he dado cuenta de cómo te mira, y creo que tú también lo has sentido.

Sí, yo también lo había notado antes. El cambio en su expresión cuando me miraba era evidente. Del mismo modo que me gustaba, también me asustaba, porque podía poner fin a nuestra pequeña relación; al fin y al cabo, habíamos acordado que no habría ni el más mínimo rastro de sentimientos.

—Ve al grano, Dionisio.

—¿Crees que Marcela está enamorada de ti? Por lo que has contado estos últimos días, sus actitudes lo indican, sobre todo hoy. Tú, en cambio… sé que tienes tus propios problemas que resolver.

—Eso no sería nada bueno —dije, convencido—. Pero es algo que no controlo.

Sonrió y asintió, como si estuviera contento intentando comprender algo que ni yo mismo lograba entender.

—En mi opinión, la has seducido y ahora estás engañando a Marcela. Daría para un buen guion de libro…

—¿Qué coño estás diciendo, Dionisio? —bramé, ya irritado.

—¿Qué te parece… Seducida y engañada por el CEO? Sería un buen título para un libro o una película, ¿no crees?

—Ahórrate tus bromitas. Mi vida no es un libro. Y otra cosa: no la estoy engañando.

—Sí que lo estás, hermano —me dio un par de palmadas en el pecho—. En el fondo sé que finges no darte cuenta de que ella se ha enamorado, y Marcela no sabe nada de tu falta de confianza en las mujeres. La estás engañando, o peor aún… si tú también estás enamorado, te estás engañando a ti mismo, y eso me parece todavía peor.

—Dionisio…

—Soy tu hermano, puedes decírmelo si es verdad. ¿Estás enamorado de ella?

—¡No estoy enamorado de Marcela, joder! Es una diversión, igual que yo lo soy para ella. ¿Lo entiendes ahora?

Tuve que decirle a mi hermano que no estaba enamorado; de lo contrario, no habría cambiado de tema. Pero la verdad era que, en el fondo, sabía que me había involucrado hasta tal punto que él tenía razón: no pensaba en ninguna otra mujer que no fuera ella.

¿Era eso estar enamorado? Sinceramente, no lo sé, pero que aquello consumía cada fibra de mi ser era innegable…

MARCELA NOVAES

Me divertía muchísimo con Carol, la hermana de Ana Júlia.

Era muy graciosa y decía lo que pensaba, y echaba de menos nuestras charlas cuando éramos vecinas. Incluso antes, cuando aún era menor de edad, tenía una sabiduría y una perspicacia que me hacían olvidar lo joven que era. No era casualidad que estuviera estudiando Medicina; siempre había tenido una mente afilada.

—No tenéis ni idea… —empezó Carol, sirviéndose otra cerveza — …de la cantidad de café que estoy tomando últimamente. Creo que si me cortaran las venas, saldría café puro.

Se rio, y Ana Júlia y yo nos unimos a ella.

—Ah, recuerdo mis tiempos de universidad a distancia —dijo Ana Júlia, fingiendo un suspiro cansado—. Pero Medicina es otro nivel de exigencia, ¿eh?

Carol puso los ojos en blanco de forma dramática.

—El día que tenga un fin de semana libre, juro que lo celebraré con una fiesta. Pero por ahora —levantó la cerveza—, esto tendrá que servir de celebración.

Sonreí, agradecida por aquel momento.

—Te estamos echando de menos los domingos aquí en la mansión.

Carol soltó una risita.

—Créeme, yo también os echo de menos. Pero hoy tenía que hacer una excepción. Necesitaba desesperadamente una pausa y buenas risas. Y nadie mejor que vosotras dos para eso. Es una pena que Daniela no haya venido esta vez.

Ella también conocía a Daniela y, en algunas ocasiones, salíamos juntas entre semana. Se llevaban de maravilla, y me atrevería a decir que su amistad era un poco más relajada, porque Carol no le daba tanta caña.

El tiempo pasó y la conversación fluyó entre risas, recuerdos y novedades de la vida. Carol nos habló de algunos compañeros y hasta de varias anécdotas divertidas de la facultad. Tenía una forma de contar las historias que nos atrapaba y nos hacía sentir como si estuviéramos allí con ella.

—De todos modos —dijo Carol tras una de sus historias—, incluso con toda la locura y el cansancio, me encanta estudiar Medicina. No lo cambiaría por nada.

—Es impresionante, Carol —comenté, viendo cómo su pasión se reflejaba en cada palabra—. Verte tan dedicada y entregada me confirma que has nacido para esto.

Ana Júlia asintió, y el orgullo que sentía por su hermana era evidente.

—Cuando éramos pequeñas, Carol ya jugaba a ser médica, ¿te acuerdas? —miró a su hermana menor, que asintió con una sonrisa nostálgica—. Me hacía de paciente y yo tenía todo tipo de enfermedades imaginarias.

Carol se rio, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Ay, pobre Ana. La verdad es que no se lo ponía nada fácil. Pero, mirándolo por el lado bueno, creo que la preparé para cualquier emergencia médica.

—Desde luego —respondió Ana Júlia con tono teatral, fingiendo un suspiro exagerado—. ¿Quién más puede decir que sobrevivió a una infección de dragón o a una maldición de sirena?

Me eché a reír, disfrutando de la ligereza del momento. La dinámica entre las dos hermanas era un placer de observar. Eran claramente mejores amigas, apoyándose mutuamente en todo.

—Solo sé que, contigo al mando, Carol —dije, alzando mi cerveza hacia ella—, el mundo de la medicina va a ganar a una profesional increíble. ¡Y estoy deseando brindar por tu primera cirugía exitosa!

—Solo espero que no seas mi primera paciente y tenga que operarte.

Las tres reímos y brindamos por el camino de Carol, por su amor por la medicina y por los momentos inolvidables que estábamos compartiendo. Porque la vida, en esencia, estaba hecha de instantes como aquel.

Y yo estaba agradecida de vivirlos junto a personas tan especiales.

—Voy a por más cerveza, ahora vuelvo.

Me levanté y fui hacia la cocina, toda boba y sonriente.

Nada como tener buenas amigas capaces de sacarte carcajadas; necesitaba una buena dosis de eso.

Mientras caminaba hacia la cocina, vi a Dionisio hablando con Dante, ambos sonrientes, y seguí mi camino. Pero justo cuando iba a entrar, escuché mi nombre y retrocedí un paso.

Nunca he sido de escuchar conversaciones ajenas, ni me gusta hacerlo, pero oír mi nombre me hizo detenerme y prestar atención. Lo

que no esperaba era escuchar, de labios de Dante, la respuesta a la pregunta que le había hecho su hermano.

—Soy tu hermano, puedes decírmelo si es verdad. ¿Estás enamorado de ella?

—¡No estoy enamorado de Marcela, joder! Es una diversión, igual que yo lo soy para ella. ¿Lo entiendes ahora?

Escuchar aquello me dolió profundamente, de una manera que ni siquiera sé explicar.

Era como si cada palabra de Dante fuera una cuchilla que despedazaba mi corazón. Sentí el estómago encogerse y un nudo formarse en la garganta. Me quedé paralizada en el pasillo, escondida tras la pared, rezando para que ninguno de los dos hermanos me viera allí.

El silencio entre ellos pareció alargarse eternamente hasta que, por fin, el hermano de Dante respondió:

—Te conozco. Y no sé si me creo esa fachada tuya de «solo diversión». Pero si de verdad la ves así, deberías ser sincero con ella.

—Lo estoy siendo —respondió Dante, con la voz un poco más suave, aunque aún a la defensiva—. No estoy prometiendo nada que no pueda cumplir. Al fin y al cabo, esa era una regla entre nosotros dos.

Lágrimas ardientes se acumularon en mis ojos, amenazando con caer. Respiré hondo, intentando recomponerme. No quería que Dante ni nadie más viera cuánto me habían afectado aquellas palabras.

Sabía que involucrarme con él era arriesgado, pero jamás imaginé que las consecuencias serían tan dolorosas. La noche anterior, las conversaciones, los roces… todo había parecido tan real, tan intenso.

¿Cómo podía reducirlo todo a una simple «diversión»?

Reuní todo el valor que me quedaba y me alejé en silencio. Necesitaba un momento a solas para procesarlo todo. Cada vez que recordaba las palabras de Dante, un dolor punzante se apoderaba de mí.

Tal vez había llegado la hora de replantearme qué significaba realmente aquella relación y decidir si merecía la pena seguir entregándome a algo que, al parecer, tenía fecha de caducidad.



CAPÍTULO 30

El silencio, a veces, encierra en sí las melodías más profundas, aquellas que solo el corazón es capaz de escuchar…

MARCELA NOVAES

—¿Qué te pasa, Marcela?

—¿Cómo que qué me pasa? No ha pasado nada.

Acababa de volver al lugar donde estaban ellas y me sentía un poco ausente después de haber escuchado la conversación de Dante con su hermano.

—Tienes la cara rara, amiga —dijo Carol, y yo esbocé una sonrisa torpe.

—No es nada.

—Puedes contarnos qué ha pasado —pidió Ana Júlia—. Sobre todo porque has ido a por más cervezas y has vuelto sin ninguna.

¡Mierda!

—Yo solo… me encontré un poco mal y fui al baño. Nada importante.

—¿Te encontraste mal? ¡Amiga…!

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Sé lo que estás pensando, y la respuesta es no. Tomo el anticonceptivo correctamente, no es eso.

—Yo también lo tomaba y mira lo que pasó…

Reímos, y enseguida cambié de tema. Sin embargo, en mi cabeza aquella conversación seguía muy presente, y me preguntaba si debía contarle a Ana Júlia lo que había oído. Al fin y al cabo, era mi amiga y siempre me aconsejaba cuando lo necesitaba.

Pero aquello era tan personal, tan reciente, tan dolorosamente crudo…

La noche continuó y el ambiente se volvió más relajado. Sonaba música suave de fondo, las luces de la mansión estaban atenuadas y la luna llena brillaba en el exterior, creando una atmósfera distinta.

Carol, que había estado con nosotras toda la tarde, se fue dentro a estudiar, y nos quedamos solas mi amiga y yo.

—Hoy estás un poco distante, ¿qué te pasa? —preguntó Ana Júlia, mirándome con esa expresión de quien sabe que algo no va bien.

Respiré hondo, ordenando mis pensamientos, y sentí que había llegado el momento de hablar.

—Es Dante… escuché una conversación suya con su hermano cuando fui a la cocina antes.

Frunció el ceño, visiblemente preocupada.

—¿Qué dijo?

Le conté toda la conversación y, con cada palabra, sentía una oleada de tristeza e inseguridad. Ana Júlia me escuchó con atención, sujetándome la mano en señal de apoyo.

—Mira, amiga, sabes que Dante tiene una personalidad fuerte y muchas veces dice cosas sin pensarlas. No lo estoy defendiendo, pero quizá lo dijo en un momento de tensión. Tengo la sensación de que está confundido con lo que siente por ti.

—¿Y si de verdad solo me ve como una diversión?

Ana Júlia suspiró.

—Entonces tienes que hablar con él. Tener una conversación sincera y entender qué sois realmente y, sobre todo, qué quieres tú de todo esto.

Asentí.

—Tienes razón. Necesito aclararlo con él.

Me dedicó una sonrisa cálida.

—Sea lo que sea, aquí me tienes para apoyarte. Siempre.

Le di las gracias por tener amigas como Ana Júlia, que me recordaban mi valor y me sostenían en los momentos más difíciles.

Sabía que tendría que enfrentarme a Dante y hablar de nuestra relación, pero con su apoyo sentí que podría con cualquier cosa.

DANTE SALVATORE

Decidí darle espacio a Marcela y, desde que pusimos un pie en la mansión de Theodore, no hemos hablado el uno con el otro. Además de todo, no dejaba de darle vueltas a la conversación que tuve con mi hermano, intentando entender cuáles eran mis verdaderos sentimientos por ella.

A pesar de haberle afirmado que Marcela era solo una diversión, no sabía si esa era realmente la verdad. No tener esa respuesta me asustaba, porque nunca antes había sentido algo tan distinto por alguien.

Theodore, al parecer, se dio cuenta de mi inquietud. Mientras yo miraba distraído el jardín de la mansión, se acercó.

—¿Perdido en tus pensamientos, Dante? —preguntó.

—Un poco —admití.

—Es por Marcela, ¿verdad? Os vi llegar juntos y, desde entonces, apenas habéis hablado. ¿Ha pasado algo?

—No. Solo le estoy dando su espacio. No ha pasado nada.

—Entiendo. Y ese lío que tenéis, ¿crees que irá a más o no?

—Eso es difícil de responder. Somos diferentes y siento que queremos cosas distintas.

—A veces, las diferencias son precisamente lo que hace interesante una relación, Dante —reflexionó Theodore, dando un sorbo a su cerveza.

Alcé una ceja, intrigado.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad crees eso?

—Yo lo vivo, amigo. Creo que cuando dos personas tienen química, encuentran un punto medio, una manera de hacerlo funcionar. Y por lo que he visto hasta ahora, vosotros dos tenéis química de sobra.

Sonrió, dirigiendo la mirada hacia donde estaba Marcela, riéndose de algo que su esposa acababa de decir.

Seguí su mirada y, durante un breve instante, la observé. Estaba preciosa al caer la noche.

—Tal vez tengas razón en eso, pero aún hay muchas cosas que considerar —dije, más para mí mismo que para Theodore.

—Dante, no tengas miedo de lanzarte. La vida es demasiado corta para dejar pasar oportunidades. Si sientes algo por ella, ve a por ello. Descubre qué es. Si no funciona, al menos lo intentaste. Pero si nunca lo haces, siempre te preguntarás qué podría haber sido.

Mi amigo tenía razón. Nunca había tenido que intentarlo; jamás había vivido una relación sana en toda mi vida. Sin embargo, había algo en ella que parecía ir rompiendo poco a poco esa barrera.

En el fondo, lo nuevo me paralizaba, y el efecto que esa mujer tenía sobre mí me daba miedo…



Cuando pasaron las siete, me acerqué a donde estaba Marcela y le pregunté:

—¿Nos vamos? Te llevo a casa.

—No hace falta, Dante.

—Te he traído yo y te llevaré yo.

Vi la duda en su mirada al decirlo y no entendía muy bien por qué parecía tan recelosa.

—No quiero dar molestias.

—Tú nunca das molestias, chica.

—¿Estás seguro?

La forma en que hizo esa pregunta me tomó por sorpresa. Estaba cargada de significado, y pude sentir el peso de todas las emociones y las incertidumbres que guardaba por dentro.

Respiré hondo y sostuve su mirada, intentando transmitirle toda la sinceridad que sentía.

—Completamente. Quiero hacerlo.

Dudó unos segundos y, después, asintió.

—Vale.

En los minutos siguientes nos despedimos de los demás y, poco después, estábamos en mi coche, camino de su casa.

Marcela apenas dijo nada, y me pregunté si había algo más profundo que la estuviera inquietando. El ambiente en el coche era tenso, como si una barrera invisible se hubiera alzado entre nosotros.

No sabía muy bien cómo romper el hielo. Con el tiempo me había vuelto un hombre frío y no tenía demasiada habilidad para manejar situaciones delicadas como aquella. Pero era evidente que algo la perturbaba y que, de algún modo, parecía tener que ver conmigo.

Al girar una esquina, las luces de la calle proyectaron una sombra suave sobre su rostro, y entonces me di cuenta de lo increíblemente guapa que era.

Quise decir algo, cualquier cosa que pudiera reconfortarla, pero me faltaban las palabras. Era bueno en muchas cosas, pero cuando se trataba de expresar sentimientos o consolar a alguien, era pésimo.

Un bruto sin corazón, como decía mi hermano. Por eso decidí guardar silencio hasta llegar a su casa.

—Gracias por traerme y hasta mañana, Dante.

—Marcela…

—¿Sí?

—¿Vas a estar bien?

—Estoy bien, solo… cansada.

No sabía si creer sus palabras. Aun así, no me quedaba más remedio que confiar en lo que decía.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Salió del coche rápidamente y, al poco, entró en su casa.

Me quedé allí al menos un minuto, pensando en todo y en nada a la vez, pero en el fondo sentía que algo había ido mal de ayer a hoy. Solo que aún no sabía qué.

MARCELA NOVAES

Después de llegar a casa y darme una ducha larga, me metí en la cama y, tras muchos años sin hacerlo, me quedé mirando al techo, pensando en todo lo que había ocurrido ese fin de semana.

Los dos días habían sido extremos opuestos.

El recuerdo de la noche del sábado era una mezcla de pasión e intensidad. En cada roce y en cada mirada que intercambiábamos había un deseo genuino, una ansia que parecía ir más allá de lo físico.

Durante aquella noche me trató como a una auténtica princesa. Hubo momentos en los que su mirada revelaba algo más profundo, algo que me hacía preguntarme si aquel deseo era solo físico o si de verdad sentía algo más por mí.

Pero entonces llegó el domingo, más concretamente el instante en el que escuché la conversación entre Dante y su hermano. Aquellas palabras me atravesaron de lleno, como una flecha directa al corazón.

La duda y la inseguridad empezaron a instalarse en mi mente. ¿Cómo pude ser tan ingenua? Creí en la posibilidad de algo más, mientras que para él yo no era más que una diversión pasajera.

Quedarme mirando al techo, en la soledad de mi habitación, hizo que surgiera un torbellino de emociones. Había rabia, tristeza, confusión y una pizca de humillación. Pero, por encima de todo, estaba la realidad de que, a pesar de nuestros acuerdos, yo estaba, sin lugar a dudas, enamorada de mi jefe.

Sabía que tenía dos opciones: afrontar ese sentimiento de frente, corriendo el riesgo de hacerme todavía más daño, o tomar distancia e intentar proteger mi corazón. Pero, independientemente de

lo que decidiera, una cosa estaba clara: no podía seguir viviendo en aquella incertidumbre. Necesitaba respuestas claras, y solo podían venir de él.

Finalmente, tomé una decisión.

A la mañana siguiente iría a su despacho, afrontaría mis miedos y buscaría aclararlo todo.

Merecía saber la verdad y estaba dispuesta a enfrentarme a cualquier consecuencia que viniera después. Por aterrador que resultara, necesitaba poner fin a aquella tormenta emocional que se había formado dentro de mí, incluso si eso significaba dar por terminado algo que, en realidad, ni siquiera había llegado a empezar…



Hice mi trabajo con normalidad durante la mañana e incluso evité un poco hablar con Dante. Ayer había pensado mucho en lo que iba a hacer, pero decidí centrarme primero en lo más importante: mi trabajo.

En esos dos meses trabajando en SkyLink ya me había acostumbrado a prácticamente todas las tareas, y el sueldo, junto con los bonus que estaba recibiendo, estaba aliviando bastante el peso de las deudas que mi padre había contraído en el pasado.

El coste de vida en São Paulo era alto y realmente necesitaba ese empleo, aun sabiendo que mi salario disminuiría cuando Theodore regresara como CEO dentro de cuatro meses, ya que mi puesto

cambiaría. Aun así, daría lo mejor de mí, independientemente del departamento en el que acabara trabajando.

Pasado un rato, llamé a recepción y le pedí a Débora que retuviera las llamadas durante diez minutos. Antes de que me llegaran a mí, siempre había un filtrado, y le pedí que las anotara durante un rato, porque estaba decidida a hablar con Dante.

Fue justo entonces cuando lo vi regresar a nuestra planta. Me levanté, observándolo.

—Dante… ¿tienes unos minutos para hablar conmigo?

No respondió de inmediato; creo que incluso le sorprendió que lo llamara por su nombre.

—Sí, ven conmigo.

Lo seguí hasta su despacho y cerré la puerta tras de mí. Mi jefe no se sentó; se quedó mirándome durante un largo instante mientras yo reunía el valor necesario para hablar.

—¿Qué ocurre, Marcela?

—¿Sientes algo por mí, Dante?

Suspiró hondo y miró por la ventana, evitando mi mirada. Cada segundo de silencio parecía eterno, aumentando la tensión entre nosotros. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, en un intento evidente de distraerse.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo al fin, con la voz baja, casi inaudible—. Acordamos que esto no sería más que una diversión. No debía haber sentimientos de por medio.

Respiré hondo, sintiendo el corazón latirme con fuerza. Sabía que iba a ser difícil, pero tenía que ser honesta con él y, sobre todo, conmigo misma.

—Te lo pregunto porque me he enamorado.

Hubo un breve silencio y él pareció quedarse en shock. Por un momento pensé que diría algo reconfortante o que incluso revelaría lo que sentía. Pero, en lugar de eso, se pasó las manos por el pelo, visiblemente frustrado.

—Esto lo complica todo, Marcela —dijo, con la voz tensa.

—Solo dime qué sientes por mí, si de verdad… somos solo una diversión el uno para el otro.

Mi jefe se quedó mirándome durante un largo rato, pero había algo que tenía claro: no me iría de allí sin una respuesta concreta, aunque me rompiera el corazón.

—No lo sé con certeza, Marcela.

Escuchar aquello me dolió aún más, porque esas simples palabras me dijeron mucho más que su silencio.

—Bueno… si no lo sabes, es porque no sientes lo mismo que yo.

—¿Y eso en qué afecta a nuestra relación?

—Para ti he visto que en nada, pero para mí en todo —respondí, con rabia contenida en la voz.

Estaba enfadada conmigo misma por ser tan débil y vulnerable delante de él. Dejar que los sentimientos se impusieran a la razón no era algo de lo que me sintiera orgullosa. Él siguió mirándome, como si buscara alguna respuesta en mi rostro.

—Marcela… —empezó Dante, y su voz se suavizó, casi como si intentara ser cuidadoso—. No es que no sienta nada por ti. El problema es que no consigo, o mejor dicho, no quiero definir lo que es. Y tienes que entender que, para mí, poner etiquetas, sobre todo cuando se trata de sentimientos, siempre ha sido complicado.

Respiré hondo, intentando mantener la calma. Él estaba siendo honesto, y esa honestidad dolía. Pero al menos era real, así que yo también decidí decir lo que ya había resuelto.

—Está bien. Ha sido bueno decirlo, porque yo ya he tomado una decisión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos a acabar con esto. Es lo mejor.

—No. —Su respuesta fue inmediata, y se acercó a mí, esta vez con los ojos ardiendo de intensidad—. Puede que esté confundido, sí, pero lo último que quiero ahora es perderte.

—Eso lo decido yo, no tú. Y no quiero salir herida en el proceso. En fin… eso era todo.

Me di la vuelta; de lo contrario, aquella conversación se volvería todavía más peligrosa. Cuando me dirigía hacia la puerta, sentí su mano sujetando la mía, y al girarme su rostro era muy distinto a lo habitual, como si fuese otra persona.

—No vamos a detener esto.

Seguí observando a mi jefe y, en ese instante, se parecía al hombre de mi primera semana de trabajo, alguien que detestaba que le llevaran la contraria.

—Ya lo hemos detenido.

—Marcela, eres mía.

—¡No lo soy! —repliqué con la misma intensidad con la que él pronunció esas palabras, y nos quedamos mirándonos durante varios segundos, cada uno esperando que el otro dijera algo.

—Creo que no has entendido que soy capaz de cualquier cosa para que esto no se acabe.

Escuchar esa frase encendió una alarma dentro de mí, y no sabía hasta qué punto aquello era bueno o malo.

—¿De qué eres capaz?

—Haría lo que fuera para tenerte conmigo. ¡Lo que fuera!

No sé por qué, pero sus palabras me dieron miedo.

—Dante…

—Por favor, no me abandones.

Esa frase sí me golpeó de lleno, porque en cuanto la terminó vi una enorme vulnerabilidad en su rostro, como si el mundo entero se le hubiese venido abajo. Un dolor tan profundo y un miedo tan palpable que jamás habría imaginado ver en los ojos de Dante, el CEO siempre fuerte y seguro de sí mismo.

Parecía al borde de las lágrimas, y eso, de verdad, me partió el corazón. La postura firme y confiada había dado paso a un hombre visiblemente quebrado.

El verdadero problema era que, en el fondo, uno debería elegirse a sí mismo antes que a cualquier otra persona, algo que la mayoría no hacía en una relación, colocando a su pareja en un pedestal.

Yo no iba a hacerlo.

La persona más importante de mi vida era yo misma, y sabía que seguir en una pasión unilateral acabaría destruyéndome poco a poco.

—Queremos cosas distintas. Y yo, simplemente… no puedo. Lo siento.

Sin perder tiempo, salí de su despacho, pero por dentro estaba completamente devastada; al fin y al cabo, mis sentimientos por él

habían crecido de una forma aterradora, y aquel hombre ocupaba la mayor parte de mis pensamientos…



CAPÍTULO 31

En el teatro de la vida, cada uno de nosotros es al mismo tiempo actor y espectador, tejiendo historias entre lo real y lo imaginado…

MARCELA NOVAES

Al llegar a casa, intenté disimular al máximo cuánto me había afectado la conversación con Dante. Sin embargo, mi madre se dio cuenta de que no estaba bien. Siempre había tenido ese don, como si un sexto sentido materno encendiera una alarma cuando algo no iba bien conmigo.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó, llevándome hasta el sofá del salón. En sus ojos había una preocupación sincera.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos antes de responder.

—Es Dante. Ahora sé que… me he enamorado de él.

Fui directa al grano. Mi madre me observó durante un instante, como si estuviera leyendo cada matiz de mi expresión, buscando más respuestas.

—Pero ha ocurrido algo, ¿verdad? Tienes la mirada triste y confundida.

Le conté lo que había escuchado en la mansión y cómo sus palabras me habían herido. Le hablé de mi decisión de poner fin a todo, porque no quería hacerme aún más daño.

Me escuchó con atención, sosteniéndome la mano durante toda la conversación. Cuando terminé, suspiró y dijo:

—Cariño, la vida está llena de riesgos. Cuando se trata del corazón, la apuesta es todavía mayor. Si de verdad sientes algo por Dante, vuelve a hablar con él e intenta resolver esta situación. De lo contrario, no dejará de rondarte la cabeza.

—Solo no quiero sufrir, mamá. Ha quedado claro que queremos cosas distintas.

—El amor tiene sus altos y sus bajos. Por doloroso que sea a veces, también puede ser lo más hermoso y gratificante que llegues a experimentar. Tu padre cometió muchos errores en el pasado, pero yo lo amaba, y sé que al final de su vida se arrepintió de muchas cosas.

Me quedé en silencio unos segundos, reflexionando sobre sus palabras.

—Entonces… ¿crees que debería hablar con él otra vez?

Ella se encogió de hombros, con una expresión pensativa.

—Sí, hija, pero la decisión final es tuya. Recuerda: la vida es demasiado corta como para no intentar ser felices. Sea cual sea tu elección, estaré aquí para apoyarte.



Al llegar a SkyLink y ver a mi jefe, percibí una mirada distinta dirigida hacia mí. Lo observaba a menudo, ya que lo único que nos separaba era un tabique de cristal transparente. Así, él tenía una visión clara de mi espacio y yo del suyo.

Resultaba curioso cómo, incluso en medio del ajetreo diario, era capaz de notar cada cambio sutil en sus expresiones. La atmósfera entre nosotros siempre estaba cargada de electricidad, y aquella mirada, ese día, parecía una mezcla de arrepentimiento y ansiedad.

A pesar de todo, decidí concentrarme en el trabajo, intentando ignorar el torbellino de emociones que aquella situación me provocaba. Sin embargo, sentía constantemente la mirada de Dante sobre mí, lo que hacía aún más difícil mantener la concentración.

Cerca del mediodía, mientras revisaba unos informes, una notificación en el móvil llamó mi atención. Era Marcos, pidiéndome que me reuniera con él en el centro comercial.

Por un instante, sentí inquietud. Acababa de pagarle ese mismo mes, y dos encuentros tan seguidos no eran habituales. Aun así, con el corazón encogido, decidí acudir a la cita.

Terminé mis tareas y, en cuanto Dante regresó de comer, salí de la empresa con rapidez. Cuando encontré a Marcos, se me acercó de

inmediato y me llevó a un rincón discreto, mirando alrededor como si temiera que alguien lo siguiera.

Fuimos a un lugar más apartado y, por fin, pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—Voy a ser directo contigo: necesito tu casa.

—¿Cómo que tu casa?!

—¿Estás sorda o qué? Tienes hasta mañana por la noche para largarte.

Mi mente empezó a girar presa del pánico. Aquella casa tenía para mí un valor sentimental incalculable. Era el hogar de mis recuerdos más preciados, y ahora él estaba a punto de arrebatármelo.

—¡No puedes hacer esto! —mi voz sonó desesperada—. He cumplido con todas mis obligaciones, pago todas las cuotas en la fecha acordada.

Se encogió de hombros, con la mirada fría y distante.

—Los negocios son los negocios, cariño. Y no eres la única que debe dinero. Yo también le debo a alguien y no voy a conseguir lo que quiere, así que voy a regatear. En fin, eso no es asunto tuyo ni tengo por qué darte explicaciones.

—Me dijiste que, si pagaba todo correctamente, la casa volvería a estar a mi nombre —le recriminé, intentando mantener la calma.

—Las cosas cambian —respondió, encogiéndose de hombros.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; me sentía acorralada y completamente sola. Aun así, sabía que no podía rendirme sin más.

—Dame un mes más. Puedo encontrar la manera de conseguir el dinero y pagarte todo lo que falta. Así tú tendrás lo que quieres y yo

me quedaré con la casa.

—¡La respuesta es no! —se acercó, con los ojos llenos de irritación—. Lárgate mañana. No me obligues a entrar allí y sacaros a ti y a tu familia por la fuerza, porque… —levantó un objeto en la mano, y supe perfectamente lo que era: una copia de la llave de mi casa— con esta llave entraré quieras o no, y será peor si os encuentro dentro o si cambias la cerradura.

No tuve ni siquiera la oportunidad de decir nada más. Se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí, inmóvil, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Mi corazón latía con tanta fuerza que podía oír la sangre retumbar en mis oídos.

Cada parte de mí quería derrumbarse allí mismo, romper a llorar y dejar que las lágrimas fluyeran sin control. Pero algo dentro de mí se negaba a aceptar aquello como el final de mi historia. Respiré hondo; mis pensamientos corrían sin parar, buscando una salida.

Saldría de esta. Aún no sabía cómo, pero lo haría.

DANTE SALVATORE

Así, la semana se me iba a hacer eterna. Tenía muchos asuntos complejos que resolver relacionados con la empresa, pero ninguno resultaba tan difícil como lidiar con Marcela.

Ni siquiera el exceso de trabajo, más de catorce horas al día, lograba hacerme olvidarla: cada momento que pasábamos juntos, el sonido de su risa, cada mirada compartida. La forma en que su voz sonaba al teléfono e incluso la fragancia suave de su perfume que permanecía en mi despacho después de que se marchaba… todo era un recordatorio constante de algo que estaba perdiéndose.

Sabía que tenía sus razones para poner un punto final entre nosotros y, por mucho que quisiera juzgarla por ello, no podía hacerlo. Porque la culpa era mía.

Fui un cobarde.

Me escondí detrás de las exigencias del trabajo, del miedo a exponerme, a arriesgar el corazón. ¿El resultado? Estaba perdiendo, poco a poco, a la mujer que, pese a todos mis intentos de negarlo, se había convertido en la persona más importante de mi vida.

Ahora, sentado en mi sillón de cuero, mirando la mampara de cristal que nos separaba, lo único que deseaba era una segunda oportunidad. Una oportunidad para demostrarle a Marcela que estaba dispuesto a luchar por ella, que merecía algo más que un jefe distante: merecía a un hombre capaz de asumir lo que sentía.

Pero para eso necesitaba ser lo bastante valiente como para enfrentarme a mis propios demonios y admitir mis sentimientos. Y estaba decidido a hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

El sonido del teléfono sonando en mi despacho me interrumpió, algo poco habitual. Todo el que conocía mis métodos de trabajo sabía que no aceptaba llamadas directas; debían pasar primero por mi secretaria. Y cuando ella estaba a la hora de comer, no se me pasaba nada: simplemente se anotaba para que lo filtrara más tarde.

Escuché el teléfono sonar, irritado por la situación, y terminé haciendo algo que casi nunca hacía: descolgué.

—Perdone, señor, es que hay un hombre aquí que exige hablar con usted —dijo Débora, la secretaria principal de la empresa, con cautela.

—¿Exige?

—Sí, está bastante alterado. Los de seguridad lo han retenido, pero afirma que usted lo conoce y que autorizará su entrada.

—¿Cómo se llama?

—Marcos. Dice que estudió con usted.

Pensé unos segundos y respondí de inmediato:

—Déjalo pasar e indícale cómo llegar hasta aquí.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono, imaginando los motivos de su visita. Por el bien de mi ex amigo, más le valía traer lo que yo necesitaba. De lo contrario, aquella visitita le saldría muy cara.

Por suerte, Marcela aún no había llegado, así que no se vería involucrada en ningún problema que ese tipo pudiera causar. Unos minutos después, salió del ascensor.

—Dante…

—¡Entra en mi despacho! —ordené, y obedeció. Acto seguido, cerré la puerta.

El tipo se sentó con una sonrisa presuntuosa.

—Bonito sitio…

—¿Qué haces aquí?

—He decidido pasarme a ver dónde trabajas.

Cerré los ojos, contando hasta cinco. Hoy no era un buen día para poner a prueba mi paciencia.

—Si quieres salir de aquí entero, más te vale hablar claro. ¿Qué quieres y dónde está la brújula?

Esta vez adoptó una actitud seria mientras me miraba. Suspiró, desviando la mirada por un breve instante antes de volver a clavarla en mí con un gesto sombrío, en claro contraste con la sonrisa que lucía hacía apenas unos segundos.

—No he recuperado la brújula, Dante. Pero…

—¿Pero? —prácticamente gruñí, con la paciencia agotándose segundo a segundo.

Marcos se pasó la mano por el pelo, un tic nervioso que recordaba bien desde nuestros años de universidad.

—He estado buscando información y he descubierto que el comprador está fuera del país. No tengo forma de rastrearlo. Pero tengo una propuesta.

Reí con sarcasmo.

—¿Vendes lo que más valor tiene para mí y ahora quieres hacer propuestas?

—Sí. Si fuera otra persona, no me importaría, pero sé que estás vigilando cada uno de mis pasos, y eso está afectando a mis negocios en la ciudad.

—¿Y a mí qué coño me importa?

—Quiero hacer un trato. Tengo una casa, una propiedad cuyo valor equivale a lo que obtuve por la brújula de diamantes.

—Espera un momento… ¿de verdad crees que una casa puede compensar el valor sentimental de aquel regalo? ¡La brújula era una herencia familiar! ¡No puedes sustituir eso simplemente por ladrillos y hormigón!

Me levanté, irritado, avanzando hacia el hombre, que hizo lo mismo.

—Estoy intentando negociar.

—No hay negociación. —Me acerqué todavía más, con la mirada clavada en él, intentando pensar en algo para no matarlo allí mismo—. Quiero lo que te pedí, Marcos.

—Dante… no es fácil conseguir lo que me pediste. Ya te dije que puede ser imposible y…

—¡Cállate, Marcos! Vas a encontrar la manera de conseguir lo que te pedí.

—Solo piénsalo bien, considera mi propuesta. Esta es la llave del lugar, si quieres ir allí… —me mostró la llave de una casa cualquiera, y empecé a reírme en su cara.

—Esa llave no me sirve para nada. Necesito lo que te pedí. ¡La necesito a ella!

Marcos respiró hondo, con la mirada oscilando entre la rabia y la resignación. Era evidente que estaba jugando su última carta, y aquella casa era su apuesta final. Por lo que había investigado sobre él,

no tenía mucho dinero, y lo poco que poseía provenía de estafar a gente en São Paulo.

—Todavía no la tengo en mis manos, Dante.

Cada vez que repetía eso, la rabia me crecía en el pecho. Impulsivamente, le di un puñetazo en el estómago, haciéndolo caer al suelo. Tosió, llevándose una mano al abdomen, mirándome con los ojos húmedos y llenos de sorpresa.

—¡Encuentra la manera de recuperar la brújula, joder! ¡No quiero saber nada más y no aceptaré nada a cambio!

—No… no deberías haber hecho eso —jadeó Marcos, rodando ligeramente de lado.

—¿Robaste el único recuerdo que tenía de mi madre y creíste que ibas a salir impune? —me incliné sobre él, sujetándole parte del cabello, con la voz cargada de amenaza—. ¿Y ahora pretendes sobornarme con una casa cualquiera?

—Estaba desesperado y necesitaba dinero.

—Eso no es problema mío. Aún tienes un plazo; más te vale apañártelas. Ahora, sal de una puta vez de mi despacho y no vuelvas a aparecer por mi trabajo, porque si lo haces, nuestra conversación será muy distinta.



CAPÍTULO 32

Cada elección es una pincelada en el lienzo de nuestra existencia, y hasta los errores añaden matices esenciales a nuestra obra maestra…

MARCELA NOVAES

Ni siquiera almorcé después de encontrarme con Marcos y me quedé deambulando por el centro comercial, perdida en mis propios pensamientos, sin saber qué decisión tomar.

Me avergonzaba tener que decirle a mi madre que tendríamos que dejar la casa, sobre todo sabiendo que aquella vivienda era fruto de su duro trabajo en el pasado.

Fui al baño del centro comercial para mirarme al espejo y allí mismo me derrumbé en lágrimas, consciente de que todo mi esfuerzo por saldar las deudas de mi padre estaba ahora fuera de mi control.

Hice todo lo posible para que ese día nunca llegara, pero la verdad era que no tenía ninguna garantía de que pudiéramos quedarnos en nuestra casa; Marcos podía hacer lo que quisiera, ya que el inmueble no estaba a nuestro nombre.

Con dificultad, salí del centro comercial y regresé a SkyLink, todavía reflexionando sobre los siguientes pasos. Mi vida, en las últimas semanas, había sido perfecta, e incluso me había permitido enamorarme de alguien en medio de todo aquello…

Dante, aunque no quería lo mismo que yo, ocupaba mis pensamientos, y sentía que eso era peligroso. A veces no me comprendía ni a mí misma y, aun sabiendo que para él yo no era más que una distracción, estaba segura de que, en el fondo, sentía algo por mí.

Seguí mi camino habitual, cogiendo el ascensor y pensando en todo y en nada al mismo tiempo mientras subía. Incluso llegué a plantearme hablar con él y pedirle la tarde libre, pero sabía que eso lo perjudicaría, así que descarté la idea.

Al salir del ascensor, percibí dos voces exaltadas en la planta y, a medida que me acercaba a mi despacho, reconocí que una de ellas era la de mi jefe y la otra…

Parecía una locura, teniendo en cuenta lo que Marcos me había dicho, pero aquella voz era idéntica a la suya. Con cautela, me acerqué y, al ver al otro hombre en el despacho de mi jefe, mi corazón se detuvo durante unos segundos…

Me sorprendió verlos discutiendo y nada de aquello tenía sentido para mí.

¿Desde cuándo Dante conocía a Marcos?

Con cuidado, me mantuve oculta cerca de la entrada de mi despacho. Y, mientras me escondía, escuché cosas que jamás habría esperado, palabras que se clavaron como cuchillos en mi corazón…

—Dante… no es fácil conseguir lo que pediste. Te dije que podía ser imposible, pero…

—¡Cállate, Marcos! Vas a encontrar la manera de conseguir lo que te pedí.

—Piensa bien en mi propuesta. Esta es la llave del lugar, por si quieres visitarlo…

Marcos le mostró a mi jefe la llave de mi casa y Dante sonrió con sarcasmo al verla.

—Esa llave no tiene ningún valor para mí. Quiero lo que te pedí. ¡La necesito!

—Todavía no la tengo, Dante.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por segunda vez aquel día, porque sabía exactamente de qué estaban hablando: de mí.

Aún conmocionada, salí de mi escondite y corrí al baño de aquella planta. Necesitaba un momento a solas para procesarlo todo. Las palabras resonaban en mi mente, insistentes.

Resultaba difícil creer que alguien de quien me había enamorado estuviera implicado en algo tan oscuro y que, de algún modo, yo fuera el centro de todo.

«Marcela, eres mía. Haría cualquier cosa para tenerte conmigo. ¡Cualquier cosa!»

La frase que Dante me había dicho en nuestra última discusión regresó a mi mente, demostrando que hablaba muy en serio.

El agua fría del grifo refrescaba mis muñecas mientras intentaba calmar los latidos acelerados de mi corazón. La escena de Dante y Marcos, la intensidad del diálogo y todo lo que se había dicho me golpeaban con fuerza. Y, en aquel momento, me sentía aún más desorientada…

DANTE SALVATORE

Después de que Marcos se marchara de SkyLink, me quedé de pie, observando la ciudad a mis pies, pensando en cuáles serían mis próximos pasos. Quisiera o no, en mi mente crecía cada vez más el pesimismo respecto a recuperar el regalo que mi madre me había dejado, y no veía manera de hacerlo sin involucrar a Marcos.

Decidí dejar de pensar en ello y volver al trabajo. Sin embargo, al girarme, vi a alguien en la puerta de mi despacho. Esta vez me miraba con una expresión completamente distinta a la que estaba acostumbrado a ver. Era Marcela.

Sus ojos castaños, que normalmente brillaban con curiosidad y dulzura, ahora mostraban una rabia profunda. Su cuerpo estaba tenso, los puños cerrados y la postura claramente defensiva. Durante unos segundos, intenté comprender qué podía haberla llevado a ese punto.

Dio un paso al frente, con la voz temblorosa pero firme:

—¿Así que esto es lo que haces? ¿Chantajear a la gente para conseguir lo que quieres?

Me quedé aturdido, sin entender aquella acusación.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el desentendido, señor. Hoy he visto quién eres en realidad —dijo, con lágrimas asomando en los ojos.

En un instante, todos los momentos compartidos, las risas y las miradas cómplices desfilaron ante mí.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? —pregunté, con un tono ligeramente más áspero, aún desconcertado por su actitud.

Negó con la cabeza, haciendo que el cabello le revoloteara alrededor del rostro.

—No quiero oír nada más de ti. ¿Cómo pude ser tan ciega? ¿Cómo pude enamorarme de alguien como tú?

Antes de que pudiera defenderme, sentí un ardor en la cara. Me había abofeteado, con la tristeza y la ira reflejadas en su expresión.

—¿Pero qué coño…?

—No vuelvas a tocarme nunca —advirtió con firmeza, señalándome con el dedo—. Fue un error pensar que podrías ser diferente.

—Marcela…

—Me quedaré aquí hasta que vuelva Theodore. Pero no me hables, a menos que sea por trabajo. De lo contrario, te arrepentirás, Dante.

El dolor físico en la mejilla no se comparaba con el que sentía en el corazón. No comprendía el motivo de su reacción. Estuve a punto de ir tras ella, pero me detuve y lo pensé mejor. No serviría de nada. No sabía qué la había llevado a actuar así, pero lo descubriría.

Nunca hice nada contra ella. Al contrario, haría cualquier cosa por ella. Ahora sabía lo que sentía y estaba convencido de que me había enamorado de ella durante aquellos meses de convivencia…



Durante el resto del día no volví a tener contacto con Marcela y, aun estando a apenas unos metros de distancia, noté que tenía el rostro completamente apagado y serio.

La ligereza con la que solía observar a su alrededor había sido sustituida por una actitud rígida y reservada. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, aunque fuera por una fracción de segundo, veía un torbellino de emociones reflejado en sus ojos: rabia, confusión, dolor y decepción.

Me invadió una sensación de impotencia, con ganas de tender la mano y arreglarlo todo, pero sabiendo que, en ese momento, cualquier acercamiento solo empeoraría la situación.

La verdad era que la deseaba más que a nada, más que a cualquier logro profesional. Y mientras luchaba contra esa atracción arrolladora, la inevitable cercanía hacía que todo resultara aún más intenso.

Era como si la oficina se hubiera convertido en nuestro campo de batalla. Antes, las palabras cobraban vida y las miradas susurraban promesas indecentes; ahora, ocurría justo lo contrario.

Ella me odiaba, su mirada lo decía todo. Y yo no sabía el motivo, o quizá solo entendía una parte, convencido de que se debía a nuestra última conversación, aquella en la que pusimos fin a algo que ni siquiera habíamos llegado a empezar.

Lo que intentaba decir, desesperadamente, era que Marcela se había convertido en mi obsesión, en mi desafío personal y en mi

salvación, todo concentrado en una sola mujer.

La forma en que nuestros caminos se entrelazaron resultaba casi inexplicable. La dinámica entre nosotros siempre había sido intensa, como si fuéramos dos imanes, repeliéndonos y atrayéndonos en un ciclo constante.

Siempre había sido una persona controlada y centrada. Rara vez mostraba mis sentimientos. Pero con Marcela, cada interacción era una montaña rusa emocional. Y, pese a todo el caos, nunca me había sentido tan vivo.

Comprendí que el dolor en sus ojos lo había provocado yo, pero necesitaba saber qué le había hecho y estaba dispuesto a todo para remediarlo.

Aprovechando el final de la jornada, fui hasta su despacho cuando ella salía y me planté delante de ella.

—¿Por qué hiciste eso?

—No tenemos nada personal de lo que hablar, señor.

—¿Entonces aquello fue personal?

—Sí, y si quiere despedirme, está bien.

—No voy a despedirte, y lo sabes.

—Entonces salga de mi camino.

—Marcela…

—Es en serio… Si signifiqué algo para usted, déjeme pasar —dijo esta vez en voz baja, casi suplicando. Y me sentí fatal, porque realmente parecía tenerme miedo.

—No significaste… significas, Marcela… —me acerqué un poco más y ella retrocedió, como si temiera que me aproximara.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, pero supe que aquel día no conseguiría nada, y mucho menos entender su reacción de horas atrás. Así que le dejé paso y ella salió apresurada, entrando en el ascensor.

Aunque hoy no obtuve mis respuestas, no descansaría hasta comprender qué había ocurrido. Y le aclararía cualquier malentendido, porque se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida…



CAPÍTULO 33

Nuestro amor era como aquel libro antiguo en la estantería, cuyas páginas, aunque gastadas por el tiempo, guardaban historias que jamás envejecían…

MARCELA NOVAES

Cuando llegué a casa, encontré a mi madre en el salón, bordando como siempre hacía para aliviar el estrés. El murmullo suave de la radio dejaba oír una canción antigua que nos transportaba a tiempos más sencillos, épocas en las que el miedo a perder nuestra casa no rondaba nuestras mentes.

Respiré hondo, intentando reunir el valor necesario para darle la noticia que había recibido de Marcos. Sabía que aquello sería un

golpe devastador para ella, que había dedicado toda su vida a convertir aquel hogar en nuestro refugio.

—¿Mamá? Tenemos que hablar —empecé con cautela, sin saber aún cómo decírselo.

Levantó la mirada, preocupada, al percibir la seriedad de mi tono.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Es que… —tragué saliva, las palabras parecían quedarse atrapadas en la garganta— hoy el prestamista vino a hablar conmigo.

La expresión de mi madre se ensombreció, como si ya intuyera algo malo.

—¿Y qué te dijo?

—Quiere la casa, mamá. Dijo que tenemos hasta mañana para irnos.

Su rostro pasó de la preocupación al impacto. Durante un instante se quedó en silencio, asimilando la noticia.

—¿Cómo es posible? ¡Pagas todas las cuotas al día!

—La casa está a su nombre, mamá. Legalmente tiene derecho a echarnos.

Parecía a punto de romper a llorar.

—¿Pero por qué? ¿Por qué nos haría esto ahora?

—No lo sé, mamá. Él… parecía desesperado y creo que necesita dinero. De verdad… no lo sé.

No tuve el valor de decirle a mi madre que había sido Dante quien había exigido nuestra casa como una forma de castigo para

obligarme a quedarme con él. Recordé sus palabras, cuando decía que haría cualquier cosa para que estuviéramos juntos, pero nunca imaginé que pudiera llegar tan bajo, aliándose con Marcos.

La rabia que sentía hacia él era inmensa, pero no iba a dejar mi trabajo por su culpa. Aguantaría esos seis meses completos y, después, haría todo lo posible por evitarlo, más aún ahora que sabía de lo que era capaz.

Mi madre se levantó, caminó hasta mí y me tomó las manos.

—Encontraremos una solución, cariño. Siempre lo hemos hecho.

La abracé, buscando algo de consuelo.

—Perdóname por no poder hacer nada, mamá.

Ella me acarició el pelo y pude sentir la fuerza y la determinación que siempre la habían caracterizado, incluso en los momentos más difíciles.

—No digas eso, mi amor. No es culpa tuya. Estas cosas pasan y solo nos queda afrontarlas y superarlas —se apartó un poco, sosteniéndome el rostro entre las manos—. Siempre has sido tan responsable, tan dedicada… Estoy orgullosa de ti, pase lo que pase. Estás asumiendo una deuda que era de tu padre.

Me sequé las lágrimas que empezaban a caer.

—Solo quería haber sido más cuidadosa, haber protegido mejor nuestra casa.

Ella sonrió con tristeza.

—La casa es solo un lugar, cariño. Lo que importa es la familia y el amor que compartimos. Y eso no hay prestamista que pueda arrebatárnoslo.

Le devolví la sonrisa, sintiendo una oleada de gratitud por tener una madre tan comprensiva y cariñosa.

—Vamos a estar bien, ¿verdad?

Me estrechó en un abrazo fuerte.

—Claro que sí. Juntas, podremos con cualquier cosa.



Ya había pensado en el lugar donde mi familia y yo nos quedaríamos por el momento: en uno de los hoteles cerca de SkyLink. Por suerte, había guardado el dinero de mi sueldo de la empresa, así que podríamos alojarnos allí durante unos días hasta que decidiera adónde iríamos de forma definitiva.

Durante el almuerzo estaba abstraída de todo lo que me rodeaba, pero hubo dos personas que se dieron cuenta.

—¿Vas a contarnos lo que está pasando por las buenas o tendremos que sacártelo a la fuerza, amiga? —preguntó Daniela. Al igual que ella, Ana Júlia clavó sus ojos en mí.

Por mucho que fueran mis mejores amigas, no se lo había contado a nadie. Me daba vergüenza revelar esa parte de mi vida en la que estaba a merced de otra persona. Pero parecía que esta vez no tenía escapatoria.

—He tenido un problema.

—¿Qué tipo de problema, Marcela? —preguntó Ana Júlia, y entonces decidí desahogarme y contarles lo que estaba ocurriendo.

Prácticamente pasé todo nuestro almuerzo explicando mi situación y cómo había acabado envuelta en ella. Además, les conté la conversación entre Dante y Marcos y lo que yo había entendido de todo aquello.

Durante unos instantes se quedaron en silencio, limitándose a mirarme, sorprendidas.

—Te quedarás conmigo, en mi mansión —declaró Ana Júlia. Me esperaba esa oferta, pero me sentía mal por, de algún modo, causar molestias.

—Amiga, me las arreglaré.

—No, Marcela. Está decidido. Hoy te vienes conmigo y…

—¡No! Ella y su familia se quedarán conmigo —interrumpió Daniela, con un tono decidido—. Vivo sola y me vendrá bien tener gente en casa. Como sabéis, soy muy reservada y eso no es saludable. Hasta que resuelva toda esta situación, quiero que se quede conmigo, y no se hable más. Además, vivo cerca de la casa de Marcela, lo que facilitará que su hermano vaya al colegio.

—Daniela… —murmuré, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No quiero ser una molestia.

—Solo lo serás si no aceptas. Está decidido. Te quedarás conmigo por ahora y punto final.

—Gracias —dije, con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo no llores, por favor. Ver llorar a la gente… se me hace muy difícil.

—Lo sé —sonreí, y ella me devolvió la sonrisa.

—Creo que ahora tenemos que hablar de otra cosa. Lo de Dante está muy mal contado —observó Ana Júlia.

—Yo también lo creo.

—Lo oí todo —comenté, mirando a mis amigas—. Oí las frases, entendí lo que quería, a quién deseaba.

—Perdona, amiga, pero no veo a Dante como el tipo de persona capaz de hacer algo así.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Daniela—. Lo conozco desde hace algunos años y esta historia me parece muy extraña. No digo que estés mintiendo, pero quizá el contexto sea otro.

Reflexioné sobre sus palabras, pero en nuestra última conversación vi en los ojos de mi jefe que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que no pusiéramos fin a aquel breve vínculo, y eso me asustó.

—No quiero pensar en eso ahora. Lo que tuvimos… se acabó. Lo más importante ahora es mi familia.

—En cuanto a eso, no te preocupes. Te quedarás conmigo, amiga.

Les di las gracias por tenerlas en mi vida y sentí que estarían a mi lado pasara lo que pasara.



Ya me había instalado en casa de Daniela y me sentía un poco más aliviada. Su casa no era grande; de hecho, era solo un poco más grande que la mía, y eso me sorprendió.

Ella no solía hablar mucho de dónde vivía, y yo había pensado que, al igual que Dante, residía en una mansión. En mi imaginación, era millonaria, pero al parecer no sabía tantas cosas sobre ella como creía.

Aunque durante los primeros días tanto mi familia como yo nos sentíamos algo cohibidos, Daniela hizo todo lo posible para que nos sintiéramos como en casa y, poco a poco, fuimos adaptándonos.

—Amiga… quiero darte las gracias, pero quiero que sepas que pronto buscaré otro sitio para no darte molestias.

—Como vuelvas a decir eso, te pego. Y no será un golpe cariñoso.

Sonreí.

—De acuerdo.

Acabábamos de llegar a la empresa y comencé mi trabajo con normalidad.

Durante aquella última semana, la imagen de mi jefe hablando con Marcos no se me había ido de la cabeza. Saber que estaba conspirando con un hombre como él me revolvía el estómago y me confirmaba hasta dónde era capaz de llegar con tal de tenerme a su lado.

La forma en que había pronunciado aquella frase, tratándome como si fuera una posesión, no dejaba de atormentarme.

«Necesito lo que te pedí, la necesito a ella».

Probablemente nunca había estado tan dolida con alguien, y aquel peso en el pecho me estaba asfixiando. Aun así, me mantendría firme.

Cumpliría los seis meses completos y, cuando Theodore regresara, hablaría con él.

Lo que no había cambiado era la insistencia de Dante por saber qué había ocurrido y, cada vez que se acercaba a mí, me sentía más irritada, ya que seguía fingiendo que no sabía absolutamente nada.

Para empeorar las cosas, como iba y venía con Daniela, empezó a preguntarme directamente por qué había prescindido del chófer. Le di una respuesta básica, diciendo que me había mudado y que ahora iba y volvía con una amiga.

No quería darle explicaciones; de hecho, evitaba a Dante siempre que podía. Pero cuanto más lo hacía, más intentaba acercarse, y aquel teatro que montaba no hacía sino empeorar la situación.

Por la tarde, fui a recoger el café de mi jefe y, lo confieso, lo hacía en automático. Él seguía afectándome, y eso era evidente, sobre todo después de oír el comentario de Jurema.

—Habéis discutido, ¿verdad?

Todo parecía demasiado obvio.

—¿Por qué piensas eso, Jurema? —pregunté, intentando disimular mi incomodidad y mi sorpresa.

Ella suspiró, cogió un paño de cocina y se secó las manos. Su mirada era profunda, cargada de experiencia.

—Ya he visto esa mirada antes, pero en tu caso parece más… personal. Y no eres la única. Él tampoco ha sido el mismo cuando viene aquí últimamente. Dante está diferente, y tú también. Solo he unido las piezas.

Me quedé quieta unos segundos, con la taza de café entre las manos.

—Es complicado, Jurema. No sé si deberíamos mezclar trabajo y sentimientos, pero yo cometí ese error.

Jurema inclinó la cabeza, observando el pequeño medallón que colgaba de su cuello. El brillo de la pieza contrastaba con la sencillez de su uniforme.

Por un breve instante, habría jurado ver en su interior la fotografía de dos mujeres, pero enseguida se apartó, impidiéndome verlo con claridad.

—A veces, el destino nos coloca en situaciones difíciles, querida —comenzó Jurema, con una voz suave y reflexiva—. Pero debes saber que todo tiene un motivo. Y aunque ahora no lo comprendamos, el tiempo siempre encuentra la forma de revelarlo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y una sensación de comprensión me envolvió. Por alguna razón, sus palabras me tocaron de una manera que no sabía explicar.

—Gracias, Jurema. Tus palabras significan mucho para mí.

Ella me dedicó una sonrisa cálida, se apartó y a continuación me entregó la bandeja.

—Se nota claramente cuánto te importa. Y, quién sabe, quizá él también te necesite más de lo que imagina. Solo ten cuidado, querida. Los corazones pueden ser frágiles, pero también son resistentes. Siempre encuentran la manera de sanar, incluso en las circunstancias más difíciles.

Al salir de la cocina, me descubrí pensando en sus palabras y en aquel medallón. Al parecer, ella también había pasado por situaciones complicadas en su vida, igual que yo en ese momento.

DANTE SALVATORE

Todos mis intentos de acercarme a Marcela resultaban inútiles, y ya no sabía qué más hacer.

Era evidente que, por cada paso que yo daba hacia ella, ella retrocedía dos. Sabía que mi posición y mi forma de comportarme en el trabajo no ayudaban, pero creía que, detrás de aquella máscara profesional, tendría que existir una rendija por la que pudiéramos resolver lo que fuera que estuviera ocurriendo.

Eso no cambiaba el hecho de que me preguntara a cada instante dónde había fallado.

¿Había sido en las pequeñas discusiones sobre tareas que parecían irrelevantes? ¿O en las ocasiones en que la presioné más de la cuenta por asuntos laborales? Tal vez fui demasiado frío, o quizá excesivamente intenso.

No lo sabía, y ella no me lo decía. Cada vez que intentaba acercarme, Marcela apartaba la mirada y se refugiaba en su trabajo, como si fuera una barrera protectora frente a mis intentos. Podía ver el dolor en sus ojos, pero también la determinación de no dejarme entrar de nuevo.

Sin embargo, percibía algo más que no lograba comprender. Aquella mirada distante y la tristeza que veía en sus ojos parecían ir más allá de mí. Había algo más profundo, un dolor que se guardaba para sí.

Y fue pensando en ella cuando la vi entrar en mi despacho con mi café de la tarde.

—Gracias —dije, ya buscando qué decir a continuación, pero ella simplemente asintió con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse. Su gesto dejaba claro que quería evitar cualquier conversación.

—Marcela, espera —la llamé, poniéndome en pie.

Se detuvo, visiblemente tensa, sin girarse. Aproveché ese instante de vacilación.

—¿Cuál es el problema?

—Eso es lo que tú deberías decirme. ¿Qué está pasando?

—¿Por qué te importa?

—Porque me importas, Marcela. Puede que no lo haya demostrado de la mejor manera, y admito mis errores, pero de verdad me importas. Quiero entender qué hice mal y arreglarlo.

Ella se volvió, mirándome con intensidad.

—No voy a señalar lo evidente ni a explicar la raíz de mis problemas. Y no quiero volver a tener esta conversación.

—¿Por qué te comportas así? ¿No quedamos en hablar si surgía cualquier problema?

Mi irritación crecía a medida que ella se mostraba más esquiva.

—Olvídame, Dante. Es lo mejor para los dos, porque yo estoy intentando olvidarte, aunque me resulte difícil.

Me quedé sin palabras, observando a la mujer que tanto había removido algo dentro de mí en los últimos meses.

—Marcela…

—Si necesita algo relacionado con el trabajo, estaré en mi despacho.

Con eso, salió de mi oficina, y mi frustración no hizo más que aumentar. Era evidente que algo había cambiado entre nosotros, pero ella no me diría qué.



CAPÍTULO 34

En el tejido del tiempo, éramos esas dos hebras que, pese a todos los giros y vaivenes, siempre encontraban el camino de regreso la una hacia la otra…

MARCELA NOVAES

Por mucho que Ana Júlia y Daniela me hubieran dicho que no creían que Dante fuera capaz de algo así, yo lo había oído todo y lo había visto con mis propios ojos: a los dos hombres hablando.

Sí, seguía dándole vueltas. No estaba loca, y mi jefe había sido muy claro al decir que haría cualquier cosa para que estuviéramos juntos.

Y, por encima de todo, era mi llave la que sostenía en sus manos…

Decidí no pensar en nada más y me disponía a entrar en el ascensor. Cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, una mano lo impidió y… era él.

Dante Salvatore.

Mi jefe entró conmigo en el ascensor y, a continuación, las puertas se cerraron.

—Hoy has llegado temprano —comentó nada más entrar.

—Eso parece.

No tenía ganas de hablar, y mucho menos de mirarle a la cara. El mayor obstáculo era su perfume, que llenaba el ascensor: un aroma masculino e embriagador que siempre me hacía recordar los momentos que habíamos compartido.

El silencio entre nosotros durante la subida era casi palpable, cargado de tensión y de sentimientos no expresados. Él respiró hondo, rompiéndolo.

—Marcela, tenemos que hablar. Necesito entender qué está pasando.

Reí, negando con la cabeza. Tuve ganas de llamarlo falso, pero me contuve. Ya le había dado una bofetada a mi jefe y podría haberme costado el trabajo.

—No tenemos nada de qué hablar —respondí, manteniendo la mirada fija en los números del panel del ascensor, que ascendían lentamente.

Demasiado lentamente.

Dudó un instante, pero enseguida posó su mano sobre la mía. Sentí un escalofrío, aunque resistí la tentación de apartarme.

—Por favor, escúchame.

—Ya escuché todo lo que necesitaba.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me giré hacia él, buscando vacilación en su mirada. Si me estaba engañando, no lo demostraba, y eso no hizo más que aumentar mi irritación.

—Oí la conversación que tuviste con un hombre hace unos días. O mejor dicho, aquella discusión en tu despacho.

Dante pareció reflexionar, pero sus ojos confirmaron que sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—¿Una conversación aislada es el motivo por el que te has alejado? ¿Qué está pasando, Marcela? Sé sincera.

La sangre me hirvió con aquella pregunta y sentí cómo la rabia afloraba.

—¡Cínico! Dijiste que harías cualquier cosa para preservar nuestra relación. ¿Pero tenías que aliarte con Marcos para hacerme esto, solo para tenerme para ti?

—Espera… ¿cómo sabes su nombre…?

De repente, el ascensor dio un fuerte sacudón y el panel electrónico se apagó, al igual que las luces del interior. Respiré hondo, presa del pánico. Siempre había temido quedarme atrapada en un ascensor, y ahora ese miedo se hacía realidad.

Dante, al notar mi reacción, me atrajo de inmediato hacia él y me abrazó.

—Marcela, tranquila. Todo está bien. Saldremos de aquí enseguida. Cuando pasa esto, no suele tardar más de cinco minutos —susurró.

—Cinco minutos… es muchísimo tiempo. Tengo claustrofobia… y miedo a la oscuridad —confesé, con la voz quebrada.

Dante me estrechó con más fuerza.

—Estoy aquí contigo. No voy a dejarte sola. Te lo prometo.

Un sollozo débil escapó de mis labios. Dante empezó a acariciarme la cabeza y murmuró palabras tranquilizadoras. Poco a poco, el pánico fue cediendo, sustituido por una sensación de seguridad que me brindaban sus brazos. Cerré los ojos.

Aquello estaba muy mal. Después de todo lo que había oído, aun así conseguía afectarme.

—No quiero que me abraces, pero… lo necesito. Por favor, no me sueltes.

Mi corazón latía con fuerza, no solo por el pánico de la situación, sino por estar tan cerca de Dante. Su respiración pausada y su voz grave, que antes me ponían nerviosa y a la defensiva, ahora me aportaban cierto consuelo en medio del caos.

¿Pero por qué? ¿Por qué, después de todo, seguía sintiéndome así a su lado?

Con los ojos aún cerrados, intenté concentrarme en el sonido de mi respiración, buscando algo de equilibrio interior. Sin embargo, era imposible ignorar el calor de las manos de Dante sobre mi piel, su cercanía, el aroma familiar de su perfume.

—Marcela… no sé qué he hecho, pero perdóname, sea cual sea el problema.

Su voz sonaba cargada de arrepentimiento. Por un breve instante, olvidé todo el contexto problemático y complejo de nuestra relación. En aquella oscuridad, él era mi ancla. Y me odié por ello.

Sus palabras, impregnadas de emoción, me hicieron abrir los ojos. En la penumbra, pude ver su mirada buscando la mía, llena de vulnerabilidad y de un deseo sincero de comprensión.

¿Por qué estaba planteándome perdonarlo después de todo lo que había oído?

Las fronteras entre lo correcto y lo incorrecto se volvieron difusas, y mi corazón oscilaba entre el rechazo y la atracción. De pronto, las luces se encendieron de nuevo y, poco a poco, el ascensor se estabilizó, obligándome a retroceder y a romper el contacto con su cuerpo.

En cuestión de minutos, llegamos a la última planta. Hice todo lo posible por evitar cualquier interacción con él aquella mañana. Aun así, su tacto y su aroma seguían vivos en mi memoria.



Dante había salido a almorzar horas antes y yo estaba esperando a que regresara para empezar con el mío. Pero, cuando mi jefe volvió, dijo:

—Ven a mi despacho.

Obedecí y lo seguí.

—Cierra la puerta.

Su expresión estaba un poco más seria de lo habitual y me pregunté cuál sería el motivo.

—¿Cuál es el problema?

—No saldrás de aquí hasta que me digas el motivo exacto por el que explotaste aquel día.

—¿Y si no quiero? —repliqué, cruzándome de brazos.

—Marcela… no hagas esto.

—Ya lo estoy haciendo. ¿Era solo eso?

Ante su falta de respuesta, me giré, pero cuando toqué el pomo de la puerta, dijo algo que me hizo detenerme:

—Si sales por esa puerta sin decirme qué pasó, más te vale ir directamente a Recursos Humanos. Además de despedirte, no volverás a trabajar en SkyLink ni siquiera cuando Theodore ocupe mi puesto, o no me llamo Dante Salvatore.

Durante un segundo no creí sus palabras, pero cuando me giré y observé su rostro, noté que hablaba en serio.

—Ya lo entiendo. ¿Tu intención es humillarme, verdad, señor?

—¡Joder, Marcela! —bramó, poniéndose de pie—. ¿Qué parte de «no sé por qué hiciste aquello» no has entendido?

Era un actor excelente; no había otra explicación posible.

—¿Por qué no te explicas tú, Dante?

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué hacías hablando con Marcos, con la… llave de mi casa en las manos?

Fue inevitable que algunas lágrimas rodaran por mi rostro, y mi jefe se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho?

—Para conservar mi empleo tengo que decir lo obvio, ¿no? Pues vale. Marcos es el hombre que tu chófer dijo haber visto en la puerta de mi casa, y es a él a quien entrego tres mil euros todos los meses para amortizar una deuda. Pero… eso ya lo sabías, ¿verdad? Cuando dijiste que harías lo que fuera por tenerme, estabas diciendo que eras capaz de aliarte con el hombre al que le debo más de doscientos mil euros, el hombre que tiene la casa de mis padres a su nombre, porque tuve que transferírsela para que la deuda que contrajo mi padre se redujera.

—Marcela… lo estás entendiendo mal.

—¿Ah, sí? —me acerqué a él, con los ojos llenos de lágrimas, mirándolo fijamente—. Oí tu frase con toda claridad: «La llave de esa casa no me sirve de nada, necesito lo que te pedí, la necesito». Tu intención era chantajearme, ¿no? Pues escúchame bien, eso no va a ocurrir.

Dante se quedó mirándome, luego apartó la vista y se pasó la mano por el cabello, como si intentara comprender la situación. Sin embargo, la comprendía perfectamente.

—¿Marcos es el usurero que te chantajea por las deudas de tu padre?

—¡Lo sabes perfectamente! —grité—. Si no, no estarías con él. Para mí esto se acabó, no quiero hablar más de ello.

Le di la espalda y, cuando llegué a la puerta, su mano rodeó mi cintura con una facilidad tremenda, me hizo girar de lado y quedó de espaldas a la puerta, frente a mí.

—No vas a salir de aquí.

—¿Ah, no? Voy a gritar.

—Grita todo lo que quieras, pero solo saldrás de aquí cuando te explique este malentendido.

—¿Malentendido? —me burlé, cruzándome de brazos.

—Sí, Marcela —puntualizó, serio—. No sabía que vosotros dos tuvierais esa relación.

—Ah… ¿no lo sabías? —pregunté, cínica—. Entonces, ¿qué hacía él aquí y por qué dijiste la frase: «necesito lo que te pedí, la necesito»?

Se acercó un poco más, con los ojos fijos en los míos.

—Marcos fue el hombre que robó la brújula de diamantes que mi madre me dejó, y la frase es exactamente lo que parece. Pero me refería a la brújula, no a ti.

Mi respiración se volvió agitada y sentí que el rostro me ardía.

—Espera… ¿qué has dicho? —pregunté, incrédula.

—¿Por qué mentiría sobre algo así? Esa brújula es lo más valioso que tengo —dijo Dante con una vulnerabilidad que jamás le había visto—. El hombre que mencioné en la mansión era Marcos; estudió conmigo y fue a él a quien invité a mi casa, donde robó algunas cosas, entre ellas el regalo de mi madre.

La atmósfera entre nosotros se volvió densa, casi tangible. La ironía de la situación no se me escapó y me quedé sin palabras.

—¿Qué tiene que ver que él tenga la llave de mi casa con todo esto? —pregunté, aún atónita.

—No consiguió recuperarla y pensó que aceptaría otra cosa de valor a cambio. Pero yo le dije que… que la necesitaba. La brújula. No

estaba hablando de ti, Marcela. Y jamás sería capaz de hacer nada contra tu familia ni contra ti, y mucho menos de aliarme con un hombre como él. Sé por lo que has pasado en los últimos años, lo del despido, y aunque por dentro esté furioso por que hayas pensado eso de mí, entiendo tu reacción. Pero tu conclusión fue precipitada.

No sabía qué pensar y me sentía profundamente avergonzada por toda aquella situación. Al escucharlo, no tenía la sensación de que me estuviera engañando; parecía completamente sincero.

—Perdón… —murmuré, sin atreverme siquiera a mirarlo. La vergüenza era demasiada y no sabía dónde meterme.

—Marcela, ¿tienes algún otro problema conmigo? Porque, si es así, lo vamos a resolver antes de salir de este despacho.

Se acercó un poco más y levanté la cabeza para mirarlo. Sus ojos eran tan intensos que sentí como si me estuviera mirando directamente el alma.

Dante tomó mis manos, entrelazando sus dedos con los míos. La cercanía hizo que mi corazón se acelerara, pero, por alguna razón, ya no me sentía amenazada. Al contrario, me sentía a salvo allí, con él.

—Dante… me siento fatal.

—Los malentendidos pasan, pero no puedo adivinar lo que estás pensando —dijo, tocándome el rostro, y fue como si todo a nuestro alrededor desapareciera, quedándonos solo nosotros dos en aquella sala—. Cuando te miro a los ojos, veo a una mujer fuerte, decidida, pero que, como todos, tiene inseguridades y miedos —añadió con voz ronca—. No eres un desastre, Marcela. Todos cometemos errores. Todos dudamos alguna vez. Lo importante es cómo afrontamos eso después.

Lo miré, intentando descifrar si hablaba en serio o si solo trataba de tranquilizarme. Pero aquellos ojos no mentían. Dante era sincero, y yo podía sentirlo.

—Yo solo… no sé qué decir —confesé.

Él sonrió con suavidad, acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Hay algo que he aprendido con el tiempo: la confianza es como el cristal. Una vez que se rompe, puede ser difícil de arreglar, pero no es imposible. Sé que no confías en mí, sobre todo porque ni yo mismo entiendo lo que siento por ti. Pero no sales de mi cabeza, y no quiero que lo hagas.

—Dante… —empecé, desorientada por sus palabras, mientras una mezcla de emociones me invadía—. También admito que no entiendo del todo lo que está pasando entre nosotros. Es como si estuviéramos dentro de un huracán, pero en el ojo de la tormenta, donde todo está en calma, estamos tú y yo.

Soltó una risa suave, y la vibración de su pecho recorrió mi cuerpo.

—Es una descripción interesante. Me gusta. —Hizo una pausa, mirándome fijamente—. Marcela, no sé adónde nos llevará esto, pero quiero averiguarlo a tu lado. Puedo prometerte que intentaré ser más transparente y sincero con mis sentimientos y mis actos.

Ayer lo estaba odiando; hoy… todo parecía haber cambiado.

Sentía vergüenza, muchísima vergüenza por haberlo etiquetado en el momento en que lo vi hablando con Marcos, y necesitaba tiempo para asimilar la verdad.

—Yo… necesito ir a comer y pensar.

—Está bien, tómate tu tiempo.

Se apartó de la puerta y, poco después, ya estaba fuera de su despacho, con los pensamientos hirviendo.

Esta vez, tenía mucho en lo que reflexionar…



CAPÍTULO 35

El horizonte es más que una línea lejana; es la invitación sutil de la aventura, esperando a quienes están dispuestos a perseguir lo desconocido…

MARCELA NOVAES

Me quedé mirando el plato durante un buen rato, reviviendo la conversación que había tenido con Dante minutos antes.

Había tomado decisiones precipitadas, y ahora eso estaba más que claro. Todo parecía haber conspirado para que estuvieran hablando de mí, pero, tal como Ana Júlia y Daniela habían dicho, no era propio de él, y ahora me sentía completamente avergonzada.

—¿Te pasa algo, amiga? —preguntó Daniela al sentarse.

—Tú y Ana Júlia teníais razón. Malinterpreté la conversación entre Marcos y Dante, y ahora me muero de vergüenza.

—¿Cómo que malinterpretaste?

Le expliqué rápidamente lo que había ocurrido y, cada vez que lo recordaba, la vergüenza por la metedura de pata que había cometido aumentaba. Todo encajaba tan bien que convertí a mi jefe en el villano de la historia sin siquiera hablar con él, y ahora me sentía culpable.

—Ya te dije que esa historia no estaba bien contada.

—Ya… —respondí en automático, todavía dándole vueltas a la conversación.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé. Tengo otras cosas de las que preocuparme y necesito encontrar la manera de recuperar mi casa.

—Aunque no la recuperes, puedes contar conmigo y quedarte en mi humilde hogar todo el tiempo que necesites.

Sonreí y asentí. Luego me quedé observando a mi amiga, algo desconfiada por ciertas cosas que ya había oído sobre ella.

—Pensaba que vivías en una mansión, Daniela.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Porque eres rica —repliqué, y ella negó con la cabeza.

—No soy rica, ni mucho menos.

—Ana Júlia me dijo que tenías participación en SkyLink y que eso daba mucho dinero.

—Dijo la verdad: la tenía. Vendí mi parte a Dante y a Theodore hace unos meses y después… lo doné todo.

—¿Qué?

—Tal y como lo oyes. Puedo vivir con lo mínimo, y hay personas que necesitan ese dinero más que yo. Me gusta mi vida sencilla, y el dinero nunca ha tenido demasiado peso en mi cabeza. Mi felicidad está en saber que estoy marcando una diferencia en la vida de otras personas que ya han sufrido, y por eso tomé esa decisión.

Casi se me cae la mandíbula.

Tenía delante a alguien que, pudiendo vivir rodeada de lujos y excesos, había elegido la sencillez y la generosidad. Era raro encontrar personas así, sobre todo en un mundo donde el dinero parecía dominar casi todos los aspectos de la vida.

—Eres increíble, Dani —dije por fin, encontrando la voz—. Creo que no conozco a nadie que haya hecho algo así. Quiero decir, es una cantidad enorme y tú simplemente… ¿la donaste?

Se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

—El dinero no da la verdadera felicidad. La satisfacción de saber que estoy ayudando a alguien, eso sí que me aporta una alegría auténtica. El mundo necesita más amor, más empatía, y si puedo contribuir a eso de alguna manera, ¿por qué no?

Sentí una oleada de admiración por ella.

—¿Y adónde fue a parar esa donación?

—A varias ONG que apoyan a niños huérfanos, víctimas de abusos y personas sin hogar. También invertí en proyectos educativos en zonas desfavorecidas. Lo importante es que cada céntimo se utilice para generar un impacto positivo.

—¿Y por qué parece que nunca lo has contado?

—Porque es verdad. No necesito exhibir mi buena voluntad para presumir ante los demás; lo que importa es lo que llevo en el corazón.

Escuchar eso solo me hizo darme cuenta de cuántas veces juzgamos a las personas por la superficie, sin conocer de verdad lo que guardan dentro.

—Gracias por compartirlo conmigo —dije con sinceridad—. Te has convertido en mi inspiración.

—Anda, no exageres…

Me gustaba cuando se ponía así de cohibida.

—Pequeñita con un corazón gigante.

—Lo dice la grandullona de metro sesenta y cinco.

—Aun así, cinco centímetros más alta que tú —bromeé, provocándola.

—Lo dejaré pasar esta vez…

Seguimos charlando y ni siquiera me di cuenta de cómo pasó el tiempo. Era agradable descubrir poco a poco a Daniela, y si antes ya estaba segura de que tenía un corazón enorme, ahora lo veía confirmado ante mis propios ojos.



Cuando regresé al departamento, noté que Dante me estaba esperando en mi despacho. De inmediato sentí una alarma interior. Aún me avergonzaba todo lo que había sucedido.

—¿Pasa algo?

—Todavía no lo sé —respondió con un tono más serio—. Sobre Marcos: si tenía la llave de tu casa, eso significa que te echó de tu propio hogar y que por eso estás con Daniela, ¿verdad?

Guardé silencio un instante, pero él ya parecía haber deducido la respuesta.

—Sí.

Vi cómo una expresión de rabia se dibujaba en su rostro y cómo cerraba los puños. Aquella mirada intensa me hizo comprender hasta qué punto estaba furioso por la situación y cuánto le molestaba saber que yo me encontraba en una posición vulnerable a causa de Marcos. El ambiente en la sala se volvió denso, pero sabía que su ira no iba dirigida contra mí.

—Esto es inaceptable —murmuró Dante, más para sí mismo que para mí—. Nadie debería ser expulsado de su propia casa, y menos por alguien como Marcos.

Luché por no venirme abajo allí mismo.

—Dante, agradezco tu preocupación, pero ya estoy tomando medidas.

Me miró fijamente, casi como si intentara ver a través de mí.

—Voy a ayudarte a recuperar tu casa. Mereces un hogar seguro y no deberían tratarte así.

—Estoy buscando otro sitio, pero de momento me quedaré con Daniela —respondí, intentando calmar la tormenta evidente en su mirada.

Dante dudó un instante.

—Si quieres, puedes quedarte conmigo.

La propuesta me tomó por sorpresa y mi corazón se aceleró.

—Dante… —empecé, buscando las palabras adecuadas—. No estoy segura de que eso sea apropiado. Hay muchas cosas entre nosotros que aún no están resueltas. Creo que lo entiendes.

Se acercó despacio y se detuvo muy cerca de mí. La cercanía volvió mi respiración más pesada.

—Entiendo tus temores, Marcela —dijo con una suavidad que no esperaba—. Te ofrezco ayuda porque de verdad quiero ayudarte. No tiene que ver con nuestro pasado, sino con el presente. Necesitas un lugar ahora mismo.

Sostuve su mirada y encontré sinceridad en ella.

—Yo… necesito pensarlo.

—Lo entiendo. Pero la oferta sigue en pie. Sin segundas intenciones, sin expectativas. Solo un lugar seguro para ti.

Respiré hondo, intentando controlar la avalancha de emociones.

—Gracias, Dante. Tendré en cuenta lo que has dicho.

Me regaló una sonrisa genuina, cargada de significado. Fue un recordatorio de que, pese a todo, todavía existía una conexión entre nosotros. Y quizá, en medio de todo aquello, aún pudiera haber esperanza.



Mi trabajo durante la tarde fue mucho más llevadero. Tal vez fuera la conversación con Dante o el hecho de haber sacado por fin todo lo que me venía ahogando, pero sentía una clara sensación de alivio. Aún quedaban muchas cosas por resolver, pero, por el momento, me permití permanecer en un estado de calma pasajera.

A medida que el reloj avanzaba, mi concentración se estabilizaba. Las pilas de papeles que antes parecían montañas imposibles ahora no eran más que tareas que podía completar con facilidad.

La energía que el estrés y las preocupaciones me habían arrebatado estaba regresando poco a poco, y podía sentir cómo mi confianza volvía a crecer.

Hice una pausa y me acerqué a la ventana, observando la ciudad allá abajo. São Paulo siempre había tenido una forma particular de sorprenderme, por muchas veces que la contemplara. Aquella tarde, los edificios relucían bajo el sol del final del día y las calles rebosaban vida. Sentí como si estuviera mirando todo con otros ojos.

Miré el reloj y comprobé que ya era hora de recoger el café de la tarde de mi jefe, así que me dirigí a la planta quince.

Al llegar a la cocina, encontré a Jurema preparando los cafés, totalmente concentrada. Tenía esa mirada maternal y sabía más sobre la oficina de lo que cualquiera podría imaginar. Al fin y al cabo, la cocina era un auténtico refugio de secretos y confidencias.

—Buenas tardes, cariño —me saludó Jurema con una sonrisa cálida.

—Buenas tardes —respondí, animada.

Tomó la bandeja ya preparada, con una taza de café humeante y un pequeño bizcocho de naranja, el favorito de Dante. Mientras lo colocaba todo, me observó con el ceño ligeramente fruncido.

—Hoy te veo mejor, Marcela. ¿Qué ha pasado? —preguntó, sinceramente interesada.

Dudé un instante. ¿Cómo explicar la montaña rusa de emociones que estaba viviendo? Al final, opté por la sinceridad.

—Han sido días difíciles, Jurema. Pero creo que empiezo a ver la luz al final del túnel.

—¿Tiene que ver con Dante?

—Sí. Me equivoqué en algunas cosas sobre él y… me arrepentí de haber pensado cosas malas.

Jurema sonrió con suavidad y sus ojos adquirieron un brillo distante.

—Dante siempre ha sido un buen chico. Lo conozco desde que era muy pequeño.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—No tenía ni idea de que fuerais tan cercanos.

Pareció dudar un instante antes de continuar:

—Siempre ha tenido un buen corazón, Marcela. Puede ser difícil verlo detrás de esa fachada de jefe serio, pero Dante tiene un alma amable. Solo necesita a alguien que lo entienda.

Asentí despacio, asimilando sus palabras.

—Estoy empezando a darme cuenta. Ha sido muy comprensivo conmigo, incluso cuando yo estaba equivocada.

Jurema pareció satisfecha con mi respuesta, aunque percibí una sombra de tristeza en su mirada.

—Muchas veces juzgamos a los demás demasiado rápido, sin conocerlos de verdad. Dante es de esas personas a las que no se debe juzgar a la ligera. Como madre… —Se detuvo en seco, dándose cuenta de lo que había dicho, y trató de corregirse enseguida—. Quiero decir, como alguien que lo conoce desde hace tanto tiempo, he visto al niño que fue convertirse en el hombre que es hoy.

Abrí los ojos, sorprendida. Había algo en aquella corrección que no encajaba. La palabra «madre» resonó en mi mente.

¿Sería posible lo que estaba pensando?

Antes de que pudiera pedirle más explicaciones, Jurema cambió rápidamente de tema. Pero yo sabía que había algo más detrás de todo aquello.

No era solo la forma en que hablaba de Dante, sino que, semanas atrás, me había asegurado con rotundidad que no tenía hijos, que estaba sola y que así lo prefería.

—Yo…

—Toma. Vas con retraso y… aún tengo que preparar algunas cosas —dijo, apresurada, tendiéndome la bandeja.

—Está bien. Gracias.

Tomé la bandeja y entré en el ascensor; sin embargo, aquella frase no dejaba de darme vueltas en la cabeza, y eso era peligroso, porque la respuesta a lo que tanto buscaba podía estar más cerca de lo que él imaginaba y, si eso era cierto, muchas cosas cambiarían en su vida…



CAPÍTULO 36

Para nosotros, el amor no era solo un sentimiento; era la fuerza vital que nos impulsaba, la brújula que nos guiaba a través de las incertidumbres de la vida…

DANTE SALVATORE

—Me estás rondando demasiado. ¿Has venido a decirme que vas a robarme a Marcela?

Sonreí, con las manos en los bolsillos, observándola.

—Robarla, no. Pero le he hecho la propuesta de que se quede en mi casa.

—Qué pena que le gusto más yo, ¿verdad? —replicó Daniela—. De lo contrario, ya habría aceptado, ¿no crees?

Desde que dejé de ser el jefe de Daniela, no habíamos hablado mucho. Nos parecíamos en muchos aspectos, y el hecho de ser personas reservadas era, quizá, lo que más teníamos en común.

—He cometido algunos errores por el camino.

—Ah, eso ya lo sé…

—¿Lo sabes…? —pregunté, desconfiado.

—Claro. ¿Te crees que no me cuenta todas las cagadas que has hecho? Ella y Ana Júlia son mis mejores amigas.

—Por lo que veo, tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Depende. ¿Quieres hacerlo? Porque, si no, será mejor que dejes a mi amiga en paz para que no sufra más.

—¿Qué quieres decir con eso, Daniela?

—Lo sabes perfectamente, no te hagas el tonto. Marcela está enamorada de ti y… tú la consideras una diversión.

—No la considero una diversión —repliqué, serio, reconociendo lo que sentía por ella.

—Voy a ser directa: oyó la conversación entre tú y tu hermano en la mansión.

No dije nada, pero volví mentalmente al pasado y entendí a qué se refería. Realmente le dije esas palabras a Dionísio, pero no era lo que sentía.

Por eso, a principios de semana, ella me preguntó qué significaba para mí, y yo no fui sincero. Por eso nos fuimos distanciando cada vez más, pero ahora no iba a dejar escapar otra oportunidad.

—Voy a arreglarlo. Estoy enamorado de Marcela.

—Díselo a ella, no a mí.

—Eso es lo que haré, pero quiero que sepas que ella no es una diversión para mí. Nunca lo ha sido. Es algo más.

Daniela asintió y esbozó una sonrisa, algo poco habitual en ella.

—Ahora hablas como un hombre que sabe lo que quiere. Puede que ella no lo admita, pero sigue enamorada. Eso sí, no digas que te lo he dicho yo, solo actúa.

—Gracias por decirme la verdad. Ojalá algún día tú también resuelvas tus asuntos del pasado.

—¿A qué te refieres, Dante?

—Sea lo que sea que tuviste con Dionísio, es evidente que todavía te afecta. Y de mi hermano, ni hablemos.

—¿Qué pasa con tu hermano? —preguntó, con el rostro serio.

—¿De verdad te importa lo suficiente como para querer saberlo o solo preguntas por educación?

Daniela no dijo nada, pero apartó la mirada, pensativa.

—No pregunto por educación, Dante. Me importa, aunque finja indiferencia.

—Entonces, ¿por qué finges que no te importa?

—Es lo mejor. Nosotros dos no nos hacemos bien el uno al otro. Yo no le hago bien a él, sobre todo.

—No le he contado a nadie que tuvisteis algo, ni él me lo ha contado a mí, pero lo veo en vuestros ojos. En los de los dos.

—Dante…

—Mi hermano está enamorado de ti, ¿y sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que ahora estoy seguro de que tú también estás enamorada de él.

—No me conoces lo suficiente para afirmar eso —replicó, a la defensiva.

—Puede que no te conozca del todo, pero sé leer rostros y expresiones.

Daniela no respondió. Siguió mirándome, intentando mostrarse imperturbable, aunque en el fondo sabía que no se sentía así.

—No me has contestado a lo que te he preguntado. ¿Qué le está pasando?

—Dionísio se ha hundido en el alcohol: whisky, vodka y cosas así. A veces aparece en mi casa completamente borracho. Basta con mencionar tu nombre para que…

—Todo empeore —completó ella, y asentí.

Sabía que podía hacerle daño contárselo, pero Daniela merecía saberlo, porque mi hermano jamás hablaría con ella de ello. Estaba seguro.

—Aclara tus sentimientos con mi hermano, aunque sea para hacer que te olvide o… retomar lo que empezasteis.

—No vamos a retomar nada —afirmó de inmediato—. Ya te he dicho que no nos hacemos bien el uno al otro; nuestro pasado es… complicado. Y no solo entre nosotros dos.

—De acuerdo. No le digas que te he contado esto, pero sé que algún día resolveréis esta situación. Te importa a tu manera, y a mi hermano también. Cuando sospeché que estabais juntos, él estaba muy feliz, como nunca lo había visto. Así que, por mucho que digas que no sois buenos el uno para el otro, algo bueno hubo en aquella época.

Se quedó pensativa, pero asintió.

—Pensaré en lo que has dicho. Hasta luego, Dante.

—Hasta luego.

No sabía exactamente qué habían vivido los dos, pero sentía que ese asunto mal cerrado estaba afectándolos a ambos. Hoy pude darme cuenta de que no solo Dionísio, sino también Daniela, estaba sufriendo por ello…

MARCELA NOVAES

Estaba un poco distraída en mi despacho y ni siquiera me di cuenta de cuándo mi jefe regresó de una reunión por la tarde.

Esta vez, en lugar de pasar por mi mesa e ir directamente a su oficina, se quedó frente a mí mientras archivaba algunas cosas en el armario que tenía a mi lado.

—¿Por qué me miras así? —pregunté, con un ligero recelo, porque era exactamente así como solía observarme en el pasado, cuando ninguno de los dos controlaba demasiado bien el impulso que surgía entre nosotros.

—He hablado con Daniela hace unos minutos.

—¿Sobre… qué? —pregunté, a la defensiva, mientras poco a poco mi jefe se acercaba a mí.

—Al parecer tenemos un punto muerto. Estás viviendo con ella y yo te quiero cerca de mí hasta que todo se resuelva. Dice que quiero robártela.

Sonreí, sabiendo que eso era exactamente lo que ella le habría dicho.

—¿Y está equivocada, Dante?

Se detuvo un momento, con los ojos fijos en los míos, intensos y profundos.

—Tiene razón en una cosa: realmente te quiero cerca de mí. Pero no estoy intentando robártela. Solo estoy tratando de arreglar mis

errores y de asegurarme de que estés bien. El problema es que… necesito que tú quieras estar cerca de mí.

Mi corazón latía con fuerza; cada una de sus palabras resonaba en mi mente. No esperaba esa sinceridad, esa vulnerabilidad en Dante. Era una faceta suya que no estaba acostumbrada a ver.

—Estar cerca de ti… —murmuré, sopesando sus palabras—. Yo… no sé hasta qué punto eso es bueno, Dante, y…

—No. Déjame decir algo antes.

Mi jefe se acercó un poco más y me perdí en sus ojos, expectante.

Dante suspiró, pasándose las manos por el pelo. Era un gesto que hacía cuando buscaba la forma de expresarse, algo que había aprendido a reconocer durante nuestro tiempo trabajando juntos.

—Desde que llegaste a la empresa, algo cambió en mí. Al principio no lograba entenderlo y reaccioné de maneras que no fueron justas contigo, tratando de alejarte cada vez más. Cometí errores, actué por impulso y por proteger un ego que ahora veo que no necesitaba ser protegido. Pero, en medio de todo eso, siempre hubo algo claro: mi vida se volvió más feliz contigo en ella.

Tragué saliva, sorprendida por su franqueza.

—Yo… no sé qué decir.

—Entonces, escúchame, por favor. No te estoy pidiendo que te quedes por la empresa ni por ninguna obligación. Te pido que te quedes a mi lado porque me importas de verdad. Porque cuando pienso en mi futuro, solo te veo conmigo. Y aunque elijas otro camino, aunque decidas alejarte de mí, respetaré tu decisión. Pero necesitaba que supieras todo esto antes que nada.

Se hizo un silencio entre nosotros mientras intentaba asimilar lo que acababa de oír. Dante esperaba con paciencia, respetando el tiempo que necesitaba para digerir sus palabras.

—¿Tú… piensas en un futuro a mi lado? —pregunté, aún impactada por lo que había dicho instantes antes.

De manera instintiva, me acarició el rostro, observándome como si nada más a nuestro alrededor tuviera importancia.

—Sí. No voy a mentirme ni a mí ni a ti. Me he enamorado de ti, y ahora lo sé con certeza. No eres una diversión, nunca lo has sido. Simplemente no entendía lo que sentía, pero ahora tengo claro quién eres y lo que representas en mi vida.

—Dante, esto es… es demasiada información para procesar —mi voz tembló y sentí cómo las lágrimas se formaban en mis ojos, no por tristeza, sino por la intensidad de aquel momento—. Yo también… me enamoré. Nunca me había permitido sentir algo así antes. Y eso me asusta.

Suspiró, sin apartar los ojos de los míos.

—Marcela, entiendo el miedo. Yo también tuve miedo de admitir lo que sentía. Miedo a ser rechazado o a terminar haciéndote daño. Pero llega un punto en el que tenemos que enfrentarnos a nuestros miedos; no podemos dejar que nos controlen para siempre. Te quiero, te necesito desesperadamente.

Nuestras miradas seguían entrelazadas, y la intensidad de esa conexión era palpable. El espacio entre nosotros parecía reducirse poco a poco, como si algo invisible nos estuviera atrayendo el uno hacia el otro.

—¿Y si nos estamos equivocando? ¿Y si…? —mis palabras se interrumpieron cuando Dante se inclinó hacia mí, eliminando toda la distancia entre nosotros. Con suavidad apartó un mechón de mi pelo

detrás de la oreja, y su contacto me provocó un escalofrío que recorrió toda la espalda.

—¿Y si estamos en lo cierto? —susurró, con esa voz ronca y profunda a la que ya me había acostumbrado.

Antes de que pudiera responder, sus labios encontraron los míos en un beso. No fue un beso precipitado, sino lento, profundo, exploratorio.

Mis manos se deslizaron hasta su nuca, atrayéndolo aún más hacia mí. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío y la firmeza de sus brazos rodeándome. El sabor dulce del café seguía presente en sus labios, una mezcla embriagadora unida a su esencia.

El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse; las voces y los sonidos se volvieron lejanos. Todo lo que podía sentir era a Dante y la electricidad que fluía entre nosotros.

Nuestros labios se movían en perfecta armonía, como si hubieran sido creados para encajar el uno con el otro. Y aunque el beso era suave y exploratorio, la intensidad de la pasión que nos envolvía resultaba innegable.

Cuando por fin nos separamos, nos quedamos así, con las frentes apoyadas y la respiración entrecortada, intentando comprender el torbellino de emociones que acabábamos de experimentar.

—Yo… no esperaba esto —murmuré, todavía aturdida—. Pero necesitaba volver a sentirlo.

—Yo también, chica —afirmó, rozando mi rostro con el pulgar, mirándome con atención, sin parpadear siquiera.

Dante Salvatore…

Mientras sostenía su mirada, comprendí que tenía razón. Tal vez fuera un riesgo, tal vez estuviéramos equivocados, pero en aquel

instante sentí que era exactamente donde debíamos estar.

Juntos.



CAPÍTULO 37

En las páginas de nuestro amor, cada palabra susurrada se convertía en una promesa eterna, escrita con la tinta del corazón…

MARCELA NOVAES

Poco a poco, mi relación con Dante retomó el punto en el que la habíamos dejado; sin embargo, había algo que seguía martilleándome la cabeza.

Desde que hablé con Jurema y mencionó la frase «como madre», no volvimos a hablar de Dante. Y por más que intentaba sacar el tema, ella siempre lo esquivaba.

La posibilidad de que fuera su madre empezó a tomar forma en mi mente, y me resultaba imposible concentrarme en casi nada.

—¿Te ocurre algo?

—Ah… no. —Sonreí al ver a mi jefe pasar junto a mí.

—Últimamente estás distraída.

—Tú me distraes —repliqué, y, en realidad, no dejaba de ser una pequeña verdad.

Durante esa última semana habíamos hablado varias veces y, en algunas de ellas, acabamos besándonos en aquella planta. Poco a poco, nuestra relación iba recuperando la normalidad y, día tras día, mi jefe demostraba que de verdad le importaba.

—Hoy vamos a cenar juntos —anunció de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Estás intentando que me mude a tu mansión?

—Eso solo lo descubrirás cuando aceptes.

Sonreí y asentí.

Seguía viviendo con Daniela y me gustaba estar allí. Mi madre y mi hermano también se habían adaptado al lugar, y noté cambios positivos incluso en Daniela, que parecía más ligera, más feliz con nuestra presencia. Ella y mi madre se hicieron amigas rápidamente, compartiendo recetas e historias sobre nosotros cuando éramos pequeños.

Mi hermano, por su parte, desarrolló una especie de complicidad silenciosa con ella. Ambos compartían el amor por la música y, a menudo, pasaban horas en el salón donde ella tenía algunos instrumentos.

Descubrí que tocaba el piano y el ukelele y, en más de una ocasión, se quedaba con mi hermano explicándole algunas cosas.

—¿Dónde será la cena?

—En mi casa.

—Bastante peligroso… —susurré, y él se metió las manos en los bolsillos, sonriendo.

—Esa es la intención.

—De acuerdo.

Esta vez ni siquiera intenté resistirme. Necesitaba pasar tiempo con él y, además, pedirle perdón por haber dudado de su carácter cuando lo vi hablando con Marcos.

Aun así, también quería comprobar por mí misma si lo nuestro podía tener un futuro. Porque, más que un simple deseo pasajero, lo quería con todas mis fuerzas.



Avisé a mi madre y a Daniela de que iba a cenar con mi jefe y comenté que luego hablaría con mi madre, porque aún no sabía hasta qué punto nos habíamos distanciado.

Después de casi una hora en coche, llegamos a su mansión y, al entrar, me di cuenta de que no había nadie.

—¿Buscas a alguien?

—Por cómo lo has dicho, pensé que habías contratado a otro chef para cocinar.

—No, esta vez seré yo quien prepare nuestra cena.

—Entonces… ¿cocinas?

—Lo intento.

—¿Debería preocuparme? —arqueé las cejas, divertida.

—Con toda seguridad. Nunca es buena idea ser la primera conejilla de indias.

—Dios mío, Dante…

—Ponte cómoda. Después de la cena, te llevaré sana y salva a casa de Daniela.

—¿Sana y salva?

—Bueno… no del todo.

Sentía un cosquilleo agradable en el estómago y decidí centrarme en aquella noche. Iba a ser especial; de eso estaba segura.

Cuando mi jefe se dirigió a la cocina, me quedé en el salón, pensativa. Todo parecía estar volviendo a la normalidad, y mentiría si dijera que no estaba feliz por ello. Movida por la curiosidad, decidí asomarme para ver qué estaba haciendo. Vi a Dante literalmente con las manos en la masa.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, tratando de contener la risa.

Levantó la vista, con el pelo ligeramente despeinado y una mancha de harina en la mejilla.

—No. Me las apañaré.

—¿Lasaña? —pregunté, observando los ingredientes esparcidos.

—Sí. Y solo puedes quedarte en la cocina si no te mueves.

—Qué golpe tan bajo…

—O lo tomas o lo dejas.

Aunque me costó, me quedé observando a Dante preparar el plato. A cada instante, tenía más claro que me afectaba de una forma indescriptible…



La cena fue excelente, y pude ver a Dante bajo una luz completamente distinta. Sin la corbata ni el traje impecable que solía llevar, parecía más relajado, casi humano. Sus ojos no tenían la intensidad de siempre; en su lugar, mostraban un brillo suave y cálido. Las conversaciones que mantuvimos a lo largo de la noche fueron ligeras y llenas de risas, un contraste con las discusiones y tensiones de los últimos días.

—Nunca imaginé que se te diera tan bien la cocina —comenté, dando un sorbo al vino y recostándome en la silla.

Sonrió, con la comisura de los labios elevándose de una forma encantadora.

—Tengo mis momentos. Pero, en realidad, pasé bastante tiempo aprendiendo en el pasado. Quería sorprenderte.

Su confesión me tomó por sorpresa y sentí cómo se me sonrojaban ligeramente las mejillas.

—Dante, yo…

—No tienes que decir nada —me interrumpió, un poco más serio—. Solo quería que lo supieras. He pasado tanto tiempo levantando muros a mi alrededor, y tú, de alguna manera, encontraste la forma de derribarlos sin darte cuenta.

La profundidad de sus palabras me dejó sin aliento y, durante un instante, me quedé sin saber qué decir. Nos miramos y sentí como si estuviéramos compartiendo algo verdaderamente íntimo, una comprensión silenciosa de que algo real y duradero estaba creciendo entre nosotros.

Me aclaré la garganta, intentando aliviar la intensidad del momento.

—Bueno, si cocinar para mí es tu forma de agradecerme, espero que sigas encontrando motivos para hacerlo.

Rió, y el sonido llenó la estancia.

—Puedes estar segura de que lo haré.

La velada continuó y, cuando terminamos, le ayudé con los platos. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, veía algo distinto en mi jefe.

Era extraño, pero sentía que me había enamorado de todas sus capas, y eso era nuevo para mí.

—Aún hay algo que necesito hacer.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí. Además, estoy hablando de nosotros dos.

Dante caminó hacia mí con determinación, y solo necesité unos segundos para comprender y desear lo que estaba a punto de ocurrir. Saboreé su boca, el vino que habíamos compartido, y después mi jefe me tomó en brazos y me llevó a su dormitorio. Me depositó con cuidado sobre la cama, pero fui yo quien lo atrajo hacia mí, deseando sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

—Eres increíble —susurró, acariciándome el rostro con los dedos. Sus ojos estaban llenos de admiración y deseo.

—Y tú eres mucho más de lo que jamás imaginé —admití, delineando sus labios con la yema de mi dedo.

Se inclinó y selló nuestros labios en un beso suave que pronto se volvió más intenso y apasionado. Sus manos recorrieron mi cuerpo, retirando cada prenda, revelándome ante él.

Yo le ayudé, ansiosa por sentir su piel contra la mía. Cuando estuvimos desnudos, se detuvo un momento solo para contemplarme. Y yo hice lo mismo, maravillada por la perfección de su cuerpo, cada músculo, cada curva.

Todo.

Nos tendimos juntos, y trazó suaves dibujos sobre mi piel con la punta de los dedos, haciéndome estremecer bajo su contacto. Me perdí en sus ojos, en la profundidad de su mirada, y supe que estaba completamente envuelta por él.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti ahora, chica —confesó, con la voz ronca y cargada de emoción.

—Entonces tómame —murmuré, atrayéndolo aún más hacia mí.

Besó mi frente, luego mis ojos, mi nariz y por último mis labios. Cada gesto era reverente, como si adorara cada parte de mi ser. Mis

manos recorrieron su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos bajo mi piel.

—Quiero que esta noche sea especial para los dos —dijo, mirándome profundamente a los ojos.

Asentí, comprendiendo. No se trataba solo del deseo físico, sino de la conexión, de entregarse por completo a otra persona. Nunca había sentido algo así con nadie antes.

Empezó a besarme el cuello, mordisqueándolo con suavidad, haciéndome jadear de placer. Sus manos recorrían cada curva de mi cuerpo, provocándome, llevándome a alturas que jamás imaginé alcanzar. Descendió con los labios, besando y lamiendo cada centímetro de mí, haciéndome temblar de anticipación.

Nuestra respiración se sincronizó, la conexión entre nosotros era palpable. Con cada roce, con cada mirada, sentíamos cómo la profundidad de ese vínculo crecía.

—Nunca he sentido esto con ningún hombre —confesé, con los ojos humedecidos.

Levantó mi rostro y limpió las lágrimas que empezaban a formarse con los pulgares.

—Y mientras dependa de mí, no lo sentirás con ningún otro, solo conmigo —afirmó, con la voz firme.

Dante se colocó sobre mí sin apartar los ojos de los míos. Había pasión en su mirada, pero también respeto y una comprensión que no hacía sino fortalecer lo nuestro.

Su boca se apoderó de la mía mientras sus manos exploraban mi piel, trazando un mapa de caricias que encendían chispas de deseo por todo mi cuerpo. Sentía la fuerza contenida de sus palmas, la determinación con la que buscaba cada una de mis reacciones.

Marcó un camino ardiente con los labios por mi cuello, provocando escalofríos que contrastaban con el calor de su contacto.

La sensación era maravillosa. Mis dedos se enredaron en su cabello, atrayéndolo aún más hacia mí.

La intensidad creció cuando sus manos encontraron el contorno de mis pechos, acariciándolos y despertando un calor que se expandía por todo mi cuerpo.

La forma en que Dante me tocaba era como si leyera mi alma, comprendiendo cada deseo, cada necesidad, y respondiendo con la misma intensidad. Recorrió mi cuerpo despacio y con intención, dejando un rastro de besos y caricias que me hacían ansiar más.

—Eres mía, solo mía —murmuró, con una posesividad que contrastaba con la ternura de su contacto.

Y en ese instante, bajo la mirada ardiente de Dante y rodeada por sus caricias, me sentí realmente suya, conectada a él de una manera que jamás creí posible.

—Entonces, hazme tuya…

Me miró con una intensidad que aceleró mi corazón. Lentamente, deslizó una mano por mi muslo, haciéndome jadear de anticipación.

—Lo haré —prometió, besándome con una pasión arrolladora.

La forma en que se movía sobre mí, la mezcla de delicadeza y dominio en su manera de tocarme, dejaba claro que pensaba cumplir cada palabra. Sus manos, fuertes y firmes, recorrían cada curva de mi cuerpo como si quisiera grabar cada detalle en su memoria.

Lo atraje más hacia mí, necesitando sentirlo, ansiando esa conexión profunda que ambos deseábamos. Entendió mi súplica

silenciosa y comenzó a moverse, haciéndonos danzar juntos en una valsa de placer y pasión.

Cada caricia, cada susurro, reforzaba la sensación de que estábamos destinados el uno al otro. El mundo exterior dejó de existir; solo estábamos nosotros, perdidos en la intensidad del momento.

—Esta noche es solo el comienzo —susurró, depositando un beso suave en mi frente. Y supe que, con él, apenas empezaba a descubrir el verdadero significado del amor.

Sin perder un segundo, se adentró en mí con una intensidad deliciosa, y un calor creciente me inundó por dentro. Dante se movía con un ritmo constante, cada embestida cargada de propósito y pasión. Todo a nuestro alrededor parecía haberse desvanecido, dejando solo la conexión entre nosotros.

Sus manos sujetaban mis caderas con firmeza, guiando nuestros movimientos en una danza seductora. Su mirada penetrante permanecía fija en la mía, y la emoción que reflejaban sus ojos hizo que mi corazón latiera con más fuerza.

Lo rodeé con las piernas, animándolo a acercarse aún más. El placer entre nosotros crecía de forma exponencial, volviéndose casi insoportable.

—Dante… —gemí, sintiendo el clímax acercarse.

Se inclinó sobre mí, besándome con ferocidad mientras nuestros cuerpos seguían moviéndose al unísono. El dormitorio se llenó con el sonido de nuestra pasión, la sinfonía de dos almas haciéndose una.

Su polla grande y gruesa me llenaba por completo. Su ritmo se volvió más rápido, más urgente, y pude sentir cómo la tensión se acumulaba en su cuerpo.

Me sujetó las caderas con firmeza, atrayéndome hacia él en cada embestida. Su respiración era irregular, igual que la mía, y podía sentir

cómo crecía su necesidad.

—Quédate conmigo para siempre —susurré a su oído, animándolo a continuar.

Dante me sentó sobre su regazo; su boca se apoderó de mis pechos, alternando entre uno y otro, mientras su pulgar jugueteaba con mi clítoris. El cambio de postura me regaló una nueva dimensión del placer, sintiendo cada parte de él con aún más intensidad.

Me miró, con los ojos cargados de deseo, mientras seguía moviéndome contra él, creando una fricción deliciosa.

—No pienso irme a ningún sitio —murmuró, atrapando mis labios con los suyos en un beso lleno de pasión y promesa.

Su ritmo se aceleró y yo respondí, moviendo las caderas en perfecta sincronía con las suyas, buscando ese placer creciente que ambos deseábamos. Mis uñas se clavaron en su espalda, sintiendo el calor de su piel bajo mis manos, mientras mordisqueaba mi cuello, dejando marcas que serían el recuerdo permanente de aquella noche.

Con un último movimiento conjunto, una oleada arrolladora de placer me golpeó, haciéndome gritar de éxtasis.

Siguió follándome con fuerza, empujándome ahora contra el colchón con cada embestida poderosa. Mi cuerpo estaba sobreestimulado y cada una de sus penetraciones no hacía más que intensificar el torrente de sensaciones que me recorría.

—Dios… —gimió Dante, con la voz áspera de placer y deseo—. Nunca he sentido nada así.

Arqueé la espalda, intentando acompañar cada uno de sus movimientos, queriendo más, queriéndolo todo. Su mirada permanecía fija en la mía, transmitiendo una intensidad salvaje que jamás había visto, una promesa de que no se detendría hasta llevarme al límite una vez más.

Se inclinó y capturó mi boca en un beso feroz, sus manos aferrándose a mis caderas para guiar cada movimiento. Me perdí en la sensación, dejándome conducir por él hacia otra ola devastadora de placer.

No tardé en correrme de nuevo alrededor de su polla, sintiendo un orgasmo intenso que parecía recorrer cada fibra de mi ser. Notó cómo mi cuerpo se contraía a su alrededor y eso no hizo más que aumentar su propia necesidad.

Sus movimientos se volvieron más frenéticos, cada embestida más profunda y exigente, mientras buscaba su propio clímax. Sus labios encontraron los míos, ahogando nuestros gemidos y jadeos mientras nos perdíamos juntos en aquel remolino de sensaciones.

Entonces me puso a cuatro, pero en lugar de volver a follarme, empezó a chuparme el coño con ganas en esa posición, y aquello me tomó completamente por sorpresa. El cambio de ritmo, la pausa repentina, seguida de la sensación húmeda y caliente de su lengua explorándome desde atrás. Las rodillas casi me fallaron ante la intensidad.

Sus dedos se entrelazaron en mi cabello, tirando suavemente para obligarme a arquear el cuello, mientras su boca trabajaba con dedicación, llevándome una vez más al borde del placer. Las olas de sensación crecían sin parar; cada roce de su lengua, cada succión, cada beso me acercaba más al precipicio al que estaba destinada a caer… y deseaba hacerlo.

Mis manos se aferraron a las sábanas, mi voz escapándose en gemidos roncos e incontrolables mientras él seguía comiéndome con una pasión y una destreza que me dejaban sin palabras.

—Dante… —susurré, con la voz temblorosa por la cercanía de otro orgasmo—. Por favor…

Levantó la cabeza y giré ligeramente el cuello para mirarlo. Me observaba con aquellos ojos intensos, llenos de deseo, y entonces, con

una sonrisa traviesa, intensificó sus caricias, usando los dedos y la lengua al mismo tiempo, llevándome a un clímax explosivo.

La deliciosa tortura continuó durante un tiempo que parecía interminable. Dante sabía exactamente dónde y cómo tocar, cada gesto diseñado para maximizar mi placer. Su lengua danzaba en patrones intrincados y sus dedos se movían dentro de mí de formas que me llevaban al borde de la desesperación.

Intentaba controlar mis gemidos, mantener algo de compostura, pero era inútil. Me tenía completamente bajo su control y yo me entregaba sin reservas.

Y entonces se detuvo. Incluso al borde del orgasmo, se detuvo. Mis ojos se abrieron de par en par, entre el shock y la frustración.

—¿Qué…? —empecé a preguntar, pero él giró mi cuerpo y posó un dedo sobre mis labios, silenciándome.

—Aún no —murmuró, con una mirada juguetona y dominante al mismo tiempo.

Se apartó, sentándose en el borde de la cama y atrayéndome hacia él. Tenía las piernas temblorosas, pero me apoyé en su cuerpo y le permití colocarme exactamente como quería. La punta de su sexo rozó contra mí, provocándome aún más, pero no se movió para entrar.

Estaba a su merced, esperando, deseando que decidiera continuar. La anticipación era casi insoportable. Pero cuando por fin se movió, llenándome lentamente, la espera mereció la pena.

El ritmo que impuso era deliberado y provocador, cada embestida calculada para mantenerme al límite. La deliciosa tortura continuó hasta que estaba suplicando alivio.

Y cuando por fin llegó, fue con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Marcela…

—Lo necesito, lo quiero —supliqué, y él dejó escapar un gemido ronco, intensificando sus movimientos, las embestidas volviéndose más profundas y frenéticas. Sentía cada centímetro de él, y la combinación de su pasión y su determinación por darme placer era embriagadora.

—Marcela… —repitió mi nombre como si fuera una plegaria, y supe que estaba tan cerca como yo.

Su mano encontró mi clítoris, acariciándolo en círculos precisos, amplificando las sensaciones que ya me desbordaban. Grité su nombre, arqueándome contra él, perdiéndome en el abismo del placer.

Él llegó justo después, su cuerpo estremeciéndose con la intensidad de su clímax. Lo vi cerrar los ojos y, acto seguido, sentí su descarga llenándome, caliente y palpitante. El peso de su cuerpo sobre el mío, combinado con la sensación de su liberación, no hizo más que intensificar mi propio orgasmo, envolviéndonos en una ola de éxtasis compartido.

Dante se dejó caer a mi lado; ambos jadeantes y sudorosos, intentando recuperar el aliento. Me atrajo hacia él, con nuestros cuerpos aún unidos, rodeándome con un abrazo cálido.

Me acurruqué contra su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón. Acarició mi cabello, el gesto suave contrastando con la intensidad de la pasión que acabábamos de compartir.

—Si al principio tenía alguna duda, ahora ya no la tengo. Eres la mujer de mi vida, Marcela.

Oír aquello fue tan conmovedor que una lágrima resbaló por mi mejilla.

Mi respuesta fue atraerlo hacia otro beso, dejando que el calor entre nosotros hablara más de lo que jamás podrían hacerlo las

palabras. Y en ese instante, ambos supimos que habíamos encontrado algo raro y precioso: un amor verdadero y eterno.



CAPÍTULO 38

En la melodía de la noche, la luna susurra secretos antiguos, recordándonos la magia que habita en el silencio…

DANTE SALVATORE

—¿Has ido a ver a tu padre en estos días en los que apenas hemos hablado?

Me sorprendió un poco su pregunta. En ese momento estábamos en el salón, después de darnos una ducha. Aún no era muy tarde; no pasaban de las nueve de la noche.

—No. Fue él quien decidió aislarse de sus hijos y no recibirnos.

—Debe culparse de algo en relación con tu madre.

Marcela se quedó mirándome unos segundos, como si comprendiera un poco aquella situación, aunque yo lo dudaba, ya que ni siquiera yo entendía qué había ocurrido después de mis doce años.

—Solo quiero recuperar la brújula; eso es lo más importante para mí.

—Tener a tu madre cerca sería mejor que la brújula, Dante.

Reflexioné sobre sus palabras, pero sabía que algo así no sucedería. Si ella había decidido alejarse, huir de su propia familia, no había motivos para volver. Aun así, no sentía tanta rabia hacia ella como hacia mi padre, porque él tenía la respuesta que buscaba y se negaba a dármela.

—Lo sería, pero sé que eso no va a pasar.

Vi tristeza en sus ojos y comprendí que Marcela quería ayudarme de algún modo, pero que la situación era extremadamente complicada.

—Está bien.

Charlamos unos minutos más, pero de repente sonó mi alarma. Al mirar las cámaras, vi lo evidente.

—¿Pasa algo?

—Es Dionisio. De vez en cuando viene a visitarme —respondí, nervioso, al darme cuenta de que llevaba en la mano a su inseparable compañera—. El problema es que algunas veces viene borracho.

—¿Por qué?

No supe qué contestarle.

—Su pasado misterioso, que ni siquiera yo conozco del todo. Ven.

Marcela y yo fuimos a la zona exterior, al jardín. Cuando mi hermano nos vio, incluso pareció despejarse durante unos segundos.

—Parece que estoy molestando…

—Sí, lo estás —asentí, cruzándome de brazos—. ¿Qué te dije sobre beber eso en pleno día laborable? —pregunté, señalando la botella con más de la mitad ya consumida.

—No me riñas delante de Marcela.

Negué con la cabeza y me giré hacia ella, mientras observaba a mi hermano a unos metros de nosotros. Necesitaba ser más responsable, y entonces se me ocurrió una idea. Si mis palabras no servían de nada, quizá otra persona podría influir en él.

—Llama y pregúntale a Daniela si puede venir a buscarte, Marcela.

No dijo nada, pero me miró con atención.

—¿Es lo que estoy pensando?

—Sí. Perdóname, yo te llevaría.

—No pasa nada.

Me acerqué a mi hermano mientras Marcela sacaba el móvil.

—¿Qué está haciendo ella? —preguntó él, con la voz pastosa.

—No lo sé. Lo que sí sé es que tú estás borracho. Otra vez.

—Dame un respiro, Dante.

Negué con la cabeza.

—¡Entra! Hoy te quedas aquí otra vez.

—No. Marcela está aquí. Aprovecha el tiempo con ella.

—Dionisio… te he dicho que entres. Y ella se irá dentro de un rato.

Pasaron los minutos. Marcela me hizo un gesto con el pulgar, indicándome que Daniela ya venía. Mientras tanto, hablamos los tres, pero Dionisio parecía estar en otro plano, diciendo cosas inconexas, claramente embriagado.

La situación empeoraba a medida que pasaban los días, y ya no sabía qué hacer con mi hermano. No aceptaba ayuda, y solo nos tenía a Theodore y a mí.

Al cabo de un rato, Marcela me hizo una seña y supe que Daniela había llegado. Volví a la zona exterior y autoricé su entrada.

Cuando entró y aparcó, preguntó:

—¿Te has hecho daño en la mano, Dante?

—¿Cómo dices?

—Entonces, ¿por qué no llevaste a Marcela a mi casa?

—Entra y lo descubrirás.

Me miró, pero enseguida reparó en otro coche allí. Después examinó el vehículo, tocando algunas partes.

—Dionisio está borracho, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—El coche tiene algunos daños recientes.

¡Mierda!

—Voy a matarlo.

—Llamarme no va a ayudar en nada, Dante. Incluso puede empeorar las cosas.

—No tengo a nadie más a quien recurrir.

Respiró hondo y entramos en la casa. Cuando lo hicimos y mi hermano la vio, su rostro palideció y pareció despejarse al instante, aunque sus ojos seguían nublados por el alcohol.

—¿Daniela? —su voz sonó áspera, con la sorpresa marcada en cada sílaba.

Ella mantuvo la compostura, aunque pude ver el dolor y el conflicto reflejados en su mirada.

—Dionisio.

Un silencio denso se apoderó del salón. La tensión era palpable. El pasado entre ellos parecía haber llenado el espacio, sacando a la superficie recuerdos no dichos y sentimientos sin resolver.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar a Marcela.

—Hm… Me voy a la habitación de invitados. Hasta luego a los dos.

Mi hermano se levantó y, antes de que yo pudiera decir nada, ella fue más rápida:

—¿Has chocado el coche?

Él se giró y la miró durante unos segundos.

—Sí, pero solo han sido unos arañazos. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué tienes en la cabeza para beber y conducir, Dionisio?

—No lo sé, pero no es asunto tuyo. En realidad… ¿por qué te preocupa si nunca te importó cuando os fuisteis de mi vida?

¿Os fuisteis de mi vida?

Daniela suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Dionisio, no va de nuestro pasado, va de tu seguridad y de la de los demás. Podrías haberte hecho daño o haber provocado un accidente. No es justo contigo mismo y mucho menos con las personas que te quieren.

Él soltó una risa sarcástica.

—¿Amor? Hablas como si supieras lo que es. Después de todo lo que pasó entre nosotros, ¿de verdad crees que tienes alguna autoridad moral para decirme qué está bien o qué está mal?

—No importa lo que ocurriera entre nosotros, jamás querría verte haciéndote daño.

—Pues quizá quiera hacerme daño.

—Deja de decir eso, Dionisio —intervine.

—Como he dicho, me voy a la habitación. Ya es suficiente verla todos los días sobrio. No necesito esto cuando estoy borracho, y menos cuando ella es uno de los motivos por los que estoy así.

Mi hermano no dijo nada más y se retiró, dirigiéndose a una de las habitaciones de la mansión.

MARCELA NOVAES

Permanecí en silencio durante un rato. Dante estaba alterado, como si la preocupación le brotara por cada poro del cuerpo.

—Voy a llevarme a Marcela ahora, Dante. Pero antes tengo una petición.

—¿Cuál?

—No dejes que salga de aquí. De ninguna manera. Él conduciendo en ese estado…

—Puedes estar tranquila. Nunca ha ocurrido cuando lo he visto borracho.

—Está bien.

—Gracias por venir.

—Ya te dije que no surtiría efecto.

—Aun así, te importa mi hermano, y sé que a él también le importas tú. Espero que esta pequeña conversación le sirva de algo.

—Ojalá —respondió, ahora con una sonrisa en el rostro—. ¿Vamos, Marcela?

—Sí.

Después de despedirme de Dante, caminé con Daniela hasta el coche. Ya con el vehículo en marcha, me sentí un poco avergonzada por la situación. Sabía que Dante quería intentar ayudar a su hermano, pero no tenía claro cuáles serían las consecuencias para Daniela y me sentí algo culpable.

—Perdona, Daniela. No te avisé del motivo por el que tenía que venir a buscarme.

—No pasa nada. Más o menos lo imaginaba.

—¿Lo imaginabas?

—Decir que lo sabía es exagerar, pero me hice una idea.

—Y, después de todo, ¿te arrepientes de haber escuchado aquello?

—No, solo estoy preocupada por él —confesó, con la voz un poco más baja de lo habitual—. No parece el Dionisio de antes, y eso me inquieta.

Reuní valor y formulé la pregunta que me martilleaba la cabeza:

—¿Por qué dijo aquello, amiga? Sobre marcharse y abandonarlo.

No respondió durante unos instantes, pensativa. Luego me miró a los ojos, visiblemente afectada, y dijo:

—Le fui infiel. Por eso dijo esas cosas.

La observé durante unos segundos y no percibí verdad en sus palabras. Ahora la conocía bien, no como dos años atrás, y aquello sonaba a excusa.

—¿Eso es verdad de verdad?

—No me gusta hablar de ello.

—Pues no me creo que hicieras algo así.

—Habla con él y tendrás esa respuesta.

—Tú no eres así, Daniela. No tienes que mentirme.

Siguió conduciendo, pero no dijo nada más. Aun así, noté en su rostro que intentaba mantenerse fuerte, aunque los bordes de sus ojos estaban enrojecidos.

Sabía que ocultaba algo, un secreto que no quería revelar. ¿Pero por qué? Conocía lo suficiente a Daniela como para saber que, tras esa fachada de indiferencia, había una mujer cargada de cicatrices profundas y de un peso emocional que pocos podían imaginar.

El silencio entre nosotras era ensordecedor. Cada minuto parecía una eternidad. Por mucho que quisiera romperlo, sabía que debía darle espacio. Daniela estaba claramente en conflicto, y cualquier presión por mi parte solo la alejaría más.

Por fin, cuando llegamos a su casa, aparcó el coche y se giró hacia mí, cruzando su mirada con la mía. Había una tristeza tan honda en sus ojos que sentí un pinchazo en el corazón.

—Hace algunos años, cuando Dionisio y yo estábamos juntos, ocurrió algo… y después de eso tomé una decisión y rompí con él.

—Entonces esa infidelidad…

—En realidad, nunca existió. Pero en su cabeza sí, porque le dije que lo había engañado en nuestra última conversación, en el momento de la ruptura. Dionisio necesitaba odiarme para alejarse de mí, y yo no conseguía mantenerme lejos de él. Sabía perfectamente por lo que estaba pasando.

—Cuando quieras hablar de ello, aquí estaré.

—Gracias, amiga.



CAPÍTULO 39

Como un río que fluye hacia el infinito, cada instante es apenas una gota en la inmensidad de la existencia…

MARCELA NOVAES

Incluso con la situación un poco más calmada entre Dante y yo, la conversación que tuve con Jurema no se me iba de la cabeza, y no creía que fuera una coincidencia que hubiera hablado de aquella manera. Necesitaba respuestas, sobre todo porque sabía cuánto sufría Dante por la desaparición de su madre.

Por la mañana seguí mi rutina como de costumbre, pero esta vez llegué antes a la cocina. Jurema estaba allí, preparando algunas cosas. Después de entregarme la bandeja, continué observándola.

—¿Qué ocurre, Marcela?

—Necesito que seas sincera conmigo.

—¿Sobre qué? —preguntó con cautela.

—Tú lo sabes. Aquel día insinuaste que… Dante era tu hijo.

Su expresión cambió de golpe, reforzando mis sospechas. Dejó lo que estaba haciendo; ahora tenía las manos apoyadas en la encimera de la cocina, los dedos temblándole ligeramente.

—No sé de qué estás hablando —afirmó, intentando ocultar la emoción en su voz.

—Jurema, por favor. Si hay algo que he aprendido es que la verdad siempre encuentra la forma de salir a la luz. Y siento que cargas con un peso muy grande —argumenté, tratando de ser lo más comprensiva posible.

Suspiró hondo, con la mirada perdida, reviviendo recuerdos antiguos.

—Marcela, la vida no siempre sigue el camino que esperamos. Cometemos errores, y esos errores tienen consecuencias.

Me acerqué a ella, con la curiosidad mezclada con preocupación.

—Jurema, ¿me estás diciendo que Dante y Dionisio…?

Me interrumpió, levantando una mano, con los ojos inundados de lágrimas.

—Sí, Marcela. Son mis hijos. Estoy aquí, en la empresa, para estar cerca de ellos. Fue una época difícil y tuve que tomar decisiones, decisiones que en aquel momento parecían las mejores. Abandonarlos fue la decisión más dura de mi vida.

Me quedé en shock, procesando la revelación. La magnitud del secreto que había guardado durante tanto tiempo era abrumadora.

—¿Por qué no se lo contaste? ¿Por qué estar cerca y, al mismo tiempo, tan lejos?

Jurema se secó las lágrimas, sopesando su respuesta.

—Quería verlos crecer, aunque fuera desde la distancia. Las circunstancias de aquella época no me permitían estar con ellos como deseaba. Pero tenía la esperanza de que, algún día, llegaría el momento adecuado para reunirnos.

—Ellos merecen saberlo, Jurema. Necesitan saber que estuviste aquí, aunque fuera de lejos —dije, sintiendo el peso de la situación.

—No fue una decisión fácil, Marcela. Fue por su padre, por lo que me hacía.

Me alarmé y mil posibilidades cruzaron mi mente.

—Jurema…

—No le digas nada a él, Marcela. Por favor…

—No puedo prometerte eso.

—Por favor… solo necesito un poco más de tiempo. Les diré la verdad a mis hijos. Necesitan oírla de mí.

Aun conmocionada por aquella revelación, asentí. No sabía cómo reaccionaría Dante, pero debía escuchar aquello directamente de su madre y comprender los motivos del abandono. Sentía que había ocurrido algo mucho más profundo para llevarla a tomar una decisión así…



Pasé más tiempo pensando que trabajando de verdad durante el resto del día.

Muchos asuntos me rondaban la cabeza, y la revelación de Jurema era el principal de todos. En realidad, ni siquiera ese era su verdadero nombre…

Aun así, intenté mantener la calma. El problema era su petición de no contar nada, y enfrentarme a Dante iba a ser complicado sabiendo la verdad. Quise pensar que él no había notado que yo estaba distinta de lo habitual, pero al final de la jornada pasó junto a mí y, esta vez, se detuvo y se quedó mirándome.

—¿Pasa algo?

Pensé unos segundos antes de responder y supe que tenía que contarle otra decisión que había tomado en ese intervalo.

—Bueno… necesito decirte algo, pero no creo que te guste demasiado.

—Me hago una idea de qué puede ser.

Dante me observó durante unos instantes. Tomar esa decisión había sido difícil, por mucho que él significara tanto en mi vida.

—Aunque haya perdido la casa, sigo soñando con recuperarla, y nosotros dos… aún tenemos algunas cosas que aclarar. Lo que quiero decir es que puede llevar tiempo entender qué es esto, y por ese motivo voy a quedarme con Daniela durante un tiempo.

—Respeto tu decisión y ya lo imaginaba, Marcela. Aun así, ahora sé lo que siento y voy a hacer todo lo posible por conquistarte. Será solo cuestión de tiempo que estemos juntos, que vivamos juntos.

La forma en que lo dijo no fue arrogante, sino segura y serena. Pude ver el compromiso y la determinación en sus ojos, como si hubiera encontrado un propósito por el que estaba dispuesto a luchar.

—Dante… —empecé, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No es que no quiera estar contigo. Solo necesito tiempo para encontrarme a mí misma y entender qué es lo que realmente quiero. Y tienes razón, los dos tenemos asuntos pendientes.

Asintió.

—Lo entiendo. Y te daré ese tiempo. Porque, al final, quiero que estés conmigo porque es lo que deseas, no por ningún otro motivo.

Respiré hondo, aliviada al ver que lo comprendía.

—Gracias por eso. Y no necesitas conquistarme, Dante. Ya me has conquistado.

Se acercó y tomó mi mano entre las suyas.

—Marcela, estaré aquí, esperando, cuando estés lista. Y mientras tanto, voy a recuperar lo más importante de tu vida. La casa que está a nombre de Marcos volverá a ser tuya; tienes mi palabra.

—Yo… ni siquiera sé cómo agradecértelo.

—Agradécemelo cuando recupere tu casa.

DANTE SALVATORE

Siempre estuve acostumbrado a luchar por lo que deseaba, fueran cosas materiales o no. Con Marcela no iba a ser distinto, pero ella era importante para mí. Mucho más de lo que jamás había imaginado.

Quería tenerla aquí, en la mansión, conmigo, pero sabía que estaba adelantando etapas y que aún estábamos reconstruyendo la relación que teníamos antes, así que no insistí más.

Además, sabía que Daniela cuidaría de ella y de su familia. Estaba en buenas manos. Sin embargo, había algo que yo sí podía hacer por ella mientras tanto…

Llamé a mi investigador y enseguida supe dónde se encontraba Marcos. Después de salir de SkyLink, me dirigí al lugar que me indicó y, al llegar, vi una casa humilde, con ventanas de madera desgastadas y un pequeño jardín descuidado. Aparqué el coche a cierta distancia para no llamar la atención y caminé hasta la puerta.

Como no era ningún ingenuo, llevaba dos coches más vigilando, con varios hombres de seguridad, y si surgía cualquier problema, ya tenían instrucciones claras para actuar. Llamé a la puerta y esperé. Al cabo de unos segundos, un hombre de aspecto cansado abrió.

Era él. Marcos parecía sorprendido, pero no impactado al verme.

—No soporto verte más.

—Eso no es problema mío —repliqué con aspereza.

—Aún me quedan algunos días, me diste tres meses, y…

—No he venido por eso.

—¿Entonces qué quieres?

—Vengo por Marcela. La mujer que dejaste atrás con una casa a tu nombre y una familia de la que ocuparse.

—¿Qué pasa con ella?

—Vas a poner la casa que antes era suya de nuevo a su nombre.

No dijo nada; se limitó a mirarme, intentando intimidarme de alguna manera.

—¿Y si no quiero? Eso no tiene nada que ver con nuestro trato.

—Tienes razón, nuestro acuerdo no incluía a Marcela ni la casa. Pero aquí está el punto: actuaste de mala fe para conseguir lo que querías de ella. Y ahora estoy aquí para asegurarme de que se haga justicia.

Marcos cruzó los brazos, evaluando mis palabras.

—¿Justicia? ¿Desde cuándo te importa eso?

—Mi relación contigo no es relevante ahora. Estoy aquí por ella. Te aprovechaste de la situación y, aunque quizá legalmente no hiciste nada incorrecto, moralmente sabes que estás equivocado.

Bufó, visiblemente irritado.

—Necesito esa casa.

—No necesitas esa casa, Marcos. Tienes varias propiedades.

—Pero…

—¿Cómo lo sé? —lo interrumpí—. Te investigué a fondo, y creo que tú hiciste lo mismo conmigo. Esto no es una petición. Esa casa es su

hogar. El lugar donde crecieron, donde están sus recuerdos.

Marcos desvió la mirada; el silencio se volvió denso.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Ganas tranquilidad. Saber que hiciste lo correcto y, además, te garantizo que asumiré cualquier coste o deuda asociada a la casa. No es una oferta que vayas a recibir otra vez.

—Es muy poco.

—Esto no es una negociación. Si quiero, hoy mismo puedes acabar en prisión con todo lo que tengo sobre ti, y si sigues en la calle es porque aún no he obtenido lo que te pedí. La decisión es tuya: seguir adelante o no.

—Dante…

—Tienes una semana para decidir. Ni un día más.

No necesitaba decir nada más y le di la espalda. Puede que no lograra recuperar la brújula, porque eso no estaba en mis manos, pero la casa de Marcela, sin ninguna duda, volvería a ser suya.



CAPÍTULO 40

Del mismo modo que el desierto ansía la lluvia, el corazón humano busca vínculos que alimenten su sed de pertenencia…

MARCELA NOVAES

Al final de mi jornada de trabajo del viernes empecé a sentirme mal. La sensación de mareo comenzó a apoderarse de mí poco a poco y la vista se me nubló. Apoyé la mano sobre la mesa para intentar estabilizarme, sintiendo cómo el sudor frío se formaba en mi frente.

Mientras cogía el bolso y me preparaba para marcharme, un pensamiento inoportuno cruzó mi mente. En las últimas semanas, Dante y yo habíamos estado juntos algunas veces sin protección. Aunque tomaba anticonceptivos con regularidad, la posibilidad de un

embarazo seguía existiendo. Negué con la cabeza, intentando apartar esa idea.

No podía ser eso.

De camino a casa, mi mente seguía regresando a ese pensamiento, convertido en un zumbido constante de fondo.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—¿Cómo dices, amiga?

—Tienes una cara rara, pareces preocupada —dijo Daniela cuando llegamos a casa.

—Tenía algunos dolores.

—¿Dolores?

—Sí, en el vientre y también por todo el cuerpo. El estómago revuelto, me sentí débil, pero se me pasará.

Daniela arqueó las cejas, claramente desconfiada, y yo sonreí negando con la cabeza.

—Sospechoso, ¿eh…?

—Tomo medicación, amiga —afirmé, entendiendo perfectamente a qué se refería.

—¿Y qué? Ningún anticonceptivo es cien por cien eficaz. Y ya que sacas el tema, tú misma me dijiste que llevas tiempo acostándote sin preservativo con tu jefe.

En eso tenía algo de razón. Mucha razón.

—Aun así… creo que ahora mismo sería algo imposible.

—Yo compraría un test de farmacia solo para comprobarlo. Por si acaso…

—Ahora me vas a dejar con eso en la cabeza.

—Es solo para salir de dudas. No hace falta que te pongas así; ya sabes lo que pasó con Ana Júlia, ¿no?

Recordé el caso de mi amiga y de Theo, y su preocupación tenía sentido.

—Mañana mismo me encargaré de eso.

—Vale. Cuando vayamos a trabajar, pasamos por una farmacia de camino.

—De acuerdo, amiga. Pero espero que estés equivocada.

—Ah, tranquila, siempre lo estoy —dijo sonriendo—. Pero soy experta en preocupar a la gente. De nada.

Sonreí.

Hablé un rato más con ella, pero después mi amiga se fue a ducharse. Al poco, mi madre entró en el salón y se sentó a mi lado.

Necesitaba hablar con ella sobre lo que Dante me había dicho, y estaba segura de que eso reavivaría una esperanza en ella, igual que había ocurrido conmigo.

—Mamá…

—Sí, hija.

—Dante habló conmigo y va a ayudarme a recuperar nuestra casa.

Después de su sorpresa inicial, le conté un poco cómo había sido nuestra conversación y también le confesé que estábamos retomando la

relación desde el punto en que la habíamos dejado, conociéndonos mejor e intentando construir algo sólido y verdadero.

Los ojos de mi madre se iluminaron y la vi feliz cuando terminé de hablar.

—Marcela, siempre supe que encontrarías a alguien que te valorara y te apoyara. Dante parece ser esa persona.

—Lo sé, mamá. Pero aún es todo tan nuevo y confuso… No quiero precipitar las cosas ni crear demasiadas expectativas.

Asintió.

—Es sensato. Pero recuerda: los dos ya habéis pasado por muchas cosas juntos, y eso ha fortalecido el vínculo entre vosotros. Solo no cierres tu corazón por miedo a volver a sufrir.

—Lo sé, mamá. Y en cuanto a la casa… sabes lo mucho que significa para nosotras.

—La casa representa nuestros recuerdos, nuestro legado. Pero, cariño, lo más importante es la familia que hemos construido dentro de ella. Si Dante está dispuesto a ayudarnos a recuperarla es porque ve lo importante que es para ti.

—De verdad lo ve, mamá. Y estoy empezando a creer que, quizá, podamos construir algo juntos, algo real, ¿sabes?

Ella sonrió y me estrechó en un abrazo fuerte.

—Sigue simplemente a tu corazón, Marcela. Él te guiará por el camino correcto.

Pasamos el resto de la noche hablando, riendo y recordando momentos. Después, mi hermano y Daniela se unieron a nosotras.

Por un instante, todo pareció encajar y me sentí verdaderamente en paz. Me quedó claro que, independientemente de

los retos que la vida me pusiera delante, tendría a mi familia, a Daniela, a Ana Júlia y a Dante a mi lado para afrontar juntos cualquier obstáculo.

DANTE SALVATORE

Desde que Marcela habló de visitar a mi padre, no conseguía quitármelo de la cabeza. Echaba de menos las conversaciones, aunque fueran pocas, y también tener a mi familia unida.

El impacto que causó el abandono de mi madre quizá fue mayor en mí que en mi hermano, pero sabía que Dionisio tenía otros problemas, y podían ser incluso más graves que los míos.

No me gustaba ver a mi hermano borracho, pero sabía que solo él podía poner fin a aquello, enfrentándose a lo que tanto le aterraba. Por lo que parecía, Daniela significaba para él mucho más de lo que yo había imaginado.

Hoy, sábado, decidí hacer algo distinto y fui yo mismo al comedor a coger el desayuno. Marcela estaba bastante ocupada, y salí del último piso unos minutos antes.

Al entrar en el pequeño comedor, observé a Jurema de un lado a otro, preparando el café para algunos directivos, incluido el mío.

Era admirable lo mucho que ella y Matilde trabajaban, y ahora, con Matilde de baja, lo notaba aún más.

—¿Dante? —se sobresaltó al verme, pero yo esbocé una breve sonrisa.

—No se preocupe por mí —dije, sentándome ya—. Puede continuar, solo he venido a quedarme un rato aquí.

—¿Ocurre algo?

—No, nada.

Jurema me recordaba a alguien familiar, aunque sabía que era mi mente jugándome una mala pasada, porque esa sensación la tenía con muchas personas, fueran hombres o mujeres.

Ella sonrió con timidez y siguió con sus tareas, pero mi curiosidad estaba despierta y quería hablar un poco más con ella.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí en la empresa, Jurema?

—Ah, más de veinte años ya. Pero el tiempo vuela, casi no me doy cuenta.

Había en ella una calma que me atraía, algo maternal, aunque evitaba profundizar en esos sentimientos. Aun así, algo dentro de mí quería saber más sobre su vida.

—¿Tiene familia por aquí? —me atreví a preguntar.

Se detuvo, y pude ver un cambio en su mirada, una mezcla de tristeza y temor.

—No, señor…

Sentí un pinchazo en el corazón. Preguntar por la familia siempre era delicado, y debería haberlo sabido.

—Lo siento —dije con sinceridad.

Se encogió de hombros, intentando desviar el tema.

—A veces las circunstancias de la vida nos llevan por caminos distintos.

—Lo sé bien —confesé—. Mi madre se fue cuando yo era joven. El mayor problema es que aún pienso en ella todos los días, aunque no recuerde su rostro. No quedaron ni siquiera fotos, y no sé si fue ella o mi padre quien se las llevó.

Noté cómo Jurema tragaba saliva y evitaba mi mirada. Tal vez había tocado una herida abierta, pero me dio la sensación de que había algo más. Su incomodidad era evidente, pero no quise presionarla.

—Todos tenemos historias y heridas, y… es una pena que eso te duela tanto.

Nos quedamos en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. El ambiente en el comedor se volvió reflexivo e introspectivo.

Normalmente no me abría de esa manera, hablando de mi familia, pero el aura familiar que Jurema desprendía me llevó a compartir ese fragmento de mi vida. Siempre había sentido un vacío en lo que respecta a mi madre, y tocar ese tema era doloroso, pero al mismo tiempo reconfortante.

Entonces Jurema dio un sorbo a su café, intentando recomponerse.

—Sabes, Dante, la vida no siempre nos da las respuestas que esperamos. A veces elegimos caminos que, con el tiempo, nos traen mucho dolor y arrepentimiento.

Reflexioné sobre sus palabras durante un momento.

—¿Eso te ocurrió en algún momento de tu vida?

Ella dudó antes de responder.

—Sí, más de lo que me gustaría admitir.

—Todos cometemos errores, Jurema. Pero es la forma en que lidiamos con ellos lo que define quiénes somos en realidad —creo que intentaba consolarme más a mí mismo que a ella—. Lo digo por experiencia propia.

Sonrió con tristeza.

—No siempre es fácil vivir con las consecuencias de nuestras decisiones. Pero quizá lo más difícil sea vivir con lo desconocido… con lo que podría haber sido.

—El «y si…» es una de las cosas más torturantes que existen.

Jurema asintió.

—Pero la vida continúa, y es nuestro deber vivir lo mejor posible con lo que tenemos.

—Es verdad. Y aun con los desafíos y los arrepentimientos, todavía podemos encontrar alegría y propósito.

Sonrió, pero en sus ojos se veía que, al igual que yo, algo había marcado su vida.

—Tiene razón, señor.

—Bueno… —me levanté y me acerqué a ella—. Hoy le di un pequeño descanso a Marcela, que está bastante cargada de trabajo, así que yo mismo me llevaré el café.

—Está bien.

Cogí la bandeja y me dirigí hacia el ascensor, pero volví a oír su voz:

—Dante…

—Dime.

—Marcela… es una buena persona. Se preocupa mucho por usted y puede que incluso pierda mi empleo por decir esto, pero veo en sus ojos que usted también siente algo por ella. Así que, si lo que he dicho es cierto, por favor, no le haga daño al corazón.

—Jamás haría nada para lastimar a Marcela. Es especial para mí. Y sé que vosotras dos tenéis una relación cercana, lo respeto.

Ella soltó un suspiro de alivio.

—Solo quería decir eso. Veo muchas cosas suceder aquí, Dante. Y sé lo fácil que es herir a alguien incluso sin querer. Solo… cuídela. Y cuídese usted también.

Sus palabras me tocaron profundamente. Era innegable que existía un vínculo especial entre Jurema y Marcela, y eso me hizo reflexionar sobre las relaciones que estaba construyendo y aquellas que necesitaba valorar.

—Gracias. Sus palabras significan mucho para mí.

Esbozó una media sonrisa.

—Solo hago lo que creo que es correcto. Y, por favor, no le diga nada de esto a mi jefe —añadió con una mirada traviesa.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Nos despedimos con cordialidad, pero sabía que aquella conversación se quedaría conmigo. Era otra pieza del rompecabezas de mi vida y, quién sabe, quizá el inicio de una amistad inesperada.



CAPÍTULO 41

En el escenario de la eternidad, el ahora es el único acto que realmente tenemos el poder de dirigir…

MARCELA NOVAES

Me quedé mirando el test de farmacia durante un buen rato al llegar al trabajo. Estaba escondido en el fondo de mi bolso, pero su peso parecía mucho mayor de lo que realmente era.

Respiré hondo, armándome de valor para levantarme e ir al baño. La oficina estaba más tranquila, y mi jefe había dicho que iría él mismo a la cocina a coger su desayuno.

Tenía poco tiempo, así que entré en el baño y cerré el cubículo con pestillo, volviendo a mirar el test y leyendo las instrucciones. Me

temblaban las manos y, con cada segundo que pasaba, los nervios aumentaban.

Hice la prueba tal y como indicaban las instrucciones y, mientras esperaba el resultado, me miré en el espejo, intentando encontrar alguna respuesta en mis propios ojos. Dos minutos parecieron horas. Y entonces allí estaba: dos líneas rosadas. Positivo.

Estaba embarazada.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Mil pensamientos se agolparon en mi mente.

¿Cómo reaccionaría Dante? ¿Cómo cambiaría mi vida? ¿Estaba preparada para ser madre? Había tomado el anticonceptivo con regularidad, pero sabía que ningún método es cien por cien eficaz.

Me lavé la cara, intentando calmarme. Necesitaba mantener la serenidad y decidir cuál sería el siguiente paso. La realidad era que una nueva vida estaba creciendo dentro de mí, y tenía que afrontar esa situación.

Salí del baño y me senté frente a mi escritorio, sintiendo una mezcla de miedo, sorpresa y esperanza. Por inesperado que fuera todo, llevaba una vida dentro. Una parte de mí y de Dante.

Con aquella revelación, me quedé aturdida durante unos minutos y no me di cuenta de cuándo Dante interrumpió mis pensamientos:

—¿Estás bien, Marcela?

Lo miré, encontrándome con sus ojos preocupados. Por un instante quise soltarlo todo, contarle el descubrimiento, pero sabía que aquel no era ni el lugar ni el momento.

—Estoy… solo un poco cansada. La semana ha sido larga — aparté la mirada, intentando ocultar la tormenta emocional que se

estaba formando en mi interior.

Se acercó, inclinándose sobre mi mesa.

—Si necesitas algo de tiempo, puedes salir antes hoy.

Tragué saliva, con la garganta seca.

—Gracias, Dante. Pero estaré bien, y hoy cerramos la semana.

—Aun así, si lo necesitas, puedes marcharte antes. Cuídate.

—Lo haré —afirmé, intentando sonreír.

Sin embargo, él no sabía que cuidarme ahora significaba cuidar de nuestro futuro juntos.



Durante mi pausa para comer, repetí mis pasos de siempre y allí estaban Daniela y Ana Júlia, sentadas en el lugar de costumbre, sonrientes.

Me acerqué a la mesa y me hicieron sitio, saludándome con la mano y sonriendo. Era agradable verlas así, felices y radiantes.

—¡Eh, llegas tarde! —bromeó Daniela al verme, indicándome que me uniera a ellas—. ¡Por fin! Estábamos hablando de ti.

—Y espero que solo cosas buenas —respondí, devolviéndoles la sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó Ana Júlia.

Tragué saliva, recordando el test de embarazo que aún llevaba en el bolso. Respiré hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Tengo algo que contaros, pero no sé cómo vais a reaccionar.

Daniela se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Espera un momento… ¿tiene que ver con el test?

Ella ya lo sabía, porque habíamos ido juntas a la farmacia.

—¿Qué test? —preguntó Ana Júlia, alternando la mirada entre nosotras.

Respiré hondo y reuní valor.

—Sí. Yo… estoy embarazada.

Ana Júlia abrió los ojos de par en par, visiblemente sorprendida, mientras Daniela mostraba una sonrisa triunfal.

—¡Lo sabía! —exclamó Daniela, claramente emocionada—. La forma en que mirabas los tests de embarazo en la farmacia… y aquella duda antes de coger uno. ¡Tenía un presentimiento!

Ana Júlia seguía en shock, pero poco a poco una sonrisa empezó a dibujarse en su rostro.

—Dios mío, Marcela… esto es… ¡guau! No sé ni qué decir.

Las dos me apretaron las manos y sentí una oleada de emoción.

—Yo también estoy intentando asimilarlo. Es un torbellino de emociones y sentimientos.

—¿Y Dante? —preguntó Daniela, ladeando la cabeza y mordiéndose el labio inferior, con la mirada cargada de expectación—. ¿Ya lo sabe?

Suspiré, removiendo el bolso con cierta incomodidad.

—No, aún no. Y esa es la parte que más me asusta. No sé cómo va a reaccionar.

Ana Júlia apretó mi mano, ofreciéndome su apoyo.

—Sea cual sea su reacción, estaremos aquí para ti, siempre. Y estoy muy feliz por ti, amiga.

Daniela asintió, sonriendo de forma alentadora.

—Exacto. Además, vosotros tenéis una conexión especial. Creo que recibirá la noticia bien.

Las miré, sintiendo que el peso de la situación se aligeraba un poco. Tener amigas como Daniela y Ana Júlia era una bendición.

—Gracias, chicas —murmuré, con lágrimas en los ojos—. No sé qué haría sin vosotras.

Me sentía profundamente agradecida por tener personas tan increíbles en mi vida, dispuestas a apoyarme en todos los desafíos que estaban por venir.

DANTE SALVATORE

Sentí que la semana pasaba con rapidez; a pesar de todo, la rutina parecía tener su propio ritmo.

Poco a poco, Marcela y yo volvíamos a encontrar un equilibrio. Ella se entregaba al trabajo con la misma pasión de siempre, mientras yo me descubría atrapado una y otra vez en pensamientos sobre lo que el futuro nos depararía.

Lo cierto es que había un aura distinta a su alrededor. Su sonrisa habitual parecía más reservada, como si algo la estuviera inquietando profundamente. Tenía una idea de lo que podría ser, y el hecho de haber perdido su casa de la forma en que ocurrió la había dejado claramente afectada. Aun así, daba la impresión de que había algo más, algo que no alcanzaba a ver, y eso me inquietaba.

Se había convertido en un punto vital en mi vida de una manera que jamás habría imaginado. Y, pese a todas las complicaciones, no podía evitar sentir una chispa de esperanza cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

—¿Necesitas algo? —preguntó tras entrar en mi despacho.

—No, puedes irte a comer.

—De acuerdo. —Se giró con rapidez y, aun contradiciendo algo dentro de mí, decidí preguntar:

—Marcela, ¿ha pasado algo?

Se quedó de espaldas unos segundos y luego se giró despacio, mirándome a los ojos, algo indecisa.

—No… es solo cansancio.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Está bien. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Esbozó una leve sonrisa y se apresuró a salir de mi despacho. Reflexioné unos instantes sobre lo que podría estar ocurriendo, pero decidí darle espacio. Cada persona afronta sus emociones y problemas a su manera, y quizá ella necesitara tiempo a solas para procesar aquello que fuera que la estaba perturbando.



Los días siguientes siguieron el mismo ritmo. Marcela estaba presente, pero parecía distante. Muchas veces la sorprendí mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos. Nuestras conversaciones se habían vuelto más breves, más funcionales, sin el calor ni el entusiasmo de antes. Era evidente que algo la atormentaba, y pensaba que quizá tuviera que ver conmigo.

Acababa de irse a comer y decidí que hablaría con ella a su regreso. Aún inmerso en el trabajo, vi cómo se abrían las puertas del ascensor y no esperaba a la persona que salió de él. Caminó despacio hacia mi despacho, cuya puerta estaba abierta.

—¿Jurema?

—Sí. ¿Tiene… un minuto?

Observé su rostro; sus facciones reflejaban una mezcla de nerviosismo y determinación, como si cargara con un peso enorme.

—Claro, por favor, entre y siéntese —dije, señalando el sillón frente a mí.

Se sentó, respiró hondo y habló:

—He pensado mucho antes de venir. No es fácil, pero creo que es lo correcto.

La observé en silencio; en ese momento ni siquiera se atrevía a mirarme a los ojos. Parecía incluso tener miedo de hacerlo.

—Dante… —empezó, con la voz temblorosa—. Yo… nunca quise abandonarte.

La miré fijamente, intentando comprender lo que estaba diciendo.

¿Abandonarme?

—¿Qué estás diciendo? —mi voz salió más baja de lo que esperaba, cargada de confusión y sorpresa.

Se secó una lágrima solitaria con el dorso de la mano y tragó saliva antes de continuar:

—Todos estos años he estado aquí mismo, a tu lado, viéndote crecer, convertirte en el hombre que eres hoy. Puede parecer extraño o incluso cruel, pero necesito quitarme este peso del corazón, y tú no mereces seguir en la oscuridad como has estado durante tanto tiempo. Voy a ser directa: yo… soy tu madre, Dante.

Por un instante, el mundo a mi alrededor pareció desvanecerse. Intenté asimilar la revelación mientras una avalancha de emociones me invadía: rabia, tristeza, confusión, alivio. Todo junto, todo de golpe.

—¿Qué clase de broma de mal gusto es esta? —exclamé, con la voz teñida de ira.

—Dante…

—Dime qué estás intentando decir.

La rabia crecía en mi pecho y no sabía cómo contenerla.

—Dante, sé lo impactante y difícil que resulta creer esto, pero te juro que no es una broma —dijo, desesperada por que la entendiera—. Créeme, fue la decisión más difícil que he tomado en mi vida.

Me levanté de golpe, con los músculos tensos y la mente hecha un caos. El peso de sus palabras me resultaba asfixiante.

—No te creo.

—Dante… —se puso en pie también, ahora con los ojos llenos de lágrimas—. Mi verdadero nombre no es Jurema, es Amélia, y soy tu madre.

No supe cuánto tiempo me quedé mirando sus ojos, intentando encontrar la menor vacilación. Siempre había sido bueno leyendo a las personas, pero en ese momento no lograba descifrar nada en su rostro ni en sus gestos.

Poco a poco, el odio se apoderó de mí. Intenté controlarme, pero fue inútil.

—¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste esconderte detrás de esa sonrisa todos los días y no decir nada jamás? ¿Por qué nunca dijiste nada? —grité al final, golpeando la mesa con ambas manos.

Ella dudó, mirando sus propias manos como si buscara las palabras adecuadas.

—Tenía miedo. Miedo de tu reacción, miedo de perderte para siempre, miedo de no ser perdonada. Y cuanto más tiempo pasaba, más

difícil se volvía. Pensaba en ti todos los días. Incluso desde la distancia, quería asegurarme de que estabas bien, y por eso tomé el dinero que había guardado en el pasado y… encontré la manera de cambiar mi identidad y estar más cerca de ti y de Dionisio. Aquí podía veros todos los días.

—Eso no lo justifica —dije con frialdad—. Abandonaste a tus hijos y luego nos vigilaste desde lejos, como si eso fuera a arreglar algo.

Ella rompió a llorar, con sollozos contenidos escapando de sus labios.

—Sé que no lo justifica. Nada puede justificar lo que hice. Solo… quería que supieras que, aunque no lo parezca, te quiero. Y eso nunca cambió. Solo quería que fueras feliz.

Respiré hondo, con las emociones a flor de piel. El corazón se me partía entre la rabia, la tristeza y una chispa de esperanza.

Clavó la mirada en un punto fijo de la sala, intentando reunir fuerzas para continuar.

—Hay más en esta historia, Dante —dijo Jurema, con los ojos hinchados y enrojecidos.

Tragué saliva, ansioso y temeroso por lo que vendría a continuación.

—Habla —pedí, con la voz casi en un susurro.

—Cuando eras pequeño —empezó—, tu padre… él me maltrataba. No solo con palabras, también físicamente. Vivía aterrorizada todos los días por la posibilidad de que os hiciera daño a ti o a Dionisio. Bebía, se volvía violento y hacía… ciertas cosas conmigo. Y cuando intenté enfrentarme a él, protegeros, me amenazó con quitarme la vida.

—¿Qué… has dicho?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Las piezas empezaron a encajar en mi mente. Me fijé en una parte de sus brazos, en las cicatrices que a veces veía cuando servía el café.

—Intenté llevaros conmigo, pero juró que, si lo hacía, acabaría con los tres. No podía arriesgarme a eso, Dante. Tenía que protegeros de alguna manera. Así que utilicé todo el dinero que tenía escondido y cambié de identidad. Intenté rehacer mi vida lejos de él y, al mismo tiempo, vigilaros, asegurarme de que estabais bien.

Estaba en shock. La imagen de mi padre que había conservado en la memoria, como un héroe, se desmoronaba poco a poco.

—¿Por qué no llamaste a la policía? —pregunté, intentando asimilar aquella bomba.

Mi madre negó con la cabeza.

—Tenía gente de su lado. Además, siempre me hizo creer que nadie me creería. Era joven y tenía miedo.

Un silencio pesado se apoderó de la sala. Me sentía desgarrado por dentro, con un torbellino de emociones chocando entre sí.

—Lo siento, Dante —dijo, con los ojos fijos en los míos—. Lo siento por todo. Hice lo que creí que era lo mejor en aquel momento. Pero nunca, nunca dejé de quererte a ti ni a Dionisio, créeme.

Sentí una lágrima resbalar por mi mejilla. Estaba furioso, triste, confuso, pero en algún lugar comprendía su dolor, su elección.

—¿Sabes… dónde está mi padre?

—Sí. Está internado en una residencia y… por lo visto se arrepintió de lo que hizo en el pasado, pero yo nunca lo olvidé. Nunca lo olvidaré.

Durante los minutos siguientes me explicó muchas cosas y, cuanto más escuchaba, más rabia sentía, pero esta vez no era hacia ella.

Admito que aún me dolía su ausencia, pero lo que hizo mi padre no era digno de un hombre.

Las amenazas, las agresiones, la forma en que la trató y la intimidó…

—Yo… necesito un tiempo a solas.

Asintió, secándose una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Lo entiendo, Dante. Solo quiero que sepas que, no importa cuánto tiempo necesites, siempre estaré aquí esperando.

—Necesito pensar.

Antes de salir, sin embargo, se detuvo en la puerta, como si luchara consigo misma por compartir algo más.

—Dante —empezó—, Marcela… En una conversación con ella acabé diciendo más de lo que debía, y ella… lo descubrió.

—¿Cómo que…?

—Por favor, no la culpes. Le pedí que guardara el secreto hasta que… yo reuniera el valor para contártelo. Eso fue todo.

De nuevo, una oleada de rabia se apoderó de mí. Ella tenía la respuesta que había buscado desde que tenía doce años y no me la dijo. En ese momento solo pensaba que el hecho de que supiera la verdad que tanto había buscado y no me la revelara haría que se arrepintiera amargamente…

—No debería haber hecho eso. No deberíais haberme ocultado esto durante tanto tiempo. ¡Veintiocho años, mamá! Te fuiste hace veintiocho años y ahora me dices que más personas lo sabían. Te dejaste convertir en la villana de la historia, hiciste que te odiara durante veintiocho años, y eso no es justo ni para mí ni para Dionisio. Eso no es lo que debería hacer una madre.

—Hijo…

—Por favor, solo… déjame solo.

—Está bien. Sabes dónde encontrarme si quieres… hablar.

Segundos después, mi madre salió de mi despacho y yo no sabía qué hacer. Me quedé de pie, mirando a un punto fijo, incapaz de creer aquellas revelaciones.

Mi propio padre había hecho todo eso a mi madre…

Esto no iba a quedarse así. Ahora tendría todas las respuestas que llevaba buscando tanto tiempo y empezaría ese mismo día a encajar las piezas de aquel rompecabezas…



CAPÍTULO 42

Nuestro amor no era solo un capítulo; era una saga que atravesaba eras y desafiaba al olvido…

MARCELA NOVAES

Mis pensamientos me estaban consumiendo y tomé la decisión de acabar de una vez con aquello que parecía asfixiarme. Llamé a la puerta del despacho de mi jefe y, a continuación, entré. Estaba de pie, mirando a través del cristal, de espaldas a mí.

—¿Tienes un momento, Dante?

Durante unos segundos no obtuve respuesta y ya estaba a punto de decir algo más cuando oí su voz:

—¿De qué quieres hablar conmigo, Marcela? —preguntó sin girarse, y hasta su entonación era distinta de lo habitual.

Tenía miedo de revelar la verdad sobre el embarazo, pero no había hecho nada sola, así que decidí ir directa al grano.

—Dante, necesito ser sincera con algo —empecé, con la voz temblorosa y un nudo en la garganta. Tomé aire, intentando reunir valor—. Estoy embarazada. Vamos a tener un hijo.

Dante se giró lentamente hacia mí, con los ojos cargados de una tormenta de emociones. Pareció que el tiempo se detenía mientras asimilaba mis palabras, pero antes de que pudiera responder dio un paso al frente y me miró con intensidad.

Respiró hondo, cerró los ojos y pude percibir rabia en su rostro.

—Entonces… ¿me estabas ocultando más cosas?

Su pregunta me tomó por sorpresa y no supe qué responder.

—¿Cómo? Yo no estoy…

—No empeores las cosas —me interrumpió, mirándome fijamente, y vi algo distinto en su mirada—. Sé sincera, al menos una vez: ¿por qué escondiste que Jurema era mi madre?

Abrí la boca, sorprendida, y sentí que el corazón se me detenía por un instante. La forma directa y cortante con la que se dirigió a mí, el dolor evidente en sus ojos… todo era demasiado.

¿Cómo lo había descubierto?

—Yo… no sabía cómo decírtelo —susurré, sintiendo que las lágrimas brotaban—. Lo descubrí por casualidad y, Dante, ella no quería que lo supieras todavía, por eso…

—Durante todos estos años he buscado a mi madre. Cada momento, cada noche, soñando con volver a encontrarla. Y tú

simplemente… lo sabías. No solo sobre ella, sino sobre lo que yo estaba pasando. Y aun así me lo ocultaste, a mí, precisamente a mí, después de todo lo que escuchaste sobre ella, de todo lo que yo buscaba —su voz estaba rota, pero la rabia y la decepción eran evidentes.

—Lo siento mucho… —murmuré, con las lágrimas cayendo sin control—. Debería habértelo contado. Estuve mal.

Cerró los ojos un instante y aspiró aire con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, brillaban de lágrimas.

—Todo este tiempo he luchado por recuperar tu confianza y, al final, parece que no lo conseguí. Y ahora, para colmo, me dices que vas a tener un hijo mío… no puedo creerlo.

Dejó de hablar; su pecho subía y bajaba con rapidez, luchando contra el llanto que amenazaba con salir. Se veía tan vulnerable que cada una de sus palabras era una puñalada en mi corazón, porque yo, más que nadie, sabía cuánto había sufrido por no conocer el paradero de su madre.

Sus ojos reflejaban un dolor profundo y, al mismo tiempo, una amarga sorpresa. Nunca había visto a Dante tan vulnerable.

—Dante… —empecé, con la voz quebrada, pero levantó la mano para que no continuara.

Respiró hondo varias veces, intentando recuperar la compostura que siempre lo caracterizaba. Cuando por fin habló, su voz estaba rota:

—Confié en ti, Marcela. Hice todo lo posible por entenderte, incluso cuando te alejaste de mí porque pensaste que yo podría hacerte daño a ti y a tu familia, algo que jamás habría ocurrido.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la culpa y el arrepentimiento me golpeaban de lleno.

—No sabía cómo decírtelo. Cada día que pasaba parecía más difícil… Y tenía miedo, Dante. Miedo de perderte, miedo de verte sufrir aún más.

Me miró con intensidad, conteniendo las lágrimas que querían deslizarse por su rostro.

—La verdad siempre sale a la luz, Marcela. Y cuando lo hace de esta manera, duele todavía más, porque eras una de las personas en las que más confiaba.

—Lo sé, y lo siento. De verdad, de todo corazón.

Dante se pasó las manos por el cabello, visiblemente exhausto.

—Necesito tiempo, Marcela. Para procesar todo esto. Sobre el embarazo… —se quedó en silencio, y fue la primera vez que lo vi sonreír en toda aquella conversación—. Puede que no lo parezca, pero estoy muy feliz.

La posibilidad de perderlo por culpa de mis errores me consumía en ese momento, pero tenía que aceptar las consecuencias de mis actos.

—Lo entiendo —dije, mirándolo directamente a los ojos—. Y quiero que sepas que este embarazo no fue planeado para retenerte ni para manipular nada. Yo también estoy asustada, Dante, pero voy a afrontar esto contigo o sin ti.

Se acercó, dejando apenas unos centímetros entre nosotros. Sus ojos recorrieron mi rostro y susurró:

—No creo que tú hicieras algo así, Marcela.

En un gesto impulsivo, me acerqué un poco más, reuniendo valor para decir lo que llevaba dentro:

—Antes hiciste de todo por estar conmigo, y yo retrocedí, por miedo a entregarme, a salir herida. Pero ahora estoy aquí, delante de ti,

y lo único que deseo es que me abraces y me digas que todo va a salir bien.

Me observó durante unos segundos; sabía que estaba librando una batalla interna. Yo conocía la verdad que llevaba toda la vida buscando y no se la había contado.

—Marcela, yo…

—No tiene que ser ahora, pero quiero que sepas que me he enamorado. Y no solo del hombre que eres, sino de tu fortaleza, de la manera en que luchas por lo que deseas y del amor que das incluso cuando estás herido —mi voz se quebró, el nudo en la garganta apretándose con cada palabra—. Me equivoqué al guardarme todo esto, Dante. Me equivoqué por miedo, por inseguridad. Pero si algo he aprendido de este error es que no quiero vivir ni un solo día sin tu confianza. No puedo prometer que nunca volveré a equivocarme, pero sí puedo prometer que siempre haré todo lo posible por arreglarlo. Y ahora… —pasé la mano por mi vientre— este bebé no lo considero un error, sino un regalo. Un recordatorio de que, incluso en los momentos más complejos de la vida, existe la esperanza, una nueva vida abriéndose camino.

Dante pareció meditar mis palabras durante un instante y luego sus ojos se encontraron con los míos, cargados de emoción.

—Ni por un segundo he considerado a este bebé un error, Marcela.

—Y yo tampoco considero un error haberte dejado entrar en mi vida, Dante —respondí, intentando aún contener las lágrimas—. Bueno… solo quería que lo supieras. Voy a volver a mi trabajo.

Comprendí que nuestra incipiente relación podía haber llegado a su fin, pero mi amor por él crecía día tras día, y deseaba tenerlo a mi lado, hoy y siempre…

Sabía que él era el hombre de mi vida.

DANTE SALVATORE

Aunque tenía la mente sumida en un torbellino de pensamientos, salí antes de SkyLink y fui directamente a la residencia donde mi padre estaba internado.

Cuando llegué y anunciaron mi visita, me informaron de que no quería recibirme; solo que, esta vez, no tendría elección. No me iría de allí sin hablar con él.

—Avise a mi padre de que será la última vez.

—Señor…

—¡Avise! —bramé—. Dígale que no tendrá que preocuparse por mí en otra ocasión, pero que no me marcharé de aquí hasta que me reciba.

Esperé unos minutos, pensando en qué haría si se negaba a dejarme entrar, pero no fue necesario.

—Ha autorizado su entrada.

Con paso decidido recorrí el largo pasillo y, pocos minutos después, ya estaba en su habitación. Al cruzar la puerta, la cerré, observando a mi padre sentado en la cama, mirándome fijamente.

—¿Qué quieres, Dante?

—Quiero respuestas —respondí con firmeza, sosteniéndole la mirada—. Quiero saber por qué hiciste lo que hiciste, por qué destruiste a nuestra familia.

Bajó la vista; su expresión era la de un hombre que cargaba el peso del mundo sobre los hombros.

—Yo no destruí a nuestra familia —murmuró—. La protegí.

Puse los ojos en blanco, sintiendo cómo la ira volvía a encenderse.

—¿Protegerla? ¿Maltratando a la mujer que decías amar? ¿Amenazándola de muerte? ¿De verdad llamas a eso protección?

Mi padre abrió los ojos de par en par, como si no pudiera creer mis palabras; o más bien, sorprendido de que yo lo supiera.

—¿Cómo… cómo sabes eso?

—Me lo contó mi madre. Toda la verdad —respondí, sintiendo cada palabra como una puñalada, con la amargura y el rencor aflorando en mi voz—. Vivió aterrorizada por ti y eligió alejarse de sus propios hijos para protegernos. Y sí, está viva. En el fondo, siempre lo supe.

Agachó la cabeza, con las manos temblorosas sobre el regazo. Durante un instante, solo hubo un silencio denso en la habitación, roto únicamente por su respiración irregular.

—Yo… yo era un hombre distinto en aquella época —empezó, con la voz ronca, cargada de emoción—. No es que eso justifique lo que hice, pero la verdad es que el miedo a perderla me consumía; la quería a mi lado las veinticuatro horas del día. No sabía cómo manejar mis sentimientos, mi inseguridad, y descargué todo sobre ella, con palabras y… agresiones.

Lo miré, buscando alguna sinceridad en sus palabras.

—¿Y por qué nunca buscaste ayuda? ¿Por qué no intentaste cambiar?

—Estaba atrapado en un círculo vicioso, Dante. Cuanto más consciente era del daño que causaba, más incapaz me sentía de

cambiar, y eso solo alimentaba mi rabia. Hasta que un día, cuando ella se fue, la realidad me golpeó de lleno. Pero ya era demasiado tarde.

—Y ahora estás aquí —dije, observando el ambiente de la residencia, la frialdad y la soledad que lo impregnaban—. ¿Esta es tu castigo?

Expresó un asentimiento lento.

—La soledad me dio tiempo para reflexionar sobre mis errores, para comprender la profundidad del dolor que provoqué. Cada día me arrepiento de lo que hice y desearía poder volver atrás y hacerlo todo de otra manera. Pero sé que no puedo. Merezco estar donde estoy ahora, y lo sé.

—Sí, estás donde mereces. Y mi madre tuvo que pasar años escondiéndose y reinventándose por tu culpa. Nosotros, tus hijos, tuvimos que crecer sin una figura materna ni paterna, por tu responsabilidad.

Cerró los ojos un momento, como si cada una de mis palabras lo golpeara de lleno, y cuando los volvió a abrir, había lágrimas en ellos.

—Lo sé, Dante. Sé la carga que puse sobre tus hombros y sobre los de tu madre. Cada vez que cierro los ojos veo vuestros rostros, y el remordimiento me devora. Pero sé que las palabras no cambiarán el pasado ni aliviarán tu dolor.

—Nunca entendí cómo alguien puede hacer daño a la persona que dice amar. Tu inseguridad y tus celos destruyeron a nuestra familia.

—Fui un necio, Dante. Dejé que mis demonios internos controlaran mi vida, y vosotros pagasteis el precio. Entendería que nunca pudieras perdonarme.

—La vida nos da elecciones, padre, y tú tomaste las tuyas. Yo aún intento comprender las mías, lidiar con todo el resentimiento y la rabia que siento. Pero no he venido aquí para perdonarte —dije, con la

voz ligeramente temblorosa—. He venido a decirte que voy a seguir adelante sin ti.

—Dante…

—Eso no es todo —lo interrumpí, acercándome—. Lo que ocurra contigo estará en manos de mi madre; acataré lo que ella diga y la decisión que tome. Después de todo lo que pasó, se merece esa elección, se merece esa voz —enfatizé.

Bajó la cabeza, con las manos temblorosas aferradas a la sábana de la cama.

—No esperaba menos de ti. Al fin y al cabo, fueron mis decisiones las que nos llevaron hasta aquí.

—Lo único que te pido es que la respetes y no intentes impedirle tomar ninguna decisión. Ha cargado con el peso de tus actos durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de que asumas las consecuencias.

Tragó saliva, con el dolor claramente reflejado en sus ojos.

—Merezco todo lo que está ocurriendo. Y sí, acataré su decisión, sea cual sea. Sé que lo que hice es imperdonable y solo deseo que tú y tu madre tengáis paz, de una forma u otra.

Respiré hondo, sintiendo el peso de la situación, el dolor y la rabia aún ardiendo en mí, pero también cierto alivio por haber hablado con él con total franqueza.

—Voy a despedirme ahora. Y para que quede claro, padre, esto no ha sido una reconciliación, sino un cierre para mí. Hice lo que tenía que hacer.

Le di la espalda y me dirigí hacia la puerta, sintiendo su mirada clavada en mí hasta el último instante.

Al salir de aquella residencia, sentí una libertad que no había experimentado en años. Sabía que aún quedaba un largo camino por recorrer, pero ahora tenía la certeza de que estaba preparado para seguir adelante, y no culparía a mi madre por sus decisiones; al fin y al cabo, ahora la comprendía…



CAPÍTULO 43

En el mosaico de momentos que componían nuestra historia, cada fragmento reflejaba un amor que desafiaba las leyes de la gravedad, elevándonos siempre por encima de lo ordinario…

DANTE SALVATORE

Estaba decidido a resolver mis problemas uno a uno y, en ese momento, necesitaba sacarme algo de la cabeza. Fui hasta donde estaba Marcos y, cuando nos quedamos frente a frente, lo solté de una vez:

—Tienes hasta mañana para transferir a su nombre la casa que le quitaste a Marcela.

—Dante, estoy intentando ponerme en contacto con el hombre que compró la brújula y…

—Olvídalo —lo interrumpí, seguro de mi decisión—. Ya no necesito la brújula.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

Tenía a alguien mucho más importante que cualquier objeto a mi lado: mi madre. Y ella representaba algo que ninguna brújula ni ninguna riqueza podía sustituir: la oportunidad de recuperar una parte de mi familia.

—Lo intentaré, y…

—No, Marcos. —Me acerqué—. Vas a conseguirlo. De lo contrario, irás a prisión. Y haré todo lo posible para que te pudras allí. Eso es todo lo que tengo que decirte.

No dije nada más. Me di la vuelta y empecé a caminar, con la sensación de haberme quitado un enorme peso de encima. Ahora necesitaba centrarme en mí mismo y actuar como un hombre con nuevas responsabilidades, porque iba a ser padre.

No sabía cómo sería mi relación con Marcela a partir de ahora; aun así, no permitiría que nuestro hijo creciera entre rencores o amarguras. Ese niño merecía todo el amor y el cuidado del mundo, y me aseguraría de que los tuviera.

MARCELA NOVAES

Estaba trabajando en piloto automático.

Mis pensamientos estaban tan absorbidos por los acontecimientos recientes que apenas me di cuenta de cómo pasaban las horas en ese nuevo día. Las revelaciones de la semana surgían en mi mente como imágenes vívidas en cada instante de silencio, perturbando mi concentración.

El embarazo fue inesperado.

Dante y yo solo habíamos compartido un momento breve juntos sin protección, impulsados por el calor del instante, pero nunca imaginé que aquello acabaría convirtiéndose en un bebé. Sin embargo, ahora, más que nunca, sentía algo creciendo dentro de mí. No solo físicamente, sino también a nivel emocional. Una oleada de amor y de protección hacia ese pequeño ser al que todavía no había conocido.

Y aún estaba la revelación sobre Jurema…

Aquello fue un golpe devastador para mi jefe. Saber que ella era la madre de Dante y que nunca se lo había contado era algo que todavía no lograba comprender. Pero lo peor era el hecho de que yo lo sabía y lo mantuve en secreto.

Eso me consumía de culpa. Podía intentar entender por qué se había mantenido alejada, dadas las circunstancias, pero Dante merecía conocer la verdad.

Y yo no dije la verdad.

Sabía cuánto había sufrido por haber sido abandonado en la adolescencia, pero acabé ignorando esa situación, y ahora estábamos

cada vez más distantes. Y yo sabía que lo amaba. Amaba de verdad a Dante.

Me perdí en mis pensamientos hasta que una voz me devolvió a la realidad. Era mi jefe.

—Marcela, tenemos que hablar.

El nudo en el estómago se tensó. Sabía que esa conversación era inevitable, pero una parte de mí deseaba poder aplazarla un poco más.

Respondí enseguida:

—Claro. ¿En tu despacho?

—Sí. Ven ahora.

Respiré hondo, preparándome emocionalmente para lo que estaba por venir. Al entrar en su despacho, me di cuenta de que él parecía tan pensativo como yo. Nuestros ojos se encontraron y, por un instante, todas las palabras no dichas entre nosotros parecieron pesar en el aire.

—Marcela, quiero que sepas que lo más importante ahora es ese bebé que llevas en el vientre. Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros o de lo que sintamos el uno por el otro, debemos priorizar a ese niño.

—Lo sé, Dante —afirmé, con la voz quebrada—. Y estoy de acuerdo.

Suspiró, pasándose la mano por el pelo.

—Eso no significa que no debamos hablar de… nosotros. Pero creo que es mejor aclarar nuestros sentimientos e intenciones ahora, para evitar más complicaciones en el futuro.

Asentí, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con aparecer.

—Dante, solo quiero que nuestro hijo crezca en un entorno de amor y respeto. Si eso significa que debemos dejar nuestros sentimientos a un lado y centrarnos únicamente en el niño, estoy dispuesta a hacerlo.

Asintió, respirando hondo, pensando en algo, pero sin decir nada. Yo lo conocía bien y sabía que estaba luchando contra algo interno.

—Me alegra que estemos en la misma sintonía. Tenemos que hacer lo que sea mejor para nuestro hijo.

En ese momento comprendí que, por complicado que fuera el camino que teníamos por delante, los dos estábamos dispuestos a recorrerlo juntos, por el bien de nuestro hijo. El despacho estaba impregnado de una tensión palpable, con ambos buscando las palabras adecuadas para expresar sentimientos y preocupaciones que, aunque compartidos, seguían siendo tan personales y únicos.

—¿Sabes? —empezó Dante, mirando por la ventana al mundo exterior—. Siempre pensé que, cuando tuviera un hijo, todo sería distinto. Que estaría en una relación estable, quizá incluso casado. Pero no ha sido así. Y no pasa nada.

Lo miré, admirando su vulnerabilidad. Siempre había sido el tipo de hombre que mantenía la guardia alta, revelando muy poco de lo que realmente sentía.

—Yo también —admití—. Pero la vida tiene una forma curiosa de repartir sus propias cartas.

Dante soltó una risa suave y, durante un breve instante, la tensión en la sala se disipó.

—Es verdad. Y, aun así, aquí estamos, afrontando circunstancias que nunca habríamos imaginado. Pero, Marcela —se giró hacia mí, con la mirada profunda clavada en la mía—, quiero que sepas que, aunque

no sea de la manera que imaginábamos, voy a estar ahí por nuestro hijo. Y por ti.

—Dante…

—Espera —me interrumpió—. Aún no he olvidado, y difícilmente olvidaré, que sabías la verdad desde hacía todo ese tiempo. No estoy bien con eso, ni siquiera con mi madre. A pesar de todo, me alegra que esté viva.

—Lo sé.

—Al menos ella me lo contó, y entiendo parte del motivo por el que desapareció.

El corazón me dio un vuelco, preguntándome cuál sería el siguiente hilo de su pensamiento. La sinceridad y el dolor en su voz eran palpables, y resultaba imposible no sentir una punzada de culpa por mi papel al mantener el secreto.

—Marcela, tú eras… eres mi confidente. La persona con la que compartí mis miedos, mis alegrías, mis dudas. Y me ocultaste esto. Yo merecía saberlo.

—Lo sé. Y debería habértelo contado. No puedo cambiar el pasado, pero te pido perdón por no haber sido honesta contigo. En el fondo, sé que Jurema no tiene la culpa de nada —dije, captando su atención—. Sé que para ella fue difícil.

—Amelia. Ese es el nombre de mi madre, pero está bien si quieres seguir llamándola así.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, con tantas palabras no dichas flotando entre nosotros. Pude ver la vulnerabilidad y la lucha en sus ojos, y supe que, de algún modo, estaba intentando proteger a su madre. Estaba intentando protegerse a sí mismo.

—Lo sé, Dante. Pero para mí siempre será Jurema, la mujer que me trataba con un cariño especial, incluso sin que yo supiera el motivo.

Asintió, frotándose el rostro con las manos.

—¿Sabes? Cuando descubrí la verdad, sentí una mezcla de alivio y rabia. Alivio porque por fin tenía una respuesta a todas las preguntas que me atormentaban, y rabia porque tardé tanto en descubrir que había estado aquí todo el tiempo, cuidando de mí.

—La vida tiene una forma extraña de enseñarnos, Dante. Tal vez antes no era el momento adecuado. Ahora lo es. Y juntos podemos afrontar lo que venga.

—Sí, como padres, amigos.

¿Amigos…?

No sería capaz de verlo solo como un amigo, amándolo como lo amaba. Ese sentimiento había ido creciendo dentro de mí incluso antes de la revelación del embarazo y, ahora, era más fuerte que nunca. ¿Cómo se puede ser amigo de alguien cuando se desea algo más? Cuando se anhela estar en los brazos de esa persona, compartiendo risas, lágrimas y momentos.

Respiré hondo, preparándome para confesar lo que sentía.

—Me he enamorado de ti, Dante. Y no consigo verme siendo solo tu amiga.

Mi jefe no dijo nada; se limitó a observarme, intentando descifrar algo en mi expresión. Estaba cansada de ocultar mis sentimientos, pero cuando me dispuse a continuar, cambió de tema:

—Le he dado plazo a Marcos hasta mañana para devolverte la casa. Si no lo hace, tomaré mis propias medidas.

Me quedó claro que no quería hablar de nosotros, y asentí. Necesitaba dejar que el tiempo hiciera su trabajo; al fin y al cabo, yo

estaba equivocada en una parte de todo esto.

—De acuerdo, y… gracias.

—Puedes irte ahora. Y si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme, Marcela.



Aunque seguía funcionando en piloto automático, continué con mis tareas con normalidad y, en ese momento, me dirigía a la cocina para coger el café de la tarde de Dante.

Cuando el ascensor se abrió, vi a Jurema a lo lejos, trabajando como siempre. Al acercarme, me vio y enseguida fue hacia mí.

—Marcela… necesitaba hablar contigo.

—Está bien —sonreí—. No estoy enfadada ni nada por el estilo, no te preocupes.

—Pero yo… sé que he perjudicado vuestra relación. Te pido perdón, hija —dijo, y vi en su rostro una expresión de tristeza y arrepentimiento genuinos.

Era difícil no sentir compasión por Jurema. Había pasado por momentos extremadamente duros en su vida, y su decisión de ocultar la verdad sobre su identidad había estado marcada por esos acontecimientos traumáticos.

—Jurema, entiendo tu situación. No puedo decir que yo hubiera actuado de otra manera si estuviera en tu lugar —respiré hondo, buscando las palabras adecuadas—. Es una situación compleja para todos. Lo más importante ahora es que la verdad ha salido a la luz y podemos seguir adelante.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas, buscando algún rastro de juicio o rencor. Pero ya no tenía energía para guardar resentimientos. Llevaba una vida dentro de mí y necesitaba centrarme en eso.

—Solo quiero que Dante me perdone. Quiero que entienda que hice todo pensando en lo mejor para él, aunque haya sido la decisión más dolorosa de mi vida. Pero sé que eso llevará tiempo.

Toqué suavemente su brazo en un gesto de consuelo.

—Dante está asimilándolo todo ahora, Jurema. Dale tiempo. La relación entre vosotros es fuerte y también acabará entendiendo tus motivos. Pero ahora lo que necesitamos es apoyarnos mutuamente. Estamos todos en esto juntos.

Jurema asintió despacio, secándose las lágrimas.

—Eres una mujer increíble, Marcela. Dante tiene suerte de tenerte en su vida.

Sonreí, sintiendo un calor en el pecho, aunque sabía que las cosas no eran tan sencillas en lo que a mí respecta.

—Todos cometemos errores, Jurema. Lo importante es aprender de ellos y seguir adelante. Y juntas, creo que podemos hacerlo. Por nosotras y por este bebé.

—Espera, ¿tú… estás embarazada?

Entonces me di cuenta de que lo había dicho en voz alta, pero ya no había motivos para mentir.

—Sí, Jurema. Estoy embarazada —confirmé, llevando la mano al vientre de forma instintiva—. De Dante.

Sus ojos se abrieron aún más y, durante un instante, un silencio denso llenó el espacio entre nosotras.

—Dios mío… vas a darnos a Dante y a mí el regalo más precioso… Voy a tener un nieto —dijo, visiblemente emocionada, con las lágrimas corriéndole libremente por el rostro, lo que me dejó un poco cohibida.

—Yo… no sabía cómo contarlo. Todo ocurrió tan deprisa: descubrir que tú eras su madre y, ahora, el embarazo. Estaba intentando procesarlo todo.

Jurema se acercó y tomó mis manos entre las suyas.

—No te preocupes, hija. Estoy tan feliz por vosotros. Sé que es un momento confuso y lleno de emociones, pero este bebé es una bendición. Él o ella nos unirá aún más a todos.

—De verdad espero que sí —afirmé, emocionada por su apoyo, pidiéndole a Dios que así fuera.

—Quiero estar presente en vuestras vidas, en la vida de este bebé. Y haré todo lo posible por apoyaros —prometió.

—Lo sé —respondí, sonriendo.

Jurema asintió y, en ese momento, comprendí que, a pesar de todos los giros que nos había impuesto la vida, todo parecía encajar de una manera u otra.

Al final, el amor y la unión siempre encontraban la forma de prevalecer. Yo solo tenía que creer en mí misma y seguir adelante, confiando en que lo mejor acabaría llegando a mi vida…



CAPÍTULO 44

En cada amanecer que presenciamos juntos, nacía una nueva promesa de amor, luminosa y eterna, como el propio sol.

DANTE SALVATORE

Necesitaba resolver algunos asuntos, o mejor dicho, hablar con una persona después de la revelación sobre mi madre.

Fui al departamento donde trabajaba Ana Júlia para hablar con mi hermano, pero me llevé una sorpresa cuando me dijo:

—Dionísio se ha ido antes hoy.

Mi hermano no solía hacer eso.

—¿Ha pasado algo fuera de lo normal hoy?

—Que yo sepa, no.

—Entiendo.

Salí de su despacho y, cuando me disponía a entrar en el ascensor, vi a Daniela regresar.

—¿Algún problema?

—Estoy buscando a mi hermano.

—Se ha ido antes.

—Eso ya me lo ha dicho Ana Júlia. ¿Has notado algo raro hoy?

No me respondió de inmediato; parecía pensar en algo, pero enseguida dijo lo que imaginaba:

—Estuvo hablando con Jurema unos minutos. Después de eso, se marchó.

Cerré los ojos. En efecto, nuestra madre debía de haberle revelado la verdad.

—Entiendo.

—¿Eso es un problema? —preguntó Daniela, aparentando preocupación por mi reacción.

Aún no sabía exactamente cómo abordar ese tema con ella, porque no tenía claro qué pensaba mi hermano sobre esa revelación.

—En breve hablaremos de ello, pero no es un problema. En realidad, es una solución, aunque necesito ver cómo ha reaccionado mi hermano.

—Dante… no es bueno que Dionísio tenga más problemas; al fin y al cabo, lo quiera o no, soy muy importante para él.

En contadas ocasiones había visto a Daniela mostrarse frágil por algo, pero últimamente su situación con Dionísio había cambiado un poco, ya que parecía más vulnerable cuando el tema lo involucraba a él.

—No será un problema. Pero necesito hablar con él y luego hablamos nosotras.

—De acuerdo.

Salí del departamento, pero esta vez no regresé a mi despacho. Me dirigía a un lugar bastante conocido y esperaba que mi hermano estuviera allí…



Decidí salir antes y buscar a mi hermano.

Durante la adolescencia y el inicio de la adultez, Dionísio y yo teníamos un lugar que nos gustaba mucho, una especie de refugio al que acudíamos cuando algo malo ocurría. Era un pequeño parque escondido entre los altos y bulliciosos edificios de la ciudad. El lugar transmitía una sensación de tranquilidad y serenidad, con sus árboles altos, bancos de madera y un pequeño lago en el centro. Era el sitio perfecto para huir del caos de la vida cotidiana y encontrar un poco de paz.

En aquel entonces, era justo lo que más necesitábamos, al fin y al cabo, nuestra familia empezó a desmoronarse poco a poco y, en cierto

momento, solo nos teníamos el uno al otro.

Al llegar allí, caminé por los senderos, observando el entorno y comprobando que nada había cambiado pese al largo tiempo que llevaba sin volver. En el fondo, sabía exactamente dónde encontrar a mi hermano. Dionísio siempre se sentaba en el mismo banco, cerca del lago, desde donde podíamos ver a los patos nadando con calma.

Al verlo allí sentado, perdido en sus pensamientos, sentí una oleada de preocupación. Me acerqué y, sin decir una palabra, me senté a su lado. Levantó la mirada, sorprendido, pero una leve sonrisa apareció en su rostro.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—Siempre sé dónde encontrarte cuando necesitas un tiempo —respondí, mirándolo con comprensión, entendiendo el motivo de su huida, por así decirlo.

Permanecimos en silencio durante unos instantes, simplemente disfrutando de la presencia del otro. Sabíamos que, a veces, no hacían falta palabras para comunicarse.

—Es verdad.

—¿Estás bien? —pregunté al fin.

Suspiró, mirando al lago.

—Es demasiada información para asimilar, ¿sabes? —empezó Dionísio, con una voz cargada de un peso que rara vez le oía—. Descubrir que Jurema, alguien que estuvo presente en tantos momentos de nuestra vida, es en realidad nuestra madre… No sé qué pensar.

—Lo entiendo.

Se quedó en silencio, como si estuviera ordenando sus pensamientos, y yo esperé con paciencia. Sabía que necesitaba ese

momento tanto como yo.

—Me lo contó hoy, y me dijo que también habló contigo —continuó, con la voz ahora más firme—. Me habló de todas las razones por las que tuvo que dejarnos, de cómo nos observó desde lejos, asegurándose de que estuviéramos a salvo. Puedo ver el dolor y el arrepentimiento en sus ojos, pero… —dudó, mirándome, buscando en mí una respuesta que no sabía si podía darle.

—Pero aún te sientes resentido —completé, entendiendo su conflicto.

—Es como si una parte de mí quisiera perdonarla, abrazarla y decirle que todo está bien. Pero la otra parte… está furiosa, confusa, sintiéndose abandonada, porque, en el fondo, lo estuvimos.

Le apreté suavemente el hombro, intentando ofrecerle algo de consuelo.

—Es normal sentirse así, Dionísio. Es nuestra madre, y descubrir toda la verdad de golpe es complicado. No tenemos que tener todas las respuestas ahora, ni tampoco perdonarla de inmediato. Eso llevará tiempo. Lo sé bien, porque estoy pasando por lo mismo.

—¿Y tú cómo estás llevando todo esto?

Respiré hondo, mirando al lago frente a nosotros, con los patos aún nadando tranquilamente.

—Estoy confundido, igual que tú. Pero intento comprenderlo todo, darle espacio en mi vida poco a poco. Al fin y al cabo, es nuestra madre, y una parte de mí siempre quiso conocer a mi madre de verdad, o mejor dicho, verla viva.

Dionísio asintió, como si estuviera reflexionando sobre mis palabras.

—Quizá solo tengamos que ir paso a paso. No estoy enfadado con ella, sino con la situación. Pero me alegra saber que nuestra madre está viva; lo que pasa es que escuchar todo lo que hizo nuestro padre…

Dionísio no era tan cercano a nuestro padre y siempre lo había culpado por haberse aislado. Fui yo quien intentó visitarlo durante esos años, pero después de todo lo que pudo haber oído de nuestra madre, estaba seguro de que no se le pasaba por la cabeza retomar nada con nuestro padre.

—Voy a hablar con ella hoy mismo.

—¿Sobre qué? —preguntó, mirándome ahora con interés.

—Sobre lo que ella quiera hacer respecto a lo que hizo nuestro padre, y acataré su decisión.

—En eso eres más blando que yo. A mí me dan ganas de cambiar a nuestro padre de residencia… directamente a una prisión —dijo, con la rabia marcada en la voz, y negué con la cabeza.

—Eso dependerá de nuestra madre.

—Sí. Lo sé.

Me quedé con mi hermano unos minutos más, hablando de toda la situación, pero luego me despedí y me dirigí a otro lugar para poner fin a todo aquello de una vez por todas.



Había conseguido la dirección de mi madre en la empresa y, cuando llegué a la puerta de su casa, vi cierta sorpresa en su rostro al abrirme.

—¿Dante…?

—Sí, mamá. ¿Podemos hablar?

—Claro. Pasa.

Hice lo que me pidió y, al observar su casa, me di cuenta de lo sencilla que era, pero también de lo acogedora que resultaba. Había fotos nuestras en distintos momentos de nuestras vidas repartidas por las paredes, y pude percibir hasta qué punto nos había seguido de cerca, aunque fuera desde la distancia.

Nos sentamos en el sofá y ella me miraba con una mezcla de expectación y nerviosismo. Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos antes de hablar.

—Sé que has hablado con Dionísio —empecé, eligiendo las palabras con cuidado.

—Sí. Esperé unos días para hablar con él; el día que te lo conté fue… difícil.

—Me lo imagino.

Bajó la mirada, visiblemente emocionada, y durante un instante nos quedamos en silencio. Tenía que escoger bien cada palabra; había mucho que decir y demasiadas emociones de por medio.

—Yo también estoy procesando todo esto —continué, procurando mantener la voz firme—. Yo… necesito tiempo, y Dionísio también.

Asintió, tragando saliva antes de responder.

—Te lo agradezco, Dante. Sé que me equivoqué, que debería haberlo contado antes, pero… tenía tanto miedo de volver a perderos.

Pude ver el dolor en sus ojos y, por un momento, dejó de importarme el daño que había causado al mantenerse alejada.

—Llevará tiempo, mamá —dije, y la palabra «mamá» salió con una naturalidad extraña—. Pero, en el fondo, sé que volveremos a acercarnos.

Sonrió, con lágrimas en los ojos.

—Eso es todo lo que podría pedir. Gracias, hijo.

Respiré hondo, intentando contener la emoción. Necesitaba ser directo.

—Aun así, tengo que hablar de otro asunto con usted, mamá. Necesito una decisión respecto a mi padre, sobre qué quiere hacer con lo que ocurrió en el pasado. Tanto Dionísio como yo acataremos lo que decida: pasar página o llevar a nuestro padre ante la justicia. Si no quiere decidir, lo haré yo por usted, pero le adelanto que ni Dionísio ni yo tendremos compasión después de conocer la verdad de lo que pasó.

Mi madre guardó silencio, como si estuviera sopesando la respuesta.

Me miró fijamente a los ojos y pude ver la batalla interna que libraba. Era una decisión difícil y sabía que, ocurriera lo que ocurriera, habría consecuencias.

—Dante, tu padre… hizo cosas terribles. Cosas por las que ninguna mujer debería pasar. Pero no quiero vivir el resto de mi vida con odio y rencor en el corazón. Ya he perdido demasiado tiempo lejos de vosotros y no quiero perder más en procesos y tribunales.

Respiró hondo, secándose las lágrimas que insistían en caer.

—Solo quiero seguir adelante. Quiero construir una relación contigo y con Dionísio. Quiero estar presente en la vida de mi nieto que está en camino. No quiero odiar más.

Hizo una pausa, mirando sus manos.

—Pero entiendo si vosotros queréis seguir adelante con esto. Si es lo que necesitáis para poder continuar, lo aceptaré. Solo os pido que, sea cual sea la decisión, no dejéis que esto os consuma. No dejéis que el odio os transforme, como transformó a vuestro padre.

Escuché sus palabras, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. La miré, viendo a la mujer fuerte y resiliente que era.

—Acataremos tu decisión. Si crees que mi padre ya ha tenido castigo suficiente, no haremos nada, pero nunca volveré a permitir que se acerque a ti. Te lo prometo.

Levantó la vista para mirarme y vi una lágrima deslizarse por su mejilla. Asintió, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Gracias, Dante. Eso significa mucho para mí.

—No tienes que darme las gracias, mamá. Solo quiero que estés a salvo y seas feliz. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

Sonrió, secándose las lágrimas.

—Sé que cometí muchos errores, sobre todo contigo y con Dionísio. Pero espero que, con el tiempo, pueda compensarlo de alguna manera.

—Tenemos tiempo, mamá. Y ahora tenemos una oportunidad de construir algo nuevo juntos.

Asintió, con la mirada llena de esperanza y gratitud.

—Quiero formar parte de vuestras vidas y de la de mi nieto. Quiero ser la madre y la abuela que os merecéis.

—Sí, y por eso te quedarás conmigo, en mi mansión. Prepara lo que quieras llevarte de aquí; mandaré recoger todo lo demás, pero a partir de mañana vivirás en otro lugar.

—¿Estás seguro, hijo?

—Sí. Es lo mínimo que puedo hacer.

Aún con lágrimas en los ojos, me abrazó, y yo hice lo mismo, estrechándola contra mi cuerpo.

Ese era el comienzo… de un nuevo comienzo, y estaría presente en él incluso después de haber perdido veintiocho años buscándola.



Ya en el coche, llamé a mi investigador.

—¿Alguna novedad?

—Sí, pero no es buena. Marcos no ha transferido la casa y hemos detectado movimientos por su parte. Tiene intención de salir de la ciudad.

Le di varias oportunidades a ese hombre y no aprovechó ninguna. Lo único que me quedaba ahora era actuar sin pensar en las consecuencias; al fin y al cabo, el problema pasaría a ser suyo y de la justicia.

—Haz lo que acordamos. Reúne las pruebas, ve a la policía y haz lo que tenga que hacerse. Puede tardar, pero la casa volverá a Marcela; eso sí, él estará en prisión cuando ocurra.

—De acuerdo, jefe.

—Hazlo hoy. Quiero que esto quede resuelto lo antes posible.



CAPÍTULO 45

En medio de la inmensidad de la existencia, descubrimos un refugio el uno en el otro, un lugar donde el amor reinaba supremo y el tiempo perdía su poder…

DANTE SALVATORE

Poco a poco, las cosas fueron encajando a medida que pasaban los días.

Mi madre ya estaba en mi mansión y, poco a poco, fue acercándose a Dionísio y a mí. Notaba a mi hermano más tranquilo, y hablaba mucho con ella.

No quiso renunciar a su salida de SkyLink ese año y dijo que se quedaría aquí hasta finales de 2023; le quedaban apenas unos meses antes de marcharse. Dado que su verdadera intención era cuidarnos, ahora que sabíamos que seguía viva no había motivos para que permaneciera allí.

En los días siguientes también hablé bastante con Marcela, y la conversación giraba en torno al bebé que llevaba en el vientre y a su casa.

Marcos estaba en prisión en ese momento y yo la estaba ayudando con el proceso para recuperar la vivienda. Por ahora, ella seguía alojándose con Daniela.

El problema de mantener un contacto frecuente con mi secretaria era que, inevitablemente, la deseaba, y no sabía disimularlo. Aunque no intentara nada, ni allí ni en ningún otro lugar, yo quería a Marcela.

Mi rabia por haberme ocultado la verdad sobre mi madre a veces se disipaba y lo olvidaba; pero al cabo de un rato, al volver a pensarlo, todo regresaba, y ese era el momento en que más enfadado me sentía durante el día.

Era difícil controlar sentimientos así.

—El informe que pidió…

Su voz me sacó de mis pensamientos y pude centrarme en su rostro.

Allí estaba, frente a mí, con esos ojos brillantes y llenos de vida que siempre lograban captar mi atención, pasara lo que pasara. La forma en que hablaba, en que se movía… todo en ella me cautivaba de una manera que nunca había experimentado con ninguna otra mujer.

—Gracias, Marcela —logré decir, intentando mantener la voz estable y las emociones bajo control.

Asintió y dejó el informe sobre mi mesa con delicadeza. Pude notar la tensión en sus hombros y supe que ella también luchaba contra sus propios sentimientos.

—¿Necesita algo más? —preguntó, evitando mirarme directamente a los ojos.

La necesitaba a ella.

—No, eso es todo. Gracias —respondí, haciendo un esfuerzo por mantener la voz firme y la mirada fija en los papeles frente a mí, intentando ignorar la voz en mi cabeza que gritaba lo contrario.

Hizo un leve gesto con la cabeza y se dio la vuelta para salir, pero dudó un instante junto a la puerta. Pude sentir su mirada sobre mí, y me costó no alzar la vista para mirarla. Sabía que, si lo hacía, todo mi autocontrol podía venirse abajo.

—¿Dante? —me llamó con suavidad, haciendo que el corazón se me acelerara.

—¿Sí? —respondí, permitiéndome por fin mirarla.

Sus ojos estaban llenos de preocupación y de algo más, algo que no lograba identificar. Por un instante, creí ver un destello de deseo, pero enseguida apartó la mirada.

—No estamos hablando tanto de otras cosas. Solo quiero que… te cuides, ¿de acuerdo? —dijo en voz baja, antes de disponerse a salir del despacho.

«Concéntrate, Dante. Necesitas concentrarte», me repetí, intentando apartarla de mi mente. Pero era inútil. Marcela se había infiltrado en cada parte de mi ser y, por mucho que lo negara o lo ocultara, la verdad era clara como el día.

Seguía enamorado de ella, de cada parte de esa mujer.

Y esa certeza me asustaba más que cualquier otra cosa. Porque sabía que, en el momento en que el resentimiento por haber ocultado la verdad sobre mi madre se disipara por completo, todo cambiaría.

—Marcela… —la llamé, y ella se giró para mirarme—. Por favor, cierra esa puerta y ven aquí.

Resultaba imposible mirarla sin tocarla, y solo Dios sabía lo difícil que era controlarme día tras día; por eso decidí actuar sin pensar cuando cerró la puerta tras de sí.

—¿Ha ocurrido algo?

Me levanté y, como dos personas atraídas irremediablemente la una hacia la otra, caminamos el uno hacia el otro.

—Sí, chica… tú has ocurrido.

—Dante…

—No te me sales de la cabeza, joder, y ya no sé qué hacer —dije, sujetándole el rostro, cerrando los ojos y respirando hondo mientras intentaba encontrar palabras que explicaran lo que me ardía en el pecho. Nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir el calor de su aliento.

Marcela parecía tan sorprendida como yo. Sus ojos castaños y expresivos buscaban respuestas en los míos. Tragó saliva, claramente afectada por lo que estaba pasando entre nosotros.

—Dante, ¿estás… seguro de esto? —su voz era baja y temblorosa, pero había una determinación latente.

Apoyé un dedo sobre sus labios, silenciándola.

—Sé que no deberíamos, pero ¿puedes decirme sinceramente que no sientes lo mismo?

Dudó, con el conflicto reflejado en la mirada.

—No es tan sencillo. Nunca lo es cuando se trata de nosotros dos.

—Nada en nuestras vidas ha sido sencillo, Marcela —admití, recordando el pasado turbulento que compartíamos. Había razones por las que había intentado alejarme de ella, razones ancladas en un dolor que ambos preferíamos olvidar—. Pero este momento, aquí, ahora… se siente bien.

Marcela pareció meditar mis palabras un instante antes de murmurar:

—No quiero ser solo una más para ti.

La atraje hacia mí, con nuestros cuerpos ya pegados.

—Nunca has sido una más. Eres única, y lo sabes.

Alzó el rostro para mirarme y fue imposible resistirme. Mis labios encontraron los suyos en un beso lento y profundo, y la pasión que llevaba tanto tiempo conteniendo se desbordó. El sabor dulce de sus labios era embriagador, y cada roce, cada caricia, hablaba de un deseo reprimido y de recuerdos que intentábamos olvidar, pero que regresaban con fuerza.

La urgencia del instante se volvió palpable. Sus manos se deslizaron hasta mi pelo, tirando de mí para acercarme aún más, mientras las mías recorrían la curva de su espalda, presionándola contra mi cuerpo. El mundo exterior parecía haber desaparecido, y el único sonido en la estancia era el de nuestras respiraciones agitadas y el latido acelerado de nuestros corazones.

—Dante…

—Shh, tranquila.

Deslicé su vestido hacia abajo, ansioso por sentir el calor de su piel contra la mía. Cada roce encendía una chispa entre nosotros,

haciendo el aire más denso de tensión y deseo. Cerró los ojos cuando mi mano recorrió su cintura y se adentró por el interior de sus muslos, arrancándole un suspiro anticipado.

—Dante… esto es una locura. ¿Y si alguien nos ve? —murmuró, aunque su cuerpo no mostraba intención alguna de apartarse.

Sonreí contra su piel, dejando un rastro de besos por su cuello.

—Ahí está la emoción, ¿no? La idea de que puedan pillarnos lo hace todo aún más excitante.

Se mordió el labio inferior, dividida entre el deseo y la razón. Decidí animarla un poco más, besándola con una intensidad que la hizo olvidar cualquier reserva. Su vestido ya descansaba en la cintura, dejando al descubierto su delicada lencería y parte de sus pechos, que tanto me gustaba saborear.

Cuánto había echado de menos a esta mujer…

—Dios, eres preciosa —susurré, admirándola.

Se sonrojó, pero un brillo travieso encendió su mirada.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Lo descubrirás…

Me acerqué, tomando uno de sus pezones entre los labios y escuchando cómo exhalaba un gemido profundo de placer. Alcé la vista para encontrar la suya, viéndola morderse el labio de nuevo, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Dante… —murmuró mi nombre, una súplica silenciosa para que continuara.

Y no tenía intención de detenerme. Deslicé la lengua sobre su pezón, sintiendo cómo se endurecía en respuesta, y la sujeté por la cintura, alzándola para traerla aún más cerca. Mis manos recorrieron su

piel, siguiendo cada curva, cada línea que la hacía tan inconfundiblemente Marcela.

—Sabes lo mucho que me vuelves loco —confesé, desplazando la boca hasta su otro pecho y dedicándole la misma atención devota, mientras la sentaba sobre la mesa.

Soltó un gemido, con las manos deslizándose hasta mi pelo, animándome a continuar.

—No tienes ni idea de cómo me siento cuando me tocas así, Dante…

Reí contra su piel, sintiendo cómo su cuerpo vibraba con el sonido.

—Tengo una idea, chica —susurré, incorporándome para atrapar sus labios en un beso voraz, dejando que mi lengua explorara cada rincón de su boca.

Marcela respondió con el mismo fervor, con las manos recorriéndome la espalda, arañando suavemente a través de la camisa, provocándome un escalofrío. Podía sentir el calor de su piel contra la mía, su peso sobre la mesa, todo encajando de una forma peligrosamente perfecta.

Me aparté apenas lo suficiente para mirarla a los ojos, luchando desesperadamente por conservar un mínimo de control. Su mirada ardía; sus labios estaban rojos e hinchados por nuestros besos.

—¿Estás segura? —pregunté.

Asintió, con los dedos acariciándome el rostro.

—Te quiero a ti, Dante. Ahora y siempre.

Tomé lo que sentía como mío, volviendo a besarla, esta vez con una necesidad cruda y arrolladora. Mis labios descendieron desde su barbilla hasta su cuello, sintiendo el latido de su vena bajo mi lengua.

Mis manos se deslizaron hasta la parte posterior de sus rodillas, alzándola ligeramente para que se enroscara alrededor de mi cintura. Estábamos tan cerca que podía sentir cada latido de su corazón contra mi pecho.

—Dante, fóllame bien… —suspiró, perdiéndose en el torbellino de sensaciones que estábamos creando juntos.

Encontré el cierre de su vestido y lo bajé despacio, dejando al descubierto más piel ansiosa por mi contacto. Con un movimiento ágil, se deshizo del vestido, quedándose solo con la lencería que realzaba sus curvas de una forma terriblemente tentadora.

Me detuve un instante, simplemente contemplándola, mientras ella se deleitaba bajo el peso de mi mirada. Su respiración era agitada y sus ojos brillaban con un deseo puro e indomable.

Me moví despacio, deslizando la boca por su vientre, provocándola con mordiscos suaves y besos húmedos. Gimió en respuesta, con los dedos enredándose en mi pelo, guiándome hasta donde más me deseaba.

Segundos después, bajé su ropa interior y mi boca se encontró con su intimidad, arrancándole un arqueo inmediato del cuerpo. Mi lengua trazó movimientos provocadores mientras mis dedos exploraban su interior, sacándole un gemido ronco y profundo.

—Dante… —jadeó, con las manos aferradas al borde de la mesa —. Fóllame con esa lengua deliciosa…

Sonreí contra su piel, sintiendo lo húmeda y preparada que estaba para mí. Intensifiqué el ritmo de mi lengua, hundiéndome aún más, mientras mis dedos seguían recorriéndola y provocándola de las maneras que sabía que le volvían loca.

—¿Te gusta así? —pregunté, mirándola mientras seguía dándole placer con la boca.

Marcela solo consiguió asentir, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, entregándose por completo al placer. Se retorcía y se movía contra mí, guiándome instintivamente hacia donde más quería ser tocada.

Aceleré el ritmo, sintiendo que se acercaba al clímax. Y cuando finalmente llegó, lo hizo con una intensidad que la llevó a gritar mi nombre, con las piernas temblándole y el cuerpo sacudido por oleadas de placer.

Levanté la cabeza y la miré con deseo y admiración; ella me atrajo hacia un beso profundo, haciéndome sentir lo satisfecha y colmada que estaba.

—Hazme tuya…

Cuando iba a volver a tomar su boca, dos golpes sonaron en la puerta y una voz familiar llamó:

—¿Dante? ¿Estás ahí? Tenemos que hablar del informe trimestral.

Mierda. Era mi hermano.

La realidad regresó de golpe y el peso de la situación me golpeó como un puñetazo en el estómago. Estábamos en mi despacho, y todo lo que había ocurrido entre nosotros se me vino de repente a la cabeza.

Me ajusté la corbata y la camisa, intentando parecer lo más sereno posible, mientras Marcela, con las mejillas aún sonrojadas, se vestía, y pude ver cierta vergüenza reflejada en su rostro.

—¡Un momento! —dije, mientras pensaba en algo.

Después de casi un minuto, parecíamos presentables, y abrí la puerta.

—No sabía que estabas ocupado —comentó, aunque no sonó a provocación.

—Si me necesitas, estaré en mi despacho; ahora mismo traigo lo que pidió —dijo Marcela, y salió de la sala con rapidez, dejándonos a mi hermano y a mí a solas.

—¿Pésimo momento?

—Sí y no. Yo… no sé qué responder.

—Me imagino lo que estabais haciendo, y lo apoyo.

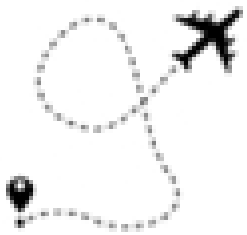
—¿Lo apoyas? —pregunté, sin entender.

—Os queréis, pero sé que aún no la has perdonado, y también sé que algún día lo harás.

—No es tan sencillo; no consigo sacarlo de la cabeza.

—Hazme caso. Es la madre de tu hijo y la amas. Deja que el tiempo haga su trabajo.

—Dime qué querías hablar, Dionísio…



Después de tener una breve reunión con mi hermano, fui al despacho de Marcela y me quedé observándola durante unos segundos, sin saber qué decir ni siquiera qué hacer en esa situación.

—Perdóname por lo de antes —dije, respirando hondo.

—Los dos sabíamos que algún día nos pillarían —comentó, esbozando una media sonrisa antes de apartar la mirada.

—Sí.

Seguí mirándola, y ella hizo lo mismo. Ni siquiera sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero mi mente iba a mil por hora.

—Te has arrepentido, ¿verdad?

¿Cómo decirle que no sabía la respuesta?

Era como si pudiera leerme en esos momentos de vulnerabilidad y, de algún modo, lo odiaba.

—¿Por qué me preguntas eso, Marcela?

—Por tus ojos.

—¿Qué pasa con mis ojos?

—Hablan. Incluso cuando tu boca no dice nada —respondió, con un matiz de tristeza en la voz.

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Marcela, no me arrepiento de lo que pasó entre nosotros.

—Pero tu corazón se siente traicionado porque no te conté lo que sabía, y está bien.

No, no estaba bien.

Esa mujer me descolocaba por completo y, aun así, me resultaba difícil desprenderme de todo: del dolor y de la confusión que su secreto había provocado. Cada recuerdo, cada momento compartido, estaba ahora teñido de duda y desconfianza.

—Yo…

—Está bien. Lo mejor es… mantenernos alejados el uno del otro. Todo esto tiene muchas probabilidades de salir mal, Dante. Hay algo

más importante de lo que preocuparnos: ese bebé. Por eso, voy a seguir haciendo mi trabajo y… espero que tú hagas lo mismo a partir de hoy. No quiero que me des esperanzas de algo que no va a ocurrir. Por favor…

Marcela tenía razón.

No podía jugar con sus sentimientos, y todo lo que había sucedido seguía muy presente en mi cabeza. Era inevitable pensar en ella y, aun así, todo parecía terriblemente equivocado.

—Lo haré.



CAPÍTULO 46

Una simple decisión puede moldear nuestro futuro de una forma que ni siquiera imaginamos…

MARCELA NOVAES

Aquella era mi última semana como secretaria de Dante. Los seis meses habían pasado rápidamente, y todo lo que acabamos viviendo no parecía caber dentro de esos ciento ochenta días. En realidad, todo venía de años atrás, de aquella discoteca…

Viví en SkyLink innumerables emociones, y estoy segura de que aprendí y crecí mucho durante ese tiempo. Trabajar al lado de Dante fue una experiencia única y profunda, que mezcló lo profesional y lo personal de una forma que jamás imaginé posible. La conexión que tuvimos desde el principio, e incluso las discusiones, fueron algo que llevaría conmigo para siempre.

Sin embargo, sabía que había llegado el momento de seguir adelante.

Mis sentimientos por mi jefe se habían profundizado más de lo debido, y cada día a su lado hacía más difícil mantener esa línea tan frágil entre lo profesional y lo personal, sobre todo ahora que esperaba un hijo suyo. Necesitaba espacio, necesitaba respirar y ordenar mis pensamientos.

Aun así, el corazón me dolía al pensar en no verlo todos los días, en no formar parte de su vida de una manera tan íntima. Pero sabía que era lo mejor, tanto para mí como para él. Los dos necesitábamos tiempo y distancia para comprender lo que realmente sentíamos el uno por el otro, sin las complicaciones del entorno laboral.

Aunque solo era el comienzo de la semana, ya estaba recogiendo mis cosas, observando a mi alrededor aquel despacho que se había convertido en mi segunda casa. Las paredes llenas de recuerdos, las sonrisas compartidas, los retos superados… Todo resonaba en mi mente, trayendo consigo una mezcla de nostalgia y tristeza que aún no sabía cómo manejar.

Cuando Dante entró hoy en el despacho, aquel lunes, su mirada se cruzó con la mía, y pude ver en sus ojos el mismo torbellino de emociones que sentía yo. Se acercó y, por un instante, nos quedamos simplemente mirándonos, como si intentáramos grabar la imagen del otro en la memoria.

—Marcela… —empezó, con la voz ronca.

—Dante, no hace falta que digas nada —lo interrumpí, esbozando una sonrisa triste—. Los dos sabemos lo que está pasando.

Asintió, tragando saliva.

—Esto no es una despedida, ni mucho menos. Seguirás aquí, en el departamento que elijas. Pero ahora tienes que cuidarte más… —dijo,

posando la mirada en mi vientre, ya visiblemente más redondeado con el paso de los meses.

Durante los últimos meses, la interacción entre nosotros en el trabajo había sido mínima. Hablábamos solo lo imprescindible, y me esforcé por no pensar en mi jefe como el hombre y el padre de mi hijo, sino únicamente como lo que debía ser: mi superior.

Resultaba evidente lo difícil que era contener lo que sentía por él, pero sus ojos seguían mostrando que aquella situación no estaba siendo dura solo para mí, sino también para él. Entendía que la confianza, una vez rota, nunca vuelve a ser la misma, y yo había dañado profundamente la que existía entre los dos. La distancia y el profesionalismo eran necesarios, una barrera que levantamos para protegernos de más dolor y confusión.

Durante ese tiempo me concentré en fortalecerme, tanto emocional como profesionalmente. Sabía que necesitaba estar bien por mí y por nuestro bebé, que crecía día a día dentro de mí. El apoyo de mis amigos y de mi familia fue fundamental y, poco a poco, fui recuperando el equilibrio.

Dante, por su parte, siempre se mostraba firme y centrado; aun así, yo percibía los momentos de duda, las miradas que se prolongaban un poco más de lo necesario. Sabía que luchaba contra sus propios sentimientos, y eso hacía que mi corazón doliera todavía más.

En cuanto a nuestro hijo, me acompañó en todas y cada una de las visitas al médico. Incluso con el trabajo acumulado, se empeñó en estar a mi lado, y en esos momentos tenía aún más claro que lo amaba. Veía en sus ojos a un hombre distinto, alguien profundamente enamorado de una vida que aún no había nacido. Se interesaba por cada detalle, hacía preguntas al médico y me sujetaba la mano durante las pruebas, transmitiéndome una fuerza silenciosa que ni siquiera sabía que necesitaba.

En esos momentos íntimos, compartiendo el milagro de la vida que crecía dentro de mí, las barreras entre nosotros parecían

desaparecer durante un tiempo, y resultaba fácil olvidar todas las complicaciones y el dolor del pasado. Era sencillo ver a la persona de la que me había enamorado, al hombre que se escondía detrás del empresario exitoso y serio. Dante se transformaba ante mis ojos, y yo me permitía, aunque solo fuera por instantes, ser simplemente Marcela, la mujer enamorada del padre de su hijo.

Pero, tan rápido como llegaban esos momentos, también se desvanecían, y la realidad volvía a instalarse entre los dos. Regresábamos a ser jefe y secretaria, dos personas que habían cometido errores y que intentaban, a su manera, seguir adelante.

—Lo haré, me cuidaré y… también cuidaré de nuestro hijo.

—Hija —respondió, esbozando una leve sonrisa que me dejó intrigada.

—¿Eso es una corazonada?

—Sí. Es una niña. Lo siento así, Marcela, no me preguntes cómo ni por qué.

—De acuerdo. Mientras nazca sana, yo ya soy feliz.

—Yo también.

Nos quedamos mirándonos, compartiendo un momento de entendimiento silencioso, conscientes de la complejidad de la situación en la que nos encontrábamos ahora, pero también de la belleza que traía consigo. Había algo increíblemente puro y especial en la vida que estaba formándose, una vida que nos pertenecía a los dos, al margen de las circunstancias.

—Siempre estaré aquí para vosotros dos —afirmó, con la voz firme, aunque cargada de emoción—. Pase lo que pase, lo prometo.

Asentí, sintiendo cómo se me formaba un nudo en la garganta. Sus palabras eran reconfortantes, pero también despertaban toda la

complejidad de nuestros sentimientos. Había amor, rabia, tristeza y esperanza, todo entrelazado de una forma que parecía imposible de desenredar.

—Gracias, Dante. Significa mucho para mí —logré decir, intentando contener las lágrimas.

Después de eso, volví a mi trabajo, pero su imagen no se me iba de la cabeza ni por un solo segundo…

DANTE SALVATORE

Durante los últimos meses luché incansablemente contra mí mismo, contra mis deseos e incluso contra mi propia voluntad. Por mucho que mi vida hubiera cambiado para mejor desde que mi madre por fin estaba conmigo, sentía que faltaba algo, una pieza que no terminaba de encajar, y en el fondo sabía qué era, o mejor dicho, quién era.

Mis sentimientos por Marcela no habían disminuido en absoluto y, en los momentos en que la acompañaba al hospital, se intensificaban aún más en mi mente y en mi corazón. Cada vez me resultaba más difícil negar la fuerza de lo que sentía. Ver la manera en que se cuidaba, pensando siempre en el bienestar de nuestro bebé, no hacía sino aumentar mi amor por ella con el paso del tiempo.

Estaba radiante, incluso en los días en que el embarazo parecía arrebatarle todas las energías. Había una luz en su mirada, una fortaleza que yo admiraba profundamente. Marcela se había transformado ante mis ojos, y sabía que ya no podía seguir ignorando mis sentimientos.

Quería negarlo incluso ante mí mismo, pero la necesitaba a mi lado.

—¿Pensando en Marcela?

—¿Me he vuelto tan obvio, Theodore?

—Bastante.

—Aún tenemos muchas cosas que resolver.

Theodore regresaría la semana siguiente a SkyLink, pero había venido para ponerse al día de algunas situaciones. Dejaría todo cerrado esa semana y le entregaría la dirección a mi amigo sin cabos sueltos.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Es una situación muy complicada.

Theodore suspiró, recostándose en la silla mientras me observaba con atención. Sabía que podía ver el conflicto en mis ojos, la batalla interna que libraba cada día desde que Marcela entró en mi vida aquella noche en la discoteca.

—Dante, ¿puedo darte un consejo como amigo?

Asentí, consciente de que siempre tenía palabras acertadas y consejos sabios que ofrecerme.

—Las personas se equivocan. Todos nos equivocamos. Marcela se equivocó al ocultar la verdad sobre su madre, y tú lo sabes. Pero también tienes que ponerte en su lugar, intentar comprender los motivos que la llevaron a hacerlo —hizo una pausa, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Si de verdad la amas, tienes que estar dispuesto a dar una segunda oportunidad, no solo a ella, sino a vosotros dos. El amor trata de perdón, de comprensión y, sobre todo, de aceptar al otro con todos sus defectos y errores.

Sus palabras resonaron en mi mente, trayendo de vuelta todos los momentos felices que compartimos, las risas, las miradas cómplices y los instantes en el despacho. Marcela era mucho más que una simple pasión; era la mujer a la que amaba, y sabía que jamás volvería a amar a nadie con tanta intensidad.

—Tienes razón, Theodore. Mi problema es solo… el miedo a volver a sufrir, a que ambos salgamos heridos.

—No todo es lo que parece, y tu madre es la prueba viva de ello. Pensaste que había huido, pero estaba aquí, en la empresa, por ti y por Dionísio. El miedo es normal, Dante, pero no dejes que te paralice. No permitas que te impida ser feliz. Marcela merece una segunda oportunidad, y vosotros dos merecéis la oportunidad de ser felices juntos. No dejes que el pasado defina vuestro futuro. Conozco tus traumas por haber sido abandonado y también tu dificultad para confiar en la gente, pero tienes que superar eso y levantarte, y no hay nada mejor que hacerlo junto a la persona que amas.

Con el tiempo me había vuelto un hombre escéptico después de todo lo que ocurrió en mi vida, pero en ciertos momentos era mejor dejar de pensar y actuar, y ahora estaba dándole demasiadas vueltas a las consecuencias.

—De verdad necesitaba oír eso.

—Sé que tomarás la mejor decisión.

—Eso espero.



CAPÍTULO 47

Toda acción tiene una reacción y, a veces, solo necesitamos escuchar a nuestro corazón para, por fin, emprender un camino de amor y esperanza…

MARCELA NOVAES

—Último día, ¿eh…?

—Tenemos que hacer algo diferente…

—Chicas… —dije, mirando a Daniela y a Ana Júlia—. No voy a desaparecer de la empresa, solo voy a cambiar de departamento.

—Y, ya que estamos, ¿ya has decidido a dónde vas?

—Todavía no. La verdad es que ni siquiera sé a quién tengo que avisar, si a Dante o a Theodore.

Aunque hoy fuera sábado, aún tenía trabajo que terminar durante el día y, por fin, decidir qué haría.

—De todos modos, cuando nazca el bebé te ausentarás, así que no te pongas tan paranoica con la elección, amiga —dijo Daniela, y asentí.

—Todo saldrá bien.

—¿Y la relación con Dante, cómo está?

—Bien… quiero decir, igual que siempre después de todo lo que pasó. Dejando a un lado el trabajo, estamos hablando del bebé y del tema de la casa, que sigue a nombre de Marcos.

Él había sido detenido, y Dante me estaba ayudando a recuperar nuestra casa. Sus abogados dijeron que era cuestión de tiempo para que volviera a estar a mi nombre, y rezaba para que así fuera.

—Entonces hoy es la despedida. Aprovecha para hablar con él o incluso… otras cosas.

—Eso no va a pasar, Daniela —respondí, sonriendo—. No es que no lo desee, pero… es complicado.

—¡Descomplícalo!

—Mejor no. Voy a centrarme en lo que importa.

Almorzamos y charlamos un rato y, después, regresé a la última planta para terminar algunas cosas. Pero cuando me dirigí hacia mi mesa, vi a Dante allí, de pie, observándolo todo a su alrededor.

Decidí no interrumpir su momento durante unos segundos y me limité a observarlo. Mis ojos recorrieron cada línea de su cuerpo, cada rasgo de su rostro, mientras permanecía allí, absorto en sus propios pensamientos. Dante siempre había tenido una presencia imponente, pero en ese instante vi algo distinto en él, una vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar.

Parecía perdido en recuerdos, tocando algunos objetos sobre la mesa, como si cada uno contara una historia especial. Sabía que aquel lugar había sido un refugio para mí en muchos momentos y ahora daba la impresión de que él se estaba despidiendo de todo aquello.

Respiré hondo, reuniendo valor antes de acercarme por fin. No quería sobresaltarlo, así que caminé de manera que pudiera oírme llegar.

—¿Dante? —lo llamé con suavidad, deteniéndome a una distancia prudente.

Se giró con rapidez, como si lo hubiera sorprendido, y durante un instante sus ojos reflejaron asombro al verme. Luego, una sonrisa suave apareció en su rostro, y pude percibir el alivio en su mirada.

—Marcela…

—No quería interrumpirte. Parecías… perdido en tus pensamientos.

Dante asintió, soltando un profundo suspiro antes de responder:

—Solo estaba… recordando. Este lugar guarda muchos recuerdos, muchos recuerdos tuyos.

—Sí.

No sabía exactamente qué significaba aquello, pero no dije nada más y esperé a que él diera el siguiente paso en la conversación.

—¿Qué harás esta noche?

—No tengo nada pensado. ¿Ha pasado algo?

—¿Cenas conmigo en mi casa? Aunque sea una última vez.

El peso de sus palabras me golpeó de lleno y, en ese momento, no supe si deseaba que fuera realmente la última vez o si se trataba del inicio de algo más grande.

—¿Una cena en tu casa?

—Eso es. Tenemos que hablar de algunas cosas.

No necesité pensarlo demasiado y asentí.

Conocía nuestros problemas, pero si aquel era un ciclo que se cerraba, yo también tenía que hacer mi parte. Tenía dos opciones: sacar a Dante Salvatore de mi cabeza o intentar, simplemente, acercarme a él una última vez…



Después de la jornada laboral fui con mi jefe hasta su casa, y me sentía un poco inquieta por todo lo que rodeaba aquella noche. Dante estaba serio, como en los últimos meses, y apenas hablamos durante el trayecto.

Yo también preferí guardar silencio y tenía una idea bastante clara de por dónde iría nuestra conversación; al fin y al cabo, giraría en torno a dos cosas: el trabajo y nuestro bebé.

Cuando llegamos, noté que todo estaba perfectamente ordenado en el salón y lo observé durante unos segundos, hasta que esbozó una leve sonrisa.

—Habría sido persuasivo si no aceptaba. Como siempre.

Hice lo mismo que él, devolviéndole una sonrisa breve.

—¿Dónde está tu madre?

—Hoy, concretamente, no está en casa. Creo que puede que no sea su hijo predilecto.

Sonreí.

—¿Y cómo está Dionísio con todo esto?

—Mejor de lo que imaginaba. Perdió el rencor hacia nuestra madre y… yo también —dijo, un poco a la defensiva, y sabía perfectamente por qué.

La había perdonado a ella, pero no a mí.

Dante me acompañó hasta la mesa y, a continuación, apartó la silla para que me sentara. Aunque el embarazo aún estaba en una fase temprana, ya empezaba a sentir algunas molestias y limitaciones en los movimientos.

Minutos después nos sirvieron la cena, y las personas que llevaron la comida salieron de la cocina, dejándonos solos a los dos. Mi corazón latía con fuerza, y aquello no era normal.

Respiré hondo y empecé a comer, esperando a que él dijera algo. Y lo hizo.

—Tenemos que hablar de algunos asuntos.

—Sí —asentí, observándolo con cierta ansiedad.

Dante guardó silencio durante unos segundos, pero enseguida adoptó una expresión seria.

—¿Ya sabes en qué departamento piensas trabajar en SkyLink a partir de la semana que viene?

—Ah… —intenté disimular la sorpresa y la tristeza al oír esa pregunta. No sé si lo conseguí del todo, pero me recompuse y sonreí—. Aún no, pero estaría bien trabajar junto a Daniela y Ana Júlia. Creo que aprendería mucho y…

Me detuve de repente. Algo encajó en mi mente al observar su expresión.

No había pensado en eso…

—¿Y…?

Hablé sin reflexionar, y solo entonces me di cuenta de que él era el jefe de ese departamento y de que la semana siguiente regresaría allí.

—No es nada.

—¿Acabas de recordar que volveré a ser tu jefe si vas a ese departamento?

Como siempre, se adelantaba a mis pensamientos y, una vez más, tenía razón.

—Sí.

—¿Y tendrías algún problema en trabajar conmigo?

—Por mi parte, no. ¿Y tú?

—Ninguno —respondió con rapidez—. Has sido una empleada excelente durante estos seis meses y no tengo nada que reprocharte desde que aprendiste todo el trabajo. Me sorprendiste muy

positivamente con todo lo que hiciste y no me arrepiento ni un segundo de haber propuesto que empezaras allí.

—¿Eso significa que apoyas la idea de que vaya a ese departamento?

—No me opondré. De hecho, me gustaría, lo confieso.

Sonreí y me sentí un poco mejor al oírlo.

—Me alegra.

Continué con la cena, ahora algo más tranquila. Incluso en los pequeños detalles me gustaba saber que aún pensaba en mí, aunque fuera de una manera distinta.

—Si quieres hacer felices a las personas que te rodean, primero tienes que encontrar tu propia felicidad.

Dante dijo aquello de repente, sin mirarme, con la vista perdida a su alrededor.

—¿Por qué dices eso?

No respondió de inmediato. Esta vez levantó la mirada y se encontró con la mía, con un brillo especial en los ojos, mientras esbozaba una sonrisa.

—No era feliz, Marcela. Nunca lo fui desde que mi madre y mi padre desaparecieron de mi vida. No podía hacerte feliz, ni siquiera esforzándome al máximo.

Se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué decir.

—Dante…

—Marcela —retomó, como si intentara encontrar las palabras adecuadas—. Sé que hemos pasado por momentos de todo tipo, altibajos, discusiones que parecían capaces de acabar con todo. Pero

siempre había algo que nos volvía a unir, como si el universo conspirara a nuestro favor. Era algo distinto, y nunca lograba entender por qué ocurría. El problema era que, cada vez que nos alejábamos, sentía un vacío que me consumía por completo. Fui aprendiendo, con cada desacuerdo, con cada risa, con cada mirada, que tú eras mucho más que un amor pasajero, que te habías convertido en mi puerto seguro.

—Yo… no sé qué decir.

—No necesito que digas nada, solo que me escuches esta vez. Antes de ti, yo era alguien a quien ni siquiera reconocía. Pero tú… tú lo cambiaste todo. Me enseñaste lo que es amar de verdad, me mostraste que el amor es un camino, no un destino.

Intenté a toda costa contener las lágrimas cuando terminó la frase, pero me resultó imposible. No sabía a dónde quería llegar, si aquello era una declaración o una… despedida.

—Está bien, puedes seguir.

Respiró hondo, como si reuniera fuerzas para continuar. Sus ojos estaban cargados de emoción y, por un instante, vi en ellos una vulnerabilidad profunda.

—Marcela, pasé mucho tiempo preguntándome qué había hecho para merecer a alguien como tú en mi vida. Tú pusiste color en un mundo que yo solo veía en tonos grises. Y lo sé, lo sé, también cometí errores, te hice daño al alejarme de ti. Daría lo que fuera por poder volver atrás y arreglar las cosas. Pero no puedo.

Las lágrimas ya corrían libremente por mi rostro. Era la confesión más sincera y vulnerable que jamás le había oído. ¿El problema? Sonaba a despedida…

—No hagas esto, Dante… —supliqué, con las lágrimas desbordándose—. Por favor, no me abandones, no voy a poder…

Se quedó mirándome y, acto seguido, se levantó y se acercó a mí. No entendía su gesto, pero tomó una de mis manos y me ayudó a

ponerme en pie.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos y entonces continuó, y sus palabras me dejaron sin aliento:

—Creo que no me has entendido. No quiero perderte, Marcela. No puedo perderte. Tú lo eres todo para mí. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar y, si estás dispuesta a darme una oportunidad, te lo juro, te lo juro, pasaré el resto de mis días demostrándote cuánto te amo, lo importante que eres para mí.

Me quedé sin palabras, completamente desbordada por la emoción del momento. Dante me amaba. De verdad me amaba. Y lo único que deseaba era correr a sus brazos y decirle que yo también lo amaba, que estaba dispuesta a darle una oportunidad a lo nuestro.

—Dante, yo… —empecé, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

—Perdón por alejarme, pero necesitaba tiempo para mí, para entender todo lo que había pasado, y eso solo me demostró que no puedo vivir sin ti, Marcela. Lo intenté, te juro que lo intenté, pero cada día sin ti era como un día sin aire. Me estaba ahogando, perdido.

Pude ver la sinceridad en sus ojos, el dolor que estaba sintiendo. Mi corazón se rompía al ver al hombre que amaba en ese estado.

—Tú eres mi vida, Marcela. Y sé que lo estropeé todo, que te hice daño fingiendo indiferencia. Pero aquí estoy, con el corazón abierto, pidiéndote una oportunidad para arreglar las cosas, para ser el hombre que mereces, el padre que nuestro bebé merece. Quiero pasar todos los días de mi vida a tu lado, afrontando retos, celebrando victorias, simplemente amándote, porque ahora por fin sé lo que siento, y eso es amor, con absoluta certeza.

Sentí cómo el corazón se me aceleraba, y las lágrimas volvieron a inundarme los ojos.

—Dante… por favor, no me digas todo esto si luego vas a cambiar de idea.

—No voy a cambiar de idea, cariño —dijo, acariciándome el rostro con el pulgar—. Pero aún necesito saber si me aceptarás.

—Ya tienes esa respuesta. No te olvidé ni un solo día, y estar tan cerca pero… tan lejos de ti me destrozó. No quiero volver a pasar por algo así. Nunca más.

—¡Y no lo haré! —respondió, decidido, y antes de que pudiera decir nada, su boca se fundió con la mía, arrastrándome a un beso apasionado, cargado de anhelo y de un deseo contenido durante demasiado tiempo.

Sus labios se movían con una urgencia intensa, como si quisieran recuperar cada segundo perdido, y yo me entregué por completo, correspondiéndole con la misma intensidad.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento, Dante me miró a los ojos, con la pasión y el amor reflejados claramente en su mirada.

—Te amo, Marcela. Y esta vez no voy a permitir que nada ni nadie nos separe.

Sonreí, con lágrimas de felicidad brillando en mis ojos.

—Yo también te amo, Dante. Y estoy lista para que empecemos un nuevo capítulo juntos.



CAPÍTULO 48

Algunas almas están destinadas a permanecer juntas para siempre…

DANTE SALVATORE

Tenía absoluta certeza de mi decisión; estaba más clara que nunca.

Sin decir una palabra más, cogí a Marcela en brazos y la llevé por los pasillos de la mansión. Cada paso resonaba con el eco de nuestros corazones latiendo al unísono. Ella rodeó mi cuello con los brazos, hundiendo el rostro en la curva de mi hombro. Su perfume delicado invadía mis sentidos y me transmitía una sensación de paz que hacía tiempo que no sentía.

Marcela alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos; en ellos había una profundidad distinta, una promesa silenciosa de un futuro que ambos anhelábamos. Sin pronunciar palabra, me guio con la mirada hasta la puerta de madera maciza de mi dormitorio.

En cuanto la puerta se cerró a nuestra espalda, sentí cómo el peso de la realidad nos envolvía. Aquella no era una noche cualquiera.

Era la noche en la que dejaríamos atrás nuestros miedos e inseguridades, entregándonos el uno al otro de una manera que nunca antes habíamos vivido.

La deposité con suavidad sobre la cama, su cabello extendiéndose como un halo alrededor de su rostro. Me observaba con los ojos llenos de confianza y pasión.

—Dante, quiero que sepas… —empezó, con la voz temblorosa— que pase lo que pase, siempre te amaré.

Escuchar aquello de la mujer de mi vida no hizo más que confirmarme que había tomado la mejor decisión.

—Te amo, Marcela, y si me dejas, te demostraré cada día lo que siento.

Me adueñé de su boca y, en poco tiempo, ya estábamos desnudos sobre la cama.

Cada caricia era una promesa silenciosa, cada beso una afirmación de un amor que jamás había experimentado en toda mi vida.

Las manos de Marcela recorrían mi cuerpo, haciéndome estremecer con el más mínimo contacto. Cada parte de ella me llamaba de una forma que nunca había sentido antes, y yo le respondía con caricias y besos que la hacían suspirar y jadear, anticipando lo que vendría.

El calor entre nosotros creció, transformándose en una llama incontrolable. Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, como si fuera la última vez, aunque por mi parte no pensaba dejarla escapar de mis manos.

—Fóllame bien, Dante. Por favor…

La pasión cruda de su voz hizo que mi cuerpo reaccionara de inmediato, el deseo ardiendo con aún más intensidad. La atraje hacia mí, nuestras bocas encontrándose en un beso feroz.

Deslicé la mano por su espalda, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Mientras la besaba, la acomodé de modo que quedara encima, dándole el control. Se montó sobre mí, nuestros cuerpos encajando a la perfección.

Sujetaba sus caderas, guiándola, mientras la follaba con fuerza.

—Eres deliciosa —susurré con voz ronca, atrapando uno de sus pezones con la boca mientras me hundía en ella, profundo y decidido. Marcela echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido bajo. El sonido de su placer era música para mis oídos.

—Dante… —murmuró, con los ojos cerrados y el rostro contraído por el puro éxtasis. Sus movimientos se volvieron más frenéticos, las caderas girando y ondulándose de una manera que me volvía aún más loco por ella.

La atraje con más fuerza, nuestros cuerpos sudorosos chocando entre sí, mientras las palabras dejaban de tener sentido.

A partir de ese día, no volvería a dejar sola a mi chica. Era una promesa…

MARCELA NOVAES

Esperé tantos días para tener a Dante entre mis brazos y ahora mis deseos se habían cumplido; lo único que quería era que el tiempo se detuviera.

Deslicé una de mis manos por su pecho mientras me embestía con fuerza y placer, cerré los ojos y alcancé mi primer orgasmo, aunque sabía que no sería el último de aquella noche. Dante parecía conocer cada rincón de mi cuerpo, cada curva, cada punto sensible. Se movía con destreza, decidido a darme placer, a hacerme sentir amada.

Los labios de Dante descendieron hasta mi cuello, dejando besos húmedos y suaves mordiscos que me hicieron arquear el cuerpo en respuesta. Cada una de sus embestidas arrancaba un gemido de mis labios; cada caricia era una promesa silenciosa de más placer por venir.

—Marcela… —murmuró, con la voz ronca y cargada de deseo—. Nunca más volveremos a estar separados.

Sonreí, apretando su cuerpo contra el mío, sintiéndolo cada vez más profundo.

—No quiero pasar ni un solo día más sin ti a mi lado, Dante.

Nuestros ojos se encontraron y la intensidad de aquella conexión me dejó sin aliento. En su mirada no veía solo deseo, sino también un compromiso profundo, la promesa de un futuro juntos.

Deslizó una mano por mi rostro, trazando la línea de mi mentón, y se inclinó para besarme de nuevo. Su beso era dulce y apasionado, cargado de emociones que las palabras no podían describir.

Mis dedos recorrieron su pecho, sintiendo el relieve de sus músculos bajo mi mano. El calor de su piel contra la mía resultaba reconfortante y me sentía a salvo entre sus brazos.

—Ya no tenemos que escondernos, Dante. Nunca más.

Sujetó suavemente mi cuello y continuó penetrándome despacio. Sus ojos se clavaron en los míos, con un brillo intenso de determinación y deseo.

Atrapé su rostro entre mis manos, observando cada detalle, cada imperfección que lo hacía único, y después capturé sus labios en un beso lleno de promesas y de recuerdos por venir. En el ardor de aquel instante, las preocupaciones y los miedos del pasado se desvanecieron, dejando paso a un amor puro e inquebrantable.

Nunca había sentido nada parecido en toda mi vida y quería seguir descubriendo junto a él todas aquellas sensaciones. Estaba preparada para ello.

Dante me sentó sobre su regazo, besándome el cuello mientras me hacía suya, recorriendo con la lengua cada zona sensible de mi piel, provocándome escalofríos y arrancándome gemidos de placer. La forma en que me tocaba era como si adorara cada centímetro de mi cuerpo, y eso no hacía más que intensificar nuestro vínculo.

Sus labios encontraron el lóbulo de mi oreja, mordisqueándolo con suavidad, dejándome completamente estremecida y a su merced. Sonrió contra mi piel y volvió a mirarme, con los ojos reflejando un amor puro e incondicional. Y en ese momento, en aquella mansión, entre sábanas de seda, sentí algo poderoso dentro de mí; cerré los ojos mientras un orgasmo embriagador se apoderaba de todo mi cuerpo.

—Me encanta sentirte correrte conmigo dentro, pequeña.

Noté cómo se me encendían las mejillas, pero al mismo tiempo la sensación de plenitud era tan intensa que apenas podía articular palabra. La fuerza del momento nos dejó sumidos en un silencio

cargado de pasión, roto únicamente por nuestras respiraciones desacompasadas.

Dante me atrajo hacia él, con los ojos brillantes de satisfacción y amor. Deslizó un dedo por mi rostro, bajando por mi mentón y mi cuello, haciéndome estremecer de nuevo.

—Nunca he sentido esto con nadie, Marcela —confesó, con la voz llena de emoción—. Tú me haces sentir vivo, completo.

Sonreí, refugiándome entre sus brazos, sintiendo el calor y la seguridad que me ofrecían.

—Yo tampoco, Dante. Nunca me había sentido así. Has despertado algo en mí que ni siquiera sabía que existía.

Besó mi frente y luego mis labios, un beso tierno y, al mismo tiempo, cargado de promesas.

—A partir de hoy solo despertaré cosas buenas en ti, es una promesa…

Dante me besó mientras seguía haciéndome suya con la intensidad que me gustaba, cada embestida avivando el fuego que ardía entre nosotros.

—Eres increíble, Dante —susurré, besándole la oreja, mientras él dejaba un rastro de besos por mi cuello, haciéndome arquear el cuerpo en respuesta.

—Y tú lo eres todo para mí, Marcela —afirmó, mirándome a los ojos con una intensidad tan profunda que sentí como si pudiera ver mi alma.

Dante ajustó nuestra postura, permitiendo un contacto aún más profundo, arrancándome gemidos de placer. Sus manos recorrían mi cuerpo con una mezcla de ternura y deseo, haciéndome sentir amada y deseada como nunca antes.

—Te amo, Dante —declaré con absoluta certeza, entregándome por completo a él.

—Yo también te amo, Marcela. Más que a mi propia vida.

Y, en ese instante, mientras nos amábamos, supe que habíamos encontrado algo raro y precioso. Algo por lo que valía la pena luchar, sin importar los obstáculos.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba y se derramó dentro de mí, apoderándose de mi boca, totalmente entregada a él.

Puede que haya tardado, pero en el fondo estábamos destinados a estar juntos, y yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera para mantener vivo ese amor.

Para siempre.



CAPÍTULO 49

Cada risa compartida era un hilo dorado que tejía la tapicería mágica de nuestra historia de amor…

MARCELA NOVAES

Nueve meses Después

Decir que era feliz se quedaba corto para expresar todo lo que había sentido durante aquellos últimos meses.

El universo parecía haber conspirado a mi favor desde que Dante y yo por fin nos reconciliamos y, después de aquella noche en su

mansión, todo empezó a encajar, incluso situaciones de las que no esperaba una resolución tan rápida.

Él tenía razón.

Acabé dando a luz a una niña preciosa y, entre los dos, decidimos llamarla Laura. Nuestra bebé trajo una luz increíble a nuestras vidas. Dante estaba completamente enamorado de nuestra hija, y yo me derretía cada vez que lo veía sosteniéndola en brazos. Era un padre maravilloso, cariñoso y atento, y sabía que Laura no podría desear a nadie mejor.

Nuestras familias estaban extasiadas con la llegada de nuestro pequeño ángel. Todos querían estar cerca, ayudar y mimar a la nueva integrante de la familia. Mi madre lloró de emoción al tener a su nieta en brazos por primera vez, y pude ver lo mucho que aquello significaba para ella.

A petición de Dante, nos mudamos a vivir con él y nuestra vida tomó un rumbo completamente distinto. Se volvió muy cercano a mi hermano y, la mayoría de las noches, los dos se divertían jugando a videojuegos. No sabía cómo expresar la felicidad que sentía al verlos tan unidos.

Dante se había convertido en la figura masculina que mi hermano nunca tuvo, y daba gracias a Dios cada día por ese regalo.

En cuanto a otros asuntos, el mes anterior conseguimos recuperar nuestra casa. Marcos seguía en prisión y, por lo que parecía, permanecería allí durante mucho tiempo. Descubrimos que tenía numerosos procesos judiciales a su nombre, lo que salió a la luz y aumentó aún más su condena, algo que me hacía sentir tranquila.

En el ámbito profesional, las cosas también iban bien. Había decidido trabajar en el departamento de Ana Júlia y Daniela y, aunque Dante seguía siendo mi jefe, ocupaba un puesto que me retaba y me hacía feliz. Por su parte, él estaba más sereno en el trabajo, habiendo encontrado un equilibrio entre la vida profesional y la personal.

Nuestra relación estaba más fuerte que nunca.

Aprendimos de los errores del pasado y estábamos decididos a no repetirlos. Existía entre nosotros una confianza mutua que sabía que era inquebrantable. Estábamos construyendo una vida juntos y me sentía profundamente agradecida por todo lo que teníamos.

Por las noches, cuando Laura por fin se dormía y disponíamos de un momento solo para nosotros, Dante siempre se aseguraba de decirme cuánto me amaba y lo feliz que era por estar juntos. Yo le devolvía esas palabras, porque eran la más pura verdad.

Amaba a Dante más que a nada y era feliz por haber encontrado el camino de vuelta el uno hacia el otro. Y, uno de esos días, llegó una pregunta que acepté sin pensarlo dos veces…

Nos casaríamos en seis meses, y yo estaba más ilusionada que nunca.

Mirando atrás, no cambiaría nada de lo que había sucedido, porque todo nos había traído hasta aquí, hasta este presente perfecto. Tenía al amor de mi vida a mi lado, una hija hermosa y sana, una carrera exitosa y la certeza de que, pasara lo que pasara, lo afrontaríamos juntos, como una familia.

Y así, con cada día que pasaba, daba gracias por la vida maravillosa que tenía, sabiendo que lo mejor aún estaba por llegar.

—¿Es en serio que no se puede buscar otro padrino para entrar conmigo, amiga? —protestó Daniela, y negué con la cabeza.

—No. Será Dionísio. Pero tengo que decirte que él tampoco quería entrar contigo —mentí, y ella me miró con desconfianza.

—¿En serio?

—Ajá.

Se quedó pensativa unos segundos y luego frunció el ceño.

—¡Pues ahora hago cuestión de entrar con él y estar espectacular el día de la boda!

Ana Júlia empezó a reír y yo hice lo mismo. Estábamos en la mansión de mi futuro marido y reservábamos los sábados para estar juntas. Mi hija dormía y tenía el vigilabebés a mi lado por si surgía cualquier imprevisto.

—¿Sabes lo que siento, Daniela?

—No, y tampoco quiero saberlo.

—Pues te lo voy a decir igual: siento que algún día os arreglaréis.

—Leer novelas románticas todavía lo acepto, creer en ellas y en las segundas oportunidades es otra cosa completamente distinta —replicó, intentando negar lo evidente.

—Créeme. Un día a la vez.

—¡Eh! ¿Cuál es el cotilleo?

Carol, la hermana de Ana Júlia, apareció de la nada.

—Pensé que iba a tener que ir a buscarte a la cocina —dijo Daniela, con desconfianza.

—Tranquila, cariño. Sé que estás carente porque somos las únicas solteras del grupito, pero estamos bien así, ¿no? —Carol arqueó las cejas, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Obvio! Ahora seremos nosotras dos contra el mundo y dejaremos a Ana Júlia y a Marcela con sus hombres. ¡Yo quiero morirme soltera!

—¡No digas eso! —la reprendió la hermana de Ana Júlia—. Estoy soltera, pero algún día quiero encontrar el amor.

—¡Bájate de ahí, Carol! ¡Los hombres no valen la pena!

Carol observó a Ana Júlia y luego a mí durante unos segundos; después negó con la cabeza.

—Llevo diciéndole a esta loca que haga terapia y no me hace caso. En el fondo, es el tipo de mujer que solo va a amar a un hombre en toda su vida, pero no quiere admitirlo.

Bastó con que dijera eso para que el rostro de Daniela cambiara, y todas sabíamos que tenía razón. Mi amiga nunca había olvidado a Dionísio y, por lo que me había contado, difícilmente lo haría. Solo desconocía el motivo exacto por el que se habían separado.

—¡Te has pasado, Carolina! —dijo Daniela, entrecerrando los ojos.

—Sí, me he pasado. Niegame a la cara que ya no amas a Dionísio —replicó, con los brazos cruzados, y fue la primera vez que vi a Daniela completamente sin expresión.

De las tres, Carol era la única capaz de plantarle cara a Daniela, ya que se parecían bastante en algunos aspectos y eran igual de descaradas.

—Voy a coger agua. Esto va a tener consecuencias…

Se levantó, y Carol fue tras ella para abrazarla.

Las dos eran un caso aparte, pero casi siempre hacían las paces de inmediato.

—Te has pasado un poco, ¿eh? —comenté cuando Daniela ya no estaba cerca.

—A veces necesita un choque de realidad, y tú y mi hermana sois demasiado buenas para mi gusto.

—Eso es verdad…

—Después de tu boda estaré de vacaciones y saldremos juntas. O consigo que se olvide de ese amor suyo, o le meto en la cabeza a nuestra amiga que tiene que luchar por lo que quiere.

—Me dan miedo tus métodos, hermana… —comentó Ana Júlia, esbozando poco a poco una sonrisa.

—Confía en mí. O pondré a Daniela en su sitio… o la sacaré completamente de él.

DANTE SALVATORE

Tenía una manía bastante fea.

Me había convertido en un auténtico pegamento con mi hija y, incluso cuando dormía, acababa cogiéndola en brazos solo para mirarle la carita y sonreír como un idiota.

Lo sé, el típico padre primerizo, y toda aquella emoción y ese amor hacían que quisiera estar cerca de ella todo el tiempo.

Literalmente todo el tiempo.

Simplemente no conseguía alejarme. Quería aprovechar cada segundo, cada pequeña sonrisa, cada mirada curiosa, cada instante en el que me agarraba uno de los dedos e intentaba apretarlo con su manita diminuta.

Marcela siempre se reía, llamándome «padre gallina» y diciéndome que tenía que aprender a darle un poco de espacio a Laura. Pero, en el fondo, entendía lo importante que era para mí estar presente en cada momento de la vida de nuestra hija.

—Cariño… tienes que relajarte un poco —dijo Marcela con suavidad, sonriendo mientras se acercaba y apoyaba la mano en mi hombro—. Está durmiendo. Seguirá durmiendo aunque no la estés mirando, y está a salvo.

Estaba charlando con sus amigas, pero se acercó para comprobar cómo estaba nuestra hija después de que yo saliera del lugar donde estaban mi familia y Theodore.

—Lo sé, lo sé… —suspiré, permitiendo por fin que Marcela me apartara de la cuna—. Pero es más fuerte que yo. Solo… quiero estar

cerca de ella. Quiero estar presente para todo. No sabía que iba a ser así…

—Y lo estás —me aseguró, atrayéndome hacia un abrazo—. Eres un padre increíble. Laura es la bebé más afortunada por tenerte.

Sonreí de oreja a oreja, rodeándola con los brazos y besándole la coronilla.

Sabía que era afortunado.

Afortunado por tener a Marcela y a Laura en mi vida. Afortunado por haber recuperado una parte de mi familia y afortunado por sentirme, por fin, feliz y realizado en todos los sentidos.

—Sí, me considero un afortunado por teneros aquí conmigo —respondí, apretándola contra mí.

Aunque mi familia no estuviera completa, la decisión de mi padre de someter a mi madre a todo aquello en el pasado fue suya, y ahora estaba recogiendo las consecuencias.

No se podía volver atrás y, por mucho que se hubiera arrepentido, aprendí que llega un momento en el que hay que rendir cuentas. Él estaba cosechando lo que había sembrado.

Lo importante era que mi madre estaba feliz con nosotros y que ahora tenía a su alrededor personas que la querían. Además, había hecho nuevas amistades, como la madre de Marcela y la de Ana Júlia.

Y yo era feliz por eso. Feliz por todo.

—Ahora vuelve al jardín y presta atención a tus amigos.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

—Sí, es una orden. En el trabajo tú eres mi jefe, pero aquí mando yo.

Ni siquiera intenté discutirlo. Tenía razón.

Un hombre sin una mujer que lo ponga en su sitio no es más que un niño…



—Laura no va a ponerse a andar y a huir de esta mansión, hermano.

—¿Tú también, Dionísio?

—Tiene razón. Sé que estás entusiasmado, pero cálmate.

Sonreí.

Nunca pensé que me pondría así, pero tenían razón.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —preguntó mi hermano.

—Bastante adelantados, y Marcela se está encargando de la mayor parte. Intenté ayudar, pero las mujeres, en general, parecen demasiado perfeccionistas con algunas cosas. Di mi opinión sobre unas flores y me fulminó con la mirada. Decidí quedarme callado y preservar mi integridad física.

Todos rieron, y después Theodore asintió con la cabeza.

—Con Ana Júlia fue exactamente igual. Mantente en silencio y asiente a todo; es el único consejo que puedo darte.

—Sí —murmuré, observando a mi hermano, que miraba a lo lejos, o mejor dicho, a un pequeño grupo a unos metros de nosotros—. Ahora solo faltas tú, Dionísio.

—Paso —respondió, centrando por fin la atención en nosotros —. Ya he tenido suficientes problemas sin casarme.

—¿Y ya olvidaste a mi prima? —preguntó Theodore, y él respondió sin dudar.

—No. Hay personas que nunca salen de nuestra cabeza, por más que lo intentemos. Pero eso no significa que tengan que estar juntas. Algunas simplemente no están destinadas a serlo.

—Nunca nos contaste qué pasó entre tú y Daniela —dije, y él apartó la mirada, visiblemente más triste.

—Lo haré. En tu boda.

—¿Por qué solo en mi boda?

—Porque ese día también daré otra noticia.

Theodore y yo nos miramos durante unos segundos y luego volvimos a fijarnos en él.

—Espero que no estés tramando nada, Dionísio…

—No os preocupéis. Os pondrá felices… y también tristes.



Después de que nuestros invitados se marcharan, fui al dormitorio de mi hija, que dormía plácidamente. Decidí seguir el consejo disfrazado de orden de mi futura esposa y no despertarla.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo mi madre, y sonreí.

—Sí, y tiene mis ojos. Y es mofletuda.

—Nunca te había visto tan feliz, y ese sentimiento no hará más que crecer. Sé que serás un buen padre.

—Puedes estar segura, mamá. Y también lo haré porque sé lo que es crecer sin una figura paterna presente. Ni siquiera cuando mi padre estaba en casa lo estaba de verdad, y haré todo por mi hija.

—Lo sé.

Me quedé unos minutos conversando con mi madre y después salí al jardín, donde Marcela se despedía de Daniela.

Mi futura esposa se acercó a mí y me abrazó, toda sonriente.

—¿Habéis cotilleado mucho hoy? —pregunté, curioso.

—Sí, más de lo normal.

—¿Y cuál era el tema?

—Cosas de mujeres.

Sonreí y asentí, observando a la mujer tan hermosa que tenía delante, que parecía más bonita con cada día que pasaba.

—Acepto esa respuesta.

—Te amo —murmuró contra mi pecho, apretándome con fuerza —. Más de lo que puedo expresar con palabras.

—Yo también te amo —respondí, besándole la coronilla y rodeándola con mis brazos. Podía sentir la calma y el amor que emanaban de su cuerpo, y eso hacía que mi corazón se llenara aún más de felicidad.

Marcela se separó un poco, alzando la vista para mirarme, con los ojos brillantes.

—¿Sabes? Nunca imaginé que mi vida tomaría este rumbo, pero ahora no consigo imaginarla de otra manera.

—Yo tampoco —confesé, sosteniéndole el rostro—. Soy el hombre más feliz del mundo por formar parte de esta familia.

Mi futura esposa sonrió, con los ojos brillando todavía más.

—Y nosotras somos las mujeres más afortunadas por tenerte.

Nos quedamos allí, abrazados en el jardín, disfrutando de la brisa y del sonido sereno de la noche. Era un momento sencillo, pero para mí era perfecto. Era nuestra vida, nuestra familia, y no había nada en el mundo capaz de arrebatarnos esa felicidad.

La vida tenía sus altibajos, sus grandes retos y dificultades, pero en aquel instante todo parecía estar en perfecta armonía. Tenía a mi familia, tenía amor y tenía felicidad.

Y sabía que, pasara lo que pasara en el futuro, lo afrontaríamos juntos, como uno solo. Porque eso era lo que éramos: una familia unida por el amor, y nada ni nadie podría cambiarlo.



EPÍLOGO

No siempre un punto final significa que una historia de amor haya terminado…

MARCELA NOVAES

Seis meses después

Uno de los momentos que más había esperado en toda mi vida se hacía realidad en ese preciso instante…

—Sí, acepto.

La sonrisa de Dante se ensanchó, iluminando todo su rostro y reflejando un brillo puro de felicidad en sus hermosos ojos. Apretó mis manos con más fuerza, como si necesitara asegurarse de que aquello no era un sueño.

Y no lo era, sino la realización de uno.

Recibimos la bendición antes de que, por fin, nos declararan marido y mujer.

—Puede besar a la novia —anunció, con la voz cargada de alegría.

Dante no perdió un segundo y se inclinó para besarme con una pasión que me dejó sin aliento. Sentí cómo las lágrimas de felicidad me humedecían los ojos mientras le devolvía el beso, consciente de que aquel era el inicio de una nueva etapa en nuestras vidas, una etapa que ansiaba vivir con todas mis fuerzas.

Cuando por fin nos separamos, intercambiamos sonrisas sinceras, con las almas unidas de una manera que solo el amor verdadero es capaz de lograr. Los aplausos de amigos y familiares llenaron el aire y, al mirar a mi alrededor, vi rostros sonrientes y miradas empañadas por lágrimas de felicidad.

El paisaje que nos rodeaba era sobrecogedor: árboles altos formaban un dosel sobre nosotros y flores silvestres cubrían el suelo. El sol se ponía, tiñendo el cielo de tonos cálidos de naranja y rosa, y todo parecía estar en perfecta armonía.

Laura, nuestra hija, con su pequeño vestido blanco, descansaba en brazos de mi madre, que la sostenía con ternura mientras ella nos observaba con sus ojitos curiosos. Sabía que aún no entendía lo que estaba ocurriendo, pero podía percibir la alegría y el amor que flotaban en el ambiente.

Dante y yo recorrimos de nuevo el pasillo, de la mano, preparados para comenzar juntos esta nueva etapa de nuestras vidas.

No podía ser más feliz a su lado y, al mirar al hombre que caminaba conmigo, supe que había tomado la decisión correcta.

Dante era mi amor, mi mejor amigo y, ahora, mi marido.

Estaba lista para vivir cada instante de este camino a su lado, sin importar lo que el futuro nos deparara. Porque lo amaba más que a nada en el mundo y nada podría cambiarlo.

Y así, bajo un cielo pintado por los colores del atardecer y rodeados del amor de nuestros amigos y familiares, dimos comienzo a nuestro «felices para siempre».



La fiesta ya llevaba varias horas y había intentado, en la medida de lo posible, atender a todos los invitados, que no eran muchos, alrededor de ciento cincuenta personas.

A pesar de que el cansancio empezaba a hacerse notar, me sentía inmensamente feliz, con una alegría que desbordaba de dentro hacia fuera. Cada saludo, cada abrazo y cada palabra de felicitación no hacían más que reafirmar lo afortunada que era.

Dante, siempre a mi lado, compartía la misma felicidad y gratitud. Nuestras manos permanecían entrelazadas, como si ni por un solo instante quisiéramos separarnos. De vez en cuando, me susurraba palabras de amor y ternura al oído, haciendo que mi corazón se llenara aún más.

El lugar de la celebración estaba decorado de forma impecable, con luces suaves que iluminaban el espacio y creaban un ambiente acogedor. La música tenue de fondo completaba la atmósfera, mientras risas y conversaciones animadas llenaban el aire.

Poco a poco, nos permitimos relajarnos y disfrutar de verdad de la celebración. Bailamos, reímos y brindamos por nuestra felicidad, rodeados de las personas que amábamos. Laura, ahora en brazos de Dante, parecía fascinada por todo el movimiento, con sus ojitos brillando de curiosidad.

En un momento dado, mientras los tres estábamos en la pista de baile, Dante me atrajo un poco más hacia él, apoyando su frente en la mía.

—Te amo, Marcela. Hoy y siempre —susurró, y sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas de felicidad.

—Yo también te amo, Dante. Más que ayer y menos que mañana —respondí, sellando nuestras palabras con un beso apasionado.

Después hicimos lo mismo con nuestra hija, mientras ella nos miraba sonriente, como si supiera exactamente lo que estaba ocurriendo, y aquello me emocionó profundamente.

La fiesta continuó, repleta de momentos felices y recuerdos que llevaríamos con nosotros el resto de nuestras vidas. Y, a medida que avanzaba la noche, tenía la certeza de que aquello no era más que el comienzo de nuestro hermoso camino juntos.

Celebramos el amor, la familia y la vida, agradeciendo cada bendición y el amor que compartíamos. Y cuando por fin nos retiramos, agotados pero eufóricos, supe que aquel había sido el día más feliz de mi vida.

Me había casado con mi alma gemela, el hombre de mis sueños, y ahora teníamos una familia preciosa a la que llamar nuestra. Y estaba

deseando vivir cada nuevo día a su lado, con gratitud y amor rebosando en mi corazón.

—¡Enhorabuena, amiga! —Ana Júlia me dio un abrazo fuerte y nos quedamos así durante un buen rato.

Había sido mi refugio en muchos momentos, una de las personas en las que más había confiado en toda mi vida, y la quería con todo mi corazón.

—Gracias. Me ha hecho muy feliz que estuvieras aquí conmigo.

—Nunca te abandonaré, ni a ti ni a Daniela.

—Hablando de eso, ¿dónde está ella?

—Parece que está en una conversación seria.

—¿Cómo?

Ana Júlia señaló con la cabeza hacia un rincón de la finca donde estábamos, y allí estaba ella, junto a un hombre.

Dionísio Salvatore.

Durante los últimos meses no los había visto intercambiar ni una sola palabra, ni siquiera cuando fueron nuestros padrinos, y me sorprendía aquella cercanía, sobre todo al notar desde lejos que ella no decía nada, solo lo escuchaba hablar.

Durante unos segundos observamos a nuestra amiga y, como si lo hubieran acordado, la conversación entre ellos terminó y ella empezó a caminar hacia nosotras, aunque su rostro era completamente distinto al de hacía unas horas.

Parecía visiblemente triste.

Aun así, cuando se acercó a mí, enseguida esbozó una sonrisa y me abrazó con fuerza, igual que a Ana Júlia.

—Enhorabuena, amiga. Sé que serás feliz. En realidad, ya lo eres.

—Gracias —sonreí al devolverle el abrazo, aunque algo preocupada—. ¿Ha pasado algo?

Vimos a Dionísio dirigirse al bar, coger algo para beber y, a continuación, reunirse con mi marido y con Theodore.

—Ah… no es exactamente un problema. En realidad, es una solución para Dionísio. Y… quizá una solución para mí también. Un cierre.

Fue al decirlo de ese modo cuando me fijé mejor en el rostro de mi amiga y vi que luchaba con todas sus fuerzas por contener las lágrimas.

—Daniela… no tiene nada de malo llorar.

—Yo…

No consiguió decir nada más, y fue la primera vez que vi a una de mis mejores amigas desmoronarse en un llanto profundo.

Ana Júlia la abrazó de inmediato, pero ella lloraba como una niña y yo estuve a punto de hacer lo mismo, aunque todavía no sabía el motivo.

—¿Qué ha pasado, amiga? —pregunté cuando por fin se calmó un poco.

—Nada grave. Dionísio dijo que se va a mudar.

—¿Cómo que se va a mudar?

—Se va a Europa durante algunos años para hacer varios cursos. Dijo que Theodore y Dante tenían razón, que puede convertirse en un buen ejecutivo, en un buen CEO si se forma en el mejor lugar para ello, y Europa es uno de los sitios donde existen programas de liderazgo y gestión empresarial de prestigio mundial. Parece realmente decidido a

mejorar y a aprovechar esta oportunidad al máximo. Y… estoy feliz por él.

—¿De verdad lo estás, amiga?

Daniela no logró responder. Se limitó a secarse las lágrimas mientras miraba a lo lejos.

—Es lo mejor. Necesita estar lejos de mí. No quiero hacerle sufrir más. Solo espero… que sea feliz.

—Ven aquí… —abracé a mi amiga y comprendí que, por mucho que intentara mostrarse fuerte delante de nosotras, su corazón ya había pasado por demasiadas cosas.

—Voy a estar bien. Te lo prometo —dijo, con una sonrisa forzada—. Hoy es tu boda, tenemos que llorar de alegría, no de tristeza. Cambiemos de tema.

Al cabo de un rato empezamos a hablar de otras cosas y, por un momento, pareció estar bien, pero en el fondo sabía que no lo estaba. Aunque no entendiera del todo su relación, estaría a su lado; sería lo mejor para ella, igual que Ana Júlia.

Fue Daniela quien me ayudó cuando perdí mi casa, y desde entonces nuestro vínculo se hizo aún más fuerte. Ella merecía ser feliz, y yo la ayudaría en ese camino…

DANTE SALVATORE

Estaba seguro de que aquel era uno de los días más felices de mi vida, y la felicidad no me cabía en el pecho. Tenía una familia feliz y me sentía completamente realizado, tanto a nivel personal como profesional.

—Nunca pensé que te casarías, enhorabuena —dijo Theodore, dándome un abrazo.

—Fue la maldición que me echaste en el pasado, y menos mal que lo hiciste.

—¿Feliz?

—Más que eso. Ni siquiera sé explicar lo que estoy sintiendo. Es algo…

—Mágico —completó él, y asentí.

—Seré el mejor marido y el mejor padre que pueda ser.

—Eso lo sé.

Charlamos un rato más y, a continuación, vimos acercarse a mi hermano con una expresión distinta a la habitual. Parecía demasiado pensativo, incluso triste. Conocía bien a Dionísio y supe enseguida que algo había pasado, sobre todo al recordar que, pocos minutos antes, lo había visto hablando con Daniela.

—Enhorabuena, hermano —me dijo, dándome un abrazo fuerte, que devolví.

A pesar de su falta de juicio en algunos momentos, quería a mi hermano pequeño y lo protegería todo lo que estuviera en mi mano.

—Gracias.

—Bueno… me alegro de que estéis aquí los dos.

Recordé de inmediato que había dicho que quería hablarnos, que tenía una noticia que darnos.

—Tengo una buena y una mala noticia para vosotros.

—Dios mío, Dionísio… —murmuró Theodore—. Solo espero que no me des más trabajo del habitual.

—En realidad, amigo —dijo, apoyando la mano en el hombro de su jefe—, tendrás que buscar otro secretario en quince días. ¡Presento mi dimisión!

—¿Cómo que qué?

—Tal y como lo oyes. Y antes de que digáis nada, la buena noticia es que lo he pensado mucho y he decidido haceros caso.

—¿Cómo es eso?

—Tú y mi hermano siempre me habéis dicho que tengo potencial. Este último año estuve investigando varios lugares en Europa para especializarme en gestión empresarial y en programas de liderazgo. Me mudaré dentro de un mes y me centraré en volver preparado para dirigir una empresa. Cuando regrese a Brasil seré un CEO respetado, y si no es en SkyLink, será en otro sitio.

Ni Theodore ni yo dijimos nada durante unos segundos. Después, expresé lo que pensaba de mi hermano menor:

—Es una decisión valiente —comenté, admirando su determinación por crecer profesionalmente, aunque eso implicara estar

lejos de casa durante bastante tiempo—. Será una gran experiencia para ti, Dionísio.

—Sí, yo también lo creo —asintió Theodore, con un tono en el que se mezclaban el orgullo y la preocupación—. Pero te voy a echar de menos.

—¡Qué va! ¡Soy tu burro de carga en la empresa! —bromeó.

Los tres reímos, pero enseguida nos pusimos serios, conscientes de que quería ser un profesional mejor y de que esa decisión solo le correspondía a él.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Theodore.

—Sí. Al cien por cien.

—De acuerdo. Sé que lo lograrás; eres más inteligente que tu hermano y que yo juntos. Y cuando vuelvas, quiero que nos busques primero. Nada de irte a otra empresa. Con el tiempo, las cosas cambian, y sé que podremos trabajar juntos.

—Lo haré. Es una promesa.

Hablamos unos minutos más sobre algunos de los cursos que quería hacer, hasta que Theodore comentó:

—Necesito una copa. Mi secretario personal se marcha y estoy descolocado… —dijo, alejándose, con un deje de amargura en la voz que no era del todo broma.

Observamos cómo se marchaba y fijé la mirada en el rostro de mi hermano pequeño. Había algo distinto en él, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. Aun así, tenía una duda:

—¿Daniela tiene algo que ver con tu marcha?

Se giró despacio y asintió al instante.

—Ella forma parte de mí, siempre lo ha hecho. La quiero, incluso… después de lo que hizo y de haberse alejado.

—Hay solución para todo, Dionísio, menos para la muerte.

—Me engañó y me lo dijo a la cara, hermano. En el fondo, no creo que le importe.

—¿Y si no te engañó?

—¿Por qué mentiría?

—Para alejarte por algún motivo. No conozco vuestra historia, pero los dos erais felices juntos y, de repente… todo cambió.

—Sí, todo cambió y… las perdimos.

De pronto recordé una frase que mi hermano había dicho una vez, borracho, en mi casa, y decidí enfrentarlo de nuevo:

—El día en que Daniela fue a buscar a Marcela, le dijiste algo que se me quedó grabado, hermano.

—¿El qué?

—«¿Por qué te preocupa si nunca te importó cuando se fueron de mi vida?» —repetí, mirándolo a los ojos, ahora apagados—. ¿Qué querías decir con eso? ¿Quién más, además de ella, se fue de tu vida?

Poco a poco, mi hermano sostuvo mi mirada y, segundos después, vi cómo las lágrimas empezaban a deslizarse por su rostro, como si aquella simple pregunta lo hubiera derrumbado.

—Ellas… —murmuró—. Son tres personas…

—¿Tres personas? —pregunté, sin comprender.

Clavó los ojos en los míos y luego los cerró.

—Daniela estaba embarazada de gemelas. Dos niñas. Pero las perdió en el cuarto mes de embarazo. Un mes después, ella y yo… dejamos lo nuestro.

Me quedé sin reacción.

Mi hermano nunca me había contado aquello y, si tenía que adivinar, Daniela tampoco lo había hecho público. Aun así, algo me inquietaba.

—Sé lo que estás pensando. Si los hijos eran realmente míos, teniendo en cuenta que ella dijo que me había sido infiel.

—Dionísio…

—Me dijo que sí. La traición ocurrió durante el embarazo y… me explicó cómo pasó cuando terminamos.

Seguí sin decir nada, observándolo, viendo cuánto estaba sufriendo. Ahora entendía su dolor. Había amado a sus hijas incluso antes de que nacieran y, ahora que yo era padre, no podía imaginarme la vida sin Laura en mis brazos.

—Siento mucho que hayas pasado por todo eso solo, Dionísio.

—No lo sientas. Ya pasó. Voy a olvidar a Daniela, a olvidar que pasó por mi vida, porque no se merece ni un uno por ciento de lo que siento por ella. Cuando vuelva, todo será diferente. Te lo prometo, hermano.

Vi una chispa distinta en sus ojos y supe que hablaba en serio.

—Si algún día quieres hablar, aquí estaré.

—No. No volveremos a hablar de este tema. Necesito dejar algunas cosas atrás y centrarme en mi presente y en mi futuro. El pasado ya quedó atrás; no puedo volver ni intentar arreglarlo.

—De acuerdo.

Después de un rato asimilando la noticia, hablamos de otros temas y conseguimos dejarlo a un lado por un momento. Sabía que mi hermano no quería remover aquello precisamente el día de mi boda, pero fue bueno preguntarle. Así, por fin, pude entender lo que había marcado su pasado…



No puedo decir que me sorprendiera la persona que cogió el ramo y se puso a gritar durante al menos quince segundos; creo que Marcela también lo esperaba, porque estaba a mi lado sonriendo hasta las lágrimas en ese momento.

—¡Amo a esta chica!

Carolina, la hermana de Ana Júlia, desfilaba feliz con el ramo, exultante.

—Nunca pensé que coger el ramo fuera tan importante para una persona soltera —comenté, y mi esposa sonrió.

—Ah, es una tradición divertida —rió Marcela, observando la escena con cariño—. Y Carol se lo toma muy en serio, por lo que veo.

Carolina, con su melena larga y rizada, daba saltos mientras bailaba de alegría; realmente parecía estar viviendo el mejor momento de su vida. Agitaba el ramo en el aire como si fuera un trofeo, y todos a su alrededor reían y celebraban con ella.

—Creo que esta será la anécdota de la fiesta —dije, aún concentrado en su felicidad.

Marcela asintió y me dio un beso en la mejilla.

—Sin duda. Pero mira, está feliz y eso es lo que importa. Y quién sabe… quizá sea un buen presagio para ella.

La observamos unos instantes más, hasta que Carolina por fin se calmó y se acercó a nosotros, todavía sujetando el ramo como si fuera su bien más preciado.

—¡Mirad! ¡Lo he cogido! —exclamó, con los ojos brillantes de emoción.

—Digamos que es imposible no darse cuenta. Nos alegramos mucho por ti —bromeó Marcela, abrazándola.

—¿Y si eres la próxima en casarte, eh? —dije, y ella me dio un golpecito suave en el hombro.

—¡Eh, calma! ¡No es para tanto! ¡Ni siquiera me he graduado aún! —Se puso seria al instante—. Y hay otra cosa: de nuestro grupo, yo seré la última en casarme; todavía falta Daniela.

—Si tú lo dices…

Cuando volvió junto a su hermana, me quedé mirando a mi esposa y fue inevitable decirlo:

—Eres preciosa, ¿lo sabías, amor?

—Sí, pero me encanta oírtelo decir —respondió, rodeándome el cuello con los brazos y sonriendo—. Siempre consigues hacerme sentir la mujer más amada y especial del mundo, Dante —añadió con suavidad, con los ojos brillantes de amor y felicidad.

Sonreí, atrayéndola hacia mí y apoyando mi frente en la suya.

—Porque lo eres, Marcela. Lo eres todo para mí.

Cerró los ojos un instante, respiró hondo y luego los abrió para mirarme de una manera que hizo que mi corazón latiera más rápido. De forma automática, nuestros labios se encontraron en un beso apasionado, sellando nuestras promesas y el amor que nos teníamos.

La música lenta sonaba de fondo y el mundo parecía girar solo a nuestro alrededor. Estábamos en nuestra propia burbuja de felicidad y nada más importaba. Cuando el beso terminó, permanecimos así, abrazados, disfrutando de la presencia del otro y del amor que se reflejaba claramente en nuestras miradas.

—Vamos a quedarnos así para siempre, ¿verdad? —pregunté, queriendo oír su respuesta aunque ya la conocía.

—Siempre —respondió sin dudar, con una sonrisa serena—. Pase lo que pase, siempre estaremos juntos.

Y en ese instante supe que todo saldría bien.

Tenía en mis brazos a la mujer de mis sueños, una hija maravillosa y una vida llena de amor y felicidad por delante.

Me sentía completo y sabía que estaba preparado para cualquier adversidad que pudiera surgir en mi camino; al fin y al cabo, tenía una familia preciosa para ayudarme a luchar por lo que de verdad importaba…

FIN.

¡Lee también!



Link: https://amzn.eu/d/co7MWyN

Ella fue el único error que nunca conseguí olvidar… y el único que estoy dispuesto a repetir.

Un romance de segundas oportunidades, venganza y un matrimonio por contrato.

Años atrás, la perdí.

No porque dejara de amarla, sino porque se marchó sin mirar atrás, llevándose consigo todo aquello que yo aún no sabía nombrar: amor, deseo y una herida que jamás terminó de cerrar.

Fue la única mujer capaz de romperme. El placer que se convirtió en adicción. La adicción que se transformó en ausencia. Y la ausencia que me convirtió en el hombre que soy hoy.

El hombre que ella conoció ya no existe. En su lugar, hay un CEO frío, poderoso y calculador, forjado por el dinero, la ambición y un pasado que me enseñó que nada en la vida es gratis.

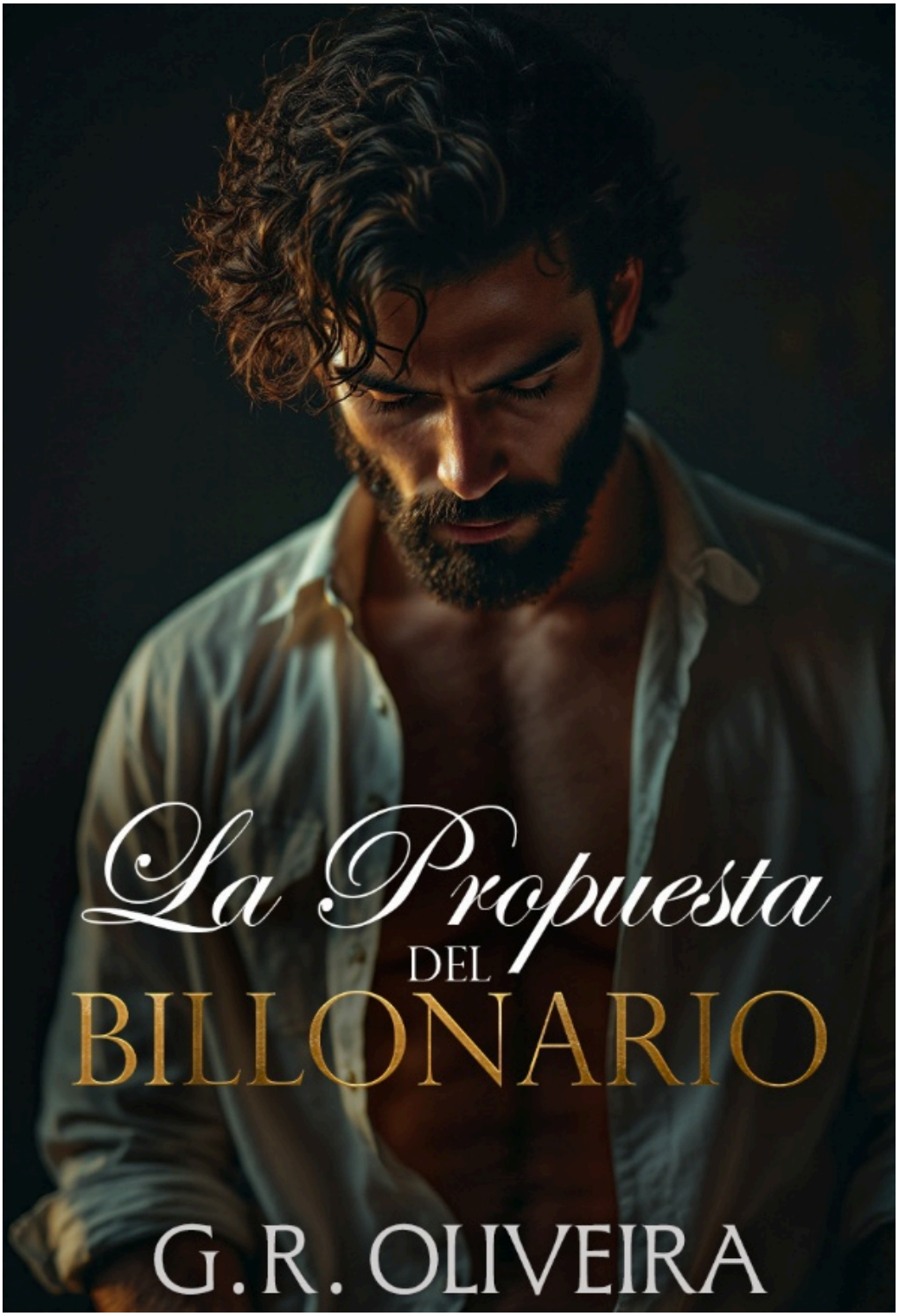
Excepto ella.Ella siempre tuvo un precio más alto del que estaba dispuesto a pagar… hasta ahora.

Esta vez no habrá huida. No habrá decisiones fáciles ni sentimientos seguros. Solo una certeza inquebrantable: ella siempre fue mía. Y estoy dispuesto a enfrentarme al infierno entero para demostrarlo, incluso si para conseguirlo debo destruir todo lo que aún queda entre nosotros.

Incluye:

Romance con CEO • Second Chance • Diferencia de edad • Convivencia forzada • Hombre obsesivo y protector • Matrimonio por contrato

¡Lee también!



Link: https://amzn.eu/d/jkluR7Y

✓ Multimillonario arrogante ✓ CEO poderoso ✓ Matrimonio por contrato ✓ Desequilibrio de poder ✓ Proximidad forzada ✓ Slow burn emocional ✓ Hombre posesivo ✓Él se enamora primero

Alexander Donovan III es el propietario y CEO del Palace 2000, el casino más exclusivo de Las Vegas. Multimillonario, brillante y peligrosamente encantador, es el tipo de hombre que siempre gana… dentro y fuera de la mesa. La prensa lo retrata como un canalla arrogante, cínico y sin escrúpulos, alguien que vive para apostar, beber y coleccionar conquistas sin mirar atrás.

Pero incluso los jugadores más expertos pueden quedarse sin cartas.

Charlotte Riley llegó a Las Vegas persiguiendo un sueño: trabajar en un lugar glamuroso y construir una vida mejor. La realidad, sin embargo, es muy distinta. Jornadas interminables, un sueldo que apenas alcanza y la constante presión de un entorno que no perdona errores. Inteligente, valiente y hermosa, nunca se ha permitido cruzar la línea con ningún hombre del casino… hasta que Alexander Donovan fija sus ojos en ella.

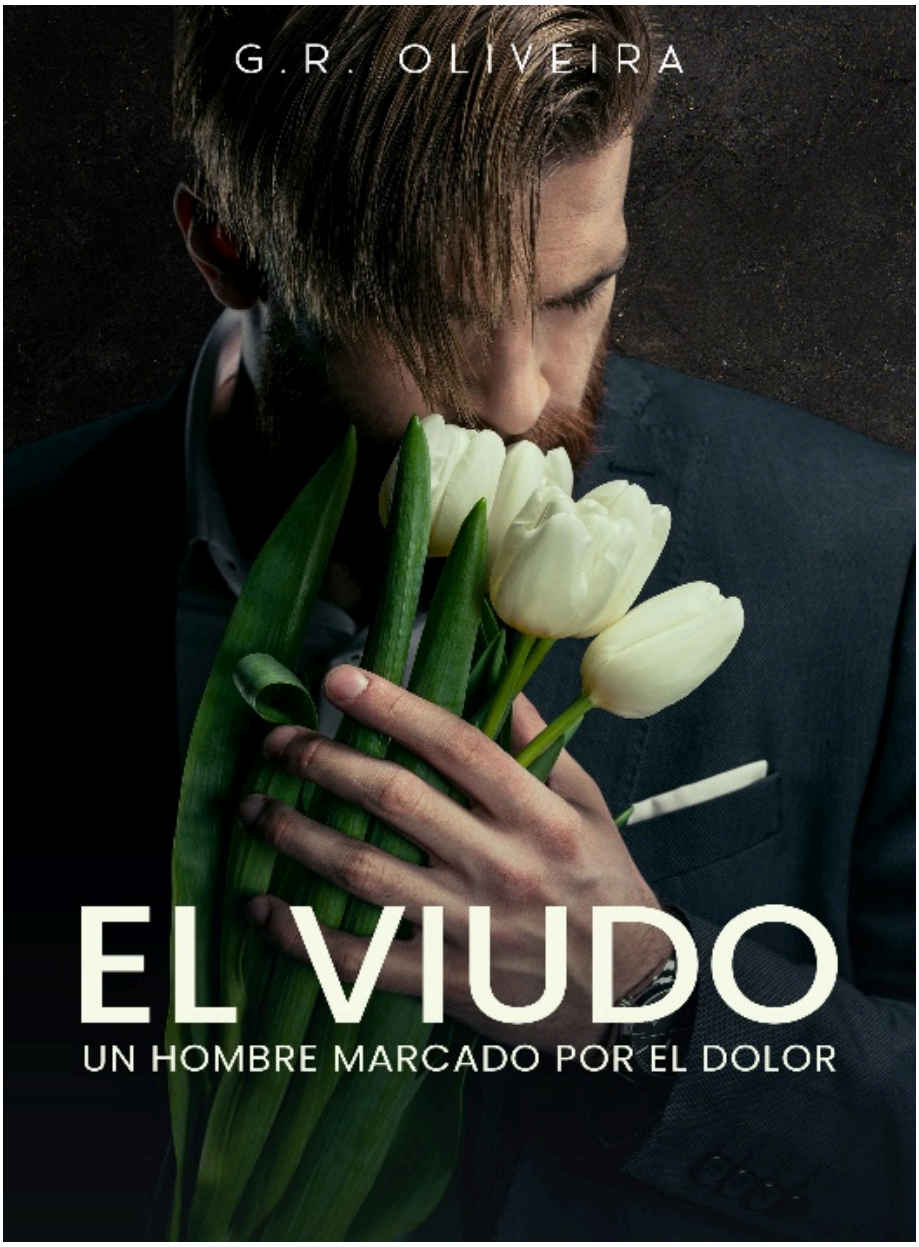
Cuando una serie de escándalos amenaza con destruir su imperio y su reputación, Alexander toma la decisión más arriesgada de su vida: necesita una esposa. Y Charlotte se convierte en la pieza clave de su plan.

La propuesta es clara y despiadada: un matrimonio por contrato. Aceptar significa quedarse en Las Vegas y salvar su futuro. Rechazarlo implica volver a casa con las manos vacías… y los sueños rotos.

Un hombre marcado por el control y la obsesión. Una mujer que aún cree en algo más. Un acuerdo que nunca debió convertirse en deseo.

Lo que Charlotte no imagina es que Alexander es un jugador nato, un estratega que siempre va varios pasos por delante. En este juego de poder, atracción y mentiras, ambos descubrirán que hay apuestas que cuestan mucho más que dinero… y que perder el corazón puede ser la jugada más peligrosa de todas.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

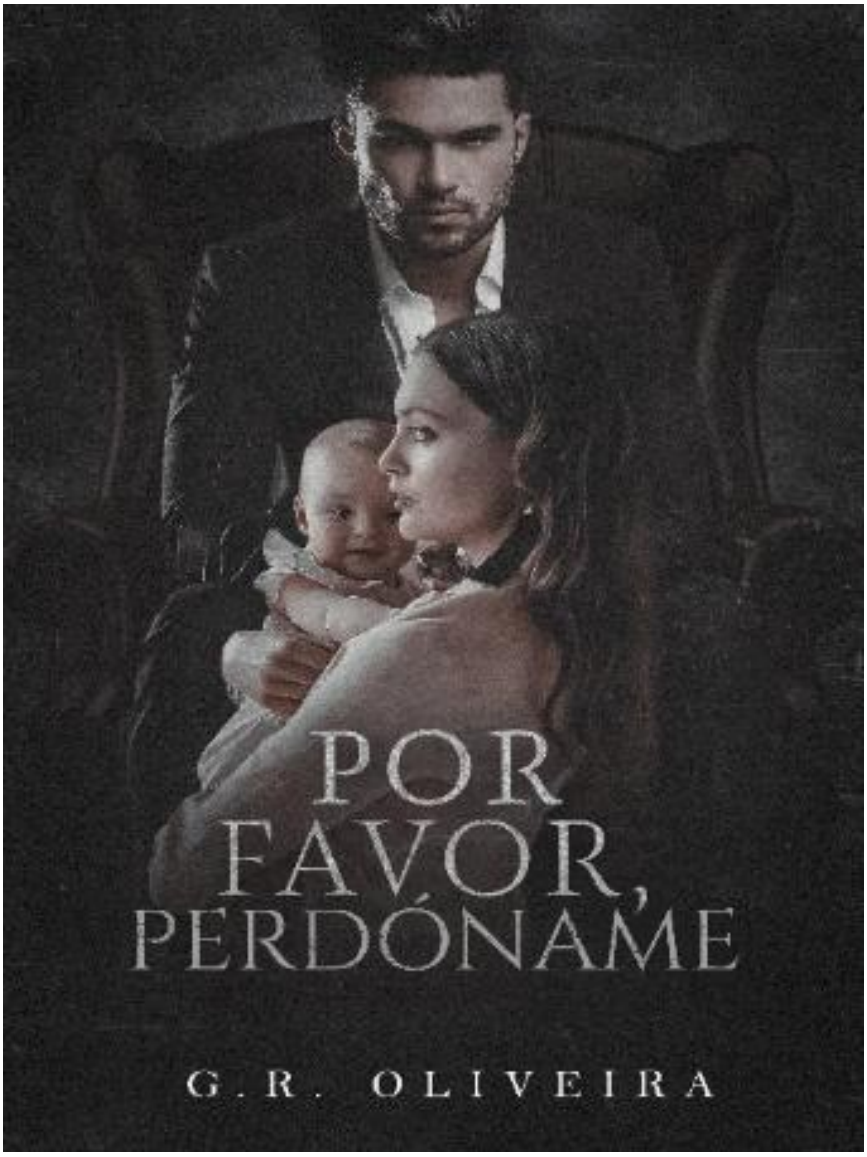
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

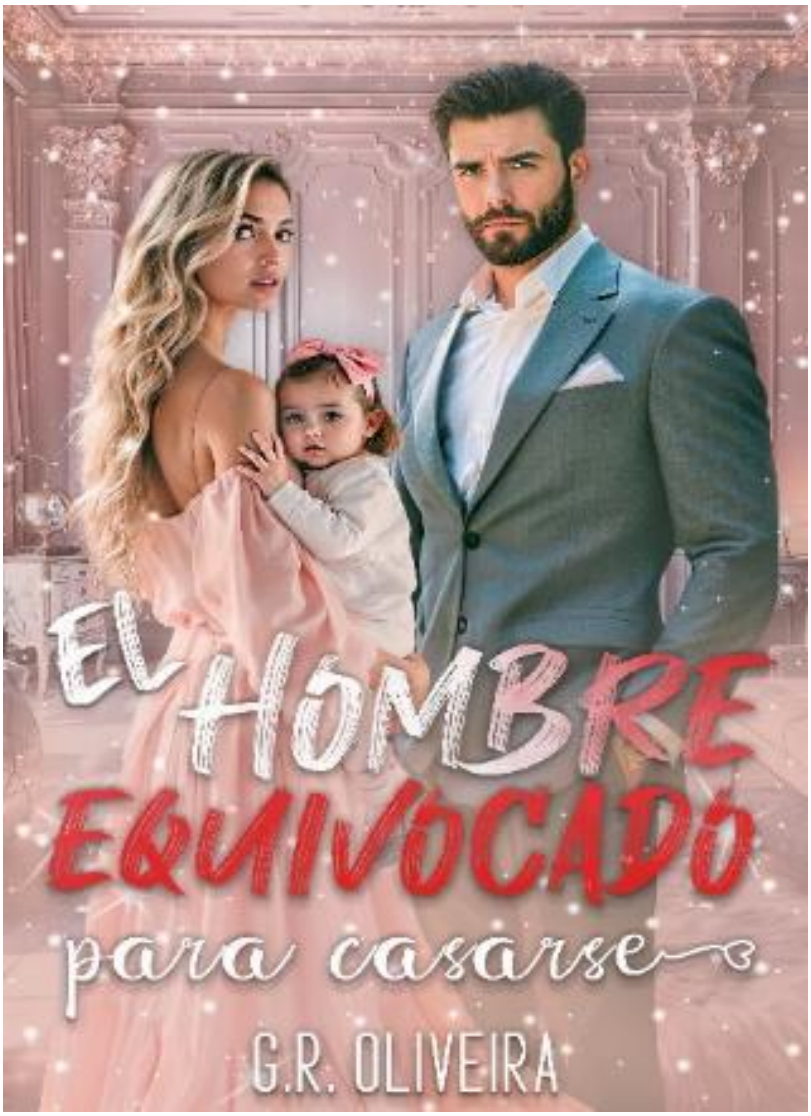
Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era

el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK
